



AMOR Y VIRTUD

Autora y diseño: Rolly Haacht

3ra Edición (autopublicado)

Maquetación: mateo6x [at] gmail.com]

Imprime: Alfa Delta Digital

ISBN: 978-84-606-8899-0

Depósito Legal: V-1676-2015

Nº asiento registral: 09/2013/1786

©2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización del autor y los titulares de los derechos de la propiedad intelectual sobre la obra.



AMOR Y VIRTUD

PRUDENCIA | FORTALEZA | TEMPLANZA | JUSTICIA

REDES OFICIALES DE LA TRILOGÍA



ROLLY HAAGHT

A mis abuelas, Rosario y Luisa, mis tesoros más preciados.

Y a mi tía Tere, allá donde estés.

COMENTARIO DEL AUTOR

Las cosas no son lo que parecen, casi nunca lo son.

Con las apariencias pasa exactamente lo mismo.

Dicho lo cual..

Bienvenidos a una historia llena de apariencias.

Rolly Haacht

PRÓLOGO

Amor y Virtud, es la primera novela de una apasionante y dramática trilogía ambientada a finales del S.XX en Utah, Estados Unidos. Y narra las vidas y amores de unos jóvenes con vidas particulares.

La autora ha creado una trama donde la personalidad de cada personaje está muy definida. En cada uno de ellos predomina una virtud que se va desarrollando a lo largo de la narración, facilitando la fluidez de la historia, y haciendo que el lector se sienta fácilmente identificado con cada uno de ellos.

Así pues, esta novela consigue que te sumerjas en ella mediante la experimentación de los triunfos y fracasos que les acontece a los personajes con sus propias vivencias.

Aunque el género que trata es el romántico-dramático, los hechos se desarrollan de una forma tal que el lector no puede fácilmente presuponer ninguno de los acontecimientos, creando así una necesidad acuciante de seguir leyendo.

Estos y otros rasgos hacen de esta novela una lectura adictiva, amena y fresca, que no dejará indiferente a nadie.

Reyes Ortiz (Raven)

10 OCTUBRE 1986

Su nombre completo era Arabia Kurbagh Arab, tenía diecinueve años y estaba pensativa y confusa apoyada en el alféizar, observando el exterior desde la cocina. Había cogido uno de los dos taburetes que tenía en la barra americana y lo había colocado lo más próximo a la ventana.

Vivía en un barrio humilde de una también humilde ciudad de Utah, repleta de gente trabajadora. El bullicio de gente que salía de los apartamentos colindantes para empezar la jornada, la mantenía entretenida. La noche anterior había sido de lo más extraña para ella.

Al recordarlo, se apartó de la ventana y echó un vistazo al sofá que quedaba justo después de la barra. No alcanzaba a ver nada desde allí así que se levantó y se asomó para mirar al chico que reposaba tendido sobre él. A pesar de estar un poco encogido, lo abarcaba entero. Seguía tapado de los pies a la cabeza, pero al menos, hacía ya bastante rato que había dejado de temblar a causa de la fiebre. Se llamaba Jake, y era uno de los hermanos de su mejor amiga, Zane Becker.

En un intento de aclarar sus ideas, volvió a repasar lo sucedido a partir de la tarde del día anterior.

Había quedado con Zane en la biblioteca después de comer, pero ella no apareció hasta pasadas las cuatro. Y cuando lo hizo, estaba muy alterada. Nada más llegar empezó a hacer aspavientos con los brazos indicando que tenía algo importante que decirle y le contó por lo bajo que se había vuelto a liar una buena en su casa, con sus hermanos y con su padre. Ella siempre se lo contaba todo.

Salieron de la sala de estudio cuando la responsable de la biblioteca pidió silencio y entonces le explicó lo que había sucedido. Por lo visto, Jake y su hermano pequeño, Louis, habían empezado a discutir por algo que ella todavía desconocía. Ellos dos solían discutir bastante a menudo, pero en fin, todo el mundo discutía con Jake bastante a menudo.

– Entonces mi padre se metió de por medio cuando sujetó a Louis por la pechera y empezó a zarandearle –le había explicado Zane–. Y en cuanto tiró de Jake para que le soltara, él se dio la vuelta y le empujó.

– ¿Jake empujó a tu padre?

– Sí, con todas sus ganas, y mi padre se ha dado un fuerte golpe en la cadera.

Lo último que Zane le dijo fue que Jake se había vuelto a marchar de casa y que su padre estaba furioso, muy furioso. Arabia tranquilizó a su amiga lo mejor que pudo y estuvo con ella hasta que ésta decidió volver a casa. Por supuesto, no estudiaron absolutamente nada en todo ese tiempo.

Y cuando Zane se fue, ella siguió analizando y pensando en lo que le había dicho, sin poder concentrarse nuevamente en sus estudios.

Para empezar, ella conocía bastante bien el rudo carácter de Jake, pues ambos

habían vivido bajo el mismo techo durante todo el año anterior.

Los Becker eran una familia muy numerosa. Paul y Sara, los padres de su amiga, tenían cuatro hijos y una sobrinita a la que habían adoptado cuando quedó huérfana con apenas unos días de vida. Así pues, eran siete en total, y Arabia los había conocido a todos y a cada uno de ellos. Adoraba aquella familia. El único con el que nunca se había llevado bien, era Jake. Los dos tenían un carácter muy peculiar. Él era malhumorado, testarudo e imprudente. Ella era lo que se decía una chica sin pelos en la lengua, con las ideas muy claras y con una seguridad en sí misma que muchos desearían.

Puesto que muchos pensamientos nublaban su mente y fue imposible volverse a concentrar, Arabia salió de la biblioteca dispuesta a volver a casa. Se le había hecho tarde y, de camino a su apartamento, lo único que encontró abierto fue una pequeña frutería donde compró algunas manzanas. El tiempo no era demasiado bueno a principios de octubre así que al salir del establecimiento comenzó a llover. Abrió el paraguas que siempre llevaba en la mochila y caminó sola, como de costumbre, por las ya oscurecidas calles de la ciudad.

Al girar la esquina del edificio al que se dirigía se llevó un susto de muerte. Pasó muy cerca de la pared y chocó con las piernas de alguien que estaba acurrucado allí, con los brazos cruzados apoyados en las rodillas y la cabeza sobre ellos. La capucha de su sudadera le cubría el rostro.

Lo primero que pensó fue que se había topado con uno de los mendigos que muchas veces se quedaban durmiendo por las calles del barrio. Se disculpó y se apartó rápidamente de su lado. Cuando iba a reanudar la marcha se dio cuenta de que la persona con la que había tropezado estaba tiritando. Le pareció extraño pues, aunque había empezado a llover hacía unos minutos, ella ni siquiera se había puesto la chaqueta. El tiempo todavía seguía siendo cálido en esa época de año.

Pensando en que posiblemente nadie se acercaría a aquel moribundo en toda la noche, se armó de valor y se dirigió a él.

– Disculpe, ¿se encuentra bien?

Se le acercó y le apoyó la mano sobre su brazo izquierdo. Él levantó la cabeza, tal vez reconociendo su voz acentuada con connotaciones turcas, o tal vez solo porque realmente necesitaba que alguien le ayudase. Y entonces ella reconoció sus grandes e inexpresivos ojos azul oscuro. A pesar de no distinguir bien el resto de sus facciones por la oscuridad, el color de sus ojos bastó para reconocerle de inmediato. Se trataba de Jake, por supuesto.

Arabia exclamó su nombre en voz alta por la sorpresa y luego le preguntó que qué demonios estaba haciendo allí tirado. Sin embargo, él solo temblaba por el aparente frío que le recorría de arriba abajo. Le tiró del brazo para que se incorporara y le ordenó que la acompañase a casa. Para su sorpresa él obedeció, sin más, caminando tras ella con las manos en los bolsillos de la sudadera y la capucha sobre la cabeza, cubriéndose de la lluvia.

Llegaron al portal y Arabia abrió la puerta de la entrada. Jake seguía temblando. Se quedó apoyado en uno de los cuatro lados del ascensor sin levantar la cabeza. A Arabia le pareció muy fatigado y, por la forma continua que tenía de temblar, todo apuntaba a que tenía la temperatura muy alta.

Cuando entraron en su estudio, lo empujó por detrás para que entrara y luego lo adelantó para poder indicarle que se tumbara en el sofá. Pero no hubo tiempo para eso. Antes siquiera de llegar a darse la vuelta se escuchó un golpe seco. Jake estaba en el suelo. Gritó asustada y al acercarse a él comprobó que se había desmayado. Desesperada, intentó

por todo los medios reanimarle dándole golpecitos en la cara. Sin éxito, intentó levantarlo para llevarle al sofá, pero era demasiado corpulento para ella. Sin más ideas salió a toda prisa al rellano y llamó a una de las puertas vecinas, y luego a otra. Al cabo de un par de minutos consiguió que el cascarrabias que vivía en la puerta de enfrente saliese en pijama para preguntarle por qué llamaba a su puerta, molesto. Arabia le explicó lo sucedido tan aturulladamente que el hombre no entendió nada, y finalmente, cuando señaló hacia el rellano de su estudio, vio a Jake incorporándose lentamente ayudándose con el respaldo del sofá. Resopló aliviada, se disculpó con su vecino y volvió corriendo a casa sin escuchar las recriminaciones que le gritaban por detrás, cerrando la puerta tras de sí. Ayudó a Jake a seguir avanzando y luego él se tumbó y cerró los ojos.

Pensó en llamar a casa de los Becker pero antes de coger el teléfono se dio cuenta de que no era una buena idea. De no ser porque sabía que no era la primera vez que Jake se peleaba con su padre y no regresaba a casa hasta el día siguiente, habría realizado la llamada. Pero sabiendo eso, sabiendo además que debían estar todos muy enfadados con él y que, conociéndole, se enfadaría muchísimo si supiesen de él aquella noche, descartó la idea. Resopló frustrada por la situación en la que se encontraba y procedió a hacer lo que debía. De hecho, se sintió muy estúpida cuando se dio cuenta de que cursando ya su segundo año en la facultad de enfermería, era increíble que minutos antes no hubiese sabido qué hacer.

Levantó a Jake lo mejor que pudo para quitarle la sudadera. Debajo llevaba una camiseta interior de color blanco, de manga corta. Jake se quejó inconscientemente debido a los escalofríos que sufría así que no le quitó nada más. Luego fue hasta su habitación en busca de algo que le pudiese servir a modo de trapo y cuando encontró una vieja camiseta de manga larga le arrancó las mangas y se dirigió a la cocina. Allí las puso bajo el grifo y consiguió hacerse con un par de trapos húmedos. Volvió al sofá y comprobó que Jake estaba cada vez peor. Se había encogido colocando las manos por debajo de su cuerpo para tratar de calentarse. Seguía con los ojos cerrados. Cuando Arabia le colocó el primer paño frío sobre la frente, se estremeció. Ella le mantuvo firmemente el paño y así continuó durante al menos una hora. Iba y venía mojando los trozos de manga que había conseguido, pero Jake no parecía mejorar. Al cabo de un rato más, empezó a notar que dejaba de temblar y que su rostro parecía más tranquilo.

Continuó con el procedimiento un poco más hasta que, exhausta, se quedó dormida sentada en el suelo y con la cabeza apoyada en el reposabrazos del sofá. Cuando se despertó solo habían pasado dos horas. Sacó una sábana muy fina para colocársela a Jake por encima, y también preparó una botella grande de agua para que la empezara a tomar. Fue complicado al principio, pues era difícil incorporarle y que bebiera por sí solo, pero a la tercera vez se acostumbró al procedimiento y todo resultó mucho más fácil.

Ahora que ya había amanecido y tras haber repasado los hechos, Arabia lo seguía observando. Se preguntó si Jake sabría dónde vivía y por eso había acudido allí, ya que no recordaba habérselo mencionado nunca, o si por el contrario habría sido mera casualidad.

Desde donde estaba, alcanzó a ver sobre la barra la bolsa con manzanas y comprobó que las tripas se quejaban en su estómago. Sin dudarlo cogió una y empezó a comérsela a bocados.

Minutos después Jake se incorporó, casi de un salto. Miró desconcertado a su alrededor y se topó con la mirada de Arabia. Tenía la mano sujeta a la bragueta de los pantalones y la joven, muy divertida aunque sin demostrarlo, intuyó qué era lo que le pasaba. El agua que le había estado suministrando durante toda la noche se le debía de

haber acumulado en la vejiga.

– Si buscas el baño, lo tienes ahí –le dijo, señalando a la única puerta que había en su pequeño hogar.

Jake se dirigió hacia allí rápidamente, aunque tuvo que apoyarse en la pared antes de entrar, pues todavía no estaba del todo recuperado. Tardó bastante rato en salir y cuando por fin lo hizo, se quedó parado a unos metros de distancia de Arabia, dirigiéndole una penetrante mirada. Ella comprobó que se había lavado la cara y que ya no aparentaba estar tan pálido como hacía unas horas. Se percató también de que el color blanco de su camiseta interior resaltaba mucho su tono de piel. Era el más moreno de toda su familia.

– ¿Qué? –preguntó Arabia, cuando la constante mirada que le estaba dedicando empezó a impacientarla.

– ¿Dónde estamos y qué hago aquí?

Las preguntas fueron muy explícitas, y el tono de voz que había empleado para decir las, no del todo amigable. Arabia llegó a la conclusión de que, finalmente, Jake solo había llegado hasta la manzana en la que ella vivía por casualidad, y que no se acordaba absolutamente de nada.

– Estamos en mi apartamento, ya que no lo has deducido –comenzó a decir, contraatacando con la misma templanza en su tono de voz–, y estás aquí porque anoche te encontré medio tirado en la esquina de esta misma calle, con mucha fiebre.

Jake se quedó pensativo unos segundos al mismo tiempo que observaba la estancia en la que se encontraba. Lo que más pareció llamarle la atención fue la cortina que Arabia había colocado manualmente para separar la zona del pequeño estudio dedicada a su habitación. Ahora estaba corrida así que no se veía nada más que la tela de raso morada. A pesar de vivir sola, le gustaba tener una zona privada solo para ella.

– ¿Dónde está mi sudadera? –preguntó Jake, después del incómodo silencio.

– Encima del radiador –contestó Arabia, indicándole con un ligero movimiento de la cabeza la situación del mismo.

La había dejado allí durante la noche para que se secara. Él se dirigió hacia allí y se la colocó rápidamente. Luego fue hacia la puerta de salida.

– Creo que será mejor que me vaya.

Apunto estaba de abrir la puerta cuando Arabia, muy sorprendida por aquellas palabras, fue tras él e hizo que se parara en seco.

– ¿Perdón? –le espetó, furiosa. Él se quedó mirándola sin inmutarse demasiado–. No me lo pudo creer.

– ¿El qué no te puedes creer?

Arabia no daba crédito.

– Me he pasado la noche cuidando de ti, ¿sabes? Pero apuesto a que no tienes ni idea de en qué estado te encontré.

– Pues no, no lo sé, pero me puedo hacer una idea.

Él seguía tan tranquilo, como si nada. Como si nada de lo que hubiese pasado la noche anterior le importase lo más mínimo. Hizo el amago de dar un paso más hacia la puerta, pero Arabia le volvió a interrumpir.

– Te encontré sentado en una pared, tiritando de frío. Decidí cobijarte en mi casa e intentar que volvieras en sí y para conseguirlo me he pasado la noche bajándote la fiebre con trapos y dándote sorbos de agua para que no te deshidrataras, en vela, cuidando de ti. ¡Hasta te desmayaste!

– ¿Y qué esperas que te diga?

No estaría nada mal un “gracias, Ari”, pensó ella.

– ¿Sabes? Eres un auténtico desagradecido –le dijo, sin embargo.

Estaba tan serio que parecía enfadado, aunque tal vez lo estuviera.

– Si quieres te cuento cómo casi le disloco la cadera a mi padre sin pretenderlo, cómo me voy de casa con lo puesto y sin saber ni siquiera si estarán dispuestos a volverme a recibir, cómo me paso toda la tarde deambulando por cualquier calle para evadirme de los remordimientos, o cómo el perrito caliente que me compré en un puesto de mala muerte me hace desfallecer hasta el punto de no poder casi ni moverme –El tono que Jake estaba empleando iba aumentando a medida que pronunciaba cada nueva frase– Así que, sí, gracias por haberme salvado prácticamente la vida, ¡pero no sabes la de problemas que se me vienen encima!

– No vuelvas a gritarme de ese modo –repuso Arabia, aparentando serenidad a pesar de que Jake había conseguido que le hirviese la sangre–. Estoy segura de que yo, precisamente, no tengo la culpa de ninguno de tus futuros problemas. Te he ofrecido mi ayuda, y te la seguiré ofreciendo si la necesitas. Si no la quieres, desde luego, ya sabes dónde está la puerta.

Dejó a Jake allí plantado delante de la puerta y se fue a su habitación. Hizo a un lado la cortina y desapareció tras ella. Ya no le importaba nada lo que él hiciese. Seguía muy dolida por el hecho de que le hubiese hablado de aquel modo. La mayoría de las veces Jake no sabía controlar sus palabras, ni sus impulsos. Se comportaba incluso como un niño a pesar de ser mayor que ella. Esos eran algunos de sus defectos y de ahí que siempre hubiesen tenido tantos enfrentamientos. De no ser porque habían convivido bajo el mismo techo durante un año, lo habría echado a patadas de su apartamento. Sin duda, se lo merecía.

Estaba tan cansada que a pesar del enfado se quedó dormida en muy poco tiempo y cuando se despertó era incapaz de predecir cuánto tiempo había estado tirada en la cama. Sus tripas se volvieron a quejar y entonces se acordó de que no había tomado más que una manzana desde la noche anterior, y ni siquiera la había terminado. Miró el reloj despertador que tenía en la mesita de noche y observó que eran las 15.44 del sábado. Tenía mucho que estudiar y poco tiempo que perder así que salió a lavarse la cara para despejarse.

Jake estaba sentado en el sofá, pero no le sorprendió que se hubiese quedado. Después de todo, tampoco tenía a dónde ir.

Tras echarse un poco de agua sobre la cara, Arabia se quedó un buen rato observándose en el espejo. Pensó que estaba horrorosa. Más despeinada que nunca y con unas ojeras increíbles. Se recogió toda la maraña de pelo castaño oscuro en un moño, dejando el flequillo despuntado cayéndole sobre la frente. Luego eliminó los restos de pintura de ojos que se le había esparcido alrededor de ellos y volvió a perfilárselos. Ese toque le hacía parecer que tenía los ojos todavía más grandes de lo que ya eran y precisamente los ojos eran casi lo único que le gustaba de sus extraños rasgos. El color de los mismos eran de un tono gris oscuro, que no llegaba a negro. Los había heredado de su madre, al igual que la nariz, perfectamente recta y con la punta redondeada. Eran, por así decirlo, sus únicas facciones turcas. El resto de sus rasgos eran de procedencia musulmana, por parte de padre, y ya estaba acostumbrada a llamar la atención debido a su mestizaje, pues hacía cuatro años que residía en el condado de Utah.

Salió por fin del baño y se obligó a comer algo. Lo único decente que le quedaba en la nevera era un paquete de lasaña congelada así que prendió el horno para que empezara a calentarse.

Jake se acercó hasta la barra americana y apoyó los codos.

– Lo siento.

Arabia se volvió para mirarle. Que Jake se disculpase por algo era algo extraordinario, tanto, que no supo muy bien cómo reaccionar así que se limitó a asentir con la cabeza en señal de que aceptaba sus disculpas. Podía pecar de muchas cosas, pero no de rencorosa.

Metió la lasaña al horno y habló en tono amistoso.

– Espero que te guste la lasaña precocinada, porque es lo único que tengo.

– No necesito tanta hospitalidad. Además, no tengo hambre.

Los dos se miraron unos instantes, pero Jake volvió a agachar la cabeza. Ella pensó que debía estar realmente preocupado por la corta conversación que habían tenido tras despertarse. Buscó las palabras adecuadas para intentar animarle.

– No te preocupes. No van a cerrarte las puertas de tu propia casa.

– Yo no estaría tan seguro de eso... –La miró para hacer una pausa y luego continuó–. No soy estúpido. Sé que esta vez he llegado demasiado lejos.

Arabia se mordió el labio sin saber qué decir.

– Te lo ha contado todo Zane, ¿verdad? –le preguntó. Ella asintió con la cabeza–. Me lo imaginaba.

– Pero no sé qué fue lo que pasó con tu hermano Louis –admitió, esperando a que Jake le contara su versión de la historia.

Entonces Jake le relató los hechos del día anterior.

Volvió a casa un poco antes de lo habitual porque habían cancelado una clase de la universidad y cuando subió a su cuarto, Louis salía del mismo apresuradamente. Lo paró para preguntarle por qué estaba en su habitación a pesar de haberle dicho mil veces que no tenía por qué entrar allí, pero sin contestarle siquiera bajó hacia la cocina. Entonces Jake entró a donde se dirigía y fue directamente hasta el lugar donde guardaba los pocos ahorros que tenía, y que con tanto esfuerzo le había costado conseguir. Le tenía prohibido a todos que merodeasen por su cuarto, pero especialmente a su hermano. Ya le había desaparecido dinero en dos ocasiones, y tenía la sensación de que él tenía algo que ver con ello. Lo que más rabia le daba era no entender para qué narices necesitaba dinero un crío de quince años. Comprobó que tenía todo su dinero pero se notaba que alguien había estado hurgando en él, porque estaba desordenado.

Bajó hecho una furia a la cocina y se encaró con él. Lo cogió por la pechera y lo zarandeó varias veces gritándole tanto que no dejó que Louis pudiese darle explicaciones. Su padre le escuchó y fue enseguida a controlar la situación. Cuando sujetó a Jake por el brazo y le ordenó que soltase a su hermano, su rabia se incrementó. Y esa rabia se debía precisamente a que sabía muy bien que su padre nunca se pondría de su parte. Entonces, inconscientemente, se giró y lo empujó tan fuerte que le hizo caer.

Arabia sabía que eso de que había llegado demasiado lejos, era cierto. Durante el tiempo que había vivido con los Becker había presenciado muchos enfrentamientos padre e hijo, y en todos había salido perdiendo Jake. Nunca le había levantado de vuelta la mano a su padre, y eso a pesar de que algunas veces, sin razón, se acababa tragando todo lo que le decía y ordenaba.

Se dio cuenta de que tal vez, aquella era la primera conversación decente que tenía con Jake. Ella tampoco se había llevado nunca demasiado bien con él, pues no le parecía adecuada la forma que tenía de dirigirse a sus hermanos. Además, solía recriminárselo. Recordó una vez que, antes siquiera de estar viviendo allí y estando con Zane en el salón

realizando un ejercicio de física para el instituto, Jake llegó a casa, con su prima en brazos y calado hasta los huesos por la incesante lluvia que caía afuera. Se quejó de haber tenido que ir a recoger a la pequeña saltándose el entrenamiento porque por lo visto todos los demás estaban muy ocupados, y por eso se enfureció al verlas a ellas allí sentadas. Se enfadó tanto que vio como a Zane se le empezaron a poner los ojos vidriosos. Entonces ella le dijo que era un auténtico imbécil.

Al día siguiente Zane no pudo asistir a clase porque estaba enferma, pero Jake apareció en la puerta del instituto y le entregó unos folios de parte de su hermana. Era el ejercicio resuelto que ambas habían estado intentando resolver sin éxito. Zane le contó más tarde que había sido Jake el que lo había hecho porque su padre le ordenó que las ayudara. Era realmente bueno en física.

– Si crees que todavía no estás preparado para enfrentarte de nuevo a tu padre, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites –le dijo Arabia, volviendo a la realidad–, pero al menos, llama a casa y diles que estás bien. Estoy segura de que a pesar de todo estarán preocupados por ti.

– No creo. Lo único que tal vez les preocupe es saber dónde habré pasado la noche, pero no creo que les importe demasiado. Saben que sé cuidar de mí mismo.

Arabia arqueó una ceja poniendo en duda sus palabras después de lo ocurrido.

– ¿Prefieres que llame yo? Puedo hablar con tu hermana y decirle que estarás aquí hasta que decidas volver.

El chico la miró profundamente, pero ella no pudo descifrar la sensación que trataba de transmitirle. Era de nuevo esa mirada fría y seria con la que tantas veces se había cruzado.

– Si realmente crees que es necesario...

Definitivamente, a veces tenía ganas de pegarle una bofetada. No una bofetada de esas histéricas que dan las chicas en las películas a sus pretendientes, sino una que le hiciese reaccionar. Esa respuesta le había hecho ver que Jake ya había vuelto completamente a la normalidad. O a la subnormalidad, como ella lo llamaba cuando la sacaba de sus casillas.

Podría haberle dado una respuesta sincera, o agradecida en el sentido de que alguien le ahorrara el mal trago de llamar a casa, pero no. “Si realmente crees que es necesario...” Era demasiado prepotente. Por suerte para él, no se percató de la mirada sombría que Arabia le dedicó.

A pesar de todo, media hora más tarde, Arabia aprovechó que Jake había salido a dar una vuelta y llamó a su mejor amiga para ponerla al día. Así se enteraría también de cómo estaban las cosas en su casa un día después de lo sucedido.

– ¿Sí?

– Hola Zane.

– Ah, hola Ari. Precisamente iba a llamarte ahora. ¿Cómo llevas el examen del lunes?

– Si te digo la verdad, no he tenido tiempo de nada. Voy a tener que pasarme toda la noche estudiando.

– ¡Caray! ¿Y qué has estado haciendo? ¿No se supone que ayer te quedaste estudiando en la biblioteca?

– Sin ir más lejos, he estado cuidando de tu hermano Jake.

Dicho esto, Arabia empezó a relatar uno a uno todos los acontecimientos. Mientras

tanto, Zane se mantenía expectante al otro lado del auricular, escuchando con detenimiento y lanzando exclamaciones cuando Arabia llegaba a los puntos más interesantes.

– He estado hablando con él de lo sucedido y creo que está muy arrepentido. Y aunque no lo confiese, sé que tiene miedo de volver a casa.

– Si te soy sincera, Ari, lo que ha pasado ha sido la gota que colma el vaso. Yo en su lugar también tendría miedo. Mi padre lleva todo el día sin hablar con nadie. Cuando le vuelva a ver no sé cómo va a reaccionar. No sé ni siquiera si yo misma quiero estar en casa cuando lo haga. Además, esta vez, mi madre también está muy enfadada.

– Al menos dile a tu madre que está sano y salvo y que pronto regresará a casa. Imagino que mañana por la tarde, cuando yo me vaya a trabajar, lo tendréis de vuelta.

– Gracias por cuidar de él. No sé qué le habría pasado si no llegas a encontrarlo...

– No te preocupes. Ya ha pasado todo. Nos vemos el lunes.

Cuando Jake volvió a su apartamento, lo hizo cargado con dos bolsas del supermercado y una garrafa de agua. Había comprado carne para cenar e incluso la ayudó a preparar la cena.

El ambiente volvió a relajarse.

13 OCTUBRE 1986

Jake había sido el último en despertarse esa mañana. Los lunes no tenía ninguna clase antes de las diez así que era el único día que podía tomarse con algo más de calma. Se levantó, se dio una ducha reconfortante y bajó a desayunar. Antes de salir de casa paró un instante a ojear la lista de tareas del frigorífico. Leyó su parte:

17:00 (recoger a Rachel) – 18:30 (recoger a Louis) – 19:00 (recoger a Zane)

Se percató rápidamente de que también había una nota escrita a mano justo debajo del horario. Era de su madre.

“Papá y yo volveremos tarde a casa. Nos hemos ido en autobús así que tienes las llaves del coche en la mesa del salón. Acuérdate de todo lo que tienes apuntado en la lista. Intenta darle a Rachel la merienda antes de salir a por Louis. Cuando estéis todos en casa preparad algo de cena para vosotros. Regresaremos antes de las diez.”

El que le dejasen el coche para ir a la universidad era toda una novedad para él. Ya no recordaba ni siquiera la última vez. Además, después de lo sucedido tres días atrás con su padre, creía que estaría destinado a no volver a conducir el vehículo familiar nunca más, entre otras cosas. Se preguntó qué sería lo que sus padres tendrían que hacer esa tarde, pero no le dedicó más de cinco segundos a ese pensamiento. Estaba deseando volver a conducir.

El transporte de los Becker era una camioneta azul que, comparada con los modelos actuales, ya se había quedado algo anticuada. Pese a ello, nunca se les había estropeado y la consideraban ya como una reliquia familiar. A sus veinte años, aunque próximo a los veintiuno, casi podía contar con las dos manos las veces que había tenido la oportunidad de conducirla.

Jake estaba contento, y no dejó de sonreír durante todo el trayecto, disfrutando del aire fresco matutino a través del hueco de la ventanilla.

Nada más entrar al campus empezó a buscar un buen sitio donde estacionar. La camioneta era considerablemente grande, teniendo en cuenta que era de uso familiar, así que no le resultó tarea fácil. Encontró el hueco perfecto entre dos coches justo unos metros más allá, uno de los cuales era un coche rojo muy llamativo que acababa de aparcar. Con mucha destreza comenzó a maniobrar para dejarlo alineado entre los dos. Le encantaba maniobrar con la camioneta.

Justo cuando la tenía preparada e iba a dar marcha atrás, el sonido de una bocina le sobresaltó.

– ¿A dónde crees que vas con esa cosa? – escuchó de parte de una irritante voz femenina–. ¡Vas a rallarme la carrocería!

Jake se giró hacia su izquierda y miró por la ventanilla. La propietaria del coche rojo había salido de su interior y ahora trataba de impedirle su estacionamiento. Enseguida distinguió la corta melena de pelo teñida de rojo que tanto la caracterizaba. Era Emma Wathson, una chica de su clase a la que conocía más de lo que deseaba. Él hizo caso omiso de lo que le decía y continuó dando marcha atrás, rectificando la trayectoria de la camioneta para dejarla todavía más pegada al coche rojo. Por lo visto, era el más reciente regalo de una niña mimada.

– ¡¿Estás loco?! ¡Detente ahora mismo!

En un movimiento brusco realizó la última maniobra. Tuvo que salir por la puerta del copiloto ya que su puerta estaba a unos escasos centímetros del retrovisor del coche rojo, pero había conseguido crispar los nervios de la otra chica y solo por eso había merecido la pena. Salió plenteramente sonriente y, mientras se dirigía hacia la entrada de la facultad, Emma lo alcanzó para encararse con él. Se colocó justo por delante y le dio un empujón en el pecho, sin conseguir moverlo ni un centímetro.

– ¡Eres un cretino! ¡Si hubieses rozado mi coche tan solo un poco...!

– ¿Qué? –la interrumpió él–. ¿Qué pasaría si le hubiese hecho algo a tu nuevo juguetito?

Emma hizo un movimiento rabioso acompañado de un gargajeo y luego se alejó de él con los puños apretados y maldiciendo para sus adentros hacia el interior del edificio. Antes de entrar por la puerta se giró para decirle una última cosa, en forma de amenaza:

– Me las pagarás, Becker.

Él no le hizo ni caso. ¿Qué podía temer de una chica como Emma? Era demasiado remilgada como para mancharse las manos intentando devolverle la jugada.

Cuando entró a la clase de geología que le correspondía ese día, notó cómo el grupo de amigos del que siempre se rodeaba Emma se le quedaba mirando hasta que tomó asiento, en la tercera fila. Siempre solía sentarse en algún lugar en el que no hubiese demasiada gente alrededor, pues no le interesaba en absoluto relacionarse con los de su clase, generalmente un año menores que él.

Jake estudiaba Ingeniería Geofísica e iba un curso entero retrasado porque el año anterior se lo había tenido que pasar trabajando junto a su padre. Además, también había perdido la beca, así que solo había podido matricularse de cinco asignaturas ese año.

Ese día no le apetecía tomar apuntes sobre el magnetismo de la tierra. Se quedó absorto pensando en cómo iba a ser capaz de recuperar la confianza que su madre había perdido en él. Albergaba esperanzas de que ella lo perdonara, al igual que tenía la absoluta certeza de que su padre no lo haría, al menos a corto plazo. Era perfectamente consciente de lo que había hecho.

De pronto le vinieron a la mente los dos días que pasó en casa de Arabia, la amiga

de su hermana. Pensándolo bien, nunca habría imaginado semejante situación. Se llevaba con ella como el perro y el gato. Le molestaba mucho el hecho de que se pasase el tiempo hablándole de lo éticamente correcto que él siempre pasaba por alto, y eso era prácticamente lo que había hecho durante el año que había vivido en su casa. Pero visto de otro modo, ahora que ya no tenía que encararse con ella en casa, casi echaba de menos algunas de sus conversaciones. Realmente sus charlas le hacían reflexionar, aunque nunca se mostrase visiblemente de acuerdo con lo que le decía. Lo que más le recordaba era que se dejaba guiar demasiado por sus impulsos.

Esa impulsividad era la que le había hecho actuar de aquel modo esa misma mañana, en el aparcamiento. No le tenía miedo a una ricachona mimada pero tal vez había subestimado demasiado rápido a Emma Watson, una de las chicas más conocidas de toda la facultad. A veces el orgullo no le dejaba ver más allá.

Después de las clases fue a la cafetería a comprarse algo para comer. No era un lugar muy grande pero tampoco necesitaban más, ya que no eran muchos los estudiantes de Geofísica. Se sentó solo en una de las mesas que tenía más cerca.

Jake se sentía bastante apartado de la sociedad estudiantil. Como eran pocos los interesados en esa carrera, las clases solían ser grupos reducidos, apenas uno o dos por curso, y prácticamente todos se conocían. El hecho de que le afectase ser el único en ir retrasado de los de su quinta, le hacía todavía más sombrío y solitario. Muy poca gente repetía asignaturas y es más, los que lo hacían era porque más tarde se dejaban la carrera, es decir, que se pasaban a otros estudios al entender que aquello no era para ellos. El caso de Jake era distinto. A él sí que le gustaba lo que estudiaba y no solo eso, sino que a veces sentía que le explicaban montones de cosas que ya sabía, pues se había pasado mucho tiempo leyendo e investigando sobre cosas que le parecían curiosas. Pero la situación económica le impedía avanzar más rápido así que tenía que contentarse con aprender a pasos de tortuga.

Eran pasadas las tres de la tarde cuando salió de la facultad en dirección a la camioneta. Por suerte para él, el coche rojo ya no estaba. No tendría que hacer la peripecia de entrar por el asiento del copiloto.

Sin embargo, cuando se colocó frente a la puerta del conductor sintió que se le paraba el corazón. En toda la parte lateral izquierda, alguien había escrito con espray negro la palabra “chatarra”. Lo primero y casi único que pensó fue en cómo sería la reacción de su padre. Hasta le pareció que sentía miedo solo de pensarlo, un sentimiento bastante inusual en él.

Escuchó unas risotadas por detrás que le hicieron salir de su estupefacción interior. Al darse la vuelta se encontró justo con lo que imaginaba. Emma estaba en su coche parada cerca de la salida del aparcamiento del campus, con las cuatro ventanillas bajadas. Había más ocupantes dentro del vehículo, y todos parecían muy divertidos.

— ¡Te dije que me las pagarías! —le gritó Emma, desde la lejanía—. ¡Cómprate un coche nuevo!

Antes de que Jake pudiese replicar, la chica arrancó y se marchó de allí, llevándose también con ella todas las carcajadas de sus amigos.

— ¡Maldita zorra! —murmuró Jake, para sí.

Acababa de volverse a meter en un buen lío con su padre por culpa de una malcriada como ella. Se subió a la camioneta y arrancó para dirigirse a la guardería. Puso la radio muy alta para no tener que pensar en nada. Se detuvo frente a la puerta del colegio,

bajó del asiento y llegó hasta la entrada infantil por donde salían siempre los niños. Estuvo un buen rato parado esperando a que su prima saliera, hasta que cayó en cuenta de que el único esperando era él. Miró su reloj y blasfemó al aire al comprobar que todavía no eran ni las cuatro de la tarde. Faltaba más de una hora para que su prima y el resto de niños acabasen la jornada.

Se resignó y se sentó en un escalón cercano. Poco tiempo después, una chica joven salió por la puerta para dirigirse al edificio contiguo. Se quedó parada frente a Jake. Él levantó la vista al reparar en la presencia que tenía delante de sus narices y llegó a verle el cambio de expresión. Primero sorpresa, luego alegría, interrogación y, finalmente, decepción.

– Hola Nancy –dijo Jake, haciéndole un gesto con la cabeza.

Ella se quedó callada un rato más, sin devolverle el saludo. Jake la había reconocido enseguida. Era una de las profesoras infantiles que tenía su prima. Sin embargo, estaba convencido de que ella lo había confundido con otra persona.

La reacción de la chica le hizo bastante gracia, aunque no lo exteriorizó y puso cara de esperar la respuesta a su saludo.

– ¡Hola! –respondió ella, dando un pequeño saltito hacia atrás cuando Jake arqueó una ceja, en señal de impaciencia–. ¿Qué haces aquí? Quiero decir, ¿tan temprano? ¿Le ha pasado algo a tu madre?

Después de todo, Jake se arrepintió de haber iniciado la conversación con Nancy. Lo poco que conocía de ella era que podía ser terriblemente habladora.

– Me he adelantado. Miré mal la hora.

– Ah... Pues vaya, vas a tener que esperar ahí sentado todavía un buen rato más, ¿eh? Qué mala suerte.

Las palabras de la joven no habían sido en absoluto maliciosas, sino más bien inocentes. Pero Jake no tenía el humor para sandeces. Su mente volvió a recordar todo lo sucedido y rápidamente, la presencia de Nancy había pasado de divertirle a molestarle.

– Supongo que no es asunto tuyo, ¿no? –La chica abrió mucho los ojos tras escuchar aquellas palabras. No contento con ello, Jake continuó–. Cuando mi hermano Derek venga por aquí puedes probar con él tus conversaciones absurdas, que seguro que te son mucho más gratificantes. Conmigo no hace falta que te molestes. No quiero hablar. Espero a Rachel y luego me voy. Así de sencillo.

Nancy agachó la cabeza y no dijo nada más. Echó a andar y él se quedó allí sentado viéndola alejarse. Los remordimientos le acecharon la mente, pero es que nunca había soportado a Nancy. Le parecía una chica con muy pocas luces y solo su hermano era capaz de seguirle la corriente para no hacerla sentir mal. Desde que se había marchado, ella siempre preguntaba por él.

Derek era su hermano mayor, con el que muchas veces le confundían. Solo se llevaban once meses de diferencia, pero tenían un porte muy parecido.

El tiempo se le pasó bastante lento. Vio pasar a Nancy de nuevo, pero lo hizo tan deprisa que apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza antes de que ella desapareciese tras la puerta. Cuando por fin se hicieron las cinco en punto, se abrieron los dos portones y empezaron a salir niños cogidos de la mano. Su prima Rachel le vio y fue corriendo hasta él. Jake, por su parte, la cogió por las axilas y se la puso en el regazo. Tenía cinco años.

Fueron hasta la camioneta y la colocó en el asiento de atrás. Inmediatamente después volvió a poner en marcha el motor y fue en busca de un taller mecánico.

Necesitaba algún tipo de líquido desengrasante con el que pudiese quitar la pintada que le habían hecho.

En el único sitio que encontró le vendieron un líquido con el que volvió a casa muy poco convencido. Sacó al jardín el cubo de juguetes de su prima para dejarla allí entretenida mientras él intentaba disolver las letras.

La tarea no daba buenos resultados. A la media hora de estar frotando se dio cuenta de que lo único que conseguía era que aquel líquido que le habían vendido se comiera la pintura, pero la de la propia camioneta. Para cuando se percató de lo tarde que se le había hecho, había quedado un resultado nefasto. Las letras habían perdido un poco de intensidad, pero la carrocería estaba toda descolorida.

Sin más opción, dejó las cosas donde mismo estaban y volvió a meter a Rachel en la parte de atrás, para ponerse en marcha rumbo al instituto de Louis.

Su hermano menor lo estaba esperando, probablemente desde hacía ya rato, en el lugar donde siempre le recogían. Jake estaba seguro de que a su hermano no le haría ninguna gracia tener que soportar todo el trayecto de vuelta a casa con su presencia, pero a él tampoco.

– ¿Qué le has hecho a la camioneta? –preguntó Louis cuando Jake se colocó a la altura donde esperaba.

Desde fuera había podido leer la pintada que tenía. Él y muchos otros como él que salían también del instituto.

– Sube y no hagas preguntas –le ordenó su hermano, sin ni siquiera apartar la mirada malhumorada del frente de la calzada.

Una vez en el interior, y ya con el coche en marcha, Louis volvió a intentarlo una vez más.

– ¿Qué es eso de...?

– ¿No te dije que no hicieras preguntas? Limitate a no molestarme.

Se hizo el silencio en el interior. Louis giró la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla, aparentemente molesto.

– No tengo un buen día, ¿vale? –intentó excusarse Jake.

– ¿En serio?

La pregunta fue de lo más sarcástica así que no dijeron nada más en lo que quedaba de recorrido hasta la facultad de enfermería. La pequeña Rachel se puso a tararear la letra de una canción infantil que seguramente le habían enseñado esa tarde en la guardería.

Jake vio a Zane en la acera charlando animadamente con su mejor amiga. Subieron a la parte de atrás por el lado opuesto a la pintada, ambas, así que no se dieron cuenta de nada. Zane hizo un saludo general y continuó hablando un rato más con su amiga después de que se pusieran en marcha. Jake supuso que esa noche Arabia se quedaría en casa, de lo contrario no habría subido a la camioneta. Le resultaba extraño volver a verla, después de todo.

– Pero bueno, ¿se puede saber qué pasa aquí? –preguntó Zane, al cabo de unos minutos, durante los cuáles había reinado el silencio dentro del vehículo por parte del resto de los ocupantes.

Ninguno de los dos hermanos dijo nada.

– ¿Qué pasa Louis? –Lo intentó de nuevo, dirigiéndose ahora solamente al menor de sus hermanos–. ¿Habéis discutido de nuevo?

– No pasa nada.

Fue Jake el encargado de contestarle. Las manos le sudaban tanto que se le

resbalaban del volante.

– Pues entonces explicadme por qué estáis así de serios los dos. Si es por lo de la otra vez, deberíais saber que...

– A Jake le han hecho una pintada en la camioneta –delató Louis, interrumpiendo a su hermana–. En la parte de la izquierda –aclaró.

Jake dio un volantazo involuntario. El resto de los ocupantes se llevaron un pequeño susto.

– ¿Cómo? –Zane puso cara de interrogación.

Arabia bajó la ventanilla y se asomó sacando parte del cuerpo para comprobarlo.

– ¡¿Estás loca o qué?! –exclamó Jake.

– Pone CHATARRA –continuó Louis–. Verás cuando lo vea papá.

Ésta vez el volantazo sí fue voluntario, y además realizado para parar a un lado de la carretera. Se movieron hacia delante por el impulso.

Todos empezaron a hablar a la vez. Culparon a Jake por frenar de esa manera, al mismo tiempo que comentaban lo de la pintada. Arabia se llevó la peor parte por haberse levantado para mirar por la ventanilla. Para colmo, Rachel se había puesto a lloriquear por el susto.

– ¿Queréis hacer el favor de callaros de una vez? –gritó Jake, muy alterado y abriéndose el cuello de la sudadera para que le pasase algo de aire–. ¡Sí! Me han hecho una pintada en la camioneta, el único día que me dejan conducirla. ¡Sí! Ya sé que no debí haber dado ese volantazo y ¡Sí! Me la voy a cargar. Pero por favor, ¿os importaría no recordármelo?

Después de eso ya sí que nadie volvió a hablar hasta llegar a casa. Hasta Rachel se había quedado en silencio. Una vez allí, todos bajaron y se dirigieron hacia el interior. Jake vio como Zane se llevaba en brazos a su prima y entonces recordó que no le había dado la merienda.

– Zane, espera –dijo. Ella se dio la vuelta con indiferencia. Parecía bastante dolida–. ¿Podrías darle de cenar a Rachel? Tiene que estar hambrienta.

Se limitó a asentir con la cabeza.

– Y otra cosa. Mamá ha dicho que llegará tarde, y que nos preparásemos algo de cenar.

– Ya lo sé. Louis y yo también sabemos leer. Hemos visto la nota esta mañana.

Se dio la vuelta y continuó hacia el interior de la casa. Jake se quedó unos segundos apoyado en la camioneta. Genial. Ahora ellos también están enfadados conmigo, pensó para sí. La única que se dignó a mirarle a la cara, fue Arabia. Pero no se atrevió a decirle nada antes de que también se girase y entrara por la puerta.

Volvió a situarse frente al lado de la pintada. Definitivamente, todo el esfuerzo que había hecho por la tarde había sido en vano. Se le pasó por la cabeza comprar pintura azul, pero ya no le quedaba nada de dinero. Lo único que podía hacer ahora era esperar a que su padre lo viese y le diera una reprimenda.

Se quedó un buen rato sentado en el banco del porche, tomando el aire. Cuando entró en casa nadie le hizo el menor caso. Todos estaban cenando y charlando en la cocina. Jake subió las escaleras en dirección al cuarto de baño. Necesitaba darse una ducha.

El agua fría le sentó francamente bien. Una vez vestido de nuevo salió en busca de algo para comer. En la puerta contigua a la del baño estaba Rachel, asomada en el resquicio de la puerta de la habitación que compartían sus dos hermanos varones. Lo miró con sus enormes ojos, pero no dijo nada. Él pasó a su lado y le acarició la única mejilla visible

desde donde se encontraba. Era la única que no le guardaba nunca rencor.

Al bajar al piso de abajo encontró la cocina recogida y vacía, y un plato con un pedazo de carne fría sobre él. Cogió un poco de pan y se lo comió en silencio. Después recogió su plato, lo fregó y se tiró en el sofá a ver un rato la tele.

– ¿Y tus hermanos?

Jake se incorporó del asiento y se frotó los ojos. Se había quedado dormido. Sus padres acaban de llegar y había sido su madre la que había formulado la pregunta. Miró por la ventana y vio que ya había oscurecido. Se preguntaba qué hora sería.

– Arriba, supongo –contestó.

– ¿Y Rachel?

Jake hizo un gesto con la mano señalando hacia el piso superior, con desgana y sin apartar la mirada de la televisión. A veces pensaba que su madre le hacía preguntas estúpidas. ¿Dónde iba a estar Rachel si no? Su padre no dijo nada. Ambos continuaron hasta la cocina. Hablaban de algo, pero no les prestó atención.

Se levantó y subió por las escaleras silenciosamente, luego giró hacia la izquierda y entró en última puerta del pasillo, donde se situaba su pequeña habitación. Se tiró en la cama boca arriba y se quedó pensando en todo el asunto de la camioneta. Dudó en si debía o no contar lo ocurrido en ese mismo momento, pero no se atrevió. Pensó también en si debía disculparse con sus hermanos por su comportamiento, pero miró el reloj de su escritorio cuyas agujas señalaban las once y media de la noche y descartó la idea. Louis y Rachel ya deberían de estar dormidos, y Zane estaría conversando con su amiga.

Se incorporó fugazmente para quitarse la camiseta y se tumbó boca abajo para dormirse.

14 OCTUBRE 1986

A la mañana siguiente la puerta de la habitación de Jake se abrió con una velocidad alucinante. Se encendió la luz y no tuvo más remedio que darse la vuelta, con los ojos cegados por el resplandor. Antes de poder ver quién había entrado alguien lo estaba sujetando para que se levantara. Era su padre.

Lo llevó casi a rastras por el pasillo, le ordenó que bajase rápidamente por las escaleras y lo sacó a empujones hasta el jardín de la casa. Acto seguido, lo colocó justo delante de la camioneta. Su madre también estaba presente.

– ¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? –bramó su padre.

Jake no sabía qué decir. Se encontraba en medio de la urbanización, con los pantalones medio caídos y los ojos todavía pegados. Frente a él estaban las letras pintadas y descoloridas de la puerta del conductor. Empezó a frotarse los ojos con las muñecas.

– Estoy esperando una contestación –continuó su padre, quitándole las manos de la cara de un manotazo para que pudiese ver con claridad la pintada.

Jake miró a su padre y luego bajó la mirada, avergonzado. No tenía ni idea de cómo explicárselo. Su padre le sujetó la cara para que le mirase. Le hizo sentir ridículo y vulnerable, como cuando tenía diez años.

– Estoy esperando una contestación –repitió, con los dientes apretados.

– Paul, vamos a llegar tarde –intervino Sara–. No creo que esto tenga una rápida explicación. Será mejor que nos vayamos.

Paul hizo el amago de abalanzarse contra su hijo pero solo se quedó en el amago, a pesar de que Jake ya había retrocedido.

– Espero que tengas una muy buena explicación preparada para cuando volvamos.

Jake continuó parado sin decir nada en medio del jardín, hasta que sus padres se marcharon llevándose la camioneta. Volvió a reaccionar cuando la fría brisa de la mañana le puso los pelos de punta. Entró de nuevo en casa y subió a vestirse. Se topó en el pasillo con Arabia, que acababa de salir del baño. Ella se disculpó y se limitó a esquivarle. Cuando Jake entró en su cuarto cerró con un fuerte portazo.

Se le ocurrió una idea mientras empezaba a vestirse. Una idea de esas que tenía cuando estaba demasiado cabreado y que luego siempre resultaban ser malas ideas.

A pesar de ir a pie, ese día Jake llegó antes de lo habitual al campus. Fue hasta el parking en busca de un coche en concreto. Como todavía no había llegado se quedó allí, esperando. A escasos minutos antes de las 8:00 el coche rojo apareció, con Emma en su interior. Ella ni siquiera se dio cuenta de que Jake la observaba mientras aparcaba. La chica bajó del coche y se dirigió a la entrada de la facultad. Entonces él salió de su escondite y llegó corriendo hasta una de las puertas delanteras del vehículo, precisamente la del conductor.

– ¡Eh! ¡Emma! –exclamó.

La joven se dio la vuelta rápidamente y lo vio al lado de su coche, con unas llaves en la mano.

– ¿Qué te parece esto?

Jake empezó a pasar la llave por toda la puerta lateral. La chica se quedó con los ojos y la boca muy abierta, sin poder articular palabra alguna. Todos los alumnos que estaban en el exterior se quedaron contemplando la escena. Cuando acabó, Jake hizo caso omiso de las miradas y entró en la facultad, dejando allí plantada a la chica que tanto detestaba. Estaba claro que no se podía subestimar a Emma Watson, pero en esos momentos él tenía muy claro que con Jake Becker, tampoco se jugaba. Ella no podía ni imaginarse lo que tenía que afrontar él por la gracia de la pintada pero estaba seguro de que sin duda sería mucho menos de lo que a su rico padre le costaría arreglarle la rallada.

Después de la primera clase ya todos conocían su hazaña vengativa, y murmuraban por los pasillos cuando pasaba. Jake no sabía si murmuraban para bien o para mal, pero tampoco le importaba.

Llegó diez minutos tarde al aula de física donde tenía la siguiente clase y se sentó en una de las últimas filas. Le azotaba en la cabeza un único pensamiento, que era la forma en la que le iba a contar a su padre lo que había pasado, por eso no prestaba atención. Además, la clase en la que estaba era una asignatura del año anterior. A pesar de que se le daba muy bien la física, le habían suspendido por no haber entregado las prácticas de clase. Jake pasaba de esas estúpidas prácticas así que ese año se cogió la asignatura con una profesora que no las pedía y que, además, pasaba olímpicamente de él. Parecía incluso que le ignoraba. De no ser por eso, ni siquiera habría acudido a clase.

Pero entonces empezó a hablar sobre algo que le pareció muy interesante: el problema de los tres cuerpos. Jake ya había leído algo sobre eso antes y, por primera vez en lo que llevaban de curso, empezó a mostrar interés en lo que la profesora decía. Ella incluso

pareció percatarse de ello. Cuando salió de la clase su mente ya había vuelto a funcionar, como antaño, cuando se pasaba el día pensando y estudiando sobre alguna que otra ley física que se planteaba de vez en cuando.

Antes de irse pasó por la biblioteca y sacó unos cuantos ejemplares de libros que más tarde, cuando tuviese tiempo, leería. Se acordó también de que los martes había entrenamiento de fútbol así que se pasó por el campo para visitar a sus antiguos compañeros.

Hacía dos años que había dejado el equipo, o mejor dicho, le habían expulsado de él. A consecuencia de ello había perdido la beca. Lo echaba mucho de menos, pero no se planteaba volver. Primero por orgullo, y segundo porque en su casa nunca se sabía cuándo iba a tener que volver a trabajar.

Habían empezado el entrenamiento cuando él llegó así que no tuvo opción de saludar a nadie. Echó un vistazo desde la distancia y saludó a su ex-entrenador con un gesto de cabeza que éste le devolvió. Era un buen hombre, y había sido una muy buena influencia para Jake. Con él aprendió a controlar su ira sobre el terreno de juego por un tiempo, aunque le costó muchas peleas y sanciones conseguirlo.

De vuelta a casa, Jake se desvió de su recorrido habitual y exploró nuevas calles. Decidió pasar por un barrio al que nunca solía llegar.

No sabía porqué, pero algo le impulsaba a ir en aquella dirección.

Arabia acababa de llegar a una mesa para tomar el pedido de unos clientes que habían llegado. Eran dos hombres con pinta de banqueros.

Empezó a anotar en su bloc lo que iban a tomar y escuchó las campanitas de la puerta que sonaban cuando alguien entraba. Se giró para echar un vistazo y vio al recién llegado ya de espaldas, dirigiéndose a la barra. No puede ser, pensó para sí, dando unos pequeños pasos hacia atrás para intentar verle la cara.

– Disculpa... ¿Podrías añadir también una copa de coñac para después del café?

El cliente la hizo salir de un ensimismamiento que debió notársele, pues dio un respingo y volvió a situarse frente a él, desandando lo andando.

– ¡Por supuesto! –le respondió–. Entonces serán un cappuccino, un americano y una copa de coñac. ¿Todo bien?

Los hombres asintieron y ella volvió hacia la barra. Miró a sus dos compañeras, que cuchicheaban entre ellas mirando al desconocido. Al pasar por su lado las escuchó cómo discutían acerca de quién iba a ir a atender al joven. Entonces sí, Arabia le reconoció. Era Jake.

Estaba sentado cómodamente en el taburete de la barra, intentando poner un poco de orden al montón de libros que llevaba en su mochila, sacudiéndola hacia abajo. Una vez satisfecho, cogió uno de los ejemplares y lo abrió por la primera página. Apoyó su codo izquierdo sobre la barra y se puso el pulgar entre los labios. Desde donde estaba, Arabia tenía una vista perfecta hacia él, al igual que sus compañeras, Ellie y Kate.

Jake iba cómodamente vestido con una de sus características chaquetas deportivas

con capucha, con la cremallera subida hasta la mitad. Era azul oscura y debajo llevaba una camiseta casi del mismo color, pero un poco más clara. Su pelo alborotado le salpicaba la frente y tapaba casi por completo la oreja de su perfil derecho.

Nunca antes había estado en Purist Coffee, ni siquiera cuando todos los Becker acudieron para darle ánimos en su primer día de trabajo. Arabia deseó acercarse para saludarle, pero se le adelantaron. Sin darse cuenta, Ellie había llegado hasta él y le había preguntado tímidamente qué deseaba tomar. Jake se sobresaltó con su llegada, levantando la vista de su libro. Luego le dijo algo.

Su compañera volvió hacia ellas con la mirada sombría.

– ¿Y bien? –preguntó Kate–. ¿Qué te ha dicho?

– Nada –respondió Ellie, que se dispuso a limpiar un poco la barra con el trapo húmedo.

– ¿Cómo que nada? ¿Piensa quedarse ahí sentado, sin más?

– La está esperando a ella.

Ellie miró a Arabia, y después Kate también lo hizo.

– ¿A mí?

– ¿Le conoces? –preguntó Kate.

– Es el hermano de Zane --confesó, aparentando no darle demasiada importancia.

– ¿El hermano de Zane? ¿Pero cuántos hermanos tiene?

– Tres.

Arabia se acordó de los clientes a los que hacía diez minutos les había tomado nota y los miró. Ellos la miraban impacientados. Sin dudarle, se dirigió deprisa hacia la cafetera y recordó lo que le habían pedido para servirles de inmediato. Cuando llegó a la mesa con la bandeja de los cafés, los dispuso delante de ellos y se disculpó por el retraso, muy avergonzada. Justo después las campanitas de la puerta volvieron a sonar y un grupo de jóvenes, aproximadamente ocho o nueve, entraron por la puerta.

Se volvió para mirar a sus compañeras. Kate estaba anotando el pedido de otra mesa y Ellie se había metido dentro de la cocina. No tenía más remedio que ser ella la que les sirviera. Se frustró un instante por la molesta coincidencia. Hacía media hora no había tenido nada que hacer en la cafetería, y ahora todos llegaban de golpe.

Fue hasta la barra lo más deprisa que pudo y se colocó frente a Jake.

– Hola –dijo, mirando de refilón cómo los recién llegados se iban acomodando en las mesas.

Él levantó la mirada y clavó sus ojos en ella. Le pareció que hacía una pequeña mueca en forma de sonrisa.

– Hola.

Arabia se quedó mirándole con los ojos muy abiertos, pues él no le dijo nada más. Pareció notarle que entreabría la comisura de sus gruesos labios para añadir algo, pero no lo hizo. Así pues, ella contempló su rostro bien de cerca.

Jake tenía dos únicos lunares muy peculiares en la cara. Uno justo arriba de la parte derecha de su labio superior, y otro debajo del ojo izquierdo. No eran muy grandes, pero le quedaban agradablemente bonitos.

Kate la llamó desde el otro lado haciéndole señas hacia la mesa de los recién llegados. Arabia meneó la cabeza volviéndose a concentrar en su trabajo y finalmente dijo:

– ¿Vas a tomar algo o voy a...?

– No, tranquila, continua con lo que tengas que hacer. Solo quería charlar un rato.

– Oh, vaya. Pues me temo que no has escogido una buena hora para hacerlo.

– No importa, puedo esperar.

Él volvió a bajar la cabeza de nuevo hacia su libro. ¿Solo quería charlar un rato? ¿Con ella? No tenía tiempo para pensar en ello. Inmediatamente se dirigió hacia los nuevos y jóvenes clientes y continuó con su trabajo.

Para su fastidio, esa tarde hubo bastante más gente de lo habitual.

A las ocho y media, cuando todo parecía volver a la normalidad, Jake se levantó de su asiento y empezó a recoger sus cosas. Arabia se le acercó rápidamente.

– ¿Ya te vas? –le preguntó, casi alterada.

– Sí.. Mi padre ya debe de estar de vuelta. No le hará demasiada gracia no encontrarme en casa –respondió–. Nos vemos.

Le hizo una mueca amistosa con la cara y levantó la mano para despedirse. Dio unos golpecitos sobre el mármol de la barra y luego se volvió hacia la puerta. Ella no le dijo absolutamente nada.

Cuando se fue se quedó un buen rato pensando sobre qué sería lo que Jake querría conversar con ella. Pero era cierto lo que había dicho, si su padre volvía a casa y no le encontraba allí iba a ser todavía peor.

Su amiga Zane le había hecho un claro resumen de todo lo que había pasado hasta entonces. Le contó que, cuando Jake volvió a casa el domingo por la tarde fue su madre la que le abrió la puerta. Se quedaron mirándose fijamente hasta que ésta le dio una fuerte bofetada para luego terminar abrazándole. Tal y como ella había supuesto, Sara debía haber estado muy preocupada por su hijo. Zane le contó también que su padre no le dirigió ni una sola palabra. El ambiente estuvo muy tenso durante toda la noche e incluso su madre le pidió a Jake que cenase en su habitación. Su padre no quería verlo ni en pintura.

Al día siguiente, en la universidad, su amiga le dijo que se quedase a dormir en su casa y como no tenía demasiadas cosas que hacer aceptó la propuesta. Jake fue quien las recogió, en la vieja camioneta azul de la familia. En cuanto subieron y se pusieron en marcha, Arabia se dio cuenta de que Jake estaba otra vez metido en problemas. Al parecer, alguien le había hecho una pintada en la puerta del conductor que decía “chatarra“. Entonces, como todos se pusieron a hablar sobre ello, Jake dio un volantazo para pararse a un lado de la carretera y pedirles que dejasen de mencionarlo. Les gritó mucho, pero por primera vez, Arabia no sintió que debiera reprochárselo. Sabía muy bien que lo de la pintada no iba a mejorar en absoluto las cosas con su padre. Sin embargo, Zane y Louis se enfadaron muchísimo con él.

Ahora se preguntaba a toda costa quién habría sido el encargado de hacerle semejante guarrada a la camioneta. Había que tener muy pocos escrúpulos para hacerlo, pues la broma le parecía de muy mal gusto.

Cuando Arabia empezó a recoger la cafetería, próxima la hora del cierre, Jake llegaba a casa.

Su padre ya le estaba esperando sentado frente al televisor cuando él entró por la puerta. Dejó su mochila a un lado y se sentó lo más dignamente posible en el otro sofá que quedaba a la parte derecha, formando una “L” entre ambos. Parecía que estaban solos.

– ¿Y bien? ¿Qué tienes que decirme al respecto? –preguntó Paul, yendo directo al grano.

– Empezaré desde el principio...

Jake relató los hechos del día anterior tal y como habían sucedido, empezando por su llegada al aparcamiento. Se empezó a sentir un poco infantil mientras narraba la historia de su comportamiento, algo que no había analizado hasta ahora. Cuando acabó, hubo una pausa. Segundos después su padre empezó a gritar recriminándole lo estúpido que era. Además, dijo algo que le hizo temblar de verdad.

Al parecer, Emma le había contado su versión de la historia también a su padre, que precisamente, era uno de los jefes del suyo. El padre de Jake había sido informado en su puesto de trabajo de que su hijo le había rayado el coche a la hija de Frederic Wathson. Él mismo le había hecho llamar a su despacho para hablar de lo sucedido.

– ¡Pero ella pintó nuestra camioneta! –intentó defenderse Jake, cuando su padre le dijo que tendrían que acarrear con los gastos de la reparación de la chapa.

– ¡¿Cómo puedes ser tan inconsciente?! –Su padre se levantó y lo cogió del brazo para colocarlo frente a él–. Es la hija de Frederic Wathson. ¡La hija de uno de mis superiores! Y por si fuera poco, uno de los más importantes de toda la fábrica. ¿Te das cuenta de que podrías haber conseguido que me echasen de la empresa? ¡¿En qué demonios estabas pensando?!

En ese momento llegó su madre y el resto de los componentes de la familia. Ésta le dijo a sus hijos que subiesen a sus habitaciones y así lo hicieron. Zane se llevó a la pequeña Rachel con ella escaleras arriba.

Ni Jake ni su padre apartaron la mirada el uno del otro. Sara se acercó hasta a ellos y los separó empujándoles suavemente por el pecho. Luego les ordenó que tomasen de nuevo asiento.

– ¿Quieres saber por qué tenemos una pintada en nuestro coche, cariño? –preguntó Paul, en un tono de voz falsamente pacífico–. Adelante Jake, cuéntale a tu madre lo mismo que me has contado a mí.

Pero él se negó a hablar. Ya le había dejado su padre bastante en ridículo como para volver a tener que explicarse delante de su madre.

– Bien, pues si tú no vas a decir nada, lo haré yo –continuó Paul–. Al muy idiota de tu hijo no se le ocurrió otra cosa que molestar a la hija de Frederic. Según él, lo único que hizo fue aparcar al lado de su coche, dejándolo justo al límite de su retrovisor a pesar de que la chica le pidió que no lo dejase tan cerca por miedo a que estropease su nuevo y reluciente Volkswagen. Sin embargo, él dejó nuestra camioneta a unos escasos centímetros, por el placer de fastidiarla. Es por eso que la chica nos hizo la pintada en la puerta de la camioneta.

– ¿Por eso le hicieron la pintada? –preguntó Sara, bastante extrañada–. ¿Eso es todo?

Jake levantó la vista esperanzado por la intervención de su madre.

– No cariño, era solo eso hasta hoy. Si Jake no hubiese vuelto a molestar a esa chica las cosas se hubiesen solucionado mucho más rápido. ¿Pero qué ha pasado? Que estando en el trabajo ha llegado el secretario de Wathson diciéndome que acababa de llamarle su hija desde la universidad, porque mi magnífico hijo le había rayado con una llave la puerta de su flamante coche nuevo.

Sara miró a Jake, incrédula, y éste se avergonzó todavía más.

– Ahora Wathson quiere que le pagemos la reparación del coche de su hija, o me

lo descontará del sueldo.

– ¡¿Qué?! ¿Y qué hay de nuestra camioneta? –intervino Jake.

– Wathson pondrá solución a lo nuestro mañana mismo, pues me ha ordenado dejar la camioneta en un taller cercano a la fábrica. Ahora nosotros tenemos que poner solución al coche de su hija. Pero desde luego, no voy a preocuparme por eso porque ya sabemos quién correrá con los gastos de la reparación, ¿verdad, Jake?

– ¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?

– Eso mismo será lo que descubras mañana, cuando acudas a casa de esa chica a que te encomienden tu trabajo. Aquí tienes la dirección –dijo, tendiéndole una nota a Jake con la descripción de la calle.

– ¡¿Cómo?! –Jake no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Estrujó la nota cerrando el puño–. No pienso ir a la casa de los Wathson, y mucho menos trabajar para ellos.

– Ya lo creo que lo harás –sentenció su padre.

– ¿Y qué hay de Emma? ¿Vendrá ella aquí?

– Por supuesto que no, ¿acaso eres sordo? Frederic va a pagar íntegramente la reparación de la camioneta –Paul fue muy claro–. Si me hubieses contado lo sucedido antes de actuar por tu propia cuenta...

– No me vengas con esas –le interrumpió Jake–. ¿Crees que si te hubiese dicho que Emma Wathson nos había hecho la pintada, habrías sido capaz de irle con el cuento a tu jefe? Ni siquiera me habrías creído.

Paul no le dio tiempo a su hijo de continuar replicando. Se levantó y le ordenó que no se le ocurriese mencionar nada más al respecto. Sara lo miró por un momento y también se levantó.

Antes de irse añadió:

– Deberías aprender a ser más prudente, hijo.

Jake subió a su habitación, muy enfadado, y muy en desacuerdo con su castigo. Ahora tendría que rebajarse a ir a casa de alguien a quien odiaba para poder solventar el gasto de aquella reparación. Sentía tanta rabia que pegó un golpe seco en la pared del pasillo con el puño cerrado, consiguiendo hacerse daño en los nudillos.

Y todo por culpa de esa familia. Los Wathson eran los responsables de una de las mejores empresas de soldadura de Utah, donde su padre había conseguido trabajo hacía cinco años. El padre de Emma era uno de los directores que trabajaban allí, por ser primo del fundador.

Con todo eso, la familia de esa chica estaba muy por encima de la suya.

31 OCTUBRE 1986

Eran las tres de la tarde del último viernes de octubre y acababa de aterrizar. Derek iba ahora de camino a la salida con la maleta roja de mano rodando tras él. Vio a su madre y a su hermana esperándole con el coche en marcha.

Acababa de llegar de Florida, donde estudiaba, después de haber pasado fuera

mucho tiempo. Generalmente solía pasar un fin de semana en casa cada mes o mes y medio, dos a lo sumo. Pero ahora estaba en el penúltimo año de la carrera de derecho, y el estudio y el trabajo a tiempo parcial que había aceptado en la cafetería de la universidad, le impedían tomarse fines de semana libres para visitar a su querida familia.

Desde lo lejos vio como su hermana se repantigaba en el asiento del copiloto y miraba en dirección al aeropuerto. Fue entonces cuando le vio. Derek pudo apreciar su cara de sorpresa. Bajó deprisa de la camioneta y se dirigió corriendo hacia él ondeando su lisa melena castaña, muy parecida a la de él, pero mucho más larga. Cuando ya estaba cerca abrió los brazos y se lanzó a abrazarle. Derek agradeció la cálida bienvenida y le dio una vuelta en el aire como si fuese una niña pequeña, que a sus diecinueve años, de pequeña ya no tenía nada. Eso sí, seguía siendo ligera como una pluma.

– ¡Por fin has vuelto! –le dijo–, ¿hasta cuándo vas a quedarte?

La pregunta le tomó por sorpresa y casi se sintió culpable cuando contestó.

– Solo puedo quedarme hasta el domingo... Pero prometo pasar todo el tiempo con vosotros.

Su hermana puso cara de decepción, pero sabía que no dependía de él. Fueron juntos sujetos por el brazo hasta el coche, donde su madre les esperaba apoyada en el salpicadero. Le dio un tierno beso en la mejilla y le acarició el pelo.

– Te hemos echado de menos.

Cuando llegaron a casa todavía no había nadie más. Derek subió a su habitación para tirarse en su vieja y añorada cama, y se dio cuenta de que un osito rosa de peluche le estaba esperando: su prima Rachel debía de haber pasado por allí. La cama de enfrente, la de su hermano Louis, estaba deshecha. Pensó que seguramente se había vuelto a quedar dormido por la mañana y que habría tenido que salir a toda prisa. También le había echado de menos a él y a las conversaciones de adolescente que solían mantener cuando estaba en casa. Louis cumpliría en pocos días dieciséis años, y él, a solo tres meses de cumplir los veintidós, se había pasado la mayor parte de sus años dándole consejos. Se preguntó si después de tanto tiempo tendría algo nuevo que contarle. Esperaba que sí.

Su hermana entró en la habitación e interrumpió sus pensamientos.

– Mamá pregunta que si te importaría ir a recoger a Rachel a la guardería. Nosotras tenemos que ir a hacer unas compras.

– Por supuesto que no.

Acompañó a su hermana hasta el piso de abajo y su madre le agradeció que le hiciese el favor entregándole las llaves del coche.

– Después de eso, tienes que ir a esta dirección –añadió, tendiéndole un papel escrito a mano.

– ¿Valley Street, 57? –preguntó extrañado. Conocía muy bien qué tipo de casas había en Valley Street–. ¿Qué se supone que tengo que hacer allí?

– Recoger a Jake, a las seis.

Derek puso cara de interrogación pero su madre se limitó a encogerse de hombros. Vio como ella y su hermana se miraban antes de marcharse. Rieron y se despidieron de él. ¿Qué hace Jake en una urbanización de ricachones?, se preguntó.

Faltaban escasos minutos para las cinco de la tarde así que se apresuró a subir en la camioneta para ir al colegio de su prima pequeña, como en los viejos tiempos.

Al llegar a la entrada del centro escolar vio a una de las profesoras agachada y hablándole a Rachel, la cual parecía muy enfadada. Mantenía las cejas apretadas y los

brazos cruzados.

– ¿Qué sucede? –preguntó Derek cuando llegó hasta ellas.

La profesora se giró para mirarle y se levantó enseguida. Su prima le vio pero se quedó apoyada en la pared.

– ¡Caray! –exclamó la joven–. ¡Cuánto tiempo hace que no te veíamos por aquí! ¿Cómo has estado?

Derek empezó a charlar con la joven profesora, a la que conocía desde que Rachel empezó a ir a la guardería. Se llamaba Nancy. Le contó que Rachel había peleado con una compañera porque no le había devuelto unos colores que le había prestado y luego él le explicó por qué había tardado tanto en volver. Cuando se despidieron, ella le dedicó una mirada muy agradable. Le pareció que estaba muy contenta con su regreso.

Derek siempre era muy simpático con todo el mundo, incluso con las chicas que no le atraían lo más mínimo. Tal vez, especialmente con ellas, pues notaba que las hacía sentir especiales. Tenía una sonrisa cautivadora, él lo sabía, y solía hacer uso de ella la mayor parte del tiempo. Era su mejor baza, sin duda, pero se obligaba a utilizarla con suma modestia.

Cogió de la mano a la enfurruñada Rachel y fueron hacia la camioneta. Aunque intentó de muchas formas que su prima dejase de estar enfadada, no lo consiguió. La niña ni siquiera estaba sorprendida de verle.

Entonces se pusieron en marcha de camino a Valley Street.

Aparcó justo delante del número 57 de la amplia avenida. No podía ver demasiado porque la casa estaba rodeada de setos perfectamente cortados detrás de las vallas. Después de un rato esperando y sin conseguir que su prima charlase con él, se preguntó si tendría que llamar al timbre para que su hermano saliera. Le dijo a Rachel que no se moviera y bajó de la camioneta con la intención de dirigirse hacia la entrada. Cerró con llave para mayor seguridad. Sin embargo, no le hizo falta llegar hasta el timbre.

Jake salió por la puerta de acceso al garaje que quedaba a la derecha. Iba vestido de una forma muy rara, con un peto vaquero y unas botas de pescador color caqui. Llevaba su mochila colgada de un hombro y se giró justo en dirección contraria a la que Derek se encontraba, hacia la parada de autobús.

– ¡Ey! –exclamó, para reclamar su atención.

Jake se dio la vuelta. Luego se quedó un buen rato mirándole fijamente, como si lo estuviese desafiando. Finalmente caminó hacia él y cuando ya estaban en frente el uno del otro se chocaron la mano y luego el puño. Era la forma que tenían ambos de saludarse con sus compañeros de equipo y hacía ya años que la usaban entre ellos.

– Al final te has decidido a volver –dijo Jake, una vez subieron a la camioneta.

No era una pregunta, sino una afirmación. Llevaban más de tres meses sin verse y era lo único que se le ocurría decirle. Ni siquiera un “¿Qué tal? ¿Cómo te va en tu nuevo trabajo?”. A Jake todo lo que le sucediera en Florida nunca parecía importarle.

Mientras le explicaba a su hermano el porqué de su larga ausencia, éste se giró hacia el asiento de atrás donde estaba Rachel y con un gesto le indicó que se pasase hacia delante por el hueco que quedaba entre los asientos. Ella obedeció sin rechistar y acurrucó su pequeño cuerpo al lado de él. Entonces Jake le pasó el brazo por detrás y apoyó la mano en su cabecita. Le parecía increíble como esos dos se compenetraban tan bien.

– Y entonces, un día, me enteré de que el anterior chico que atendía en la cafetería se había marchado. Se me ocurrió que tal vez yo podría ocupar su puesto, a pesar de que

nunca había trabajado de nada parecido. A decir verdad, nunca antes había trabajado, en nada. Pero pensé que si Ari pudo hacerlo, yo también iba a ser capaz. Así que me armé de valor y fui a hablar directamente con la encargada que había en ese momento. Me dijo que me haría una prueba y dos días después, ya estaba trabajando. Ya he cobrado mi primer sueldo y la verdad es que me siento muy satisfecho conmigo mismo. No es mucho, pero al menos me da para los gastos y para empezar a ahorrar, ya que con la beca ahora solo tengo para la matrícula y la residencia.

Cuando Derek acabó de relatarle los giros más importantes que había tomado su vida, llegó incluso a pensar que había estado hablando consigo mismo. Su hermano se limitaba a mirar por la ventana con la cabeza apoyada en ella y Rachel se había quedado dormida bajo su regazo.

– Bueno ¿y qué hay de ti? ¿Vas a contarme a qué se deben esas pintas y qué hacías metido en esa casa?

Jake se giró para mirarle, muy serio.

– ¿Qué? No me mires así, solo te he hecho una pregunta.

– Venga Derek –le respondió Jake– No me vengas ahora con preguntas idiotas.

– ¿Qué?

– No me creo que ni mamá ni Zane te lo hayan contado ya. Ellas adoran hablar contigo por teléfono y contarte absolutamente todo lo que pasa por aquí. No voy a consentir que te burles de mí.

En esa primera parte su hermano tenía razón. Sin embargo, no sabía nada de por qué Jake había salido disfrazado de algo parecido a un granjero en una de las urbanizaciones más adineradas de la ciudad. La última noticia que había tenido de él había sido acerca de la violenta pelea que había tenido con su padre. Algo que le había dejado boquiabierto cuando su madre se lo contó.

– Mira, no tengo ni idea de qué hacías ahí metido, pero no importa. Si no quieres contármelo ya me enteraré en otro momento.

Derek y Jake se llevaban meses de diferencia. Habían nacido el mismo año solo que uno a finales de enero, y otro el último día de diciembre. Cuando eran pequeños solían pasar por hermanos mellizos a pesar de que Derek siempre había sido el mayor. Tenían bastante parecido físico a primera vista, pero eran totalmente distintos. Derek tenía el pelo castaño bastante lacio, ojos pardos como los de su madre y mandíbula grande. Tenía los dientes perfectos y su sonrisa era cegadora. Siempre había sido el galán de la familia, y se parecía a su madre, al igual que su hermana Zane. Tenía además un tono de piel color canela muy suave, un color que a Jake se le acentuaba muchísimo más, pues era el más moreno de toda la familia. Jake tenía unos ojos muy peculiares, de un color azul oscuro que según decían había heredado de su difunto tío, el padre de Rachel. Además tenía los labios gruesos heredados de alguna genética familiar lejana. Él, junto con Louis, era el más parecido físicamente a su padre. Tenía el pelo siempre alborotado y de un color castaño más oscuro. Lo único que sí compartían ambos era un lunar estéticamente agradable debajo del ojo izquierdo, y la apariencia física de hombros anchos, igualita a la de su padre, aunque Jake tenía la musculatura mucho más desarrollada debido a los largos años dedicados al fútbol americano.

Desde bien pequeños habían sido como dos polos opuestos. Derek el niño responsable, educado y de sobresalientes en el colegio. Jake el rebelde que siempre andaba metido en líos. Pocas veces habían jugado juntos a pesar de los intentos. Habían compartido habitación obligatoriamente por falta de espacio hasta que se mudaron a la que era su

ciudad actual, en Utah, cinco años atrás, a la casa de su difunta abuela materna. Entonces sí, Jake consiguió lo que siempre había deseado, un cuarto para él solo. Derek en cambio se quedó en la habitación grande con su hermano pequeño. No le había importado en absoluto. Después de eso, Jake se volvió muchísimo más reservado de lo que entonces era.

Cuando llegaron a casa, su madre y su hermana ya habían vuelto. Jake dejó a Rachel en el sofá, la arropó con su chaqueta y subió directamente al cuarto de baño, probablemente con intenciones de darse una ducha y de quitarse esas pintas. Derek se quedó abajo, en la cocina, donde las únicas mujeres de la casa charlaban animadamente. Había además varias bolsas de tienda de moda esparcidas por el suelo.

– Mira esto, Derek –le dijo su hermana, colocándose por encima de la ropa su última adquisición.

Era un vestido de raso de color lila brillante. Imaginó a su hermana con él puesto y no le desagradó la imagen.

– ¿Te has comprado un vestido de gala? ¿A dónde vas a ir?

– ¡Es para el baile de invierno!

– Pero, ¿cuándo es?

– A principios de diciembre.

– Tu hermana tenía mucha prisa por hacerse con el traje –añadió su madre–. Ya le he dicho que no puede arrepentirse con la compra cuando se aproxime la fecha.

– Y no lo haré. Me enamoré de este vestido desde el primer día que lo vi.

Zane apretó el vestido contra su pecho y guiñó toda la cara para soltar una exclamación de alegría.

– ¡Voy a probármelo! Quiero que me des tu opinión.

Cuando Zane desapareció escaleras arriba, Derek se dirigió a su madre.

– ¿Podrías decirme por qué he ido a recoger a mi hermano a Valley Street y por qué ha salido de una casa magnífica disfrazado de granjero? No ha querido contarme nada.

– ¿Granjero? –Sara rio–. Yo diría, más bien, jardinero.

Su madre le contó lo sucedido empezando por una pintada que le habían hecho a la vieja camioneta el lunes de la semana anterior. Continuó con las represalias que Jake tomó contra el coche de la chica que se la había hecho, incluyendo que esa chica era nada más y nada menos que la hija de uno de los superiores de su padre. Así pues, Jake tenía que ir a cumplir con su castigo: trabajar en el jardín de los Wathson como ayudante, hasta que se considerase saldada la deuda. A Derek todo le pareció muy surrealista. ¿Cómo se las apañaba su hermano para meterse en tantos líos? Era increíble la facilidad que tenía para ello.

– No me extraña que no le apeteciese contarme nada. Debe de estar muy avergonzado. Y muy enfadado.

– Ya debería saber lo que se hace –dijo alguien detrás de él.

Al darse la vuelta vio a su hermano Louis. Derek se sorprendió por sus palabras y su madre incluso le recriminó que hablase de aquella manera. No había pensado en ello, pero Louis también debía de estar muy enfadado con Jake.

Apenas le dio tiempo a darle un abrazo y a torcer unas pocas palabras con su hermano menor porque enseguida bajó Zane apresuradamente por las escaleras.

Llevaba el vestido puesto y se colocó justo delante de ellos:

– ¿Y bien? ¿Qué os parece?

A Derek le pareció que estaba maravillosa. El color del vestido resaltaba mucho con

su color de ojos, verde claro. Su madre se acercó hasta a ella muy orgullosa y le recogió el pelo en forma de moño. La cosa mejoró todavía más.

– Estás preciosa, Zane –confesó Derek, siendo totalmente sincero.

– ¿Qué haces así vestida?

Jake bajó tras ella y se acercó también a ellos, todavía con el pelo mojado y revuelto después de la ducha.

– Es para el baile de invierno. Me lo ha regalado mamá por mi cumpleaños. ¿A que es bonito?

Derek vio como su hermano contemplaba a su hermana con recelo. No parecía gustarle demasiado su aspecto.

– ¿No es demasiado provocativo?

Ella se echó a reír, pero lo cierto es que tenía su parte de razón. Derek miró el escote de su hermana y, a pesar de que tenía poco pecho, era muy insinuante.

– No digas bobadas. Es un vestido de fiesta.

– Bueno, pues a mí no me gusta. No te queda bien –insistió Jake.

Aquellas palabras afectaron mucho a Zane, pues su sonrisa se esfumó por completo. Luego echó a correr por las escaleras y desapareció de la estancia.

– ¿Por qué has tenido que decir eso? –le dijo su madre, indignada.

– ¿Decir el qué? Si no me gusta, no me gusta.

– El vestido le quedaba genial, Jake –dijo Derek-, ¿cómo puedes tener tan poco tacto?

– Oye, no he dicho nada malo, solo he dado mi opinión. Me parece genial que a vosotros os guste, pero a mí no.

– Cada día me decepcionas más, hijo.

Su madre sentenció la conversación y también subió por las escaleras. Seguramente iría a hablar con Zane. Louis hizo un mal gesto y también desapareció. Derek y Jake se quedaron a solas en la cocina.

– Lo que has dicho estaba completamente fuera de lugar.

– Si a ti te parece que ese es un buen vestido para que tu hermana pequeña vaya a una fiesta universitaria, me parece estupendo. A mí no me hace ninguna gracia que todos la baboseen. Sé muy bien cómo son esos bailes, y tu también.

Jake le lanzó una mirada muy inquietante a su hermano, tal vez recordando la última vez que asistieron a uno de esos bailes juntos. El propio Derek había acabado cortejando a una chica que le gustaba, sin saber que a Jake le gustaba también, por supuesto. Le pareció absurdo que le reprochase algo de hacía tantos años.

– Tu hermana pequeña ya ha cumplido los diecinueve, y está en segundo de carrera.

– Me da igual los años que tenga. Odio ese tipo de eventos y a toda la gente que asiste a ellos.

– De veras, no puedo creer que estés hablando en serio.

Jake se tiró en el sofá dando por zanjada la conversación. A Derek le parecía que su hermano estaba teniendo un comportamiento mucho más extremista de lo habitual. Solía ser malhumorado, pero no hasta tal punto.

Pero a fin de cuentas, ya tenía bastante él con sus cosas como para estar pensando también en los posibles problemas de los demás. Todavía no había comentado nada, pero tenía una noticia muy importante que dar. Por eso también había decidido volver a casa.

Poco después su padre volvió a casa. Iba a celebrarse la cena de empresa de la

fábrica Wathson así que él y su madre se arreglaron rápidamente y se marcharon hacia el restaurante donde iba a celebrarse. A Derek siempre le había llamado la atención que la empresa realizase la cena el mismo día de Halloween.

La casa se quedó bastante vacía sin ellos esa noche, y muy rara, especialmente por lo que había sucedido en relación al nuevo traje de su hermana. Decidió subir a hablar con ella, para decirle que no tenía que hacer ningún caso a los comentarios de Jake, y que el vestido era precioso.

1 NOVIEMBRE 1986

Emily iba pedaleando alegremente en su preciada bicicleta. Era la antigua bicicleta de su madre, que se la cedió a ella cuando tenía diecisiete años. Ya habían pasado más de tres años desde entonces, pero la conservaba como si fuese su mayor tesoro.

Se dirigía a casa de su padre y había salido hacía apenas unas horas de la confitería donde trabajaba.

Dobó una calle hacia la izquierda y se adentró en la amplia avenida donde antiguamente vivía, Valley Street. Canturreaba una canción que sonaba a través de sus auriculares. Le gustaba mucho sentir la brisa del aire otoñal en la cara, sobre todo cuando iba en su contra y le lanzaba su corta y pelirroja melena hacia atrás. Hoy la llevaba recogida en una coleta, pero se le caían algunos mechones que se había colocado cómodamente detrás de las orejas.

Cuando llegó al número 57 se apeó de la bicicleta, sacó las llaves de su bolso y abrió la verja. Caminó unos pasos más y dejó la bici apoyada en unos arbustos. Al dirigirse hacia la entrada de la casa vio a un joven con peto vaquero cavando hoyos muy cerca de los viejos rosales. Ella misma había plantado aquellos rosales junto a su madre cuando era niña. Cayó en la cuenta de que aquel joven debía ser el chico que había rayado la puerta del coche de su hermana, pues se había enterado de lo sucedido y del castigo que le habían impuesto gracias a la doncella. Se preguntaba por qué lo habría hecho. Tal vez por ganas de fastidiarle un coche tan llamativo, o tal vez porque su hermana le hubiese molestado primero. Algo le decía que era más bien lo segundo.

– Hola –le dijo.

El chico se sobresaltó al escucharla y casi le sintió palidecer cuando la miró a la cara. Ni siquiera le devolvió el saludo y Emily descifró la mirada de asombro que le dedicaba con los ojos muy abiertos.

– Déjame presentarme –dijo, ofreciéndole su mano-. Me llamo Emily –Hizo una pausa y continuó-. Y tú debes de ser Jake Becker.

Le había oído a su hermana mencionar su nombre en alguna que otra ocasión así que no le resultó extraño que fuese él el causante del incidente.

El chico se incorporó y le correspondió con el saludo quitándose uno de los guantes y estrechando su mano. Eso la intimidó. Debía de medir al menos un metro noventa, una altura considerable en comparación a su escaso metro sesenta.

– Emma y tu...

– Emma y yo somos hermanas. Sí –le cortó Emily, con su particular simpatía–.

Gemelas, para ser exactos.

Jake seguía sin dejar de mirarla, con cara de asombro. Ella rio en voz alta, divertida. Obviamente, no era la primera vez que alguien se sorprendía por el gran parecido que ambas tenían. De no ser porque su hermana iba siempre ultra maquillada, se había teñido su anaranjada melena por un rojo mucho más intenso, y porque era un poco más bajita, casi se podía decir que eran clones. Sin embargo, no tenían nada en común, al margen del parecido físico.

Emily decidió seguir con la conversación para que el chico se relajara y volviese a la normalidad.

– ¿Para qué son esos hoyos que estás haciendo?

– Para una flores, creo –le contestó–, pero espera un momento. Llevo casi una semana aquí, ¿cómo es que nunca antes te había visto?

Por un segundo, Emily creyó que Jake pensaba que le estaba tomando el pelo. Volvió a reír.

– Porque no vivo aquí, sino a las afueras. Solo vengo algunos sábados, y casi todos los domingos. Trabajo los fines de semana en una confitería que me pilla por el centro así que vengo a visitar a mi padre y al resto de los empleados cuando acabo.

No tenía por qué dar explicaciones, pero tampoco le importaba. Emily era una chica transparente. Al fin y al cabo, nunca tenía nada que ocultar.

– Creo que te estoy retrasando así que será mejor que entre en casa. Ha sido un placer.

– No hace falta que te molestes en entrar –dijo alguien, tras ellos–. Papá no está.

Al volverse vio a su hermana plantada de brazos cruzados en la entrada.

– ¿Cómo que no está? Pero si me dijo que...

– Ya, pero ha tenido que salir a visitar a un amigo que al parecer está muy enfermo.

– Vaya... qué mala espina. Al menos podría haberme dicho algo –dijo Emily pensando en voz alta. Una idea se instaló poco después en su mente. Se dirigió a su hermana–. O en su defecto, tú podrías haberme avisado, ¿no es cierto? Intuyo que se te debe de haber olvidado.

Emma sonrió. Pero Emily no estaba dispuesta a caer en la trampa.

– No importa. Entiendo que estés muy ocupada pensando en cómo conseguir que el lápiz de labios no te roce un diente y te lo deje marcado.

Su hermana se tapó rápidamente la boca con la mano y se volvió sobre sí misma, creyendo que realmente tenía un diente pintado. Emily miró a Jake de soslayo y comprobó que sonreía. Ella le dedicó una bonita sonrisa.

– En fin. Me voy dentro a charlar con alguno de los empleados –le dijo, para despedirse–. ¿Quieres que te traiga agua o algún refresco?

– No, no –El chico se negó en rotundo–. Estoy bien, gracias.

Satisfecha, Emily entró en casa. Su hermana ya había desaparecido de la entrada así que pasó sin dificultades. No le gustaba ser mala, y de hecho, no lo había hecho con mala intención. Pero estaba cansada de que Emma siempre se mofase de ella. Eran demasiados años de experiencia.

Se olvidó de lo sucedido cuando entró en la gran biblioteca. A Emily le encantaba pasarse horas allí metida. Estudiaba Ciencias Ambientales, pero siempre había sido una apasionada de la filosofía gracias a su madre. En la biblioteca había cientos de ejemplares de los filósofos más destacados. Uno de sus favoritos era Platón. Se sentó en uno de los cómodos sofás con uno de los libros que había empezado hacía semanas. Le había llamado

mucho la atención uno de los capítulos, y no hacía más que releerlo. Trataba acerca de las virtudes cardinales y según decía, Platón había establecido cuatro virtudes para la estabilidad del alma. Prudencia, Templanza, Fortaleza y Justicia. Cuánto más leía, más deseaba saber. Leía y releía las frases más importantes y las descripciones de las virtudes, y se preguntaba si ella sería capaz de completar las cuatro... Pero la única que realmente la describía era la prudencia. Siempre pensaba las cosas antes de decidir las, incluso si eso tenía que suponer días de reflexión. Le gustaba mucho hacer las cosas bien. También se consideraba justa, con ella y con los demás, pero no parecía muy convencida de identificarse con esa virtud. Templanza y fortaleza eran las virtudes que menos le llamaban la atención. Sin embargo, era necesario reunir las todas para completar la pureza del alma.

Estaba cada vez más emocionada relacionando las virtudes con conocidos de la universidad cuando la puerta se abrió de golpe y apareció su hermana.

– ¿Te crees muy graciosa verdad?

Sus ojos azules la miraban con furia. Emily se la quedó mirando pensativamente intentando buscar en ella una de las virtudes cardinales.

– ¿Qué estás mirando?

– Podrías ser... –dijo por lo bajo. Estaba pensando en templanza, pero desechó de una la idea. No, su hermana no reunía ninguna de las virtudes que Platón relataba—. Creo que serías más bien la imprudencia.

– ¿De qué hablas?

Emily se dio cuenta de que la imprudencia era justo lo contrario a como ella se había descrito. Le resultó muy gracioso que se le hubiese ocurrido esa virtud para su hermana. Sonrió.

– ¿Qué es ese libro? –quiso saber Emma.

– Nada importante. Solo estaba leyendo un poco sobre Platón.

Emma resopló.

– Tú y tus estúpidos filósofos. Siempre estás con lo mismo. Algún día acabarás loca.

Emily sabía que ella siempre había odiado la filosofía, desde que estaban en el instituto. Otra de las cosas que tanto las diferenciaba, pues ella era una auténtica apasionada. Lo único que la había convencido de que no estudiase una carrera de filosofía, habían sido los sabios consejos de su madre, poco antes de morir de cáncer. Le pidió que no dedicase toda su vida a los filósofos, como había hecho ella, sino que se lo tomase solo como un hobby. Le parecía que estaba más destinada a proteger la naturaleza, pues siempre le había gustado cuidar de su jardín.

Qué razón tenía su madre. Emily amaba su carrera, y se volcaba por completo en todos los proyectos de ecología que proporcionaba la universidad. Ya era incluso conocida por allí por sus aportaciones a la protección de los bosques, gracias en parte a los fondos que aportaba su padre para las investigaciones...

– ¿No te cansas de estar todo el día leyendo? –le preguntó su hermana.

– Leer es aprender, querida.

– No hables como mamá.

Lo había dicho involuntariamente, pero era verdad. Su madre les solía decir mucho aquella frase. Emily cambió inmediatamente de tema.

– Oye, ¿qué te parece si me cuentas la causa exacta de por qué está ese chico trabajando en nuestro jardín?

– Ya lo sabes –respondió Emma, tomando asiento en otro de los cómodos sillones—.

Me arañó la puerta con unas llaves el muy...

– Pero, ¿por qué?

– Porque yo le pinté su chatarrosa camioneta.

Emma empezó a relatarle la historia y Emily comprobó que su hermana le daba demasiada importancia a los actos del chico. Por su comportamiento cuando le mencionaba pudo deducir que él le gustaba, a pesar de afirmar constantemente que lo odiaba con toda su alma.

– ¿Pero te hizo algo en el coche cuando estacionó tan cerca?

– ¡No! Pero yo le ordené que se detuviera y no lo hizo. Es odioso.

– ¿Cómo puedes odiar a alguien que prácticamente ni conoces?

– ¡Por supuesto que le conozco!

– ¿Ah sí? ¿Alguna vez te has sentado a tomar un café con él? ¿Habéis hecho algún trabajo juntos?

Emma se limitó a estirarse en su asiento.

– Su sola presencia me molesta, eso es todo. Si fueses a clase con él estoy segura de que pensarías lo mismo que yo.

– Si fuésemos a la misma clase estoy segura de que antes de juzgarlo, le conocería.

Emma se levantó, indignada.

– Está claro que no se puede hablar contigo de nada. Siempre acabas por llevarme la contraria. Si tan bien te cae, sal fuera a hacerle compañía. Yo me voy a mi habitación.

Su hermana salió de la biblioteca y volvió a dejarla sola. Emily ya había perdido la página que estaba leyendo y no volvió a buscarla. Pensó en lo que su hermana le había contado.

Aquel joven le daba pena. Por culpa de su hermana tenía que pasarse algunas tardes trabajando para ellos. Emma en cambio, solo habría recibido una reprimenda por parte de su padre.

Las dos habían estado siempre muy consentidas... Algo que la propia Emily detestaba. Era por eso que se había buscado un empleo de fin de semana para costear sus propios caprichos. Le gustaba tener su propia economía, aunque el estudio donde vivía a las afueras de la ciudad se lo había regalado su padre al empezar la carrera. Sabía de sobra que nunca le faltaría de nada, pero no le gustaba el hecho de estar toda la vida dependiendo de él.

Decidió salir de nuevo al jardín para despejarse un poco. Encontró a Jake colocando una especie de semillas dentro de los hoyos que ya había terminado de cavar.

– ¿Qué estás plantando? –le preguntó, con dulzura.

Él volvió a sobresaltarse. Arrodillado donde estaba la miró como si hubiese sido pillado infraganti haciendo alguna travesura. Tenía un aspecto muy infantil conforme se encontraba.

– No sé. Solo me han dicho que las plante, nada más.

– Déjame verlas

Emily se agachó junto a él para ver más de cerca las semillas.

– ¡Pero si son ortigas! No puedo creer que te hayan dicho que plantes ortigas delante de mis rosales. ¡Quita inmediatamente eso de ahí!

Emily se había alterado más de lo normal. De hecho, no recordaba la última vez que le había gritado a alguien. Pero el chico había estado a punto de plantar ortigas delante de su preciada rosaleda sin que ella se enterase. ¿Por qué se le había pasado por la cabeza al jardinero semejante aberración? Las rosas eran sus flores favoritas.

– Lo siento –dijo Emily, cuando se hubo calmado–, pero estos rosales me traen muy buenos recuerdos. No puedo dejar que crezcan ortigas justo delante de ellos.

– No era mi intención fastidiarte las rosas –dijo el chico, mirándola de una forma que no supo descifrar–. No entiendo de semillas.

Le resultó curioso que alguien tuviese una mirada tan intrigante.

– No ha sido culpa tuya. Me encargaré de hablar con el jardinero cuando le vea, no te preocupes –Emily volvió a la normalidad–. Si solo tenías que plantar las ortigas puedes dar por finalizada tu jornada.

Jake se levantó del suelo y se quedó frente a ella.

– No puedo irme hasta las seis.

– ¿Por qué?

– Porque vienen a recogerme.

– ¿Vives lejos?

A Emily no le gustaba la contaminación y supuso que el hecho de que fuesen a recogerle implicaba que lo hiciesen por medio de algún vehículo.

– Cerca del antiguo barrio Prinss. Y además, no tengo bicicleta.

Jake pareció haberle leído el pensamiento. Emily nunca había estado en el barrio Prinss, pero sí sabía más o menos su situación, y estaba bastante lejos.

– En ese caso, puedes esperar dentro de casa si lo deseas.

– No. Esperaré aquí, gracias.

Emily miró su reloj. Todavía faltaba más de media hora para las seis de la tarde, pero no dijo nada más. Se despidieron y volvió a entrar en casa. Recordó que desde su habitación tenía vistas al jardín así que subió hasta allí para mirar por el gran ventanal acolchado que habían construido para ella. Le encantaba ese rincón lleno de cojines.

Se sentó en el borde y miró hacia fuera. Jake se había quedado en el suelo apoyando la espalda contra el tronco del viejo roble que tenían, a la sombra. Para su sorpresa, Emma apareció de pronto en el jardín y se acercó a Jake hasta una distancia de poco más de dos metros. Vio cómo le decía algo, pero desde donde estaba no podía oír nada.

El chico se recostó todavía un poco más haciendo caso omiso a lo que le decía su hermana. Entonces Emma apretó fuertemente los puños contra su cuerpo y luego señaló en dirección a su coche. Al principio no pasó nada, pero segundos después Jake se levantó, cogió la regadera que tenía cerca de donde había estado haciendo los hoyos, y fue directamente hasta el coche de Emma.

Comenzó a regar el parabrisas como si de unas flores se tratara. Emily no pudo evitar echarse a reír. Muy seguramente, su hermana le había ordenado que lavase su coche. Siguió mirando un poco más y vio a Emma corriendo hasta a él para detenerle, pero Jake subió en alto la regadera y no cesó con su tarea. Emma casi parecía querer trepar por el brazo de Jake hasta que, del propio zarandeo, la regadera volcó y ambos acabaron mojándose.

Su hermana pateó y alzó los brazos escandalizada. Debía de estar muy disgustada. Al ver cómo Jake reía a carcajadas optó por dejarle allí plantado y entrar en casa. A Emily no le había parecido correcto que su gemela enviase al chico a lavar su coche, pero la sonrisa de victoria que se le había quedado a él tras el incidente, todavía le había gustado menos.

– ¡No me lo puedo creer!

Emma acababa de entrar en la habitación sin previo aviso. Tenía la camisa mojada por lo que se le ceñía mucho al cuerpo. Emily siempre había envidiado los voluminosos

pechos de su hermana. Al verla en la ventana, dedujo que lo había visto todo.

– ¿Has visto lo que me ha hecho?

– Solo he visto cómo os peleabais, con la única diferencia de que tú te has comportado como una histérica mientras él solo parecía divertirse.

– Para que luego digas que no es odioso... Verás cuando se entere papá.

Emily suspiró y puso los ojos en blanco. Su hermana recurría a su padre absolutamente para todo.

2 NOVIEMBRE 1986

Derek había prometido pasar todo el tiempo con la familia, pero aquel domingo por la mañana parecía que todos habían desaparecido. El único al que había encontrado en casa era a Louis, arrastrando los pasos por la cocina mientras se dirigía a desayunar.

Era por eso que había decidido salir de casa a caminar un rato. Y lo hacía despacio, aunque sus pasos eran largos. Iba con las manos metidas en los bolsillos de sus viejos tejanos y el sol reflejaba en sus ojos pardos, consiguiendo que brillasen todavía más.

Después de quince minutos sin rumbo fijo le vino a la cabeza la idea de pasarse por la biblioteca. El único año que estuvo viviendo en la ciudad, justo el anterior a su graduación previa a la universidad, había pasado mucho tiempo allí metido. Se arrepintió de no haber cogido de la maleta sus gafas de lectura.

Cuando llegó a la gran puerta de entrada se paró unos instantes para contemplar el edificio. Parecía que habían reparado el sector derecho de la fachada, que antaño había estado vallado por el peligro de desprendimiento que tenían las grandes piedras de mármol adosadas. Era el primer cambio de los próximos que encontraría en el interior.

Subió por la gran escalera hasta su sala preferida, la de lectura, y observó cómo habían distribuido el espacio. Nunca se habría imaginado que cambiarían la situación de las mesas y las estanterías. Donde antes estaban las mesas, a lo largo del amplio pasillo, ahora discurrían las filas de estanterías, dejando así cuatro corredores para pasar. Le pareció extraño dirigirse hacia las mesas entre estantería y estantería, pero no le desagradó la nueva distribución. Sus pasos sonaban a ritmo constante, lo sabía porque sus zapatos hacían chirriar la vieja madera. Era debido al parqué que ni siquiera después de tantos años habían restaurado y fue por eso que, cuando llegó al amplio salón con mesas, todas las cabezas se habían alzado para mirarle.

Derek reparó en la única persona que no había levantado la vista de su lectura para darle la bienvenida con la mirada. Era una chica menuda de pelo anaranjado recogido en una coleta. Su piel era tan blanca que parecía de porcelana.

Estaba sumida al cien por cien en lo que estaba leyendo y decidió sentarse en el lugar de enfrente de la misma mesa que ella ocupaba. Tampoco así pareció prestarle atención. Se preguntó qué estaría leyendo, pero le era imposible ver la portada, pues tenía el libro abierto y apoyado encima de la mesa. Pensó que sería muy descarado entablar una conversación con ella, sin más, así que volvió a levantarse para buscar algo que leer. Escogió un libro cualquiera del estante de acción y volvió a su sitio. En su ausencia, la chica había sacado un cuaderno y ahora escribía algunas anotaciones en él. Parecía que

copiaba frases enteras porque mientras escribía tenía el dedo índice señalando algunos párrafos. Derek se había quedado tan embobado observándola que se llevó una gran sorpresa cuando ella levantó la vista y le miró a los ojos.

Tenía los ojos tan azules como el cielo despejado de esa misma mañana.

Emily acababa de alzar la vista para ver al inoportuno que se había sentado justo enfrente de ella. Al principio no le había importado en absoluto, pero empezó a sentirse acosada cuando se dio cuenta de que el desconocido no hacía más que observarla. Lo miró sin la dulzura que la caracterizaba, pero sin frialdad. Solo quería saber por qué estaba tan interesado en lo que hacía.

Levantó las cejas en modo de pregunta y entonces pareció darse por aludido.

– Oh, perdona –le dijo–. Supongo que te preguntarás por qué te miro todo el rato.

Ella asintió con la cabeza, esperando la explicación. Se dio cuenta de que el desconocido no era mucho mayor que ella, y que algo en él le resultaba extrañamente familiar.

– Solo tenía curiosidad. Nunca había visto en esta biblioteca a alguien tan sumido en un libro.

– Cuando uno hace algo que le interesa, suele sumirse en su tarea. Y creo que a los que nos gusta leer, nos gusta también sumirnos en la lectura. No tiene nada de extraño.

Emily no pretendía ser borde, ni mucho menos, pero sus palabras no sonaron como hubiera deseado.

El bibliotecario ordenó silencio con un soplo así que continuaron hablando por lo bajo.

– Yo no he dicho que sea extraño. Solo observa.

El joven se dio la vuelta y extendió el brazo para mostrarle la sala. Fue señalándole uno a uno a los sujetos que allí se encontraban. Primero, un grupo de estudiantes adolescentes estaban reunidos haciendo tareas en común, susurrando entre ellos animadamente. Luego había un hombre jugueteando con un lápiz a la vez que ojeaba una revista. Al fondo había una pareja que más que leer, se hacían carantoñas. Y finalmente, justo detrás de ellos, había un niño pequeño pintando con ceras de colores.

– Entiendo –dijo Emily.

– Me pasé un año entero aquí metido y créeme si te digo que fui el único interesado en los libros –lo dijo muy seguro de sí mismo–. Esta biblioteca no está dedicada a los amantes de la lectura. Es más bien una sala de estudio.

– ¿Y tú sí eres un verdadero amante de la lectura?

Emily miró el ejemplar que había cogido pero él enseguida se deshizo de él apartándolo hacia un lado.

– Lo era, pero dejé de tener tiempo para leer cuando empecé la universidad. Entonces lo único que leía eran leyes, leyes y más leyes.

– ¿Leyes?

– Sí, estoy estudiando Derecho. Me queda un año y medio para graduarme.

Derecho. A Emily le sorprendió aquella respuesta más de lo que el chico podría imaginar. Justamente, antes de empezar a hablar con él, estaba copiando en su cuaderno

uno de los párrafos que Platón había dedicado a la Justicia. Seguía con su propósito de encontrar a gente que le transmitiese al menos una de las virtudes cardinales que el filósofo describía. La noche anterior había pensado también en ello, identificando las virtudes con estudios o hobbies, y había caído en la cuenta de que en Utah no había facultad de derecho, por lo que pensó que no encontraría a nadie cuya vida se volcase en esa carrera.

Ahora se encontraba delante de sus narices un chico de cara bonita que decía estudiar esa carrera, y le explicaba por qué el lugar donde se encontraba no era precisamente para los amantes de la lectura. ¿Y ella qué iba a saber? Era la primera vez que pisaba esa biblioteca.

– ¿Y dónde estás estudiando? –le preguntó, curiosa—. Que yo sepa, en este condado no existe la carrera de Derecho.

– En Florida.

– ¿En serio? ¿En Florida?

– Sí, ¿por qué lo dices?

– ¡Qué lejos!

– ¿Qué estudias tú?

La pregunta la pilló desprevenida, pues no esperaba que el chico siguiese tratando de mantener la conversación activa. Pero le respondió:

– Voy de camino a ser ambientóloga. Pero aun me falta un año más que a ti para graduarme.

El bibliotecario volvió a pedir silencio.

Derek se dio cuenta de que la conversación que mantenía con la chica de enfrente iba camino de que los echasen de la biblioteca.

– ¿Te gustaría ir a tomar algo? Un café, por ejemplo.

Le pareció que ella lo miraba muy extrañada. Sin embargo, no pensaba que fuese una pregunta demasiado complicada como para que ella tardase más de cinco segundos en responder

– ¿Ir a tomar algo? No quiero parecer grosera, pero no te conozco absolutamente de nada.

En eso tenía razón, pero aun así, no le estaba pidiendo una cita ni nada por el estilo. Su única intención era la de seguir hablando con ella. En su facultad era costumbre charlar tomando un café, incluso con alguien que acababas de conocer. Pero entendió que allí todos estaban en el mismo ambiente, y que era totalmente distinto a que alguien te abordase de repente en un espacio público y te invitase a tomar algo.

– No me malinterpretes y discúlpame si ha sido una pregunta comprometida –dijo—. Solo pretendía charlar un rato. De libros, tal vez.

Ella no pareció muy convencida.

– Déjame que me presente –continuó—. Me llamo Derek.

– Yo soy Em... –titubeó y a Derek le pareció que forzaba una pequeña tós—, Emma. Me llamo Emma.

– Encantado Emma.

Derek le dedicó una amplia sonrisa a la que ella le correspondió con otra no tan convencida. Debía ser la primera joven con la que Derek se topaba que se negaba a ir a tomar algo con él, y eso le llamó todavía más la atención. Ella miró su reloj.

– ¡Dios mío! Se me ha hecho muy tarde. Tengo que ir a trabajar –dijo, empezando a guardar sus cosas apresuradamente–. He de irme. Ha sido un placer...

– Derek.

– Sí, Derek. Hasta la próxima.

Dicho eso, la chica se levantó y salió de la sala pasando por el primer pasillo de estanterías. Derek se preguntó si realmente habría próxima vez.

Sin más ganas de quedarse en la biblioteca, volvió a casa. Ya debían estar esperándole para comer.

Los Becker terminaron de comer más tarde de lo habitual y, tras recoger la mesa, Derek fue a ver qué había de interesante en la televisión para esa tarde, pues su madre había dicho que le gustaría aprovechar para ver algo juntos.

Al final se quedaron apretujados en el sofá viendo una película de romance. Al cabo de un rato, Derek vio a Jake repantigarse en el sofá mientras acomodaba bien a Rachel a su lado, y a Louis dar cabezadas. Las únicas que realmente parecían atentas a la película eran su madre y su hermana. Su padre incluso se había levantado a por algo para picar. Decidió que, si bien no era el momento de comunicar todo lo que tenía en mente, lo era para al menos darle a su familia la primera de las noticias.

– Me gustaría contaros algo, ahora que estáis todos aquí –dijo, incorporándose del sofá.

Todos ladearon la cabeza para mirarle, unos con más interés que otros, intrigados. Su padre también se acercó.

– ¿Qué sucede? –preguntó Sara, su madre.

– No es nada de gran importancia –continuó–. Solo quería que supieseis que tengo pareja estable en Florida.

Si hubiese podido sacar una foto instantánea de aquel momento los habría pillado a todos con los ojos muy abiertos, por la sorpresa. A todos menos a Jake. Su hermano había sido el único que no se había inmutado.

– ¡Eso es estupendo! –dijo su madre, emocionada por la noticia–. ¿Desde cuándo?

– No hace mucho –respondió Derek, mirando a su hermano de reojo–.

Aproximadamente un mes.

– ¿Un mes y ya lo consideras una pareja estable? –preguntó Jake, con desgana.

– ¿Cómo se llama? –continuó Zane–, ¿cómo es?

Su madre también empezó a hacer preguntas. En cualquier otro momento habría estado encantado de contestarlas, sin embargo, ahora estaba molesto. Ni él mismo sabía porqué.

– Es una chica de mi facultad, y se llama Ashley.

– ¡Ashley! Qué nombre más bonito –opinó Zane.

– Es una chica que conozco desde que iba al instituto –añadió él.

Jake clavó su indescifrable mirada en él y, por primera vez, dedujo el porqué de su mirada. Cuando perdieron el contacto visual, Derek continuó charlando con la familia respecto a la chica.

– ¿Nos la presentarás en vacaciones? –quiso saber Zane.

- Supongo que sí, si estáis todos de acuerdo...
- Puedes traerla a casa cuando quieras –le dijo su padre.

Parecía más que contento. A pesar de que no daba nunca mucha importancia a las novias de sus hijos, Derek supo por el tono de su padre que estaba feliz. Muchas veces le había comentado que le gustaría que su primogénito se decidiese de una vez a tener una relación estable, en lugar de ir de aquí para allá mareando la perdiz. Exactamente esas solían ser sus palabras.

La conversación continuó un rato más hasta que Derek anunció que estaba cansado y que tenía que madrugar al día siguiente para regresar a Florida. Se desperezó al levantarse del sofá y luego se dirigió a su habitación. Una vez allí se frotó la cara y la cabeza, y resopló unas cuantas veces para calmarse. Luego se tumbó en la cama.

Se sobresaltó cuando la puerta se abrió de golpe y entró Jake. Su hermano cogió la silla de uno de los escritorios y la situó justo enfrente de su cama, sentándose en ella.

– ¿Qué? –comenzó a decir–. ¿Has descubierto al fin que eres gay y tratas de encubrirlo diciéndoles a todos que tienes una nueva amiga por ahí?

– ¡Joder, Jake! ¿Cómo tengo que decirte que...?

– Tranquilo, solo estaba bromeando.

Años atrás, Jake había hablado en numerosas ocasiones de la sexualidad de Derek. Se empeñaba en decirle que era homosexual con la única intención de fastidiarle, pero Derek al final siempre le devolvía la jugada atrayendo a las chicas más guapas de todo el instituto.

– ¿Se puede saber a qué has venido? –le preguntó Derek, incómodo.

Lo único que quería en esos momentos era estar solo.

Jake levantó su brazo para mirar la hora de su reloj.

– Bueno, supongo que tenemos de tiempo hasta que Louis decida irse a dormir y nos interrumpa –le contestó–, así que más te vale empezar ahora.

– ¿Empezar qué?

– ¿Crees que soy tonto? He visto como les contabas a todos lo de esa novia tuya. Puede que el resto haya creído esa falsa felicidad que demostrabas, pero a mí no me engañas. Y espero que no estuvieses hablando de la única Ashley que tenemos en común.

Derek expulsó un gran resoplido. Con una mano se apretó la frente y luego se rascó la cabeza. No sabía ni por dónde empezar.

– Pues me refería precisamente a ella, a Ashley O'Connor.

– ¡¿Qué?!

– Ya lo has oído...

Ashley O'Connor había sido una compañera de ambos en el instituto de Philadelphia. Al confesárselo a Jake su rostro se ensombreció fugazmente. Luego se echó a reír. Derek sabía perfectamente que esa chica había sido de hecho la primera novia de su hermano cuando tenía quince o dieciséis años. Cuando lo dejaron pasaron a odiarse mutuamente. Jake le tenía asco y hacía halago de que no la soportaba en numerables ocasiones, hasta que se cambiaron de ciudad y dejaron de tener que verla diariamente.

– ¿Me estás diciendo que estás saliendo con Ashley, en serio?

– Sí, Jake. Es así de simple. Además, ella siempre ha sido una buena amiga mía. Tú lo sabes.

– No sé qué decir... Ni siquiera sabía que ibais a la misma universidad, y mucho menos que te gustara.

– Y no me gusta. Quiero decir, es una chica de las más populares de la facultad, con

un físico envidiable, pero...

– ...y una inteligencia nula –puntualizó Jake.

– No digas estupideces, por favor. Si piensas estar metiéndote con ella todo el rato, no hace falta que sigamos hablando. ¿Quieres saber dónde está el problema, o no?

Jake agachó la cabeza y pareció quedarse reflexionando un buen rato. Luego volvió a mirarle, y con un gesto de cabeza le indicó que continuase.

– Está embarazada.

Reinó un silencio absoluto en la habitación después de aquella confesión.

– Ya sabes cómo es la vida universitaria –continuó Derek–. Al menos, en Florida, las fiestas siempre tienen un único fin: divertirse un rato, conocer gente, chicas, y luego... –Derek se quedó callado, dándose a entender el final de su frase–. Al fin y al cabo, se organizan para eso. Por algún motivo que desconozco Ashley empezó a ponerse un poco pesada conmigo desde hace tiempo. Al principio se me hacía raro, ya que nosotros nunca hemos mostrado interés el uno por el otro, pero no le di demasiada importancia. Sin embargo, en la última fiesta a la que fuimos, pasó lo que no tenía que haber pasado. Bebí demasiado y ella se aprovechó de eso. Nunca me la habría podido imaginar tan fogosa...

– Por favor, no quiero detalles –le pidió Jake.

– Perdona –continuó Derek, habiendo olvidado por un momento de quién estaban hablando–. El caso es que no pude controlarme y acabamos en su habitación. Cuando me desperté por la mañana y lo pensé en frío, me arrepentí y me fui sin despedirme. Los días siguientes, en la universidad, fueron bastante incómodos. Ella no hacía más que ir en mi búsqueda y actuaba como si estuviésemos saliendo juntos. Es más, le dijo a mucha gente que éramos pareja. Tres semanas después, cuando me cansé de aquella situación, decidí que lo mejor sería hablar con ella y aclararlo todo. Yo no tenía ninguna intención de perder su amistad, pero lo que tenía claro era que no quería salir con ella. Tendrías que haberla visto. Se echó a llorar escandalosamente, y cuando traté de consolarla me soltó que creía que estaba embarazada y que era un insensible...

– Qué patético –interrumpió Jake.

– ¿Patético? Jake, ¡está embarazada!

– No puedo creer que seas tan idiota. Conozco muy bien a Ashley, a pesar de haber pasado mucho menos tiempo con ella de lo que tú a lo largo de todos estos años. En mi opinión, solo te está utilizando para una de sus artimañas y has picado el anzuelo, incluso más rápido de lo que ella imaginaba. Seguro.

– No puedes estar hablando en serio...

– No creo que esté embarazada, y si lo está, lo que sí que no creo es que sea tuyo.

Derek se puso de pie de un saltó dispuesto a encararse con su hermano. Se contuvo solo porque la puerta se abrió de repente y apareció Louis, bostezando.

– ¿No sabes llamar a la puerta? –dijeron los dos, al unísono.

Louis los miró con el ceño fruncido.

– También es mi habitación, y me voy a dormir.

– Bueno, da igual –dijo Derek–, porque Jake ya se iba.

– Sí. Será mejor que me vaya antes de seguir escuchándote decir estupideces...

Ambos se lanzaron una mirada de odio. Louis ni siquiera les prestó atención. Se metió en su cama y apagó la luz de su lamparita antes incluso de que Jake hubiese cerrado la puerta tras de sí.

Y a pesar del enfado que tenía encima y de lo que Jake acababa de decirle, lo único que le vino a la mente antes de dormirse fue el dulce y angelical rostro de la chica de la

biblioteca.

13 NOVIEMBRE 1986

Arabia estaba en su pequeño apartamento tirada sobre la cama leyendo una revista. Hacía apenas una hora que había llegado del Purist Coffee. Esa misma mañana había recibido las calificaciones de la mayoría de sus exámenes y lo cierto es que estaba más que satisfecha con los resultados.

El teléfono empezó a sonar, en esos momentos apoyado sobre la mesita de noche. Estiró el brazo lo máximo que pudo y contestó la llamada.

– ¿Diga?

De fondo se escuchaban solamente unos sollozos.

– ¿Qué ocurre, Zane? –preguntó, intuyendo que se trataba de su amiga.

– ¡Le odio!

Arabia intuyó también a quién se refería, y muy pronto descubrió que no se equivocaba. Invitó a Zane a que le contara qué había sucedido, esta vez.

– Mi padre se niega a que vaya sola al baile de Navidad. Dice que aunque vayamos juntas tú y yo, no me dejará ir a menos que Jake o Derek nos acompañen.

– Entiendo.

– Pero Derek no puede estar aquí ese fin de semana y Jake se niega a venir.

– Entonces, ¿con quién estás enfadada? ¿Con Jake o con tu padre?

– ¡Con Jake! ¡Con ambos! –exclamó Zane, sollozando. Le dolía reconocerlo, pero su amiga tenía una gran facilidad para echarse a llorar—. Ari, llevo meses planeando este baile. Me costó un montón convencer a mi madre de que me dejase ir y cuando lo conseguí sabes que incluso me regaló el vestido. Ahora que faltan solo tres semanas resulta que es mi padre el que no quiere dejarme. ¡Tengo diecinueve años y todavía no he ido a ninguna fiesta universitaria!

Arabia sabía perfectamente la ilusión que le hacía a Zane asistir a ese baile. Ella misma había tenido que comprar la entrada para no dejarla sola, a pesar de que no le hacía ninguna gracia acudir a ese tipo de eventos. Pero se había comprometido con ella meses atrás y para cuando se arrepintió ya era tarde para decirle que no. Ni siquiera tenía vestido ni zapatos para la ocasión, mientras que ella ya hacía tiempo que lo tenía todo preparado. Sus padres no la dejaban ir a fiestas de ese tipo por miedo a que pudiese tomar alcohol, puesto que padecía una anemia muy complicada desde hacía varios años. Pero lo cierto es que ambas tenían ya conocimiento suficiente como para no influenciarse por lo que hicieran los demás.

– ¿Le dijiste a tu padre que iré contigo, no?

– Sí, ya te lo he dicho, pero ni con esas. Dice que o viene Jake, o nos quedamos sin baile. Pero por supuesto, él no está dispuesto a ir. No te imaginas con qué descaro ha dicho delante de todos que no pisaría ni loco el local donde se celebra el baile. Ni siquiera parecía importarle que yo le rogase a mi padre que me dejase ir.

– ¿Y tu madre no ha dicho nada?

– Mi madre está tan enfadada tanto con uno como con el otro. Cree que mi padre

está siendo extremadamente conservador conmigo y también que últimamente Jake está demasiado impertinente.

– Supongo que nadie puede obligarle a ir al baile.

– ¡Pero se lo he pedido de rodillas, Ari! He llorado delante de sus narices y no ha parecido inmutarse. No puedo creer que sea tan insensible. Primero lo del vestido, y ahora esto...

Arabia notó cómo su amiga explotaba en lágrimas al otro lado del teléfono. Tenía motivos de sobra para estar enfadada con su hermano. Sabía que si Derek hubiese podido estar en casa ese fin de semana, las habría acompañado y con mucho gusto. Pero Jake estaba hecho de otra pasta. Todo lo relacionado con lo social no parecía importarle en absoluto.

De pronto, el telefonillo de la entrada sonó estrepitosamente, sobresaltándola de sus pensamientos.

– Zane, acaban de llamar al timbre.

– ¿Que acaban de llamar al timbre? ¡Pero si es tardísimo!

Arabia miró su reloj y vio las agujas marcando casi las once.

– Iré a ver quién es. No cuelgues.

Se levantó y se dirigió rápidamente a la entrada donde tenía el aparato para contestar abajo. Lo descolgó lentamente para que apenas se notase y se quedó escuchando sin decir nada. Lo único que percibía era una respiración agitada. Por un momento sintió miedo.

– ¿Ari?

Reconoció la voz, lo que hizo que se quedase un rato más sin poder reaccionar.

Luego abrió, sin más, y volvió a ponerse rápidamente al teléfono.

– Tengo que colgar, Zane.

– ¿Por qué? ¿Quién era?

– Oh, nada, es el vecino del segundo, que no se acuerda de donde tiene las llaves. Voy a bajar a ayudarle a encontrarlas. Ya sabes cómo es ese hombre de despistado...

– Pero si está sin llaves, ¿cómo vais a encontrarlas? Quiero decir, se las habrá dejado en casa.

Arabia empezó a ponerse nerviosa. Ni siquiera sabía por qué no le había dicho a su mejor amiga que su hermano acababa de llamar al timbre.

– Lo sé, pero dice que deben de habersele caído por ahí mientras salía a tirar la basura. Necesita que le ayude a mirar por el suelo.

– Ah, bueno –repuso Zane, no muy contenta–. Pues hablamos mañana en la facultad, o llámame si puedes cuando vuelvas a casa.

– Mejor mañana –se apresuró en decir Arabia–. Cuando vuelva ya será muy tarde. Descansa, Zane, y por favor, no llores ¿vale? Prométeme que no llorarás más. Verás como todo se soluciona.

– No sé si podrá solucionarse.

– Zane...

– Sí, está bien, se solucionará. Un beso.

– Otro. Chao.

En cuanto colgó el teléfono llamaron a la puerta. Arabia dio un respingo y se dispuso a ir hacia allí. Entonces se percató de que no estaba demasiado presentable y volvió sobre sus pasos para ponerse algo por encima.

– ¡Un segundo! –dijo en voz alta, para que su inesperado visitante no se

impacientara.

Se colocó una sudadera deportiva gris que le quedaba bastante holgada y decidió quedarse con el pantalón de cuadros que llevaba puesto de la parte inferior de su pijama. Ni siquiera le dio tiempo a colocarse las zapatillas y fue de puntillas hacia la puerta pisando el parqué en calcetines. Miró por la mirilla antes de abrir por si sus intuiciones eran equivocadas, pero no lo eran. Volvía a ser Jake.

Cuando abrió la puerta comprobó que la intensa respiración que había escuchado por el contestador era la suya, pues estaba agachado, apoyando las manos sobre las rodillas y sudando. Debía haberse pegado una buena carrera.

Levantó la cabeza para dirigirse a ella.

– ¿Puedo pasar? –preguntó.

– Adelante.

Arabia le cedió el paso y cerró la puerta. Jake se quitó la chaqueta para airearse y se volvió hacia ella.

– Necesito que convenzas a Zane de que ese baile no es una buena idea –dijo.

– ¿Y por qué iba a hacer eso?

Él la miró muy sorprendido, y todo parecía indicar que no se esperaba una respuesta como aquella. Debía haber dado por supuesto que ella tampoco tenía mucho interés en un acontecimiento como el baile de Navidad porque muchas veces lo habían criticado juntos, así que no dijo nada más. Solo se quedó allí plantado, mirándola.

Arabia se dirigió a la nevera, sacó la jarra de agua, cogió dos vasos de cristal y fue hasta el sofá. Sirvió los vasos y se quedó esperando a que Jake la acompañara. Se tomó su tiempo, pero finalmente lo hizo. Se sentó en la esquina opuesta a la de ella y tomó un buen trago de agua. Arabia fue la primera en empezar a hablar.

– No pienses que ahora de pronto me apetece asistir a un baile universitario, Jake. Si voy es por tu hermana, nada más. Y teniendo en cuenta la ilusión que a ella le hace, no me parece justo que vengas de madrugada y a escondidas a pedirme que la convenza para que no vaya. Creo que es más que suficiente que tú le digas que no la acompañas.

Jake no dejó de mirarla mientras hablaba. Le caían chorretones de sudor por los laterales de la cara. Se sirvió él mismo otro vaso de agua y se lo bebió de un trago.

– Acabo de colgar su angustiada llamada alegando que un vecino necesitaba mi ayuda –continuó Arabia, ante su aparente silencio–. No me gusta mentir, así que espero que tengas mejores cosas que decir que lo que dijiste nada más llegar.

– ¿Qué te ha dicho? ¿Que me odia? –empezó a decir–, ¿que soy el peor de los hermanos? ¿Un insensible?

– ¿No tiene acaso motivos para decir todo eso?

Tomó una gran bocanada de aire antes de replicar.

– A veces pienso que todo el mundo cree que me encanta hacer infelices a los demás con las cosas que hago o digo.

– Yo no he dicho nada de eso. Solo quiero saber por qué no quieres venir con nosotras al baile.

– No se trata de que no quiera acompañaros, sino de que no quiero que ella vaya. Desde el mismo momento en que me enteré de que estaba planeando ir, deseé con todas mis fuerzas que no la dejasen.

– ¿Cómo puedes decir eso?

– ¿Has estado alguna vez en uno de esos bailes, Ari?

Arabia negó con la cabeza mirando a Jake directamente a los ojos. Se le volvía a

hacer extraño estar hablando con él con una confianza tal como si siempre lo hubiesen hecho.

– Yo sí –continuó–, y te aseguro que no son como mi hermana se imagina. Sexo, alcohol y drogas. Esa es la definición perfecta –Se repantigó en el sofá–. ¿Acaso no te acuerdas de lo que pasó en el Dix76 el año pasado? ¿Qué te hace pensar que va a ser diferente?

Se acordaba perfectamente, pero prefirió hacer caso omiso a ese comentario.

– Aunque no haya estado nunca en un baile universitario, sé perfectamente lo que nos vamos a encontrar allí –repuso Arabia–. Me parece genial que tú hayas estado en alguno y que además hayas comprobado que lo que hay realmente no es lo que uno espera. Al menos has tenido la oportunidad de arrepentirte por algo que te han dejado hacer. Yo también tengo la suerte de poder hacer lo que quiera o ir a donde me plazca, porque desgraciadamente no tengo a nadie que me lo impida. A tu hermana, sin embargo, le hace mucha ilusión el baile de invierno y otras muchas cosas, pero nunca la dejan hacer nada sola.

– Porque Zane es demasiado buena. Demasiado inocente. Precisamente la inocencia es una de las mejores virtudes que tiene. Fiestas como esas harán que la pierda.

– O que se le quiten las ganas de volver a otra –Arabia hizo una pausa levantando la mano para que no la interrumpiese. Luego continuó–. Ahora entiendo. Tienes miedo de que a Zane le guste lo que posiblemente nos vamos a encontrar allí y de que se convierta en una cualquiera, ¿verdad?

El silencio de Jake cabizbajo evidenció la respuesta.

– ¿Tan poca fe tienes en nosotras? No somos tontas, Jake. Sabemos muy bien lo que nos conviene y lo que no.

El silencio reinó al menos durante cinco minutos. Luego fue Jake el que habló.

– Entonces, no tratarás de convencerla para no ir, ¿verdad?

– En absoluto. No soy quién para convencerla de nada. Ella sabe muy bien lo que quiere y lo que no quiere. Si tu padre y tú queréis impedirselo con normas absurdas como la de que si no la acompañas, no puede ir, allá vosotros. A mí solo me parece que coartáis su libertad. Así no aprenderá nunca de la vida. Además –Arabia había cogido carrerilla. Estaba dispuesta a defender a su amiga al máximo–. Estoy segura de que tú, hace dos años, ya habías disfrutado más del doble de cosas de las que ella ha podido experimentar hasta el momento.

– Sí, y con seguridad me he arrepentido de más de la mitad de esas cosas.

– Arrepiéntete de lo que hagas, no de lo que no hagas –Le encantaba ese refrán, aunque más de una vez ella misma se había tenido que convencer de lo que decía–. De todas formas, no entiendo por qué en lugar de pedirme a mí que la convenga para no ir, no hablas tú directamente con ella y le explicas por qué no quieres que vaya.

– Porque no puedo pasarme una hora entera, o lo que me cueste explicarle las cosas, viendo como llora y suplica delante de mis narices. Y porque da igual lo que yo le diga, porque no me va a hacer caso, ni ella, ni tú ¿No te parece?

– Claro, me parece mejor pasarle el muerto a otro. Por ejemplo, dejar que se encierre en su habitación sola para que lllore sin que tú la oigas, o que llame a su amiga para desahogarse con ella. Es mejor que lllore delante de mí y así te quitas el marrón de encima. Me parece un poco cobarde por tu parte –Arabia se sirvió otro vaso de agua, muy segura de sí misma y de todo lo que decía–. ¿Alguna vez te ha hecho mucha ilusión algo y tu padre te ha impedido hacerlo?

– Ya basta.

Jake se levantó del sofá sin ni siquiera mirarla. Se quedó un buen rato de pie con la cabeza ladeada y mordiéndose el labio. Finalmente, volvió hacia la barra americana para recoger su chaqueta y dirigirse a la puerta. Abrió con toda la intención de cerrar tras de sí sin despedirse, una vez más.

– Buenas noches, por lo menos –le dijo Arabia, muy molesta.

Él se giró bruscamente y entonces sí, la volvió a mirar a la cara.

– Buenas noches, reina de la sinceridad –contestó, al tiempo que hacía una reverencia burlona.

Y cerró la puerta.

Arabia se quedó conmovida. Al mirar a Jake a los ojos por última vez casi podía asegurar que le había visto un efecto vidrioso en ellos. Se preguntó si realmente lo que le había dicho habría sido hablar demasiado.

Siembre había considerado a Jake contradictorio e imposible de entender. Sin embargo, ya no le parecía tan ajeno a ella. Empezaba a comprenderle. Además, acababa de encontrarle esa pizca de sensibilidad que durante tanto tiempo había estado buscando. Pero a qué precio. Se sentía tan culpable por todo lo que le había echado en cara que apenas pudo pegar ojo esa noche.

A la mañana siguiente se quedó durmiendo después de que sonara el despertador. Cuando se dio cuenta de lo tarde que era se vistió lo más rápido que pudo y se dirigió a la universidad corriendo como nunca lo había tenido que hacer, pues le gustaba llegar siempre con diez minutos de antelación a donde fuera que fuese. Para colmo llovía con intensidad y ni siquiera su paraguas había conseguido resguardarla del manto de lluvia.

Estaba a punto de entrar por la puerta de la facultad cuando vio llegar la camioneta azul. Zane bajó de ella, desde el asiento del copiloto, y corrió también hacia la entrada. Allí fue donde se encontraron.

– ¿Has venido andando? –preguntó Zane, denotando en su tono de voz que estaba completamente loca si lo había hecho.

Pero su aspecto era más que evidente.

– Se me ha hecho tarde y no he tenido tiempo de coger el autobús –contestó Arabia–. Espero no tardar mucho en secarme.

– ¡Llevas el pelo horrible!

– Y tu unos ojos tan hinchados que deduzco que no has parado de llorar en toda la noche. Tenemos mucho de qué hablar.

Ambas eran de lo más sinceras la una con la otra. Arabia siempre lo había sido, y poco a poco, Zane se había acostumbrado también. Entraron al interior del edificio y se dirigieron al aula de anatomía. Apenas tuvieron tiempo de hablar porque ese día el profesor que les dio la clase era un sustituto y explicó un montón de cosas importantes. Fue una clase de dos horas de lo más intensa.

Cuando salieron hacia la cafetería, las dos tenían un montón de folios sobresaliendo de sus carpetas de tantos apuntes sin ordenar.

– Caray, nunca había aprendido tantas cosas de anatomía en una sola clase –dijo Arabia.

– Yo creí que no acabaría nunca... –replicó su amiga– Mira, ahí queda una mesa libre.

Apresuraron el paso para llegar a la mesa que Arabia había señalado. La cafetería de

enfermería estaba siempre de lo más concurrida. Un setenta y cinco por ciento de los estudiantes que allí había eran mujeres así que, además de ser una de las facultades con más alumnos, la cafetería se llenaba de todos los alumnos del género opuesto de las facultades contiguas, a los que les gustaban demasiado las feromonas femeninas.

Había bastante barullo así que tuvieron que conversar en un tono de voz elevado.

– ¿Qué tal acabaste con tu vecino?

– ¿Cómo? –Arabia se quedó muy extrañada por la pregunta.

– Tu vecino, Ari, las llaves que perdió. ¿Las encontrasteis?

Tuvo que pensar unos segundos para poder contestar a la pregunta. Se había olvidado por completo.

– ¡Ah! ¡Las llaves! –dijo, al fin–. Se le habían quedado cerca del felpudo de la entrada, pero se está quedando ciego de un ojo y no podía verlas.

– Pobre hombre.

Arabia se sintió muy culpable mintiéndole a su mejor amiga. Estuvo a punto de contarle la verdad, pero entendió que no sería una buena idea. Sobre todo cuando la conversación empezó a desviarse hacia Jake.

– Pues mi hermano también se ha dormido esta mañana, ¿sabes? Mi madre ha tenido que subir a despertarle y cuando bajó a desayunar ni siquiera nos miramos.

Se limitaba a asentir con la cabeza mientras Zane seguía hablando de su hermano.

– Mi madre también me ha dicho que no me preocupe, que tratará de hablar con él pero, sinceramente, no me apetece que lo obliguen a ir. Si no quiere acompañarme, que no lo haga.

– Pero, ¿y si no te acompaña? Eso significaría que no podremos ir.

Arabia estaba pensando que tal vez su amiga había cambiado de idea respecto al baile. Sin embargo, su mente pensó demasiado rápido.

– Y significa también que no se lo perdonaré nunca.

La respuesta de Zane le heló la sangre unos instantes. Parecía mentira que esas palabras hubiesen salido de su propia boca. Arabia sabía que era demasiado buena como para guardarle rencor a nadie. Si realmente pensaba eso acerca de su hermano, era una auténtica pena.

¿Acaso era ella la única que sabía que Jake no era tan malo como pensaban en su familia?

¿Acaso Jake creía que aquel baile sería igual de peligroso que aquella noche en el Dix76, un año atrás?

~UN AÑO ATRÁS~

Arabia estaba nerviosa, muy nerviosa. Zane también, pero su nerviosismo era diferente. Ella estaba nerviosa y entusiasmada mientras que Arabia estaba nerviosa y un poco asustada. Y eso se debía a que iban a pasar por alto las advertencias de Jake unas semanas atrás, cuando Zane comentó durante la cena que casi todas las chicas de enfermería solían frecuentar el Dix76 los sábados por la tarde, y más tarde él subió a la buhardilla para tener una conversación seria con ellas.

– No es lugar para chicas como vosotras –había dicho.

– ¿Ah no? ¿Y qué clase de chicas somos nosotras? –le había contestado ella, a la defensiva.

– Decentes.

La respuesta de Jake la había sorprendido, pero a su vez la había enfadado. Estaba harta de que las considerasen tanto a ella como a su amiga como dos monjitas. Tal vez los padres de Zane y sus hermanos pensarán que llegarían vírgenes al matrimonio, pero lo cierto es que Arabia no quería seguir siendo la mosquita muerta del grupo, y su mejor amiga tampoco. Sin embargo, antes de que pudiese replicar, Jake continuó hablando.

– El Dix76 es lo más parecido a un burdel, con la única diferencia de que allí nadie paga por echar un polvo, ni por... Bueno, nadie paga por nada que no sean las copas –Jake se ruborizó por un momento–. Además, todos los tíos que hay por allí son unos cretinos.

– ¿Incluido tú?

Su mejor amiga se echó a reír al escuchar su atrevimiento. Jake, sin embargo, apartó la mirada y agachó la cabeza.

– Sí, exacto, incluido yo –respondió, al fin, dedicándole una penetrante mirada. Tanto, que Arabia no fue capaz de sostenérsela.

– ¿Y por qué dejaste de ir? –preguntó Zane–. Antes nos has dicho que juraste que no volverías a poner un pie en ese lugar.

– Eso es asunto mío.

– A ver si lo entiendo... Estás intentando persuadirnos para que no vayamos al Dix solo porque no podrás estar allí para controlarnos. ¿A qué sí?

Pero a Arabia se le ocurrió otro motivo.

– O a lo mejor no es cierto lo de que ya no va por allí, y lo que no quiere es que estemos en el mismo sitio que él, para que no sepamos nunca cómo se comporta cuando se convierte en un cretino.

Jake emitió una carcajada irónica. Zane continuó hablando.

– Si tan malo creyeras que es para nosotras, ¿por qué no se lo has dicho a papá y mamá? Ni siquiera has mencionado que conocías el lugar.

Y el silencio que se produjo después, junto con la marcha de Jake sin decir ni una sola palabra más, era lo que más asustaba a Arabia. Quería creer que su razonamiento era correcto, y que él solo quería evitar que ellas fueran al Dix76 para no coincidir en el mismo local. Pero albergaba la duda de que realmente fuese un mal sitio. Todavía no podía interpretar bien las intenciones de Jake, y eso le molestaba.

– Deberías estar ya vestida –le pidió su amiga–. En menos de una hora tenemos que estar en St.Kingston.

Era cierto. Habían quedado a las nueve en punto en la puerta de la iglesia St.Kingston con varias chicas más de su clase.

Su mejor amiga ya había elegido el vestuario, y ahora estaba frente al tocador peinándose y maquillándose. Se había puesto una mini falda vaquera y una camiseta blanca de tirantes y algo escotada. Antes de salir de la habitación se pondría un suéter beige de cuello vuelto para que su madre no creyese que iba demasiado provocativa, aunque las dos sabían que se lo quitaría una vez dentro de la discoteca. También llevaba unas medias transparentes y unas botas marrones con un poco de tacón de cuña.

Arabia, sin embargo, no estaba segura ni de la ropa que habían escogido para que se pusiera, pero aun así empezó a vestirse. El atuendo que iba a llevar constaba de un pantalón vaquero negro y una blusa de manga larga color azul marino, ligeramente transparente. Se

lo puso todo y se calzó sus botas negras, planas y por debajo de la rodilla. Entonces se situó al lado de su amiga, frente al espejo, y se deshizo el moño. El pelo, color castaño oscuro, le caía por debajo de los hombros. Se lo había alisado por la mañana así que lo único que tuvo que hacer fue peinárselo un poco y repasarse el flequillo, para que le cayera correctamente hacia el lado izquierdo. Todavía le quedaban restos de unas mechas muy claras que se había hecho hacía unos meses, y prácticamente ahora parecían de color gris apagado. Pero a ella le gustaba ese efecto, que le daba un toque bastante rockero, sobre todo por el corte despuntado que llevaba. Luego se pintó la cara. Un poco de base de maquillaje, contorno negro de ojos, y pintalabios de color rojo oscuro. Era el color que mejor contrastaba con el color de su piel.

Prácticamente las dos terminaron la vez, a pesar de que Zane había empezado a arreglarse media hora antes. Su amiga se puso el suéter beige y el abrigo, y Arabia cogió el suyo para ponérselo antes de salir. Dentro de casa no había calefacción, pero cuando estaba nerviosa, se acaloraba.

Cuando llegaron al pasillo del primer piso se cruzaron con Jake, que salía del cuarto de baño. Zane se despidió de él con un “hasta luego” y Arabia prefirió pasar de largo. Una vez abajo se despidieron del resto. La madre de Zane estaba fregando los platos de la cena y su padre ya se había sentado en el sofá, con Louis. Sara les pidió que tuvieran muchísimo cuidado antes de entregarle las llaves del coche a su hija.

Y luego por fin, se subieron a la camioneta y Zane puso rumbo a St. Kingston.

Jake estaba en su cuarto maldiciendo para sus adentros. Arabia y Zane se habían salido con la suya y de nada había servido tratar de persuadirlas. ¿Por qué nunca le hacían caso?

Sabía qué era lo que debía de hacer, pero a pesar de ello estuvo un buen rato dándole vueltas a la cabeza, porque solo tenía dos únicas opciones. Una era quedarse en casa intentando estudiar para los exámenes que tenía a la vuelta de la esquina, y la otra era vestirse y salir una noche más al Dix76. Tanto si se quedaba en casa, como si no, iba a estar preocupado pensando en lo que estarían haciendo su hermana y su amiga. Y no podía evitar que eso le importase, porque conocía demasiado bien aquel lugar. Para colmo, ellas se habían llevado el coche.

Media hora más tarde, ya se había vestido. Incluso se había echado colonia, algo bastante inusual en él.

Bajó al salón con las llaves de casa ya en la mano, preparadas.

– Voy a salir a dar una vuelta –anunció, esperando que no le prestasen demasiada atención.

– Pero, ¿no decías que tenías que estudiar? –preguntó su madre.

– Llevo todo el día haciéndolo, y necesito tomar el aire –se excusó.

– ¿Y a dónde vas a ir?

– No lo sé, mamá.

Su prima Rachel estaba acurrucada en el sofá, cerca del Louis. Estaba tan adorable cuando se dormía que no pudo evitar acercarse para darle un beso. Eso llamó la atención de

su padre.

- Espero que no vuelvas tarde –le dijo.
- ¿Por qué?
- Porque tendrás que madrugar mañana.
- Mañana me despertaré y me pondré a estudiar.
- Mañana te despertarás temprano y harás lo que yo te diga.

Podría haber rechistado, pero no podía seguir perdiendo el tiempo puesto que aun le quedaba una larga y tediosa caminata hasta la discoteca. Por lo tanto, asintió con la cabeza y salió de casa, y se olvidó por completo de lo que lo que le había dicho su padre. Después de todo, casi siempre tenía algo preparado para fastidiarle los domingos.

Arabia estaba emocionada mientras esperaban en la cola para entrar al Dix76. Hacía solo unos minutos que habían llegado y en unos pocos minutos más estarían dentro. Ya se le habían quitado todos los miedos, y eso se debía a que algunas de las personas que habían conocido en la cola les habían hablado muy bien del lugar. Por no hablar de los chicos que ya habían entrado, casi todos jugadores de algún deporte en la universidad.

Decían que era el lugar idóneo para conocer a gente del sexo opuesto, que casi todos los chicos eran abiertos y simpáticos, e incluso que solían invitarte a las copas. En su clase eran casi todo chicas, y los pocos chicos que había no conseguían llamar demasiado la atención de ninguna de ellas.

Un par de chicas, por lo visto asiduas a aquel lugar y algo más mayores, dijeron que se quedarían un rato con ellas para asesorarlas e informarlas de todo lo que debían saber. Una era alta y rubia, Miranda, y la otra de mediana estatura y de pelo castaño, Lora.

Y por fin les llegó el turno de entrar. Empezaron a pasar de una en una y Arabia se quedó la última. Entonces, justo antes de que pudiera dar un paso más, alguien la agarró por el brazo y la echó hacia atrás. Le dio un vuelco el corazón.

Su captor tiró de ella unos metros hasta dar la vuelta a la esquina. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era Jake.

- ¡¿Pero qué crees que haces?! –le espetó Arabia, muy enfadada.

Le había dado un susto de muerte.

– Lo siento –respondió él, entre jadeos. Parecía que había estado corriendo durante un buen rato–. Pero tenía que deciros una cosa antes de que entraseis...

- ¡Oh! Sí, ya sé. No deberíais estar aquí, os dije que era un mal lugar, bla, bla, bla.

– Ari, todo eso lo dije en serio –Arabia se le quedó mirando de brazos cruzados, expectante –. Lo único que quiero es que cuando yo entre actuéis como si no me conocierais de nada. Díselo a Zane, por favor, en cuanto la veas –A Arabia le dio la risa, recordando su teoría sobre por qué Jake no quería que fuesen al mismo lugar donde él hacía sus andadas, pero no había terminado–. Es el único modo de protegeros si las cosas se ponen feas.

- Pero, ¿de qué hablas?

– Solo prométeme que lo haréis, Ari, no tengo tiempo ni para discutir ni para explicaciones. Mi hermana te estará buscando –Jake se secó las manos sudadas en los

pantalones, estaba nervioso—. No me conocéis, ¿de acuerdo? Sea cual sea la circunstancia. Y si por algún casual yo me meto en algún lío, os vais a casa. Prométemelo.

Arabia volvió a ponerse nerviosa. No le parecía que hablase en broma y es más, Jake parecía extremadamente preocupado.

– Te lo prometo.

– Bien, pues ahora entra ahí y actúa como si nada.

Qué fácil era decir eso después del discurso que acababa de darle, pensó Arabia.

Cuando pasó por fin dentro de la discoteca, sus amigas se habían alejado bastante. Consiguió divisar a Zane unos cuantos metros por delante de una de las barras. Había dos. Una opuesta en cada lado, y en medio quedaba la pista de baile. Mientras se acercaba al grupo, Arabia observó el lugar.

Estaba todo decorado en tonos rojos, dorados y negros. La luz era tenue, pero dejaba ver a las personas lo suficiente. Lo que más le llamó la atención era la parte de arriba. Se podía decir que el centro era muy alto, tanto como para albergar dos plantas más arriba rodeándolo con balaustradas. Y en cada una de esas plantas, con balcones que rodeaban los cuatro pasillos, había puertas. En realidad, no podía ver lo que había en la última planta, pero se imaginó que sería idéntica a la primera. Con un montón de puertas. Y apoyados, sobre la balaustrada, había varias personas, en diferentes puntos del cuadrado. Algunos chicos al frente, unas pocas chicas a la derecha, y un par de parejas apasionadas en la parte de atrás.

Cuando llegó por fin hasta el grupo de las enfermeras, vio a su amiga desprendiéndose de su enorme jersey para quedarse en tirantes. Hubo unos cuantos silbidos de expectación por su atrevimiento, la mayoría de las mismas chicas. Se acercó a ella y a otra chica más, Sheyla, que en ese momento estaban hablando con las dos chicas que habían decidido explicarles todo cuanto debían saber del Dix76.

– ¿Y ves a ese de ahí? –estaba diciendo una de ellas—. Es Shawn Williams, el quarterback de la facultad de arquitectura. Uno de los mejores partidos que encontraréis por aquí.

– Zane, ¿podemos hablar un segundo? –le preguntó a su amiga, acercándose a su oreja.

– ¿Dónde te habías metido? –respondió Zane, sin prestarle demasiada atención—. Espera un segundo ¿Y cómo se llama ese de ahí?

Zane señaló a un chico de pelo negro y ojos rasgados que estaba recogiendo los envases de cerveza vacíos y colocándolos en una caja de plástico con ese fin. Iba muy rápido.

– Ese es Peter Pitt, pero todo el mundo le llama Pitt. Creo que su madre es china o algo así –dijo Lora—. Pero si de verdad te gusta, no te hagas muchas ilusiones, es un chico tímido que lo único que quiere es hacer bien su trabajo.

Arabia observó a Pitt. Parecía un chico tímido, sí, pero bastante sensato.

– ¡Miranda, mira! –exclamó Lora, de repente.

La chica rubia se quedó boquiabierta cuando se dio cuenta de lo que Lora señalaba.

– No me lo puedo creer –dijo.

– ¿Qué sucede? –preguntaron Zane y Sheyla, casi al unísono.

– Chicas, acaba de llegar alguien a quien hacía mucho que nadie veía por aquí. Qué suerte habéis tenido.

– ¿Quién? –volvió a preguntar Zane.

Arabia vio a Jake justo en la barra de enfrente, apoyado con los codos sobre ella y

mirando hacia la pista de baile. Tenía un vaso de tubo en la mano, por lo que supuso que ya había pedido su consumición obligatoria. Y entonces se acordó de que todavía no había conseguido hablar con Zane sobre lo que él le había dicho minutos antes afuera.

– Es un antiguo defensa de los Halcones de Hielo, el equipo de la universidad del sur.

– Jake Becker –concluyó Lora.

Vio cómo su amiga sonreía de oreja a oreja y abría la boca, seguramente para desvelar su identidad. Arabia se colocó justo delante de ella y le cerró la boca con la mano, y luego la obligó a acompañarla hasta otro lado.

– ¿Qué haces, Ari?

– Te dije que tenía que hablar contigo, ¿recuerdas? –Su amiga continuó mirándola extrañada–. No puedes decirle a nadie que Jake es tu hermano.

– ¿Y eso por qué?

– Porque me lo ha pedido. Justo después de que pasarais llegó él y me pidió que actuemos como si no le conociésemos.

– ¿Y vas a hacerle caso? Pero si tú eres la primera que piensa que...

– Lo sé Zane, pero me pareció que estaba preocupado, y creo que puede que tenga razón, y que este sitio no sea tan bueno como pensamos.

– ¿Acaso no lo has visto? ¡Es un sitio increíble! Todo el mundo viene aquí, y nosotras nos lo hemos estado perdiendo todo este tiempo. Los mejores jugadores de la ciudad, ¡están aquí!

– Tal vez tengas razón –Arabia seguía pensando que había gato encerrado en aquel lugar, pero en lugar de expresarlo en voz alta, continuó–, pero le he prometido que haríamos lo que me pedía. Ahora ya no hay marcha atrás.

– Está bien, de acuerdo. Haremos como que no lo conocemos. De todas formas, no pensaba decir nada, todavía –En la mirada de Zane se dibujó un poco de picardía–. Primero quería escuchar qué decían sobre él. Creo que será divertido. ¡Volvamos!

Arabia sonrió. Su mejor amiga tenía razón. Tanto si Jake exageraba sobre el Dix76, como si no, de cualquier forma harían algo productivo. Seguro que él ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Qué simples eran los hombres.

Justo cuando volvían para reunirse con el resto, Zane chocó con un chico que parecía bastante mayor.

– ¡Lo siento! –le dijo.

Por lo visto le había pisado.

El chico la miró con furia en un primer momento, pero luego su semblante se relajó. Era bastante corpulento, y no demasiado alto. Tenía ojos azules y barba negra incipiente.

– No importa, preciosa –respondió él, y luego se le acercó al oído para decirle algo más.

Arabia se fijó en cómo le miraba el escote mientras le hablaba. Sin embargo, su amiga le sonrió después de escuchar sus palabras, y ambas prosiguieron el camino.

– ¿Qué te ha dicho? –quiso saber.

– Que a cambio del incidente, más tarde tendré que acceder a que me invite a una copa.

No dijeron nada más. Se unieron al grupo y empezaron a bailar. Miranda había desaparecido, pero Lora no tardó en acercarse hasta Arabia.

– Tú no eres muy habladora, ¿verdad? –le preguntó.

Ella le sonrió forzosamente para parecer simpática, y luego miró de refilón a Jake,

para comprobar que seguía donde la última vez. Pero su gesto no pasó inadvertido.

– Tienes que saber que no serás ni la primera ni la última de la noche que se fija en él –Lora continuó hablando, cada vez más cerca de ella, lo cual la incomodaba bastante–. Sé de unas cuantas que estaban esperando a que volviera, entre ellas, Miranda.

Le hizo un gesto con la cabeza para que volviera a mirar en dirección a Jake. Ahora se encontraba de espaldas a la pista, de cara a la barra y apoyando los codos sobre ella. Entonces una chica rubia se le acercó y se puso a su lado. Era Miranda. Arabia observó con detenimiento lo que sucedió después.

Ella se acercó a Jake y rozó su hombro con el de él. Él, por su parte, se desplazó ligeramente hacia la derecha, para separarse. Entonces ella se puso de lado, con el brazo izquierdo apoyado sobre la barra y el otro acariciándole la parte del brazo que quedaba al descubierto por debajo de la manga corta de su camiseta negra. Seguidamente Jake se acercó a ella y le dijo algo al oído, a lo que ella respondió con muy mala cara. Todo indicaba a que la estaba rechazando, pero continuó intentándolo. Esta vez, se acercó hasta él de manera que su prominente escote le rozó el costado, y por lo que Arabia pudo adivinar, con su brazo izquierdo empezó a acariciar la parte delantera de sus pantalones. Pero la gloria solo le duró unos segundos, porque poco después Jake le agarró las manos, ambas, y se las retiró hacia atrás, quedándose muy cerca de ella. Le dijo algo a escasos centímetros de distancia, y luego la soltó. Parecía enfadado por la forma en la que le había hablado.

– Bueno, tenía que intentarlo de la forma más sencilla –dijo Lora, sacándola de su estupefacción por lo que acababa de ver–. Ahora solo le queda una alternativa.

– ¿Una alternativa? –preguntó Arabia, confusa.

– Pues claro. Aquí todo el mundo consigue lo que quiere, básicamente. Y hay varias formas de conseguirlo dependiendo de a quién se tenga entre miras. Ese tal Becker es de los más testarudos de por aquí, pero todo el mundo sabe cómo puede domarse.

– ¿Y cómo es?

– Haciéndolo beber. Mucho.

Arabia abrió mucho los ojos y Lora rio.

– Hoy, para variar, no parece que tenga muchas ganas de diversión, pero es una pena –continuó Lora–, porque Miranda conoce a unos cuantos por aquí a los que más tarde les hará algún favor... Tú ya me entiendes, ¿no? –La verdad es que no, no la entendía–. Ahora irá a hablar con ellos y luego ellos harán apuestas contra Jake. El que pierde las apuestas, bebe. Así de sencillo.

– ¿Qué tipo de apuestas?

– Por ejemplo, podrían apostar una jarra de cerveza a que Jake Becker no es capaz de darle un morreo a Pitt. Y como no es capaz, entonces tendrá que pagar la jarra, y el ganador de la apuesta decide quién se la bebe, que en este caso, será el propio Becker. Así conseguirán emborracharle. Y cuando Becker se emborracha... se vuelve dócil y manejable.

– ¿Y si decide que no quiere jugar?

– Aquí nadie puede decir que no, a nada.

Y dicho lo cual, Lora le guiñó un ojo, y se alejó del grupo. Arabia decidió entonces observar una vez más a Jake. En ese momento estaba mirando fijamente a un lugar en concreto, mientras bebía de su copa. Ella decidió seguir la dirección de su mirada para ver lo que observaba, y creyó ver que se dirigía hacia el mismo tipo con el que Zane había chocado al poco de entrar en la discoteca. A su vez, éste miraba en dirección hacia donde ella estaba, más concretamente, hacia Zane.

Recordó lo que Lora le dijo “aquí nadie puede decir que no, a nada”. Aquel tipo le había dicho a su amiga que debía acceder a tomar una copa con él. Y Zane no bebía alcohol, bajo ningún concepto, porque su anemia no se lo permitía. ¿Qué pasaría entonces si se negaba a la invitación? Tenía que contárselo a Jake, inmediatamente.

Arabia se dirigió hacia la barra y se situó justo al lado de él. Cuando pasó una de las camareras, le entregó el vale de la consumición y pidió un zumo de piña.

– ¿Qué haces aquí? –preguntó él.

– Tengo que contarte una cosa, bueno dos –Arabia se acordó de lo de Miranda–. Me han estado contando cosas sobre este sitio, y creo que entiendo por qué pensabas que era un lugar peligroso para nosotras.

– ¿Ah sí? Vaya... ¿Y qué es lo que te han dicho?

– Que aquí nadie dice que no.

– ¿Le has dicho a alguien que no?

Jake la miró con preocupación.

– No, pero tú sí, ¿verdad?

Volvió a mirarla, esta vez con cara de interrogación.

– No sé a qué te refieres, pero en tal caso, es asunto mío. Y además, hay algunas formas de saltarse esa norma –Jake se puso de lado en la barra, mirando hacia ella, tal y como poco antes había hecho Miranda con él–. Si quieres seguir hablando del tema, tendrás que dejar de mirar a todas partes con cara de susto, y sonreír.

– ¿Por qué?

– Porque estoy intentando que parezca que ligo contigo.

Jake mantuvo su media sonrisa durante mucho más tiempo del que nunca antes había visto. Entonces Arabia sonrió forzosamente y siguió hablando.

– Y... ¿Si aparentas estar ligando conmigo, Miranda no puede seguir intentando ligar contigo?

– ¿De qué conoces a Miranda?

Arabia se preguntó lo que pensaría Zane si los estuviese viendo en ese preciso momento, mirándose y sonriéndose como estúpidos mientras hablaban de algo importante.

– La conocimos a ella y a Lora en la puerta, antes de entrar.

– Alejaos de ellas lo más que podáis, sobre todo de Lora.

– ¿Por qué?

– Porque os lo digo yo.

– Sabes que esa extraña forma de advertirnos de las cosas no es muy efectiva, ¿verdad? –Arabia se enfadó por su falta de sinceridad, una vez más–. Tal vez debería volver con el resto y ver el numerito que das cuando esa tal Miranda empiece a jugar contigo.

A Jake se le borró la sonrisa de la cara en un santiamén. Luego bebió un trago.

– Haz lo que te dé la gana, Ari –le dijo–. No necesito nada de ti que no pueda conseguir fácilmente de alguna otra.

Aquellas palabras le dolieron en lo más hondo. Sintió tal desprecio que se alejó de él sin decir ni una sola palabra más.

Se dirigía hecha una furia hacia el grupo de sus amigas cuando de lejos divisó a un par de chicos hablando con Zane. Le estaban señalando hacia donde el tipo corpulento se encontraba, y su mejor amiga estaba negando con la cabeza. Los chicos insistían, pero ella dijo de nuevo que no, más rotundamente, y entonces se alejaron.

– ¿Qué ha pasado? –le preguntó nada más reunirse con ella.

– Esos dos son amigos del chico al que he pisado antes. Venían a decirme que estaba esperando a que fuera y me tomara una copa con él, pero ya les he dicho que yo no bebo.

– Pero, te han insistido mucho, ¿no?

– Sí.. también han comentado algo sobre una suite privada en el segundo piso, y que nadie puede rechazar una oferta de Ian McGregor. Pero ya ves, yo lo he rechazado.

A Arabia se le aceleró el corazón. Se le había olvidado comentarle a Jake lo más importante. Volvió rápidamente sobre sus pasos sin dar siquiera explicaciones a Zane, pero descubrió enseguida que él se había esfumado. Ya no estaba en la barra, ni siquiera más adelante, o detrás. Dio un par de vueltas sobre sí misma, pero no consiguió encontrarle.

– ¿A dónde ibas? –le preguntó su amiga–. Estás toda la noche muy rara, ¿lo sabías? ¿Por qué no vienes a bailar un rato y dejas de dar vueltas por ahí tú sola?

No tuvo más remedio que acceder a lo que Zane le pedía, pero cuando apenas llevaba cinco minutos disfrutando y bailando al ritmo de la música, Miranda y Lora volvieron a aparecer. Al principio no pasó nada, pero poco a poco fueron apartando a Arabia del grupo con sus movimientos. Empezó a ponerse nerviosa cuando adivinó sus intenciones, y cuando ya se habían alejado lo suficiente, la rodearon entre ambas y empezaron a hablarle.

– Miranda te ha visto hablando con Becker –empezó diciendo Lora–. Y eso que parecías una mosquita muerta.

– Solo me he acercado a la barra para pedir, y él me ha hablado.

– Eso no lo dudo –continuó Miranda–. Pero me preguntaba por qué has ido a pedir justo al mismo sitio en el que él se encontraba. Sobre todo después de haber hablado con Lora, y después de que me vieras tanteándole.

– Ha sido coincidencia –Arabia empezó a sentir una punzada de miedo, pero siguió excusándose–. Me acerqué a la barra y vi un hueco. Ni siquiera sabía que él estaba allí.

– ¿Y qué fue exactamente lo que te dijo? –le preguntó Lora.

– Sí –siguió Miranda–. ¿De qué hablabais?

– Pues... –Arabia tenía que pensar en algo, y rápido. Recordó lo que Zane le había contado sobre los chicos que habían ido de parte del tal Ian, y decidió usarlo–. Me ha ofrecido que me tomara una copa con él, pero le he dicho que yo no bebo y que solo había ido a por un zumo. Él insistió en invitarme al zumo, pero dije que no era necesario.

– ¿Te ha ofrecido que te tomaras algo con él y le has dicho que no? –Miranda y Lora se miraron, luego Lora continuó hablando–. Eso ha sido un tanto... arriesgado por tu parte, ¿lo sabías? Ya te he advertido que aquí nadie dice que no, ¿verdad?

– Sí, pero decidí arriesgarme igualmente, y parece que se ha olvidado de mí, así que... Es todo vuestro.

Arabia vio de refilón a los mismos chicos de antes acercándose a Zane, pero no pudo apenas prestarles atención porque Miranda y Lora volvieron a mirarse, y esta vez se echaron a reír.

– Puede que le hayas dejado el camino libre a Miranda, pero yo todavía no he empezado a jugar mis cartas...

Entonces Lora se acercó a Ari, una vez más, mucho más de lo que ella habría deseado, invadiendo incluso su espacio vital. Empezó a olerle el cuello, y luego le lamio parte de la nuca. Ella no se movió. No tenía ni idea de qué hacer. La chica dio una vuelta sobre ella, y se colocó justo por detrás.

– A mí no vas a decirme que no –le susurró al oído.

Arabia tuvo entonces ganas de echarse a llorar. Y apunto estaba de hacerlo cuando alguien apareció de la nada y apartó a Lora hacia un lado.

– Yo la vi primero –dijo Jake.

Lora se rio.

– Y Miranda a ti también.

– Llevo tiempo sin venir, pero todavía recuerdo las normas –Jake habló con mucha convicción–. Si rechazo a alguien tengo mi oportunidad de elegir otra candidata, o candidato –puntualizó, con retintín–. Y si consigo lo que quiero, se acabó el duelo.

– Pero ella también te ha rechazado.

– ¿Eso es lo que te ha dicho? –Arabia vio cómo Jake sonreía, satisfecho–. Entonces ha aprendido muy rápido las reglas del Dix.

Parecía muy seguro de sí mismo. Llevaba a Zane cogida de su brazo y parecía tan asustada como ella. Le tendió el otro brazo a Arabia invitándole a que se asiera a él. Ella no lo dudó.

Jake se alejó de la pista de baile con las dos, a paso ligero. Las condujo a través de una gran puerta que daba paso a dos escaleras, una a cada lado. Subieron por la de la derecha. Durante el camino les pidió que trataran de sonreír, o al menos, de no parecer asustadas, tal y como le había dicho a Arabia poco tiempo antes.

Caminaron cerca de la balaustrada hasta una puerta. Jake sacó una llave del bolsillo, abrió y les indicó que pasaran al interior. Antes de cerrar se aseguró de que no venía nadie detrás de ellos. Una vez dentro puso el pestillo y cerró con llave. Luego se echó las manos a la cabeza y caminó de un lado para otro. Las había llevado hasta una habitación privada, como una habitación de motel, que hasta tenía cuarto de baño.

Arabia miró a su amiga, que le devolvió la mirada, sin saber qué decir ni la una ni la otra.

– Joder, joder, joder... –Jake no paraba de moverse y de maldecir. Arabia pensó que estaba buscando el modo de decirles lo estúpidas que habían sido, pero no fue eso lo que

dijo—. Tenéis que quitaros algo de ropa, lo que sea.

—¿Cómo dices?

Zane fue la primera en alarmarse, y se tapó el escote con los brazos.

—No seas ridícula, Zane. No voy a miraros siquiera.

—Entonces, ¿para qué quieres que me quite la ropa?

—Porque si viene alguien tiene que parecer que la historia que me he montado es creíble. De lo contrario...

—No pienso quitarme la ropa delante de ti, ni hablar.

—¡Quítate la puta camiseta, Zane! —Jake gritó, bastante—. O lo que te de la gana.

Pero hazlo ya. Las dos.

Arabia y Zane volvieron a mirarse. Su amiga estaba muy asustada. Tal vez creyera de verdad que su hermano quería verla en ropa interior. Arabia empezó a desabrocharse los botones de la camisa.

—Pero, ¿qué haces? —le preguntó Zane.

TOC, TOC, TOC.

Tres golpes fuertes retumbaron tras la puerta.

—¡Mierda! —exclamó Jake, por lo bajo, luego las miró. Primero a Zane, que seguía paralizada, y luego a ella, que ya se había desabrochado la camisa y había expuesto el sujetador. Él apartó la mirada rápidamente en cuanto se fijó en su escote. Luego se quitó la camiseta y la echó a un lado antes de continuar hablando—. Ahora voy a salir ahí afuera y necesito que una de las dos eche el pestillo cuando cierre tras de mí. No abráis a nadie que no sea yo y no salgáis bajo ningún concepto, ¿entendido?

TOC, TOC, TOC.

—¡Becker! ¡Abre la maldita puerta! —gritaron desde el exterior.

Arabia se acercó a la puerta para hacer lo que Jake les había pedido. Con gestos le dijo a Zane se quitara la camiseta, y esta por fin accedió y se sentó sobre la cama.

—Pase lo que pase, oigáis lo que oigáis, no abráis hasta yo os lo diga.

Arabia asintió mirándole a los ojos. Estaba aterrada, porque sabía que él se temía algo malo. Jake echó un vistazo a su alrededor antes de salir. Luego respiró hondo y se desabrochó los pantalones. Puso la mano sobre la llave, pero Arabia le interrumpió, en un arrebato, y se acercó con la intención de darle un beso en la comisura de los labios. Al adivinar sus intenciones, Jake se lanzó sobre ella para completar el beso. Un beso de verdad. Su primer beso. Un beso que congeló el tiempo por un segundo.

—¡Becker!

Jake se apartó de ella con brusquedad, interrumpiendo el momento. La miró y asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. Una marca de carmín le rodeaba la boca. Entonces quitó el pestillo, giró la llave y entreabrió.

—¿Qué coño queréis? —dijo—. Estoy ocupado.

—¡Ian quiere hablar contigo —se escuchó desde el otro lado.

—Estoy, ocupado —repitió

—Sal de una jodida vez.

La voz que habló entonces sonó más autoritaria. Jake echó un último vistazo a Zane y luego a Arabia. Esta vez fue ella la que asintió, dándole a entender que había entendido sus instrucciones. Y entonces sí, salió de la habitación.

Arabia echó el pestillo inmediatamente después, y con mucho cuidado giró también la llave, tratando de no hacer ruido. Luego se quedó pegada a la puerta, escuchando.

El de la voz autoritaria empezó a hablar el primero.

– ¿Quién coño te has creído para venir aquí a joderme?
– Yo no...
– No me interrumpas cuando hablo ¿Quién coño te has creído para volver aquí? No eres bien recibido.
– ¿Sigues creyendo que puedes decirle a la gente lo que puede o no hacer?
– Sabes que sí, Becker, lo sabes muy bien.
– He venido a divertirme, ¿qué problema hay?
– Que tú no vienes a divertirte, los dos lo sabemos.
– ¿Por qué no me dices de una vez qué es lo que quieres?
– Debería quedarme ahí dentro contigo a ver cómo te follas a esas zorras, a ver si tienes los cojones para hacerlo.
– Tengo cojones para muchas cosas, incluido para levantarte a cualquiera de las que deseas de ahí abajo.

Arabia escuchó un golpe seco, y se llevó las manos a la boca. Luego sobrevino un silencio. Zane corrió hasta ella.

– ¿Qué sucede? ¿Qué han dicho?
– Creo que se van a pelear.

Las voces procedentes del otro lado volvieron a pronunciarse. Arabia pegó todavía más la oreja.

– Crees que te has vuelto a salir con la tuya, pero ¿sabes qué es lo más divertido? Que no sé si es más peligrosa Miranda o yo.

– Correré el riesgo de comprobarlo.
– Sí, estoy seguro de que sí, porque tarde o temprano tú y tus putitas tendréis que salir de ahí para marcharos a casa. Chicos, darle a Becker de mi parte el regalo que había traído para su gran noche, pero cuidado con la cara, quiero mantenerla bonita y reconocible para cuando le vea marcharse.

Arabia escuchó pasos que se alejaban, y luego nada. Esperaba que Jake llamase y volviese al interior, pero durante unos instantes no ocurrió nada. Solo silencio. Y luego, un gran estruendo hizo retumbar la puerta donde ellas tenían pegadas las orejas para poder escuchar lo que sucedía en el exterior. Eso hizo que se apartaran de allí instintivamente. Y después continuaron escuchando más golpes, uno tras otro, por la puerta, pero también por las paredes. Por el contrario, Arabia no escuchó ningún sonido de protesta, solo golpes.

Su amiga tenía lágrimas en los ojos, y temblaba. Temblaba demasiado.

– Tranquilízate Zane. Seguro que todo va bien.
– No, no va bien. Ese tal Ian iba detrás de mí ¿Qué hubiese pasado si mi hermano no hubiese estado aquí? Podría haber acabado en esta misma habitación, con él.

– Pero no ha sido así, porque Jake ha venido.
– Y ahora le están dando una paliza, por mi culpa.
– Y por la mía también...

Poco después, los sonidos del exterior se esfumaron y volvió a reinar el silencio. Arabia se acercó a la puerta.

– Deberíamos salir –dijo su amiga.
– No. Jake dijo claramente que no saliéramos de aquí bajo ningún concepto.
– Pero...
– Abrid. Soy yo.

Acababan de escuchar la voz de Jake, pero aun así Arabia dudó.
– ¿Estás solo?

– Sí. Podéis abrir.

Zane se acercó a la cerradura y empezó a girar la llave con la mano temblorosa. Luego quitó el pestillo y abrió.

Jake estaba sentado de espaldas a la puerta y se giró en cuanto ésta se abrió. Pasó al interior sin levantarse siquiera, moviéndose por el suelo y con el brazo derecho en el costado izquierdo, como sujetándose. Al mismo tiempo trabajó con dificultad para no perder los pantalones, pues todavía los llevaba desabrochados. Se quedó apoyado en la pared.

– Cerrad con llave –dijo, una vez dentro–. Y vestíos.

Luego, con el brazo que todavía le quedaba libre, se sujetó la entrepierna e hizo un gesto de dolor en silencio, contrayendo los músculos de la cara. No tenía marcas en ella, salvo un rosetón en el pómulo izquierdo. Pero tenía todo el torso magullado, lleno de rasguños y de marcas de futuros moretones. Su pecho inspiraba y exhalaba a toda velocidad.

Arabia se había olvidado por completo de su semi desnudez, pero reaccionó rápido y volvió a abotonarse la camisa. Zane regresó hasta la cama a por su camiseta y una vez vestida, se acercó de nuevo a Jake y trató de examinarle. Él le apartó las manos.

– Estoy bien –dijo.

– No, no lo estás.

– Olvídate de eso. Ahora lo que hay que hacer es pensar en cómo vamos a salir de aquí –Intentó incorporarse, pero volvió a contraer la cara y a colocar la mano en la entrepierna–. Me han jodido bien, hay que reconocerlo.

– ¿Cuántos eran? –le preguntó Arabia.

Había visto a Jake jugar a rugby y desprenderse de varios jugadores a la vez solo con la fuerza de su cuerpo. Un cuerpo musculoso perfectamente definido, que muy pocas veces había tenido ocasión de ver.

– Cuatro.

Cuatro contra uno. Eso lo explicaba todo.

– Cuando se lo contemos a mamá...

Jake agarró a su hermana por el brazo y le habló con dureza.

– No vamos a contarle nada a mamá, ni a nadie ¿me oyes?

– Pero, ¿por qué? Tú tenías razón sobre este sitio y... sabrá que te has peleado y...

– Y nada. Volveremos a casa como si nada. Y le dirás lo bien que te lo pasaste en el Dix76, aunque nunca vayas a volver.

– No lo entiendo. No sé por qué te empeñas en ocultar lo que es este sitio realmente.

– Porque yo he estado viniendo aquí durante un tiempo, y no quiero que papá y mamá piensen que soy igual que los que frecuentan este lugar. Haber pasado fines de semana aquí no es algo de lo que me sienta orgulloso.

– La chica que llevaste a casa hace unos meses, ¿era de aquí? –preguntó Arabia.

Por alguna razón le había asaltado esa curiosidad.

– Sí –respondió él.

Arabia sabía que ese día había llegado a casa borracho como una cuba, y ellas lo habían visto en su regreso a altas horas de la madrugada porque se habían quedado en la sala viendo unos documentales para clase.

– Lora me dio a entender que había dos formas de conseguir lo que se quiere. Por las buenas, o por las malas.

– Sí... pero solo cuando conocen tu punto débil. Y hace tiempo que descubrieron

cuál es el mío.

– ¿Ah sí? ¿Y cuál es? –quiso saber Zane.

– El alcohol –respondió Jake–. Al principio venía porque era el local de moda, y casi todos los de mi equipo venían aquí. Tardé más tiempo que vosotras en darme cuenta de lo que realmente era este sitio. Y luego hice todo cuanto pude por evitar que chicas como vosotras se fueran a la habitación con cretinos como Ian McGregor. Hasta que descubrieron mi estrategia, y descubrieron también que cuando bebo me convierto en un capullo y un calzonazos. Fue entonces cuando empezaron a controlarme con las apuestas. En cuanto me echaron del equipo de la universidad, dejé de venir.

– ¿Por qué no dejaste de venir antes, si no te gustaba?

– Porque todos lo hacían –Jake suspiró–. En definitiva, por imbécil. Después de todo, no veo ningún triunfo llevarte a la cama a una chica sin su consentimiento, o que te manejen como si fueras un juguete, como fue mi caso. Si le dices que no a alguien, estás perdido. Y yo siempre decía que no.

– ¿Por qué? –Zane no dejaba de hacer preguntas.

– Porque no es un cretino –esta vez fue Arabia la que contestó.

Jake levantó la vista y la miró directamente a los ojos, pero ella no quiso devolverle la mirada. Sabía que se ruborizaría de hacerlo así que se levantó y se encaminó al cuarto de baño. Allí cogió una toalla blanca de manos y colocó una de las puntas bajo el grifo del lavabo. Antes de salir se miró al espejo y comprobó que tenía el pintalabios descolocado por el beso. Cogió papel y se lo arregló como pudo. Luego volvió y le acercó la toalla a Jake.

– Deberías limpiarte la cara.

– Sí, claro –dijo él.

Zane le quitó la toalla de las manos y empezó a limpiarle la boca ella misma. Con delicadeza.

– Siento haberme comportado como una tonta –dijo, mientras terminaba de quitarle los restos de pintalabios–. Cuando dijiste que nos quitásemos la ropa, yo...

– Estabas en todo tu derecho de negarte –Jake se rio, estaba relajado después de todo.

– Debí de haber entendido la situación desde el principio, como Ari, y no lo hice.

Menos mal que estabais los dos aquí.

Arabia no pudo evitar recordar el momento junto a la puerta. Nunca imaginó que su primer beso sería así. Rápido, fugaz, por necesidad. Había besado a Jake, o mejor dicho, él la había besado a ella, y no había hecho ningún comentario al respecto. Sin querer, se tocó los labios esperando recordar el roce de los suyos, pero retiró la mano enseguida, avergonzada.

– Creo que tengo una idea –anunció Jake–. Necesito que os asoméis a la ventana y me digáis más o menos la altura que hay.

Zane corrió hasta allí y luego habló de nuevo.

– No más que desde tu habitación al jardín.

– Vale, pues ahora tenemos que coger las sábanas y juntarlas con nudos. Nos vamos a ir por la ventana.

Al principio las chicas lo tomaron por loco, pero las tranquilizó diciéndoles que no era la primera vez que hacía algo parecido. Además, él las bajaría, y no tendrían de qué preocuparse.

Treinta minutos después de la paliza, Jake volvió a recuperar las fuerzas para levantarse. Cogió de nuevo su camiseta y se la colocó procurando no levantar demasiado el brazo izquierdo. El costado era lo que más le dolía, después de haberse recompuesto de las patadas en la entrepierna.

Arabia y Zane habían preparado las sábanas tal y como él les había dicho, atándolas mediante nudos. Él se aseguró de que los nudos estuviesen bien apretados y luego preguntó quién quería ser la primera.

– Me parece que tenemos un pequeño problema –anunció su hermana.

– ¿Cuál?

– Nuestros abrigos están abajo.

– ¿Y de verdad te preocupa pasar un poco de frío después de todo?

– No, lo que me preocupa son las llaves del coche, que las dejé en el bolsillo de cremallera.

– Oh, mierda.

Eso sí que era una gran cagada. Un imprevisto de los peores que podían surgir. Y solo había una alternativa.

– Vale, no importa. Bajaremos y luego me dices dónde exactamente está el abrigo. Entraré de nuevo por la entrada como si nada, y nadie se dará cuenta.

– ¿Estás loco? –le dijo Arabia–. No puedes volver a entrar ahí. Están deseando que aparezcas de nuevo.

– Sí, pero seguro que no me esperan por la puerta principal y, de todos modos, es un riesgo que hay que correr.

– Entonces iré yo –propuso ella.

– No, ni hablar. Vosotras os quedaréis junto al coche esperando a que yo vuelva.

– ¿Y si no vuelves?

– Voy a volver, ¿vale? Entraré, cogeré el abrigo y lo que necesitéis que coja, y volveré a salir como si nada.

– Pero, ¡pensarán que estás robando! –le dijo Zane.

Toc, Toc.

La puerta de la habitación volvió a sonar. Vio cómo Arabia y Zane daban un respingo sobre sí. Jake se puso el dedo índice en los labios para indicarles que se quedasen en silencio mientras él se iba acercando a la puerta poco a poco.

– Jake, ¿sigues ahí verdad?

Reconoció enseguida la voz de mujer así que se volvió e indicó a las chicas que caminasen hasta la puerta y se quedasen pegadas a la pared. Tenía que abrir.

Ellas recogieron las sábanas anudadas y se las llevaron consigo hasta el lugar indicado. Entonces él entreabrió la puerta, colocando el pie a modo de bloqueo y dejando solo diez centímetros de apertura.

– He venido a hacerte una oferta que no podrás rechazar –dijo Miranda.

– Lo dudo –respondió él.

– Estoy completamente segura de que quieres que las dos chicas que tienes ahí se vayan a casa sin que nadie les toque un pelo, y ambos sabemos que Ian y Lora estaban muy

interesados en los tesoros que tú les has robado.

Jake empezaba a adivinar cuales eran sus intenciones, y se arrepintió de que fuesen precisamente Zane y Arabia las que estuvieran allí, en ese preciso momento.

– ¿Me dejas pasar?

Jake dudó, pero finalmente desbloqueó la puerta y la dejó entrar.

– ¿Qué es lo que quieres?

– Lo sabes perfectamente –Miranda se sentó en la cama mirándole fijamente y adoptando una postura provocativa. Luego se puso a jugar con sus uñas–. Solo quiero comprobar si es verdad lo que dicen de ti.

– A cambio de que ellas puedan salir seguras de aquí, coger sus cosas e irse a casa –añadió Jake.

– Exacto.

– ¿Y cómo se supone que vas a conseguir eso?

– Porque vengo de tener una reunión con los matones de McGregor y me temo que soy sumamente convincente, a la vez que complaciente.

Miranda era una grandísima puta. Podría habérselo dicho, pero se contuvo.

– Muy bien –dijo en cambio–. Trato hecho. Ellas se van, y yo me quedo.

– ¡Jake!

– Cierra la boca, Zane.

– Están esperando en la puerta para escoltarlas, pero antes quiero que me digas quiénes son.

– ¿A qué te refieres?

– ¿Por qué ellas? ¿Por qué te has arriesgado por ellas?

Miranda sabía que interponerse en el camino de Lora era complicado, pero en el de Ian era tremendamente peligroso. Ya lo había hecho una vez, y había sobrevivido a las consecuencias porque a Ian le había caído en gracia que por primera vez alguien le plantara cara. Aunque le había prometido que sería la primera y la única vez. Y sin embargo, había vuelto meses después y lo había vuelto a hacer.

– ¿Quién es la de los ojos bonitos? –volvió a preguntar.

– Es mi hermana –confesó.

– Ajá, lo sabía. Nadie habría sido tan estúpido de no haber sido por algo importante.

¿Y quién es la otra tontita?

– Su mejor amiga.

– Vaya, vaya... –Miranda miró a Arabia–. Tienes suerte de que Jake te encontrara antes de que Lora te pusiera la droga en el zumo. De lo contrario..., supongo que habría sido tu primera experiencia lésbica.

– Ya vale. Hemos hecho un trato. Cúmplole y déjalas en paz.

– Sí, y espero que tú también lo cumplas así que empieza a desnudarte, y diles que se vayan.

Jake miró a su hermana, que estaba tanto o más asustada que al principio.

– Tenéis que iros.

– Pero, ¿cómo vamos a fiarnos de esos tipos?

– Aquí todos cumplimos con nuestra palabra –dijo Miranda, que ya se había quitado el sujetador y mostraba orgullosa sus turgentes y blancos pechos–, tanto si es para una cosa, como si es para otra. Tu hermano y yo tenemos un asunto pendiente desde hace mucho tiempo y me estáis molestando, así que no hagáis que cambie de opinión.

– Pero Jake, los golpes del costado –continuó su hermana–. Deberías ponerte hielo y

pomada, incluso...

– Estaré bien, ¿de acuerdo? Y vosotras estaréis bien también si hacéis lo que os digo. Salid, coged vuestras cosas y meteos en la camioneta sin hablar con nadie. Volved a casa y si encontráis a alguien todavía despierto, recordad, no me habéis visto, y no he estado aquí.

Jake salió al exterior para asegurarse de que los cuatro matones iban a escoltar a su hermana y a Arabia. Los vio bajar por la escalera y dirigirse hacia un montón de bolsos y abrigos que habían apilados en una mesa. Zane cogió sus cosas y Arabia también. Luego salieron al exterior y él entró en la habitación y empezó a desvestirse.

– Espero que cumplas tu palabra –le dijo a Miranda.

– Y yo espero que me eleves al séptimo cielo.

Al día siguiente, Arabia se despertó con mal cuerpo y escuchando golpes en el tejado. Miró el reloj de la mesita de noche y se dio cuenta de que había dormido hasta muy tarde. Era las 11:00 de la mañana.

Zane y ella habían vuelto a casa a las tres de la madrugada la noche anterior, pero habían estado hablando de todo lo sucedido hasta pasadas las seis.

Se preguntaron por el resto de las chicas, sobre si a ellas las habían engatusado para irse con alguno de los chicos allí presentes, y sobre qué les dirían cuando les preguntasen acerca del apuesto y alto chico que se las había llevado a una habitación. Arabia insistió en decir la verdad sobre quién era, pero Zane pensaba que era mejor que no lo supieran, de lo contrario, o especularían sobre lo que había pasado dentro de la habitación aunque les contasen la verdad, o bien no creerían en las intenciones de Ian y Lora de obligarlas a ir con ellos sin su consentimiento. Era mejor que creyeran que se lo habían montado en trío con un chico mayor que ellas.

Finalmente optaron por una semi-verdad, después de mucho discutir, y Arabia concretó la coartada. Se las había llevado su hermano, para sobreprotegerlas, porque no quería que estuvieran en ese lugar. Y les había fastidiado toda la noche, haciéndolas bajar con cuatro chicos a modo de guardaespaldas para que las escoltaran hasta el coche y se fueran a casa. Ambas se quedaron satisfechas con el resultado de la historia.

Luego hablaron de Lora, la chica a la que le gustaban las chicas y que empezó a acosarla. Miranda había dicho que de haber podido le habría puesto droga en la bebida y básicamente, habría hecho con ella lo que hubiese querido. Solo de pensarlo le daban escalofríos. Más incluso de los que ya tenía esa mañana.

Y luego hablaron de Ian, de Miranda, y finalmente de Jake. Ian parecía el típico matón al que nadie se atrevía a plantarle cara, y Zane no solo le había plantado cara, sino que le había dado calabazas, algo excepcional en aquel sitio, sin duda. Miranda, por otro lado, había estado interesada en Jake desde el principio, y a ella también la habían rechazado. Aquella noche, los Becker habían sido unos rompecorazones.

Pero a pesar de las bromas y unas cuantas risas para relajarse, se pasaron la noche muy preocupadas. Lo único que Jake había tenido que hacer para que ellas se fuesen sanas y salvas, había sido acceder a acostarse con Miranda. Y el solo pensamiento de ello

atormentaba a Arabia, más de lo que podía haber imaginado, pero no lo compartió con su mejor amiga.

Jake la había besado, a ella, y eso había cambiado totalmente el concepto que tenía de él. Podría haberse quedado en casa, estudiando, como dijo que haría. Pero no. Había salido de casa andando y había acudido a un sitio al que casi tenía la entrada vetada, solo para protegerlas. Además, la había librado de una experiencia desagradable, con toda certeza.

– ¡Y qué idea tan brillante tuviste cuando le besaste y le marcaste los labios con la pintura! –le dijo su amiga, antes de dormirse–. ¡Besaste a Jake! Todavía no puedo creérmelo. Lástima que al final no sirviese para nada...

Era cierto, aquel gesto no le sirvió demasiado cuando salió y se enfrentó a Ian McGregor, pero para ella se había convertido en un instante muy especial... Y se había dormido con ese recuerdo.

Ahora, recién despertada, se preguntaba si habría vuelto a casa.

– Zane –dijo, probando a ver si su amiga se despertaba–. Zaaaaane.

Nada. Seguía durmiendo profundamente. Arabia se incorporó de la cama y se mareó. Le seguía doliendo todo el cuerpo, y se acababan de sumar a su desdicha unas punzadas en la cabeza. Eso último debía deberse a las vueltas que le había dado al coco antes de dormirse, y el malestar al haber estado desabrigada durante varios momentos del día anterior. Estornudó repentinamente. Y eso sí que despertó a Zane.

– ¿Ya estás despiertas? –le dijo.

– Sí, y me encuentro fatal. Me duele todo el cuerpo.

Volieron a escucharse golpes en el tejado, y sintió que le estallaba la cabeza.

– ¿Qué diantres es eso? –preguntó Zane, tapándose la cabeza con la almohada.

– No lo sé, pero lleva un buen rato sonando.

– Mi padre dijo que arreglaría las tejas sueltas este fin de semana... Y me temo que está cumpliendo con su palabra.

Zane se levantó a regañadientes y subió la persiana, dejando pasar toda la luz hacia la parte central de la buhardilla. Guiñó los ojos por la reciente intensidad solar y abrió la ventana para poder asomarse hacia la parte de arriba de la casa.

– ¿Jake? –dijo, para sorpresa de Arabia–. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

– ¿A ti que te parece? –Se le escuchó responder a lo lejos–. Te estoy arreglando las puñeteras tejas para que no tengáis más goteras.

– ¿Cuándo has vuelto?

– ¿Cuándo he vuelto de dónde?

Zane volvió a meter el cuerpo bruscamente en la habitación.

– Está mi padre también –dijo, preocupada.

– ¿De verdad están arreglando el tejado ahora? –preguntó Arabia.

– Sí, eso parece.

Entonces pensó en Jake. Pasadas las seis, que ellas todavía no se habían dormido, él no había vuelto a casa. Ahora eran las once de la mañana y estaba subido al tejado, como si nada. Por si fuera poco, el día anterior casi ni podía ponerse la camiseta, y ahora su padre le tenía ahí arriba trabajando con la pala y el mortero a pleno sol.

– Tu hermano debe de estar aguantándose el dolor –dijo Arabia–. Tal vez deberías echarle un vistazo en cuanto tengas ocasión y subirle un poco de hielo a hurtadillas.

– Tienes razón. Vistámonos y salgamos a ver qué les falta. Tal vez podamos echar una mano.

Para cuando terminaron y bajaron del tejado, Jake sentía un dolor constante y molesto en el costado izquierdo. Los matones de McGregor le habían repartido una buena cantidad de golpes, y pasar una sola noche con Miranda después de eso, no había hecho más que empeorar su estado. La chica le había dejado K. O.

Al volver a casa, después de haber amanecido, se había encontrado de bruces con su padre, y antes siquiera de poner un pie en la escalera le había dicho:

– Vaya, llegas justo a tiempo.

Y entonces le contó la maravillosa tarea que tenía planeada para él aquel domingo por la mañana, que no había sido otra cosa que arreglar las tejas sueltas del tejado.

Estaba tan cansado que le dolían los ojos de tener que mantenerlos abiertos cegado por el sol, así que cuando por fin entraron en casa, sintió un alivio inmenso. Lo único que le quedaba por hacer era subir, darse una ducha, y tumbarse en la cama hasta que su cuerpo se recompusiera pasadas unas cuantas horas.

Su hermana y su amiga estaban sentadas en la cocina, desayunando.

– Buenos días, dormilonas –les dijo su padre.

Él pasó de largo sin mirarlas, y se dirigió directamente a la nevera a por algo frío para beber. Encontró un brick de zumo de melocotón, y se bebió de un trago todo lo que quedaba. Luego se dirigió hacia las escaleras.

– Os he preparado a tu padre y a ti ropa limpia en el cuarto de baño –le dijo su madre.

– Gracias, mamá.

– De nada, cariño.

– Jake, espera un momento –dijo entonces su padre–. Necesito que me echas una última mano con esto.

Resopló, molesto, pero lo hizo de espaldas para que nadie pudiese darse cuenta. Debía de tener un aspecto lamentable y lo último que quería era que su madre reparase demasiado en él. Pero accedió. No le quedaba más remedio.

Su padre estaba sujetando el nuevo estor para la ventana de la cocina que había sobre el fregadero auxiliar. Se acercó hasta él y notó cómo las chicas le seguían con la mirada.

– Necesito que sujetes la parte de arriba para que pueda marcar bien el lugar de los agujeros –le dijo su padre.

No podía ser cierto. Miró a su padre, intentando descubrir sus intenciones, pero él parecía ir a lo suyo, buscando algo en su caja de herramientas. Jake no podía apenas levantar el brazo izquierdo y creía que su padre se había dado cuenta mientras estaban en el tejado, pues le había estado observando a pesar de no decir nada al respecto.

Levantó el estor con el brazo derecho y luego, muy lentamente, empezó a subir el izquierdo, apoyándose contra la pared para ayudarse a hacerlo. Contrajo una mueca de dolor cada vez que subía un centímetro más y entonces, justo cuando estaba a punto de ponerlo a nivel con ambos brazos, su padre le espetó un golpe en el costado.

No pudo evitar expulsar un leve alarido de dolor a la vez que soltaba el estor y se

echaba a un lado, sujetándose fuertemente la parte golpeada.

– ¿Qué ha pasado? –preguntó su madre, acercándose a él rápidamente.

Y antes de que pudiese responderle, ella le sujetó la cara y se la giró hacia la derecha.

– ¿Por qué tienes arañazos en la cara? –Le hizo la pregunta a él, pero estaba mirando claramente hacia su padre–. ¿Qué significa esto?

– A mí no me preguntes. Tu hijo ha llegado esta mañana a las ocho y media, vivito y coleando, y ya tenía ese aspecto. Pero lo de la cara no es la única magulladura que tiene. Mira cómo se ha quejado hace un momento, y apenas le he rozado.

– ¿Apenas me has rozado?

Jake estaba furioso. Acababa de reconocer que lo había hecho a propósito.

– ¿Has vuelto a casa por la mañana? –preguntó su madre, sorprendida–. Dijiste que ibas a dar una vuelta para despejarte.

Jake no contestó. No tenía la respuesta pensada todavía, y en ese momento lo que menos le apetecía era pensar.

– ¿En qué líos te has metido esta vez? Déjame ver el resto.

Su madre intentó levantarle la camiseta, pero él se lo impidió.

– No.

– No te molestes, Sara –continuó su padre–. Deja que el lobo solitario se lama las heridas solo.

Subió por las escaleras lo más erguido que pudo, a pesar del dolor que sentía. Se metió al cuarto de baño y cerró con un portazo. Entonces se colocó frente al espejo, se quitó la camiseta y se observó con detenimiento.

La marca más importante provenía de donde a él más le dolía, el costado. En esa zona era donde más patadas había recibido. El dolor era parecido a cuando se fracturó las dos costillas en un partido, salvo que esta vez estaba casi seguro de que no se había fracturado nada. Solo se le estaba amoratando la zona.

Luego se dio la vuelta, y contempló su espalda. Tenía arañazos que le nacían de la nuca y llegaban hasta los hombros, y otros que le recorrían casi toda la espalda. Miranda había resultado pasional y exótica, sin duda, pero también una auténtica salvaje.

Llamaron a la puerta y él y se aproximó y sujetó la manivela, para bloquearla.

– Cariño, déjame echarte un vistazo.

Su madre era demasiado dulce, a veces.

– Estoy bien, mamá.

– No lo dudo, pero creo que debería comprobarlo, por si acaso. ¿Tienes más arañazos como los de la cara?

Jake suspiró, y luego se alejó de la puerta y se sentó sobre la tapa de la taza del váter, con el cuerpo hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cabeza.

– Pasa –dijo, al fin.

Su madre abrió la puerta despacio, casi sin hacer ruido, y cerró de la misma forma. Se acercó a él y se agachó para examinarle. Le pasó las manos por la espalda, rodeando la mayoría de las marcas y reparó más tiempo en la nuca. Le tocó con las yemas de los dedos uno de los arañazos más profundos, y consiguió que se estremeciera.

Su madre se colocó delante de él, sonriendo.

– Esto te lo ha hecho una mujer.

No pudo evitar sonreír también.

– Sí.
– ¿Y qué hay de los golpes?
– Preferiría no hablar del tema –volvió a ponerse serio–. Pero no te imagines cosas, porque te aseguro que no acertarías.
– Dúchate y vete a tu habitación. Subiré dentro de un rato a ver cómo estás.
Jake asintió y su madre volvió a salir del baño. Entonces terminó de desnudarse y se metió en la ducha. Lo pasó mal cuando el agua caliente le resbaló por la espalda, pero fue todavía peor cuando escurrió la esponja y dejó que el gel cayera sobre ella. La nuca le ardía. Cuando acabó, pasó la mano por el espejo para quitar algo de vaho, y comprobó que los arañazos se le habían enrojecido. Al menos los habría desinfectado, pensó.
Se vistió con la ropa que su madre le había preparado, aunque decidió no ponerse la camiseta para evitar el roce del algodón con la piel. Después salió, se metió en su cuarto y se tumbó boca abajo. No tardó más que unos minutos en quedarse dormido.

– Habéis estado muy calladas durante todo el día –dijo Sara.
La madre de Zane estaba sentada en el sofá pequeño leyendo un libro con la pequeña Rachel. Zane y ella estaban en la mesa del comedor, haciendo un trabajo para la universidad.
– ¿Sí? –preguntó Zane, haciéndose la sorprendida–. Pues no nos habíamos dado cuenta. Supongo que estamos demasiado concentradas en este trabajo.
Se le daba fatal mentir.
– Ni siquiera habéis mencionado nada sobre anoche. ¿Qué tal lo pasasteis en el Dix76?
– Oh, muy bien, ¿verdad, Ari? Fue divertido, aunque tampoco nada del otro mundo. Arabia miró de reojo a su amiga y se limitó a asentir con la cabeza, mientras fingía que seguía escribiendo en su cuaderno. Se encontraba tan mal que no le apetecía ni hablar.
– ¿Qué hora era cuando volvisteis a casa? ¿Las cuatro?
– Las tres.
De repente, Zane le pasó un papel con algo escrito. “¿Crees que deberíamos hablar con Jake sobre anoche?” Leyó.
Quería coger el lápiz y escribir un “sí” como respuesta, pero escribió “no”, sin embargo.
Su amiga puso cara de decepción al verlo.
– ¿Te has tomado algo para el catarro, Ari? –le preguntó Sara.
– Sí, ya me encuentro un poco mejor –mintió. Seguía helada de la cabeza a los pies, y no se notaba ninguna mejoría–. Pero me iré pronto a dormir porque me noto muy cansada.
– ¿Cómo está Jake, mamá?
– Durmiendo como un lirón. He subido hace un rato a ponerle una pomada y ni si quiera se ha enterado, y eso que Rachel me ha ayudado.
– ¿Te ha contado algo sobre lo que le ha pasado?
– No, nada, aunque me hago una ligera idea.

– ¡¿Ah sí?!

La respuesta precipitada de su amiga y su interesada mirada, levantó muchas sospechas, tanto que Arabia le golpeó en la pierna por debajo de la mesa.

Pero Sara era demasiado inteligente como para no darse cuenta.

– ¿Coincidisteis vosotras con él anoche?

– Qué va... ¿Por qué lo dices?

Esta vez, Arabia le hizo un gesto con la cara para que dejara de actuar con tanta exageración.

– No, por nada. Pensé que tal vez habríais coincidido –Sara hizo una pausa y luego continuó hablando–. Cuando salí de casa me dijo que salía a dar una vuelta, pero visto lo visto, se pasó a noche de fiesta. Y como él acostumbra a ir al sitio ese...

– No, ya no –esta vez habló Arabia–. Coincidimos con unos chicos de su equipo, y nos dijeron que hacía ya meses que no se pasaba por allí –Sara le sostuvo la mirada hasta que Arabia no fue capaz de hacerlo por más tiempo–. En fin, yo voy a subir Zane, quiero echarme un rato antes de la cena.

– Te acompaño.

Lo cierto es que estaba fatal. La cabeza le dolía mucho y la congestión hacía que le costase respirar. Pero aparte de eso, tenía la sensación de que Sara sospechaba que Jake se había metido en problemas por culpa de ellas, así que no quería que continuara haciéndoles preguntas.

– Avísame cuando vayas a preparar la cena, mamá.

Recogieron la mesa y subieron a la buhardilla. Arabia se metió rápidamente en la cama y se cubrió con las mantas, aunque se quedó medio incorporada apoyando la espalda en la pared.

– Mañana terminaremos el trabajo –anunció–. Hoy ya no puedo pensar en otra cosa que no sea este catarro.

– Tranquila, a mí tampoco me apetecía seguir con ello. No puedo dejar de pensar en todo lo de ayer.

Arabia rio, ella tampoco podía dejar de pensar en todo lo sucedido, aunque sin duda, sus inquietudes eran distintas, o eso pensaba ella.

– ¿Habías besado a otros chicos antes?

Por un momento sintió que se quitaba la congestión de golpe por la pregunta.

– ¿Por qué lo preguntas?

– Porque yo nunca he besado a nadie, y me preguntaba cómo sería. Nunca habíamos hablado del tema, pero supongo que antes de conocernos habrás conocido a chicos.

– Bueno... –Arabia no quería mentirle a su amiga, pero tampoco quería que supiera que el beso con Jake había sido su primer beso, pues eso habría supuesto muchas más preguntas–. Tuve un novio cuando vivía en Turquía, pero nada importante.

– ¡Así que tuviste novio! Vaya, nunca me lo habías contado.

– Tenía catorce años, Zane, no fue nada del otro mundo. Solo éramos unos críos.

– ¿Y qué se siente al dar el primer beso?

Empezó a sentirse azorada.

– Pues... se siente... no sé, se siente bien, supongo.

– ¿A cuántos chicos has besado, en total, incluyendo a mi hermano?

– A cuatro –mintió, sin ni siquiera pensarlo demasiado.

– ¡Wow! ¿Cuatro? ¿Y cuál ha sido el mejor de ellos?

– ¿A qué vienen todas estas preguntas, Zane?

– Bueno... Es que estuve hablando con algunas otras chicas de por allí, aparte de Lora y Miranda, y muchas hablaron de Jake. Y lo que es más, hablaron muy bien de él. ¿No es extraño? Nunca me había imaginado a mi hermano con una chica. A Derek sí, pero a Jake... es tan... No sé. Tan...

– Rudo –completó Arabia.

– ¡Exacto! ¿Cómo puede una persona tan ruda besar bien?

– Pues esas chicas tenían razón, supongo. Fue un buen beso rápido, pero agradable.

– ¡Qué fuerte!

Se echaron a reír, y luego Arabia empezó a toser.

– Todavía no puedo creer que os besarais.

– Yo tampoco, la verdad.

– En fin... supongo que se quedará como una anécdota de la familia y cuando pasen los años lo comentaremos y nos reiremos con ello. Seguro que si se lo contamos a Derek se muere de la risa.

– Lo cierto es, Zane, que no me gustaría contárselo a nadie. Ni siquiera a Derek –para Arabia había sido algo importante, y no quería que Jake pensara que se reían a sus espaldas sobre ello. Eso era lo último que quería después de lo que había hecho por ellas–. Jake nos exigió que no se lo contáramos a nadie y no creo que le hiciera mucha gracia saber que se lo decimos a Derek.

– Ya, pero una cosa es decírselo a mis padres, pero a Derek... Siempre nos lo contamos todo cuando viene a casa.

Sí, era cierto. La relación que ambas tenían con Derek era muy distinta a la que tenían con Louis y Jake, a pesar de que él se pasaba la mayor parte del año fuera de casa. Derek era agradable, además de guapo, y siempre les contaba cosas interesantes que le pasaban por Florida. A cambio, Zane le hablaba de todo lo que sucedía en casa en su ausencia, y de las cosas de la universidad.

– De todas formas, creo que no sería buena idea hablarle sobre el Dix. Pero tampoco puedo impedirte así que si lo haces, por lo menos que no esté yo delante. No quiero tener nada que ver si finalmente llegase a oídos de Jake.

– ¿Por qué? ¿Qué crees que puede pasar? ¿Qué se enfade? Pues vaya novedad...

– ¿Cómo puedes hablar así? ¡Nos ha salvado de una noche horrible!

– Eso nunca lo sabremos.

– ¿Bromeas? –No dio crédito a lo que su amiga acababa de decir–. ¿Cómo crees que te habría tratado ese tal McGregor? –Zane se encogió de hombros–. ¿Y qué hay de mí? Lora quería poner droga en mi bebida. ¿De verdad querrías que todo eso hubiese pasado?

– No, supongo que no. Lo siento. Es que nunca nadie se fija en mí, y para una vez que sucede...

– Créeme, hubiese sido mejor que hubiese seguido así anoche, y no digas que nadie se fija en ti. ¿Cuántas veces te han dicho que tienes unos ojos increíbles?

– Muchas, y desde que era pequeña –Zane tenía los ojos de un color verde tan claro, que resultaban espectaculares–, pero eso nunca me ha servido para nada. Además, casi siempre me lo dicen chicas así que...

– Pues al menos tienes un rasgo que resulta interesante. Yo sin embargo, no tengo nada de especial, y el hecho de ser extranjera no me lo pone más fácil.

– ¡Pero has besado a cuatro chicos!

– ¡Chicas! –Se escuchó la llamada de Sara desde abajo y Arabia se alegró de que las interrumpieran. No se sentía bien después de haberle mentado a su mejor amiga sobre los

besos que se había inventado—. La cena está lista.

– Yo no voy a bajar. Ni siquiera tengo apetito –Arabia se recostó y se tapó por completo– Creo que dormiré un rato a ver si se me pasa el dolor de cabeza.

– Está bien... Subiré después y te traeré algo calentito.

A Jake le despertaron para la hora de la cena de una forma realmente agradable. Su madre se sentó a su lado y le acarició el pelo hasta que se despertó.

– La cena está lista. ¿Crees que has dormido lo suficiente?

– Sí... creo que sí.

– Te espero abajo, no tardes.

En cuanto se fue, él se incorporó y se desperezó, estirando todos los músculos del cuerpo. El costado le seguía doliendo, pero mucho menos. Abrió el armario y se puso una sudadera con cremallera de color azul marino. Antes de bajar a la cocina pasó por el cuarto de baño y se miró al espejo. Todavía se le notaban los arañazos en la cara que le había hecho Miranda. Dos líneas rosadas que le llegaban desde la sien hasta la mitad de la cara. Sonrió al recordar el momento en que se lo había hecho.

Qué noche, pensó.

Cuando llegó abajo estaban todos en la mesa, a excepción de Arabia.

– ¿Y Ari? –quiso saber.

– Está acatarrada y con dolor de cabeza –respondió su hermana–. Se ha quedado en la cama.

Durante la cena, no hablaron demasiado, al menos con él. Su madre le hizo a Zane unas cuantas preguntas sobre el Dix76, pero su hermana mantuvo la calma y dio buenas respuestas, por suerte. Louis y su padre hablaron sobre béisbol, y Rachel estuvo la mayor parte del tiempo jugueteando con la comida. Cuando todos terminaron, ella todavía tenía la mitad del plato delante de ella y su madre la castigó por ello.

– No te vas a levantar hasta que te lo comas todo –le dijo.

Rachel sonrió picaronamente, primero, pero cuando comprendió que su tía Sara no iba a dar su brazo a torcer, le cambió la cara. Frunció el ceño y se quedó allí plantada, delante del plato y sin ninguna intención de seguir comiendo. Él fue el único que se quedó en la mesa después de que todos se levantaran y recogieran sus platos.

– La tía ha hablado muy en serio –le dijo a su prima, que ahora estaba de brazos cruzados, una posición muy graciosa para sus cinco años de edad–. ¿Qué piensas hacer al respecto?

– No tengo hambre –respondió ella.

Jake se cambió de sitio y se puso a su lado.

– Yo puedo ayudarte –le susurró al oído. Ella le miró con cara de sorpresa y de entusiasmo–. Por cada dos trocitos de salchicha que te comas, yo me como uno cuando nadie nos esté mirando.

Rachel asintió, emocionada, y pinchó el primer trozo. Llamó a su tía para que la mirara y viera cómo estaba comiendo, y Jake hizo lo prometido. Cada vez que su prima se terminaba dos trozos de mini salchicha, él esperaba a que nadie les prestase atención y se comía otro. Diez minutos después, Rachel ya había terminado con todo y su madre le

permitió levantarse de la mesa. Jake también se levantó y cuando vio que ella corría hacia él, se apartó y se puso el dedo índice en los labios para hacerle comprender que no debían levantar sospechas. Entonces se paró en seco, y él le guiñó un ojo. Ella se puso las manos en la boca y rio por lo bajo. Rachel era una buena cómplice.

– Oh, vaya –dijo su madre, de pronto.

– ¿Qué pasa? –preguntó su padre.

– Zane se ha olvidado la taza de caldo que le había preparado a Ari. Jake, ¿podrías subírselo tú?

– Sí, claro.

Jake cogió la taza y se encaminó hacia la buhardilla. Se concentró en no tropezarse por las escaleras de caracol para no derramar el caldo y cuando llegó por fin hasta la puerta, llamó antes de entrar.

Su hermana le abrió y se sorprendió al verle.

– ¿Por qué has venido?

Él puso cara de indiferencia antes de contestar.

– Pues porque te has olvidado de subirle la cena a Ari.

– ¡Ah, sí! Lo sé, me di cuenta al subir, pero como está dormida y no quería despertarla, no volví a bajar. Pasa, pasa.

– No quiero pasar. Coge la taza y déjasela al lado por si se despierta.

– Vamos, pasa, quiero hablar contigo.

– No tenemos nada de qué hablar, ¿recuerdas?

– Jake, pasa.

Su hermana se alejó hacia su escritorio, se sentó en la silla, y le dejó allí plantado, en la puerta, sosteniendo la taza de cerámica. Sin más opción, pasó y cerró la puerta tras de sí. Luego se acercó a la cama de Ari, y dejó la taza en su mesita de noche. Estaba tapada hasta la nariz.

– Puedes sentarte en mi cama.

– Zane, verás, tengo mucho que estudiar. No sé si sabes que he dormido durante todo el día, y que esta semana tengo dos exámenes importantes.

– ¿Esos arañazos de la cara te los hizo Miranda?

Jake suspiró. Sabía que su hermana no iba a darse por vencida. Podría haberse marchado, sin contestarle. Sin embargo, caminó hasta su cama y se sentó en ella. La miró durante unos segundos en silencio, y luego le contestó.

– Sí. ¿Siguiente pregunta?

– ¿Te gustó?

– ¿Cómo dices?

– Quiero decir, ¿a los hombres os gusta que os arañen cuando... ya sabes...?

Jake se rio. Que su hermana le estuviera preguntando aquello era divertido. Ella sin embargo seguía muy seria.

– Eso depende –le dijo, cuando volvió a la normalidad.

– ¿De qué?

Empezó a darse cuenta de a dónde quería ir a parar.

– Oye Zane, no te ofendas, pero no voy a hablar de sexo contigo.

– ¿Por qué no?

Jake movió los brazos e hizo un gesto de obviedad.

– Porque eres mi hermana.

– Pues precisamente por eso, porque eres mi hermano, me gustaría que me

asesorases sobre algunas cosas.

– Para, para el carro. Si quieres hablar de sexo, habla con Ari, con tus amigas, o con mamá.

– ¡Venga ya!

– Además, ¿qué te hace pensar que yo hablaría sobre eso contigo?

Jake estaba alucinado con su hermana. ¿Desde cuándo tenía tanto interés respecto al sexo?

– ¿De verdad quieres que vaya por ahí sin tener ni idea de nada? Deberías de querer darme unos cuantos consejos.

– ¡Oh, vaya! ¿Desde cuándo haces caso de alguno de mis consejos? Si no recuerdo mal, te dije que no debíais ir al Dix, y te entró por un oído y te salió por otro.

– Tal vez porque no fuiste lo suficiente explícito. Si me hubieses hablado de lo que nos íbamos a encontrar... De esas estúpidas normas...

– De haberlo hecho, tampoco me habrías creído, ni siquiera me habrías tomado en serio. Porque todas tus amigas hablan maravillas sobre ese sitio, según me dijiste. Que por cierto, vaya amigas...

Zane se puso de pie casi de un salto, apretando los puños. Empezó a caminar de una parte a otra de la estancia.

– ¿Sabes? Algunas hablaban muy bien de ti. Va a ser divertido cuando se enteren de que eres mi hermano. ¿Qué crees que dirán? “Vaya hermano...” –se burló.

– No tienen que saberlo.

– Sí, porque esa es nuestra coartada.

Zane le explicó el plan que había tramado con Arabia. Tenía sentido, pero aun así no le gustó.

– A lo mejor hasta te has acostado con alguna de ellas.

– Lo dudo.

– Pues tal vez les pregunte.

Jake descubrió que se trataba de una pequeña amenaza. Pensó seriamente en los rostros de las chicas que había visto junto a su hermana la noche anterior, pero no había creído reconocer a nadie. ¿Y si no se había fijado lo suficiente?

– Bueno, ¿y qué si hubiese sido así? ¿Qué crees que vas a ganar con eso?

Casi estaba completamente seguro de que no podía ser posible. No creía haber coincidido nunca con chicas de enfermería, y además, tampoco había tenido muchas aventuras en el Dix76 como para que diera la casualidad que alguna de ellas fuera amiga de Zane. Con la mayoría de chicas que se llevaba a una habitación, ni siquiera hacía nada. No eran más que niñas asustadas a las que él evitaba un mal trago, como había hecho con Zane y con Arabia.

Ari, pensó en Ari. Por un momento le vino a la mente su sujetador blanco y su pecho rebosando sobre él. La miró instintivamente, y comprobó que seguía durmiendo.

– ¿Piensas en el beso que le diste? –Zane le sacó de su ensimismamiento–. Apuesto a que te gustaría saber lo que ella piensa al respecto.

Era verdad, le gustaría saberlo, pero no debía hacerle creer que era cierto, porque no debía fijarse en Ari, no él. Se había convencido de ello hacía tiempo y un beso no iba a cambiar nada. Además, solo había sido un beso por conveniencia. Lo había disfrutado, sí, pero sabía que no había significado nada más para ella. ¿Por qué le decía su hermana ahora eso? No, no quería saberlo. No quería saber lo que ella pensaba al respecto, porque no quería que resultase más lamentable.

– Vale, vamos a dejarlo aquí. Ya te he dicho que no voy a hablar de sexo contigo, y esa es mi última palabra –Jake se levantó y se dirigió a la puerta–. La semana que viene Derek estará en casa, prueba con él, puede que tengas más suerte.

– Desde luego que sí.

El tono de su hermana le dio a entender que estaba dolida.

– Bien.

Aquella fue su última palabra antes de cerrar la puerta tras de sí. ¿Qué mosca le había picado a su hermana? ¿De verdad creía que iba a hablar de sexo con ella? Además, ¿por qué narices tenía que pensar en sexo y hacérselo ver a él? ¡Era su hermana! Lo último que quería era pensar en la cantidad de cretinos que podrían llevársela a la cama. De hecho, no, no iba a permitir que eso ocurriera. A partir de ahora estaría mucho más pendiente de los amigos con los que frecuentara. Estaba decidido. Todavía era demasiado pronto para ella.

14 NOVIEMBRE 1986

Jake había llegado a la universidad mucho más cansado de lo habitual, pues no había hecho más que dar vueltas de un lado para otro en la cama sin poder dormir. Demasiados pensamientos azotaban su mente.

Era tal el caos que tenía organizado dentro de sí mismo que se quedó completamente en blanco cuando la profesora de Física, a última hora de la tarde, le hizo una pregunta sobre el problema de los tres cuerpos del que llevaban tratando varias semanas.

En un principio lo que más le sorprendió fue que le preguntase a él. Pero cuando se dio cuenta de que todos los presentes lo miraban de soslayo, y algunos no tan de soslayo, fue cuando su mente se nubló por completo. Había estado leyendo un montón de libros sobre ese tema, incluso había estudiado los problemas matemáticos de Lagrange.

Empezó a acalorarse tanto que debió de notársele y al cabo de un rato de mirar a la profesora inexpresivamente sin saber qué decir, ésta rebotó la pregunta al resto de la clase. Evidentemente, tampoco nadie le contestó. Muy insatisfecha, mandó a todos los alumnos a reflexionar sobre el tema, pidiéndoles que estudiaran para la próxima clase la teoría de la perturbación, de Charles Delaunay.

Al salir de clase, Jake se sintió realmente estúpido. Sabía de sobra de qué trataba la teoría de la perturbación, y no había sido capaz de sacar la información de su mente. Volvió a pensar en por qué había tenido que preguntarle precisamente a él, con el que nunca mediaba palabra. Sus dudas se resolvieron cuando estaba apunto de entrar en la biblioteca.

Se disponía a devolver los ejemplares que había estado ojeando y por eso los llevaba apilados en las manos, pero se encontró con la profesora de física en la misma entrada, de brazos cruzados.

La profesora Smith era una de las más jóvenes de toda la facultad, y tenía todas las de convertirse en catedrática. Sus conocimientos eran mucho más amplios que los de cualquiera de los físicos de la universidad. Debía rondar los cuarenta años, pero su cutis no lo aparentaba.

Jake intentó pasar por su lado, pero ella le cortó el paso.

– Me gustaría saber por qué no ha contestado a la pregunta que le hice en clase –le dijo.

– ¿Por qué? Tal vez por el mismo motivo que ningún otro ha contestado. ¿Acaso yo tenía que saberlo y el resto no?

– Así es, pues ha sido el único que se ha llevado un montón de libros sobre lo que veníamos explicando en clase. Y precisamente, entre los ejemplares, uno de los publicados por mí.

La profesora cogió el tercero de los cinco libros que Jake llevaba consigo. Se quedó muy sorprendido cuando leyó el nombre del autor en la portada. Ni siquiera se había parado a leerlo, y era uno de los libros que más soporte le había dado.

– Me gusta venir a la biblioteca y contemplar el estado de mis ejemplares publicados –aclaró la profesora–. Como comprenderá, no son muchos los alumnos que vienen por aquí y se llevan uno de mis libros.

– ¿Me ha estado observando?

Le pareció que la profesora estaba a punto de ruborizarse, pero supo salir muy bien de su apuro.

– Por supuesto que no, pero necesitaba que lo devolviese para poder dejárselo a otra alumna que me lo ha pedido personalmente. Imaginé que debía ser usted quien lo tuviera, pues la semana pasada le vi de casualidad en la cafetería con uno de los ejemplares de Newton y Euler.

– Bueno, pues ya tiene lo que quiere, aunque sería estupendo que me lo devolviese para validarlo en recepción, ¿no cree?

La profesora le tendió el libro con el semblante muy serio, y luego añadió.

– Tiene mucho potencial Becker, más del que imagina. Si le apeteciese compartirlo en clase todos sus compañeros aprenderían mucho.

– Oiga, no he respondido a la pregunta porque, por motivos ajenos a la física, me he quedado en blanco. Y de todas formas, no sé por qué iba a tener que compartir mis ideas con el resto, si tanto el resto como la profesora hacen caso omiso de mi presencia.

– ¿Puedo preguntarle algo, Becker? –dijo la profesora, después de una incómoda pausa.

– ¿Qué?

– ¿Por qué se decantó por la geofísica en lugar de estudiar solo la física?

– ¿Por qué da clase usted en la facultad de geofísica en lugar de en la de física?

Ella se le quedó mirando con el ceño fruncido, pero más que enfadada, parecía extrañada, o tal vez confusa. De hecho, ni siquiera le contestó. Pasó por su lado sin mediar palabra y desapareció por el pasillo. Jake se dispuso por fin a dejar los ejemplares en el mostrador de la biblioteca, donde la bibliotecaria por fin le validó todos los libros.

No se lo había dicho a la profesora porque no le apetecía hablar sobre sus intereses con alguien a quien no conocía de nada, pero había estudiado geofísica porque le gustaba conocer los fenómenos terrestres a la vez que comprender las fórmulas físicas tanto de la naturaleza como de las matemáticas.

Una hora más tarde, a la salida de la facultad, vio algo que llamó especialmente su atención. La profesora Smith estaba entrando en su coche y Emma la abordó por atrás. Se saludaron y empezaron a hablar animadamente. Jake las observó discretamente. La profesora abrió su bolso y le entregó a Emma el mismo ejemplar que le había cogido a él de

la biblioteca, el que ella misma había publicado. Cuando se despidieron, Jake condujo sus pasos tras Emma hasta alcanzarla en la puerta de su coche. Empezó a chispear.

– ¿Desde cuándo te interesa tanto la física, Wathson?

Emma se giró sobresaltada y le dedicó una amarga sonrisa.

– ¿A ti qué te parece que estoy haciendo aquí? Estudio lo mismo que tú, por si no te habías dado cuenta –replicó, al mismo tiempo que metía el ejemplar por la puerta del conductor para resguardarlo de la lluvia.

– ¿Estudiarás toda la noche para demostrarles mañana a todos lo mucho que sabes sobre la teoría de la perturbación?

La chica puso una mueca de asco.

– ¿Qué mosca te ha picado, Becker? Deja de espiarme. Bastante tengo con soportar tu presencia en mi jardín, como para aguantar que metas tus narices en mis asuntos.

La lluvia se volvió algo más intensa así que Emma se metió en su coche y se despidió de él con los dedos de la mano, con el glamour que la precedía al pasar con su bonito coche. Jake se estaba mojando mucho así que decidió ponerse la capucha de su sudadera y volver a casa antes de que la lluvia fuese tan fuerte que se lo impidiese.

Pero la tormenta le pilló a medio camino. Se cobijó en algunos portales esperando a que amainara, pero al darse cuenta de que no lo haría en varias horas, decidió correr para llegar lo antes posible. Iba rápido, aunque con cuidado para no resbalar cada vez que tenía que doblar la esquina de una manzana. Y aun con todo el cuidado que llevaba acabó tropezándose con un gato que se le cruzó en el camino, haciéndole caer de bruces contra el suelo. No se hizo daño más que en la palma de las manos, pero maldijo al gato cuando se dio cuenta de que el charco sobre el que estaba había mojado por completo la mochila, la cuál había llevado sujeta por delante para intentar protegerla de la lluvia.

Cuando llegó a casa no había nada en él que se hubiese librado de la incesante lluvia. Pasó hacia el interior dejando un reguero de agua tras de sí, hasta que su madre gritó escandalizada y le ordenó quitárselo todo antes de seguir avanzando.

– Por el amor de dios, Jake. ¡Vas a ponerlo todo perdido!

Jake miró a todos los presentes. Louis, Zane y Arabia estaban sentados en la mesa del salón con varios libros abiertos. Su padre estaba en el sofá tranquilamente mientras que su madre preparaba la cena.

– Quítate la ropa antes de subir. La escurriré en el lavadero –le ordenó su madre.

– ¿Que me quite la ropa?

– Sí, eso he dicho.

Jake dejó caer su pesada mochila y se quitó la sudadera y las zapatillas. Caminó de puntillas para entregárselas a su madre. Estaba dispuesto a subir a su habitación cuando su madre volvió a pronunciarse.

– Jake, toda la ropa, por favor. No puedes subir así. Déjamela toda en el lavadero y yo te bajaré ropa seca enseguida.

Miró a su alrededor y comprobó que nadie le estaba mirando. Sus hermanos y Arabia seguían concentrados en lo que estaban haciendo. Si habían escuchado lo que su madre acababa de ordenarle, lo estaban disimulando muy bien.

Se dirigió hacia la terraza exterior por la que se accedía a través de la cocina y una vez allí procedió a desnudarse. Se quedó únicamente en ropa interior y esperó a que su madre bajase con la ropa seca. Un pantalón de chándal y un par de calcetines fue lo único que le trajo.

– Has dejado todo el suelo lleno de agua. Anda, cámbiate.

– ¿Solo me traes esto?

– ¿Qué más quieres para subir al piso de arriba? No quería hacer ruido. Rachel está en tu cama descansando. No se encontraba bien y ha querido echarse un rato allí. Date una ducha y no tardes demasiado. La cena estará lista en diez minutos.

Resopló cuando su madre lo dejó solo. Se quitó lo que le quedaba rápidamente y se colocó el pantalón deportivo en menos de dos segundos. Luego pisó con los calcetines secos por los huecos que no estaban mojados y salió de nuevo a la cocina. Su madre iba fregando el suelo para secarlo en dirección a la entrada, empezando desde la cocina. Jake quiso pasar tan rápido por el salón que sin querer pisó por donde estaba mojado y resbaló. Por suerte no se cayó al suelo, pero hizo tantos equilibrios para no acabar allí que le dio un fortísimo tirón en la espalda.

– Cariño, ¿te encuentras bien?

Se había quedado encorvado con una mano sobre la rodilla derecha, y la izquierda en el costado.

– Sí, no ha sido nada.

– Se te ve el trasero.

Había sido su hermano el encargado de enviarle aquella información. Jake se incorporó inmediatamente y se subió los pantalones. Zane y su amiga no pudieron disimular la risa y Jake acabó marchándose a su habitación de muy mal humor. Cogió la mochila chorreante que había dejado en la entrada y subió por las escaleras. Escuchó a su madre gritar desde abajo que llevase mucho cuidado de no mojar nada con ella, pero eso iba a ser misión imposible.

En su cama encontró tapada hasta el cuello a la pequeña Rachel, tal y como le había dicho su madre. Se acercó hasta ella y le tocó la frente. Parecía que todavía tenía un poco de fiebre. Le dio un beso en la frente y se puso a sacar los apuntes.

Tenía la esperanza de que podría salvarlos pero se llevó una gran desilusión cuando comprobó que todos los folios estaban mojados. Todo lo que había estado anotando desde hacía semanas estaba emborronado, y todo lo que había copiado de la pizarra de la profesora Smith, también se había perdido. Sintió tanta rabia que estuvo a punto de gritar, pero se contuvo por la presencia de su prima.

Se metió bajo el agua caliente y trató de no pensar en ello, pero no le resultó nada fácil. Había perdido el esfuerzo de todo un mes en tan solo el rato que le había costado regresar a casa, que no pasaba de los veinte minutos.

Cuando bajó de nuevo al piso de abajo la mesa todavía estaba sin poner debido a que sus ocupantes seguían estudiando. Su madre les ordenó que quitasen todas sus cosas y a Jake que pusiera los cubiertos para la cena. Esa noche su madre había preparado un poco de todo. Algo de pechuga, tortitas, huevos fritos y arroz con pollo al curry. Cada uno podía coger ración de lo que quisiera y a Jake le encantaba hacerse un revuelto con todos los ingredientes. Empezó a servirse antes incluso de que todos estuviesen ocupando sus lugares en la mesa, pero el sonido de un vaso apoyado fuertemente sobre la madera le hizo detenerse. Era la forma indirecta que su padre había tenido de advertirle su mala educación. Y llevaba razón, pero él odiaba que su padre le hiciese gestos de ese tipo solamente cuando tenían invitados.

La invitada de la noche era Arabia. Aunque casi más que una invitada, contaba como una más de la familia por el tiempo que había vivido con ellos. Pero aun así, a Jake no le nacía tratarla como a una hermana. Y parecía ser un sentimiento mutuo, pues siempre habían mantenido ambos muy bien las distancias.

Esa noche todavía ni siquiera se habían mirado directamente a la cara. Jake era incapaz de hacerlo por lo sucedido la noche anterior, cuando fue hasta su casa a pedirle que convenciera a su hermana para no ir al baile. Lo cierto es que se sentía un poco avergonzado por lo que ella le había dicho al respecto.

Una vez todos sentados y servidos, los Becker conversaron sobre muchas cosas. Sin embargo, nadie se dirigió a Jake, y todos tenían buenos motivos para no hacerlo. Últimamente, estar en casa resultaba un suplicio. Tal vez la única que actualmente no le odiase fuese la pequeña Rachel.

Su padre seguía sin hablarle más que para darle órdenes directas. Luego estaba su hermano pequeño. Desde la pelea que tuvieron por lo de entrar a hurtadillas en su cuarto, ya no había vuelto a ser lo mismo. Se guardaban un rencor un poco mutuo. Zane era la que más le preocupaba. Era de esperar que siguiese muy dolida con él, primero por decirle que el vestido que se había comprado no le gustaba, y segundo por admitir que no la acompañaría al baile. Pero era la menos rencorosa, y hasta ahora no había dado muestras de que se le pasase el enfado. Y con su madre pasaba algo parecido. Era la única que le hablaba bien, pero sabía de sobra que estaba muy decepcionada. Se le pasó por la cabeza interrumpir la conversación principal de la mesa -a la cual no estaba prestando ni la más mínima atención- para disculparse de forma general con todos, pero como siempre que pensaba en hacer algo así, descartó la idea en un abrir y cerrar de ojos.

De pronto, una palabra surgida de la conversación hizo que prestase atención:

-...física. Cree que necesita ir a clases particulares, pero no quería decíroslo.

- ¡Zane! -exclamó Louis, al parecer molesto por el comentario de su hermana.

- ¿Clases particulares? -preguntó extrañada su madre-. Hasta ahora nunca te habían hecho falta clases de refuerzo. Que no digo que no puedas necesitarlas, Louis, pero... ¿de física? ¿No podría ayudarte tu hermano?

Casi todas la miradas se dirigieron hacia a él, pero no le dio tiempo a decir nada.

- ¿Para qué? -dijo Louis-. No necesito a alguien que me haga los deberes, sino a alguien que me ayude a comprender cómo hacerlos. Jake no tiene ni idea de explicar...

- Sí, en eso le doy toda la razón -puntualizó Zane-. Jake no sabe explicar.

A él le dio por reírse. No podía creer lo que estaba escuchando.

- ¿Te hace gracia, Jake? -Su padre intervino con un tono de voz muy amenazante-.

Tus hermanos necesitan de tu ayuda, ¿y tú te ríes?

Se encogió de hombros y la sonrisa se le esfumó de la cara. Su padre siguió hablando.

- En esta casa somos muchos, ¿entendéis? Los suficientes como para decir que no voy a pagar a un profesor particular para hacer algo que alguno de nosotros puede hacer. Sería como llamar a un electricista para cambiar una bombilla. Cuando acabemos de cenar os sentareis aquí los dos, Jake y Louis, y tratareis de entenderos.

- No -interrumpió Louis-. No pienso hacerlo.

- ¿Cómo dices?

- No voy a quedarme aquí con Jake. Me niego a que él me explique nada.

- No es algo que puedas elegir, si es que estás interesado en aprobar física.

- Preferiría suspender física este semestre antes que estudiar con Jake.

Las frías palabras de su hermano se le clavaron en el alma.

- Retira lo que has dicho -dijo su padre, aparentando tranquilidad y sujetando a Louis por el brazo.

- No.

Louis se quedó quieto unos instantes y luego se deshizo de la sujeción de su padre con la otra mano. Se levantó y subió corriendo por las escaleras. Su padre fue tras él así que Jake fue detrás de ambos temiéndose lo peor. Louis se había pasado de la raya y él más que nadie sabía cómo reaccionaba su padre cuando eso sucedía. Cuando llegaron a la habitación de su hermano menor, su padre lo viró para sí, con dureza, pero antes de que estallara por completo, Jake lo empujó y lo apartó de Louis.

– ¡Déjalo! –exclamó.

Entonces su padre descargó su mano dura con él, marcándole la cara. Luego se separaron. Los tres se quedaron equidistantes a algo menos de un metro el uno del otro. Respiraban con intensidad por la excitación de la situación. Rachel se asomó por la puerta, seguramente despertada y asustada por las voces. Su madre llegó casi al mismo tiempo y la cogió en brazos. Jake levantó la cabeza.

– Tú tienes la culpa –le incriminó su padre–. Has conseguido que tu hermano pequeño tome ejemplo de tus pésimos modales y tu falta de respeto hacia la familia.

Jake no supo qué decir. Se sintió muy intimidado por esas palabras. De lo único que se alegraba era de haberle salvado el pellejo a Louis, pues de lo contrario habría experimentado la ira de su padre, y eso era algo que no deseaba para ninguno de sus hermanos.

– No voy a tolerar ni una sola conducta más como esta –continuó su padre, serenándose–. Estáis castigados sin salir un mes, me da igual quién sea menor de edad y quien no. No voy a permitir que ninguno de vosotros hable mal al resto, porque para eso somos una familia y el respeto empieza aquí, en nuestra casa. Así que cuando vuestra madre o yo os digamos o reprochemos algo, tampoco quiero escuchar ni una sola réplica al respecto ¿Lo habéis entendido?

Asintieron con la cabeza. La madre de Jake entró por fin a la habitación y cogió por el brazo a su marido, invitándole a salir por la puerta con ella.

Entonces él se quedó a solas con su hermano. Éste no hacía otra cosa sino que mirar al suelo y se dio cuenta de que estaba temblando. Louis debía estar asustado por la reacción que su padre había tenido con él, pues nunca antes le había puesto la mano encima.

Jake no supo qué decirle para tranquilizarlo así que pasó por su lado lentamente y salió en dirección a su cuarto. Una vez allí se sentó en el escritorio y apoyó los codos sobre el montón de folios mojados que había dejado esparcidos. Antes incluso de que le diese tiempo a despejar la mente, su madre apareció por la puerta.

Dejó a Rachel en el suelo y se dirigió a él.

– No quiero que ni tú ni tus hermanos volváis a darle un disgusto a vuestro padre. No quiero que vuelva a alterarse de esa manera así que espero que pongas mucho de tu parte.

– Creo que soy yo el que más interés tiene en que deje de alterarse, pues soy el que siempre acaba recibiendo la peor parte –se defendió él, señalándose la cara.

– Pues empieza a demostrarlo, Jake, y da un buen ejemplo a tus hermanos.

No dijo nada más. Le apartó la mirada a su madre y esperó a que se marchara. Pero ella todavía no había acabado.

– Y quiero que me prometas que si dentro de tres semanas tu hermana va al baile de invierno, bajarás por esas escaleras dispuesto a acompañarla.

– ¿De verdad crees que dejaría que fuese sola?

Su madre le miró fijamente, más tiempo del necesario. Luego asintió con la cabeza y le cerró la puerta. Entonces Jake se levantó y se tumbó en la cama. Rachel lo imitó,

colocándose a su lado. Él le tocó la frente. Ya no parecía que tuviera fiebre. La abrazó de lado y colocó la colcha sobre ellos. Por último apagó la luz.

Era hora de dormir.

29 NOVIEMBRE 1986

Hacía ya rato que Emily había llegado a casa de su padre. No tenía planeado ir aquel sábado, pero había preferido ir allí antes que a su casa debido a que había vuelto a encontrarse con el desconocido de la biblioteca.

Su encuentro parecía haber sido muy casual, pues el chico apareció sobre las doce del mediodía en la confitería donde ella trabajaba. Puso una increíble cara de sorpresa al verla, y alegó que andaba un poco perdido, cosa que a ella le extrañó tratándose de su propia ciudad. Además le compró unos cuantos croissants de chocolate.

Lo cierto es que daba mucha tranquilidad hablar con él, pero a la vez ella se sentía muy intranquila. Dos encuentros de lo más extraños con un joven que según dijo, estudiaba en Florida. Parecía bastante agradable, además de guapo, y no tenía motivos para pensar nada malo de él, pero lo mejor era no fiarse de nadie. Su madre siempre le había dicho que andase con ojo, y que llevase mucho cuidado cuando fuese por ahí y se encontrase con desconocidos. Comenzó a decírselo cuando tenía trece años, cuando ella y su hermana empezaron a tener más independencia, y a día de hoy, con veinte que tenía, todavía seguía haciendo caso de su consejo.

Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando vio llegar a Jake, el ayudante de su jardinero. De haber vivido en casa de su padre habría tenido oportunidad de conocerle un poco más, pues era un chico tan misterioso que no podía evitar que le llamase la atención. Sin embargo, apenas lo había visto algún que otro sábado y no es que él hubiese puesto demasiado de su parte para entablar conversación. Era el chico más reservado que había conocido nunca.

Poco después de su llegada, llegó también un camión considerablemente grande que pedía paso para entrar por la puerta grande del jardín, haciendo sonar la bocina. Margaret, la doncella, complació su petición abriendo la puerta y entonces el camión maniobró para entrar marcha atrás. Acto seguido, el padre de Emily apareció saliendo desde el interior. Estrechó la mano con el camionero y luego con un gesto llamó a Jake para que se acercara. Al parecer había que descargar algunas cosas y él iba a ser el encargado de transportarlas hasta el garaje. Emily se preguntó qué clase de mercancía sería así que se levantó del banco en el que había estado sentada leyendo, y se acercó también.

Cuando llegó al garaje ya se estaba encomendando la tarea. Lo que se descargaba era una especie de cajas, no demasiado grandes, pero sí pesadas, cosa que dedujo por la cara de esfuerzo de Jake. Su padre y el camionero conversaban mientras tanto.

Emily se acercó un poco más.

– ¿Qué son esos paquetes, papá?

– Cajas de tierra fresca.

– ¿Y para qué la quieres?

– Tengo pensado replantar casi todo el jardín.

– ¿Por qué?

– Es tierra regalada de un amigo que ahora vive en el sur de África. Un presente de su tierra. Dice que hará que nuestras flores sean las mejores de toda la urbanización, y estoy seguro de que a tu madre le hubiese encantado.

Dicho esto, su padre continuó hablando con el transportista y ella dudó de lo que acababa de decirle. Su madre amaba su jardín tal y como era y nunca se había planteado siquiera que fuese mejor que algún otro. Nunca fue ese su objetivo.

Decidió acercarse a Jake, el cual acababa de dejar en el suelo dos nuevos paquetes. Los estaba apilando en bloques de cuatro e iba bajando las cajas de dos en dos. Subió al camión a por otro par mirándola de soslayo. No le dijo nada, pero casi nunca lo hacía. A Emily le parecía que, o bien era tan reservado como ella creía, o era extremadamente tímido. Bajó con dificultad por la escalera metálica de la nave y caminó hacia delante.

Entonces apareció Emma por el otro lado. Llegaba corriendo de alguna parte y cuando vio a Jake ya era demasiado tarde. Intentó parar antes del impacto, pero lo único que consiguió fue resbalar con los tacones y terminar con el culo en el suelo y las piernas justo por delante de Jake. Lógicamente él no la vio llegar, y sus pies tropezaron con sus piernas como si de una zancadilla se tratase. Primero se zarandó un poco por el contacto, pero finalmente cayó hacia adelante al pisar una de las piernas de ella, lanzando la caja de arriba por los aires y cayendo encima de la otra. Ambas cajas se abrieron y de ellas salió un montón de tierra oscura.

Emma gritaba por el dolor y su padre llegó enseguida a socorrerla.

– ¡Me ha pisado! ¡Ese desgraciado me ha roto la pierna, papá! – dijo, entre lágrimas.

Emily pensó que su hermana parecía una niña pequeña actuando de ese modo. Ella había visto desde un segundo plano todo lo que había sucedido, y estaba dispuesta a salir en defensa del que seguramente iba a resultar más desfavorecido.

– Ha sido un accidente –puntualizó–. Han tropezado mutuamente.

Su padre seguía contemplando el estado de la pierna de su hermana y ella pareció ser la única que se fijó en Jake. Estaba con las rodillas y los codos apoyados en el suelo, a todas luces tapándose la cara.

– ¿Te encuentras bien? –dijo, acercándose.

Pero no se movió. Su respiración parecía fuerte por el movimiento de su espalda. Desde atrás escuchó a su padre pedirle ayuda al dueño del camión para llevar a su hermana al interior de la casa. La cogieron en brazos y se la llevaron. Antes de desaparecer por la puerta su padre le ordenó a Jake que limpiase el estropicio sin ni siquiera mirarle. Emily comprobó que estaba todo perdido de arena.

Él se incorporó con dificultad y fue directamente a la pila del garaje con la mano tapándose el ojo izquierdo. Se lavó la cara y se frotó los ojos. Con seguridad los tenía llenos de arena, pero Emily se asustó cuando se dio la vuelta. Lo que tenía era más que un montón de arena esparcida por la cara. Tenía el ojo enrojecido e hinchado por la parte inferior. Debía de haberse hincado ahí el pico de la caja sobre la que había caído. No sangraba, pero parecía tenerlo ensangrentado por dentro, o infectado, o lo que fuese.

– ¡Dios mío! Alguien tiene que mirarte eso.

Ni siquiera la miró. Haciendo caso omiso de su comentario, cogió la escoba y se dispuso a barrer para apilar la arena, de muy mala gana.

Emily lo intentó una vez más.

– Ven adentro. Le diré al chófer de mi padre que te acerque a urgencias para que te curen.

– ¡Que me dejes en paz, maldita sea!

La frase la pilló desprevenida. No entendía qué había dicho para que le contestase de aquella manera.

– Solo quería ayudarte.

Emily entró en la casa muy dolida y se dirigió hacia la estancia de la que procedían los gritos de su hermana. Nunca habría imaginado semejante contestación por parte de Jake, pues las pocas veces que se había dirigido a él siempre la había tratado con mucho respeto. Ahora ya no le parecía tímido, sino un descarado, y tal vez sí mereciese el castigo que le habían puesto por lo del coche.

– ¡Llama a una ambulancia! –gritó su hermana, tumbada en el sofá con la pierna derecha encima de su padre.

– No seas exagerada Emma, no te has roto nada –dijo su padre.

Emily se acercó para observarla. Tenía la pantorrilla bastante roja y el contraste era grande a causa del color blanco de su piel. También opinó que no tenía nada roto. Como mucho le saldría moratón y estaría unos días caminando con dolor. Jake la había pisado con su propio peso más el peso de las dos cajas de arena. Era normal que le doliera, y por una vez, Emily creyó que su hermana dramatizaba con motivo.

– Ayúdame, Emily –le pidió su padre–. La llevaremos a su cuarto y la tumbaremos en la cama.

Juntos subieron a su hermana hasta el piso de arriba y la dejaron sobre la cama. Mientras tanto ella seguía maldiciendo a Jake y quejándose del dolor que sentía.

– Le diré a Margaret que te traiga una bolsa de hielo para que te la pongas –dijo su padre–. Y también iré a decirle a ese muchacho que se marche en cuanto acabe. Ya ha cumplido con sus días de trabajo aquí.

– ¿Ya?

Las dos hermanas contestaron al unísono y luego se miraron, inevitablemente.

– Sí, hoy era su último día según lo que acordamos, pero antes de que se vaya me aseguraré de que ha terminado de limpiar el desastre que ha montado en el garaje.

Su padre salió por la puerta y se quedaron solas.

– Estarás contenta, ¿no? –Emily fue la primera en hablar–. Ya no tendrás que quejarte más de su presencia.

Emma se cruzó de brazos y frunció el ceño.

– Pues sí. Estoy muy contenta. Al menos ya ha cumplido con su merecido.

Emily puso los ojos en blanco y se dejó caer en la cama.

– ¡Ay! –gritó Emma agarrándose la pierna. El solo balanceo del colchón la había dejado dolorida–. ¡Esto me duele demasiado! ¡Quiero ese maldito hielo ya!

Justo en ese momento la doncella entró por la puerta. Emma casi le arrancó de las manos la bolsa de hielo y ni siquiera le dio las gracias. Fue Emily la encargada de hacerlo antes de que saliese de la habitación. Se preguntó si los malos modales de su hermana cambiarían algún día.

– Deberías proponerte ser un poco más amable con todo el mundo, en general –le aconsejó.

– ¿A qué viene eso ahora?

– A nada y a todo. Es solo un consejo. Creo que serías mucho más feliz si trataras a los demás como te gustaría ser tratada.

– Si te referes a Jake... Él es tan cretino conmigo como yo con él.

– No estaba hablando de nadie en concreto –Emily se quedó pensativa por la afirmación de su hermana, pues en esos momentos no estaba pensando precisamente en el chico, sino en la doncella–. De todas formas, y ahora que lo mencionas, te recuerdo que tienes dolor en la pierna porque tú misma caíste delante de él y tropezó contigo, no porque te pisase voluntariamente.

– Ha vuelto la defensora del diablo –replicó Emma–. ¿Por qué siempre tienes que ponerte de parte de los demás?

– Porque intento ser objetiva.

– Ya, pues parece que nunca ves las cosas desde mi punto de vista, pero ¿sabes qué? No importa. No necesito tus estúpidos consejos.

– Ya sé que tú no aceptas consejos míos ni de nadie, pero estoy segura de que algún día los necesitarás –dijo Emily, exasperada–. Me voy a casa que ya se me está haciendo muy tarde. Que te mejores.

Emily salió sin esperar la respuesta de su hermana gemela y, tras despedirse de su padre y de algunos empleados, se subió a su bicicleta y se dirigió a su apartamento.

Derek estaba solo en casa, con Zane. Había vuelto a casa esa semana porque ya no podría volver ningún otro fin de semana hasta Navidad. Por la mañana había salido a dar una vuelta, y había acabado perdido en una confitería en la que casualmente trabajaba la chica que la vez anterior había encontrado en la biblioteca. Seguía pareciéndole una chica muy dulce, y muy bonita, pero parecía que a ella no le hacía demasiada gracia encontrarse con él. Debía de pensar que era un acosador o algo por el estilo. A Derek le habría gustado que se hubiesen conocido en condiciones diferentes. Sobre todo porque ahora tenía una responsabilidad muy importante en el vientre de la que, involuntariamente, trataba como su novia. Pero salvo Jake, eso era algo que por el momento todos desconocían.

Estaba en el salón pensando precisamente en Jake y en la forma en la que puso en duda que Ashley estuviese embarazada de él, cuando entró por la puerta todavía vestido con el uniforme de jardinero, aunque con el peto bajado hasta la cintura. Parecía bastante más sucio de lo normal, y más enfadado también. Derek sabía que ese era su último sábado en casa de los Wathson.

Cuando se miraron a la cara comprobó que tenía el ojo izquierdo medio cerrado.

– Mejor no preguntes –le dijo Jake, adelantándose a sus intenciones.

Subió las escaleras sin decir nada, al mismo tiempo que Zane bajaba hacia el salón. Ella también se quedó mirándole.

– ¿Has visto su ojo? –le preguntó al llegar abajo.

– Sí, pero me ha dicho que no le pregunte. No tenía muy buen aspecto, ¿verdad?

– En absoluto. Me pregunto qué le habrá pasado...

– Espero que no se haya peleado con nadie en la casa esa a la que iba.

Lo esperaba, sinceramente.

– Yo creo que debe de haberse golpeado con algo –Zane se quedó dubitativa–. Tenemos una pomada para los golpes, tal vez la use.

– ¿Te preocupa?

– No sé... Es solo que antes de usarla tendría que dejarme ver si tiene infección, que es justo lo que hemos visto en clase estos últimos días. Pero dudo que me deje acercarme a comprobarlo.

– Deberíais reconciliaros. Estoy seguro de que al final os acompañará al baile la semana que viene.

– Ari también está muy segura de eso. No sé qué os hace pensar que lo hará. Al menos papá ha cedido y me dejará ir aunque él no venga, después de un largo y tendido sermón sobre ese tipo de fiestas.

– Lo hará porque dudo mucho que le guste la idea de que vayas sola. ¿Quieres apostar?

– ¡Estupendo!

Los dos se pusieron a discutir acerca de la apuesta. Acto seguido sus padres y Rachel entraron por la puerta con bolsas del supermercado.

– ¿Qué estáis tramando? –preguntó Sara.

– Nada de lo que haya que preocuparse –le aseguró Derek, riendo junto con Zane—. Sin embargo, lo que sí que nos preocupa es Jake. Ha venido con el ojo muy hinchado y no ha querido decir nada al respecto. Zane cree que lo podría tener infectado.

Su padre gruñó, y su madre dejó las bolsas rápidamente en la cocina.

– Iremos a echarle un vistazo. Ven conmigo, Zane.

Su hermana obedeció sin rechistar y Derek se quedó solo con Rachel y con su padre. Ambos se pusieron a sacar los productos de las bolsas y a ordenarlos en la despensa.

– ¿Cómo va todo, papá? –quiso saber Derek.

Hacía tiempo que no hablaban.

– Bien.

– ¿El trabajo también? –Su padre lo miró de muy mal humor nada más formular la pregunta—. Me refiero a que si vais bien de dinero en casa. Ya sabes que ahora trabajo haciendo algunas horas en la cafetería y, aunque no ganaré mucho, creo que podría ayudar un poco. Me gustaría hacerlo.

– No es necesario.

– ¿Seguro?

Sabía que estaba reincidiendo mucho en el tema pero lo creía necesario. Su padre ya había pasado de los cincuenta y hacía tiempo que no lo había escuchado mencionar nada sobre que le renovarían el contrato. Agachó la mirada y pareció empequeñecer. Nunca lo había visto tan vulnerable.

Iba a continuar hablando para enmendar la situación que había creado cuando escuchó voces en el piso de arriba.

– Iré a ver qué ocurre –dijo entonces, entrecortadamente y retrocediendo hacia atrás. Luego subió.

Su madre esperaba de brazos cruzados frente a la puerta cerrada de su hermano. Zane se acercó a él para contarle lo sucedido.

– Cuando hemos subido estaba en el lavabo mojándose la cara –aseguró su hermana—. Mamá se acercó para mirarle la herida pero entonces Jake gritó que no le tocásemos y ha ido directo a encerrarse en su habitación. Le he visto el ojo más de cerca. No tiene muy buena pinta, Derek.

Él fue junto a su madre y trató de tranquilizarla poniéndole las manos sobre los hombros. Estaba bastante nerviosa.

– Deja que yo lo intente. Ya sabes lo orgulloso que es –Su madre suspiró—. Será

mejor que esperéis abajo mientras yo trato de averiguar qué es lo que le ha pasado.

– Está bien. Solo espero que no ande de nuevo metido en ningún lío. Vámonos, Zane.

Esperó a que su madre y su hermana bajaran de nuevo por las escaleras y se acercó a la puerta de su hermano. Lo único que escuchó por parte de Jake fue una fuerte sorción de nariz. Tocó de forma suave con los nudillos.

– Soy yo –dijo–. Mamá ya se ha ido.

Al cabo de un rato, unos pasos se dirigieron hacia la puerta desde el otro lado. Un leve sonido corredizo le dio a entender que Jake había quitado el seguro, permitiéndole el paso. Esperó unos segundos más y entonces giró la manivela y abrió muy lentamente. Encontró a su hermano sentado en el borde de la cama con los codos sobre las rodillas y las manos sujetándose la cabeza. Derek se sentó frente a él usando la silla del escritorio.

– ¿Qué ocurre, Jake?

– Estoy hartado de todo.

– ¿En qué sentido?

Le miró con el ceño fruncido antes de contestar.

– En todos los sentidos –comenzó a decir–. Llevo muy mala racha, empezando por la pelea con papá. Luego lo de la camioneta. Le devolví la jugada a la niña consentida que me pintó la camioneta y lo único que conseguí fue un mes de trabajo en su propia casa, para su mayor regocijo. Seguidamente Zane, que no se me ocurre ninguna cosa para que todo vuelva a ser con ella como antes. Me arrepiento de lo que le dije, sí, pero yo solo quería lo mejor para ella –Jake se echó hacia atrás y se apoyó contra la pared–. Ya sé que muchas veces no escojo las palabras adecuadas, pero me molesta que todos penséis que lo hago con la única intención de molestar. El otro día Louis dijo que preferiría suspender física antes que pedirme ayuda a mí. ¿Te lo puedes creer? Luego tuve que tragarme un sermón sobre el mal ejemplo que doy a mis hermanos. Parece que tengo yo la culpa de todas las cosas que no van bien en esta casa.

– Entiendo.

– No, no lo entiendes. No sabes lo que es esto.

Derek le dejó hablar para que se desahogara, sin interrumpirle.

– Para colmo, creo que me gusta la hermana gemela de la chica a la que odio, y la he cagado con ella también. Hoy era el último día que tenía para verla, ¿y sabes lo que ha pasado? Que me he tropezado con su hermana cargado con una caja de más de veinte kilos, cayendo delante de todo el mundo, rompiendo la caja con el ojo y llenándome la cara de tierra. Ella fue la única a la que pareció importarle ¿y sabes qué le dije? Le grité que me dejara en paz, espantándola por completo.

– Lo que voy a decirte no es lo que quieres escuchar –dijo Derek, tras una pausa–, pero creo que todo te pasa porque eres demasiado testarudo. Estás siempre en tensión con todo lo que te rodea, con toda la gente, y deberías vivir mucho más relajado.

– Tú y tu estúpida forma de ver la vida de color de rosa. Tenías razón, no es lo que quería escuchar. Ni siquiera sé por qué te he abierto la puerta.

Los dos hermanos se quedaron un buen rato sin decir nada, ocupando las mismas posiciones uno enfrente del otro. Derek se imaginó por un momento en la piel de Jake. Siempre había sido el más revoltoso de los dos, el que siempre se metía en líos. Él sin embargo, era el hijo modelo, y por eso mismo había dedicado su vida a no decepcionar a sus padres, a mostrarse tal y como ellos querían que se mostrara. Se preguntó cómo habían llegado a esa situación tan diferente, si habían estado siempre en el mismo curso. Era cierto

que Jake había sido siempre el más castigado, pero también había vivido sin duda muchas más cosas que él, porque había desobedecido las normas que él acataba sin oposición.

Con respecto a la actitud de Jake, sus padres siempre decían que tenía celos de él, aunque Derek nunca había entendido el porqué. Ahora sin embargo, lo iba entendiendo un poco.

– ¿Sabes? –dijo, rompiendo de una vez el silencio-. Tú no eres el único que tiene problemas. Tengo la sensación de que crees que mi vida es demasiado perfecta, y tengo que decirte que no es así.

– ¿Tu vida no te parece perfecta? –Jake se incorporó y se acercó un poco más a él, desafiante. Apenas podía mantener el ojo abierto-. Siempre has tenido lo que has querido y más, porque eras el hijo ejemplar y obediente. A ti nunca te negaban nada. ¿Acaso has olvidado todos tus privilegios de la infancia? Al poco de mudarnos aquí te marchaste a una de las universidades más caras. Creo que vas a ser el único de nosotros con esa suerte, porque sin duda, no creo que Louis consiga una oportunidad como la tuya, y por supuesto, Zane y yo no lo hemos conseguido. Papá y mamá se han desvivido por ti y sí, para qué negarlo, lo han hecho porque les has dado buenos motivos para hacerlo. Yo no discuto que te hayas ganado el título que pronto tendrás como abogado, pero yo de momento lo único que tengo son algo más de dos cursos de carrera, porque te recuerdo que el año pasado fui yo el que tuvo que trabajar en la fábrica durante más de cinco meses para poder hacer frente de las facturas atrasadas, y me perdí todos los exámenes. ¿Sabes que este curso solo me he podido matricular de cinco asignaturas? Y todavía son de tercero. Pero no, seguro que no lo sabías.

Era consciente del sacrificio que había hecho su hermano el año anterior, pero le parecía lamentable que se lo echara en cara cuando él mismo se ofreció voluntario, sin que nadie le obligase a hacerlo.

– Pero yo he trabajado mucho para sobrevivir en Florida –contraatacó Derek-. Sabes de sobra que me fui allí con una beca que me costó muchas horas de estudio conseguir, mientras tú te dedicabas a jugar al fútbol. A mí también me gustaba mucho ese deporte, ¿sabes? Pero tuve que elegir. Además, ahora también he empezado a trabajar en la cafetería, porque este año la beca del Estado me da para la matrícula y la residencia, pero ya no me da para ningún otro gasto, y me cuesta dinero venir a veros. No soy ningún mantenido Jake, no te equivoques con lo que dices. Tú también podrías haber estudiado más para conseguir lo mismo que yo.

– ¿Ah sí? ¿Y quién se habría ocupado del resto hasta que papá y mamá regresasen a casa? Ahora Zane y Louis ya son mayores, pero hace cinco años estaban a nuestro cargo. Por no hablar de Rachel... que no era más que un bebé cuando nos mudamos a esta casa y a esta maldita ciudad. Yo no podía irme de aquí porque ya habías decidido hacerlo tú.

– Te vuelvo a repetir que me fui con una beca.

– ¿Y a mí qué?

– Mira, no voy a discutir más contigo sobre esto, porque tenemos puntos de vista muy diferentes. A donde quería ir a parar era a que aunque te obceques en pensar que eres el único que tiene problemas, no es así. Yo mismo estoy ahora bien jodido.

Jake arqueó las cejas, y él continuó explicándole.

– Intuyo que sigues con la idea esa de que Ashley no espera un hijo mío, pero el caso es que está embarazada, y hasta que nazca el crío no podré hacer nada al respecto. Además, está de lo más insoportable y no tengo nunca ganas de verla, pero tengo que hacerlo, y mamá y papá quieren conocerla pronto. Por si fuera poco, hay una chica de aquí

que de verdad me llama la atención. Pero creo que piensa que soy un acosador.

Jake lo miró con su característica mirada.

– ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

– ¿Alguien de aquí? Si tú nunca tratas con nadie de la ciudad.

La conversación empezaba por fin a tomar otro rumbo, bastante más amigable, por el momento.

– La conocí la otra vez que vine, en la biblioteca, porque tuve el atrevimiento de sentarme frente a ella. Por supuesto, se dio cuenta, y me preguntó que qué hacía ahí parado, mirándola. Fue bastante vergonzoso... Pero la verdad es que era una chica bastante llamativa. Tenía la piel tan blanca que parecía de porcelana, y el pelo anaranjado hacía que sus ojos azules resaltasen muchísimo –Derek se interrumpió para lanzar al aire un suspiro, pensando por un momento en lo cursi que podía resultar lo que estaba diciendo–. Pensé que solo había sido un encuentro sin más, pero esta mañana la he vuelto a ver. He salido a dar un paseo y a explorar nuevas calles, y me he perdido... Entonces entré a una confitería para preguntar cómo salir a alguna calle principal y para mí sorpresa, ella era una de las dependientas...

Jake se levantó y se puso las manos en la cabeza. Se puso a andar de un lado para otro en el poco espacio que tenía.

– ¿Qué ocurre?

– ¿Te dijo cómo se llamaba?

– Sí, claro. Me lo dijo.

Su hermano se acercó más a él.

– ¿Cómo se llama?

– Emma.

Entonces volvió a echarse hacia atrás, y pasó ambas manos por todo su rostro hasta que se le quedaron en la boca, aplastando sus labios.

– ¿Emma? –preguntó, extrañado.

– Sí, Emma. ¿Se puede saber qué ocurre? ¿Por qué te has alterado tanto?

– No, por nada.

Derek no daba crédito a la respuesta.

– Así que no pasa nada –dijo, irónico.

– Por un momento pensé que hablabas de la hermana de Emma Wathson, la chica de mi facultad para la que he tenido que trabajar. Ambas son pelirrojas, pero su hermana gemela es... diferente. Se llama Emily, y su descripción física tiene mucho que ver con la que tú acabas de hacer.

– Pues debe de ser una coincidencia, aunque no deben de haber muchas pelirrojas por aquí, ¿verdad?

Se volvieron a mirar.

– ¿No será qué...

– ...la Emma de la que tú hablas...

– ...es en realidad la chica a la que odias?

Parecía que sus mentes estaban compenetradas.

– No, pero espera un momento –dijo Jake–. Emma no trabaja en ninguna confitería.

Emily sí. ¿Estás seguro de que te dijo que se llamaba Emma?

– Completamente.

– Es muy extraño...

– No sé, quizás sí haya más pelirrojas por ahí que tu no conozcas.

– Sin duda lo habrán, pero es demasiada coincidencia que además trabaje en una confitería.

– ¿La Emma que tú conoces trabaja en una?

– Emma no, idiota. Hablo de Emily.

– Creo que no deberíamos sacar conclusiones precipitadas... –opinó Derek.

Emma, Emily. Derek ya no sabía quién era quién.

– Yo ya no puedo pensar más. Me duele la cabeza.

Derek vio como su hermano se llevaba la mano al ojo y comprobó que empezaba a tenerlo amoratado por fuera y bastante rojo por dentro.

– ¿Qué tal si llamo a Zane para que te eche un vistazo?

– Estoy bien. Ha sido solo un golpe. Estoy acostumbrado a cosas peores.

Derek le sostuvo la mirada sin decir nada.

– Oye no me mires así. Dudo mucho que a Zane le apetezca curarme el ojo, después de todo.

– Desde luego... parece mentira que no la conozcas.

Salió del cuarto de su hermano en busca de Zane. La encontró en la cocina ayudando a su madre con la cena, y le pidió que subiera. Ella asintió sin decir nada y subió las escaleras tras él. Le pareció que entraba al cuarto de Jake casi con miedo. A los dos les costaba mirarse a la cara.

– Mira hacia arriba –le pidió a Jake.

Éste obedeció sin rechistar sentado sobre la cama, mientras su hermana se inclinaba hacia a él para observarle el ojo. Trató de abrírselo con los dedos para verle mejor, pero le dolía.

– Voy a subir un momento. Tengo unas gotas que te vendrán bien para desinfectar.

Zane los volvió a dejar a solas unos minutos hasta que regresó con su botiquín universitario. Se acercó a Jake y con mucha dulzura le tendió la cabeza hacia atrás, pidiéndole que abriese el ojo lo máximo que pudiese. Al echar la primera gota parpadeó, pero al final consiguió mantener la posición. Después le secó el ojo con una gasa y le limpió los restos de tierra que todavía le quedaban pegados por alrededor. Por último, le echó una pomada para la moradura que ya se estaba formando.

– Esto te aliviará –añadió.

Derek los observó todo el tiempo, muy complacido. Zane ya no parecía guardarle rencor a su hermano, y Jake parecía extremadamente arrepentido por el daño que le había podido causar. No tardó en demostrarlo.

– Os acompañaré al baile – le dijo–. Igual mamá ya te había dicho que lo haría, pero quería decírtelo yo también.

Por la forma en que Zane abría la boca y se llevaba las manos a ella, no parecía que su madre le hubiese comentado nada

– ¡No me lo puedo creer! –exclamó, emocionada, al tiempo que se aferraba a su cuello para abrazarle-. ¡Gracias!

Derek se quedó conmovido por la escena, y sonrió. Por fin había visto a Jake enmendar una situación que había estropeado. No había pedido disculpas propiamente, pero se había rebajado a hacer lo que dijo que nunca haría. Con su compañía, su hermana y su amiga tenían permiso asegurado para ir al baile, por no hablar de una buena protección. Se sentía orgulloso de su hermano y en cierto modo, era él quien tenía algo que envidiarle.

Jake era el más protector de la familia.

6 DICIEMBRE 1986

Acababan de llamar al timbre desde la portería de abajo y a Arabia le dio un vuelco el corazón. Todavía le faltaban por lo menos quince minutos para terminar de arreglarse. Se miró en el espejo que tenía en el interior de la puerta del armario y comprobó que estaba hecha un desastre.

El vestido negro que llevaba puesto había sido idea de Zane. Prácticamente podía decirse que la había obligado a comprarlo la semana anterior, cuando se le ocurrió mencionar delante de su amiga que no había escogido nada en especial para el baile, y que se pondría cualquier cosa que tuviese en casa.

La parte superior era palabra de honor, que a decir verdad le hacía un pecho muy bonito. Pero le resultaba extraño cuando se miraba, ya que nunca antes había llevado escote. El vestido era ceñido hasta la cintura y luego tenía una caída que llegaba hasta algo más abajo de la rodilla, con forma de pico hacia la parte de la derecha. Había sido una buena elección, pero seguía sintiéndose un poco ridícula vestida de aquella manera. El timbre volvió a sonar.

Corrió descalza hasta el telefonillo y respondió aturulladamente.

– ¡Dame cinco minutos!

– Ábreme. Te ayudaré a terminar.

Escuchó el sonido de unos tacones por la planta baja así que dejó la puerta abierta para cuando su amiga llegase. Mientras tanto se dirigió al cuarto de baño para ver de qué manera podía arreglarse el pelo. La cara ya la tenía pintada, aunque tampoco se había puesto ningún potingue especial. Se pintó los ojos de color oscuro y se los perfiló, como siempre, añadiendo esta vez rímel en las pestañas. Eso también había sido idea de Zane.

Volvió a escuchar el sonido de los tacones, ahora ya muy cerca de ella.

– ¡Dios mío! ¿Todavía estás así? –le dijo su amiga cuando entró al cuarto de baño.

– No sé qué hacer con el pelo... –confesó Arabia.

– Pero si ya te lo has alisado. A ver, suéltate el moño.

Hizo caso a la petición de su amiga y dejó su melena caer hasta más allá de los hombros. Sus escasísimas mechaz plateadas se veían bonitas con el pelo alisado. El flequillo le caía de medio lado, también como siempre solía llevarlo. Se emparejó un poco las puntas y se dio la vuelta para que su amiga le diese su opinión.

– ¡Wow!

– ¿Qué? ¿Qué ocurre?

– ¡Estás impresionante!

Zane la miraba boquiabierto. Fue entonces cuando reparó realmente en ella.

– ¡Tu también!

Su mejor amiga llevaba puesto el vestido lila que tanto le había costado conseguir. Era más largo que el de ella, pues le llegaba casi hasta el suelo, pero también era mucho más suelto. Su maquillaje era en tonos claros, todo lo contrario que el de ella. Al fin y al cabo, eran polos opuestos. Su pelo castaño lo tenía recogido por atrás, y le caía por la espalda como si fuese un chorro de agua, no demasiado grueso. Le pareció una idea muy original que sin duda habría sido cosa de Sara, su madre.

– ¿Por qué no te recoges el pelo hacia el hombro derecho? –sugirió Zane–. Así llevarás la caída hacia el mismo lado que la falda de tu vestido. ¿Tienes algún lazo negro?

Arabia se puso a pensar hasta que se acordó de un cinturón de raso que tenía, de un pantalón que jamás se había puesto. Fue a por él y volvió junto a su amiga.

– Creo que esto servirá.

Zane se puso manos a la obra y en un abrir y cerrar de ojos le había dejado un peinado sencillo, pero bonito. Había hecho un nudo en el recogido del pelo, que hacía que también el lazo cayese por el lado derecho. Arabia fue hasta su espejo para observar el resultado final. Ni ella misma se reconocía.

– Solo te falta un último detalle.

– ¿Cuál? –le preguntó curiosa a su amiga.

Ésta le tendió un pintalabios de color rojo. También era de las cosas que tenía sin usar desde hacía mucho tiempo.

– Adelante, póntelo. Te quedará de maravilla.

Cuando por fin llegaron a la calle estuvo a punto de caerse al metérsele el tacón por entre los adoquines de la acera. Suerte que Zane la sujetó por el brazo y la obligó a continuar.

– Los tacones no están hechos para mí... –se quejó, mientras llegaban al coche que las estaba esperando, o mejor dicho, a la camioneta.

Jake estaba de pie apoyando la espalda contra la puerta del conductor. Sin duda llevaba un buen rato esperándolas. Arabia y él se miraron un instante, pero enseguida apartaron la mirada. Nunca le había visto tan bien vestido. Llevaba puesta una cazadora, pero abierta, así que pudo ver que llevaba una camisa blanca, mal metida por dentro de un pantalón vaquero azul oscuro algo más ceñido de lo que estaba acostumbrado a llevar. No le dio tiempo a fijarse en su calzado porque su amiga la apresuró a subirse en la parte de atrás.

– ¡Date prisa Jake, o llegaremos tarde! –dijo Zane.

Él volvió la vista hacia atrás y arqueó las cejas mirando a su hermana con incredulidad.

– Por favor...

Zane dijo las palabras mágicas y entonces sí, Jake arrancó la camioneta. A Arabia le pareció que incluso sonrió. Todavía le parecía mentira el cambio de actitud que había tenido en la última semana. Cuando su amiga le contó que finalmente iba a acompañarlas, no se lo podía creer. Aunque en un principio pensó que eran lo bastante adultas como para cuidarse solas, en el fondo se alegró de que las acompañase.

Jake era una auténtica caja de sorpresas. Unas veces se aparecía en su casa inesperadamente, y otras no mediaban palabra alguna ni aunque estuviesen en la misma sala.

Encontrar aparcamiento fue peor de lo que habían esperado. Arabia no supo exactamente las vueltas que dieron alrededor de las manzanas cerca del casino donde se celebraba el baile. Finalmente acabaron en medio de un descampado donde no parecía demasiado seguro dejar el vehículo. Sin embargo, no tuvieron más opción.

– Re caerá sobre vuestra conciencia si cuando volvamos le han hecho algo a la camioneta y me toca pagar las consecuencias –dijo Jake, medio en broma medio en serio, cuando bajaron de sus asientos–. Y ahora a caminar. Nos espera un pequeño paseo.

Pero de pequeño nada. Cuando vieron las luces de la entrada del casino, Arabia ya

creía que no aguantaría mucho más sobre los tacones. Se preguntó si al resto de chicas le dolerían también los pies cada vez que se ponían zapatos de tacón. Si ese era el caso, lo disimulaban realmente bien, porque a ella la estaban matando.

– ¿Acaso no te duelen los pies? –le preguntó a su amiga, por lo bajo.

– Un poco. Pero es porque no estamos acostumbradas.

La respuesta de Zane no hizo que se sintiese mejor. Se fijó en que Jake caminaba unos metros por delante de ellas. Cada poco tiempo echaba la vista atrás para vigilarlas, e incluso se paraba hasta que llegaban a su lado. Luego continuaba y repetía lo mismo una y otra vez.

Cuando llegaron a la entrada no había mucha gente afuera haciendo cola para pasar. Todo indicaba a que solo quedaban por llegar los últimos rezagados. Jake sacó las tres entradas de su bolsillo y se las entregó al portero. Zane lo agarró por el brazo y le dio un beso en la mejilla. A Arabia le pareció un gesto muy tierno.

– ¿Y su pareja, señorita?

El portero se dirigió a ella y la hizo sonrojarse hasta el extremo.

– ¿Cómo dice?

– Se supone que todos vienen al baile con pareja, ¿no?

Arabia miró a su amiga hecha una furia. En ningún momento le había mencionado nada de eso.

– Yo soy el acompañante de ambas –dijo Jake.

Seguramente debió de verle la cara de apuro.

– Muy bien. Adelante.

– Quiero matarte –le dijo Arabia a Zane muy por lo bajo mientras pasaban por la puerta principal.

Su amiga se disculpó cuando llegaron al guardarropas para dejar los abrigos, pero luego se echó a reír.

De pronto las dos se quedaron paradas, deslumbradas por las innumerables luces que se aparecieron ante ellas. Acababan de llegar al salón de baile y todo a su alrededor era mucho más impresionante de lo que habían imaginado. En la pared de la izquierda estaba la barra donde ya se estaban sirviendo copas, mientras que a la derecha había una mesa alargada a modo de catering. Finalmente, justo enfrente, el gran escenario. Todo parecía estar preparado para que alguna banda apareciese de un momento a otro, como en los bailes del instituto. Mientras tanto, la música sonaba tranquila a través de los incontables altavoces que rodeaban la sala.

– ¡Esto es increíble! –exclamó Zane.

El único de los tres que no mostraba entusiasmo, era Jake. Su expresión era más bien aburrida. Para él debía resultar todo muy poco excitante, pues no era la primera vez que iba a uno de esos bailes.

Un presentador apareció en el escenario dando voces por el micrófono. Dio las buenas noches y empezó con una serie de monólogos que no tenían demasiada gracia. Arabia echó un vistazo a la gente, que empezaba a aglutinarse frente a él. Todas las chicas iban vestidas con elegantes vestidos. Los chicos iban con camisa de distintos colores. Algunos además llevaban corbata, cosa que Arabia detestaba.

En menos de cinco minutos quedaron rodeados de un montón de gente a la que no conocían, y cuando el presentador anunció al grupo de música que iba a tocar esa noche, la multitud empezó a gritar y a lanzar vítores. La música entonces subió de intensidad y el rock invadió el salón. Todo el mundo pareció quedar hipnotizado con el nuevo ritmo, y sus

cuerpos empezaron a bailar de forma repentina.

– Bienvenidas al baile de invierno –dijo Jake, sin mucho afán y lo suficientemente alto como para que ambas lo escucharan.

– Ari, ¡esto es genial!

Zane cogió a su amiga por el brazo y la llevó hasta la pista de baile. Luego hizo lo mismo que el resto, es decir, empezar a moverse al compás de la música.

– ¡Vamos! ¡A bailar!

Ella cogió por los brazos para darle unas vueltas e incitarla a bailar, pero Arabia estaba demasiado avergonzada. Todo le resultaba muy extraño, pero no tuvo más remedio que seguir al resto de la gente, aunque sus movimientos eran mucho más discretos. Solo con el paso de la noche empezó a animarse un poco más.

Aproximadamente una hora más tarde los músicos hicieron una pausa y la gente empezó a relajarse. Zane parecía la más feliz de mundo en ese momento, pues no dejaba de sonreír. Unos chicos se acercaron a ellas al tiempo que volvía a hacerse hueco en el centro. La gente se esparcía para ir a tomar algo.

– ¿Qué hay chicas?

– Hola --saludó Zane, sonrojándose.

– ¿Os apetece tomar una copa?

– Lo cierto es que nosotras no...

A Arabia no le dio tiempo a terminar la frase.

– ¡Claro! ¿Por qué no? –continuó Zane, estirándole un poco del brazo y haciéndole un gesto en señal de que no estropease el momento.

Los cuatro se colocaron entre el río de gente que iba hacia la barra y una vez allí los chicos pidieron lo mismo para todos. Arabia ni siquiera sabía qué era cuando le entregaron el vaso en señal de invitación.

– ¡Muchas gracias! –exclamó Zane, entusiasmada.

Arabia se acercó el contenido para mojarse los labios, lo suficiente para sentir náuseas por el sabor.

– Yo no quiero, gracias. No bebo alcohol.

Y tú tampoco, le recordó a Zane con la mirada.

Los tres se la quedaron mirando cuando fue hasta la barra para dejar su copa. Regresó con un zumo de frambuesa. Uno de los chicos no le puso muy buena cara, supuso que por haber rechazado su invitación, y al otro no pareció importarle, pues enseguida se puso a charlar animadamente con Zane. Parecía que ambos se estaban divirtiendo mucho. Arabia observó a su amiga, y sobretodo estudió su cara cada vez que le daba un pequeño sorbo a su vaso. Estaba segura de que no le gustaba en absoluto lo que estaba bebiendo, pero lo iba disimulando cada vez mejor. El otro chico no tardó mucho en esfumarse de allí, tal vez en busca de alguna chica más amigable que ella, y el acompañante de Zane no dejaba de decir cosas sobre el cantante de la banda.

– Zane, voy un momento al baño –le dijo al oído, al cabo de un largo y tedioso rato escuchándoles.

Sabía que no era la mejor de las ideas el dejarla sola con aquel tipo, pero realmente tenía ganas de ir al baño y si le hubiese pedido que la acompañase le habría reprochado que le estropease el momento. De lo contrario, ella misma se habría ofrecido para acompañarla, y de todas formas, no tardaría mucho en volver.

O al menos, eso era lo que ella pensaba.

Cuando llegó al cuarto de baño se encontró con una enorme cola doble llena de

chicas. Resopló para sus adentros y se resignó a colocarse al final de la cola. Todas parecían ser amigas de dos a dos. Mientras esperaba decidió echar otro vistazo a su alrededor. La fiesta continuaba bastante animada y todos parecían divertirse. Buscó por las cuatro paredes hasta que encontró a Jake muy cerca de la puerta de la entrada, apoyado contra la pared. Poco después lo vio salir del salón. La música volvió a sonar.

Arabia no supo con exactitud el tiempo que tardó en pasar por fin a uno de los retretes, aunque de haber sabido el aspecto en el que se lo encontraría, habría preferido aguantarse antes que pasar entre el montón de papel higiénico mojado que había esparcido por todo el suelo. Cuando se disponía a salir vio de refilón a una chica de rodillas y vomitando. Le dieron arcadas solo de escucharla.

La música había vuelto a invadir la sala. Arabia volvió en busca de Zane, pero ésta ya no estaba en el mismo lugar que la había dejado. Se sintió perdida cuando empezó a buscar con la mirada y ninguna cara le resultaba familiar. Solo de vez en cuando se cruzaba con algún estudiante de enfermería, pero nadie con quien tuviera mucha relación. Por fin encontró a Zane.

Su mejor amiga estaba justo arriba del escenario, bailando con el cantante de la banda que estaba tocando. No se lo podía creer. ¿Tanto tiempo había estado en la cola del baño como para que Zane ya no fuese consciente de lo que hacía?

De repente, el chico, que parecía tener por lo menos treinta y que la hacía girar al compás de la música, la paró junto a él y le dio un beso. Beso que todos los presentes vitorearon. Zane estaba realmente desinhibida, pero le pareció ver que empezaba a zarandearse.

Decidió hacer algo que seguramente su amiga no le perdonaría. Fue en busca de Jake.

Lo encontró sentado en las escaleras de acceso apoyado lateralmente y bastante aburrido. Ni siquiera miraba a los que iban y venían.

– Jake –dijo Arabia, cuando llegó hasta él. Su cabeza se giró a la velocidad de la luz para mirarla. Fue un gesto tan brusco que la dejó paralizada por un momento—. Verás, creo que deberías entrar a echarle un vistazo a tu hermana.

– ¿Qué ocurre?

– No, nada, pero...

– Se supone que ibais a cuidar muy bien la una de la otra y que yo no os hacía falta para nada.

El tono que puso sonaba mucho a reproche. ¿Qué mosca le había picado, tan de repente?

– ¿A qué viene esa actitud? –continuó Arabia—. Creí que eso ya estaba olvidado una vez decidiste acompañarnos.

Jake se encogió de hombros. Era imposible saber qué se le pasaba por la cabeza en aquel momento.

– ¿Vas a venir o no? –preguntó, mirándolo con desesperación—. No te lo pediría si no creyese que es importante. Se trata de Zane.

Entonces sí pareció interesarse por la situación. Jake se levantó y pasó incluso por delante de ella para dirigirse de nuevo al salón. Arabia lo siguió muy de cerca, teniendo que hacer un sobreesfuerzo a causa de los zapatos, que la estaban matando desde hacía horas. Chocó literalmente con él cuando paró en seco y se quedó mirando al escenario, petrificado. Arabia miró también en la misma dirección y vio cómo Zane bailaba ahora de una forma muy sensual junto al cantante. Parecía dedicarle la canción. Se colocó al lado de

Jake y lo miró. Él se había quedado inmóvil y con los ojos muy abiertos. Uno de los haces de luz le iluminó la cara y Arabia contempló sus increíbles ojos azul océano, ya no tan inexpresivos como siempre. Sin embargo, no supo distinguir si transmitían rabia, decepción, o ambas a la vez.

Cuando acabó la canción el público aplaudió con júbilo y el cantante bajó del escenario llevándose a Zane con él. Jake se puso en marcha, tratando de seguirles, y Arabia le siguió también. Un grupo de chicas bastante bebidas pasaron entre ellos y le pisaron el pie haciéndola estremecerse. Las maldijo para sus adentros. Para cuando se recuperó y pudo volver a ponerse en marcha, ya les había perdido a todos de vista.

Caminó cojeando tomando la misma dirección que Jake, pero no había ni rastro de él, ni de Zane, ni del cantante. Ahora sí que estaba perdida. Un chico se le acercó insinuándosele, pero no dudó en apartarle de su lado empujándole el pecho. Le pareció muy grosero por su parte que se le acercara de ese modo.

De pronto se escucharon unos gritos femeninos y todo el mundo se giró en la misma dirección. Dos chicos acababan de salir del cuarto de baño de hombres, enzarzados el uno con el otro. Distinguió enseguida la camisa blanca de Jake en uno de los dos enfrentados. El otro era el cantante que se había llevado a Zane. Arabia se temió lo peor, pues conocía muy bien la furia de Jake.

Se acercó un poco más, sacando los codos para abrirse paso, y cuando por fin llegó a las primeras filas del círculo que se había formado, observó que ambos estaban revolcándose por el suelo, intentando golpearse. Luego vio al resto de la banda de música saltar del escenario en dirección a la pelea. Los dos primeros que llegaron los separaron, pero el tercero arremetió contra Jake con una patada en la cara mientras los otros lo sujetaban. Arabia quería gritar que se detuvieran y de hecho lo hizo en bastantes ocasiones, pero el escándalo que se había formado era ensordecedor. Hasta sintió ganas de llorar cuando todos los del grupo se abalanzaron contra Jake.

Por suerte, y aunque con bastante retraso, los guardias de seguridad llegaron y los separaron a todos. Arabia vio a Jake con la cara ensangrentada tratando de deshacerse del guardia y cuando lo consiguió fue directo contra el que le había pegado la patada. Lo sujetaron entre otros dos guardias antes de que llegara a su objetivo y lo redujeron en el suelo para que se calmara. Arabia no sabía qué hacer ni a dónde ir.

Una vez más, todo había sucedido demasiado rápido.

– Déjala en el baño. Voy a darle una ducha con agua fría.

Eso fue lo que le dijo a Jake una vez llegaron a su apartamento. Por supuesto, los habían echado de la fiesta. Jake llevaba en brazos a su hermana y actuó según Arabia le había pedido. Trató de dejar a Zane sentada en la taza del váter, pero era incapaz de permanecer estable.

– Ya me ocupo yo. Esperáanos afuera.

Jake salió del baño sin decir ni una sola palabra, tal y como había actuado durante todo el camino una vez fuera del casino. Arabia resopló y le echó agua por la nuca a su amiga. Luego le quitó la ropa y la sentó en la bañera. Cuando el agua fría empezó a caer por su cuerpo, Zane se puso a lloriquear y a decir cosas sin sentido. No sabían qué era lo que había tomado, pero estaba claro que fuera lo que fuese le había sentado realmente mal. Al menos con la ducha estaba empezando a reaccionar.

Arabia la envolvió con una toalla y la dejó sentada en el suelo mientras salía a por algo de ropa cómoda. Se miró en el espejo antes de salir y comprobó lo que se temía. El

rímel se le había esparcido por toda la cara a causa de las lágrimas.

Cuando acabó de vestir a Zane, ésta empezó a convulsionar por el frío, y por las arcadas. Rápidamente la arrodilló sobre el váter y le colocó la cabeza casi dentro de la taza. Al instante empezó a vomitar. Arabia salió del cuarto de baño con una mano en el estómago y otra en la boca. Jake la vio y supo enseguida lo que pasaba. Fue hasta el baño y él mismo ayudó a su hermana a vaciar el estómago mientras Arabia esperaba afuera.

Estuvieron un buen rato en el interior hasta que al final él salió de nuevo con su hermana en brazos.

– Túmbala en mi cama –le dijo Arabia.

– Mejor en el sofá –la rectificó Jake–. No te resultará muy agradable que vomite en tu habitación. Lo digo por experiencia.

Acomodaron a Zane lo mejor que pudieron en el sofá y luego Arabia le colocó una manta por encima. Jake se quedó sentado en el suelo muy cerca de su hermana y sujetando un cubo en previsión de futuros vómitos.

– ¿Por qué no vas a lavarte un poco? –le sugirió Arabia–. Puedes usar el cuarto de baño.

Antes de ser expulsados del salón habían curado parcialmente a Jake con un par de puntos de sutura en la parte inferior derecha de su labio, a causa de la patada recibida. Sin embargo, seguía teniendo restos de sangre alrededor de la cara y alguna que otra magulladura más. El aspecto de los tres era deplorable.

No dijo nada. Ni siquiera la miró. Ella tampoco quiso decirle nada más en vano, así que fue hasta la cocina a preparar un poco de suero para su amiga.

Cada vez que Zane iba a vomitar, Jake la hacía incorporarse un poco, le sujetaba el pelo y le acercaba el cubo. Además lo hacía con mucho cuidado, cosa que a Arabia le maravilló. Sabía que Jake se había encargado mucho de sus hermanos pequeños cuando estaban enfermos, pero lo que no sabía era que lo pudiese hacer con tanta delicadeza.

A las seis de la mañana el suero ya había hecho la mayor parte de su efecto y Zane parecía descansar tranquilamente en el sofá.

– Deberíamos descansar un rato –propuso Arabia, al ver a cara de cansancio de Jake.

– Ve a dormir –le dijo–. Yo me quedo aquí por si se despierta.

No supo qué más decir así que dejó solos a los hermanos y fue a tumbarse en su cama. Se preguntó antes de dormirse cuánto estaría Jake de enfadado por todo lo sucedido. Horas más tarde lo sabría.

Jake se despertó junto a su hermana cuando el sol ya pasaba a través del cristal de las ventanas con mucha intensidad. Debía de ser mediodía. Se levantó del suelo y se despezó con tranquilidad. Al encontrarse con la mirada de Arabia desde la cocina volvió a la realidad. Le dolía la mayor parte del cuerpo y tenía un pesado dolor de cabeza.

Bajó la vista y observó a su hermana, que continuaba dormida.

– Deberías despertarla –le dijo Arabia–. Ya son más de las tres.

Pero lo cierto era que no quería hacerlo.

– He llamado a tu casa para decirle a tu madre que estábamos todos aquí –y antes de que él pudiese formular la siguiente pregunta, Arabia continuó–. No le he contado nada.

El silencio reinó en el pequeño apartamento. Los dos se quedaron mirándose fijamente, un tanto desafiantes.

– No me mires de ese modo –le reprochó Arabia–. No a mí.

– Os lo dije.

Al decir aquello sintió una leve punzada en el labio.

– ¿Decirnos, qué?

– Que esos bailes no eran como pensabais. Que no eran para chicas como vosotras.

– ¿Chicas como nosotras? ¿Otra vez con eso?

Jake sabía que Arabia no había tenido la culpa de nada pero aun así estaba enfadado con las dos. Miró a su hermana y vio su rostro angelical. Empezaba a despertarse.

Jake la ayudó a incorporarse lentamente, y ella se sujetó la cabeza.

– ¡Ay! –exclamó.

Si a Jake le dolía la cabeza no quería ni imaginarse cómo debía de estar Zane después de su primera resaca.

– ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

Zane echó un vistazo a la estancia después de las preguntas. Miró a su amiga y luego a él. Por su expresión interrogante daba a entender que no se acordaba de nada.

– ¿No recuerdas mucho, verdad? –le preguntó Jake.

– Yo... no sé... Recuerdo que fuimos al baile y... ¿Qué te ha pasado en la cara?

Jake tenía ganas de romper algo. De dar un golpe fuerte en algún lugar. Ardía de rabia por dentro.

– ¿Recuerdas al cantante del grupo de música, Zane? –preguntó Arabia.

Las dos amigas volvieron a mirarse y Zane pareció hacer memoria.

– ¿Él y yo...?

Arabia asintió con la cabeza y Zane se derrumbó.

– No llores ahora –le ordenó Jake–. Recoge tus cosas y nos vamos a casa.

– No, por favor. Tenéis que contarme lo que pasó –pidió Zane.

– ¿De veras quieres saber lo que pasó? –comenzó Jake, elevando ya desde el principio el tono de voz–. ¿Qué hay de lo que hablamos sobre beber alcohol en el baile? Me prometiste que podía confiar en ti, Zane, y en menos de dos horas estabas por ahí danzando con un desconocido y comportándote de un modo vergonzoso y lamentable. ¿En qué estabas pensando?

Ahora Zane lloraba con mucha más intensidad.

– No seas tan duro con ella –dijo Arabia, malhumorada.

– ¿Te parece que estoy siendo duro? No tenéis ni idea de lo que sería si fuese duro ¡Podría haber pasado cualquier cosa! ¿Qué habría sido de mi hermana si yo no hubiese estado allí? –continuó Jake, encarándose contra ella–. ¿Qué habría pasado entonces? ¿Eh? ¿Y dónde narices estabas tú?

– ¿Cómo? ¿Me estás echando ahora la culpa a mí?

– La dejaste sola.

– No voy a consentir que excuses el comportamiento de Zane conmigo.

– ¡Ya basta, por favor! –estalló Zane–. Lo siento, ¿vale? No sé lo que hice, pero lo siento mucho. No discutáis por mi culpa.

La última frase quedó ahogada entre sus lágrimas. Luego se arrodilló frente a Jake y

le suplicó que la perdonase.

– Por favor, perdóname...

– ¡Levántate, Zane!

Pero Zane lloraba tanto que no le quedaba ni una pizca de fuerza para moverse del sitio. Tenía las manos en la cara, y Jake vio que las tenía ensangrentadas. Rápidamente se arrodilló frente a ella.

– ¿Qué te ocurre?

Al mirarse sus propias manos llenas de sangre, Zane se desmayó.

– ¡Ayúdame, Ari!

Jake levantó la cara de Zane. Sangraba por la nariz de un modo incesante. Él iba a acostarla en el suelo con las piernas en alto, pero Arabia lo rectificó y ordenó que se quedara sentada, de lo contrario se ahogaría con su propia sangre. Mientras él mantenía el cubo de los vómitos bajo la nariz para recoger las gotas que le caían, Arabia fue rápidamente a por un recipiente de plástico para sustituir el cubo.

Zane seguía inconsciente.

– ¡¿Pero qué le pasa?!

– No lo sé, Jake. Debe ser una hemorragia.

– ¿Hemorragia de qué?

– ¡No lo sé! Estoy tan asustada como tú, ¿vale? Voy a llamar a la ambulancia.

Tenía unas ganas inmensas de echarse a llorar por la impotencia, y lo habría hecho de no ser por la rápida llegada de la ambulancia.

Los enfermeros tardaron al menos diez minutos en reanimar a su hermana, y luego la hemorragia finalizó.

– ¿La chica padece alguna enfermedad o está tomando antibióticos de algún tipo?

La pregunta le pilló por sorpresa. Una enfermera estaba junto a él formulándole la pregunta mientras miraba absorto el cuerpo frágil de su hermana en la camilla.

– No. No está enferma.

– No te pregunto si está enferma. Te pregunto si se está medicando para algo.

– Padece de anemia.

Fue Arabia la encargada de contestar por él. Estaba situada justo detrás de ellos, con el semblante tan preocupado como el de Jake.

– ¿Habéis tomado drogas, chicos?

La pregunta de la enfermera iba directa al grano y su tono de voz resultó bastante severo. Un recuerdo abordó la mente de Jake. El de aquel tipo metiéndole a su hermana una pastilla en la boca dentro del cuarto de baño.

– No –continuó Arabia–, simplemente y hasta donde yo sé, solo tomó una copa. Pero estuvimos en una fiesta y la perdimos de vista unos instantes... Ha pasado la noche vomitando y hace media hora que empezó a sangrar por la nariz.

– La llevaremos al hospital y le haremos algunas pruebas. Avisad a sus padres de que estará allí y decidles que aunque ahora está fuera de peligro, seguramente tendrá que quedarse unos días en observación.

– Yo soy su hermano. Voy con ella.

– Los dos deberían acompañarnos, Susanne –dijo de pronto otro de los enfermeros–. Será mejor analizarlos a los tres.

– Sí. También creo que será lo mejor.

– ¡Pero nosotros no hemos tomado nada!

La voz de Arabia sonó tan histérica que no fue nada creíble lo que dijo, y a los cinco

minutos ya estaban los tres situados en la parte trasera de la ambulancia.

Jake se dirigió hasta la cabina del hospital nada más llegar.

– ¿Sí?

– Mamá, soy Jake.

– ¡Hola cariño! ¿Ya os habéis despertado? –La alegría de su madre al otro lado del teléfono hicieron que todavía le resultase más difícil darle la noticia–. ¿Qué tal lo habéis pasado?

– Estamos en el hospital general.

– ¿Cómo dices?

– Que estamos en el hospital general. Zane se ha despertado sangrando mucho por la nariz y hemos llamado a la ambulancia.

– ¡Dios santo!

– No te alteres. Nos han dicho que está fuera de peligro, pero van a hacerle algunas pruebas, por lo de su anemia.

– Pero Jake...

La voz quebrada de su madre hizo que a él también se le saltasen las lágrimas. Jake le dio a su madre el número de la habitación disimulando en lo posible la voz temblorosa y quedaron en encontrarse allí en quince minutos. Cuando colgó el auricular estaba tan hecho polvo que cayó derrumbado al suelo y empezó a llorar. Hacía mucho tiempo que no lloraba.

Al poco, alguien abrió la puerta de la cabina.

– No llores –dijo Arabia, arrodillándose a su lado. Al verla se frotó los ojos y se secó las lágrimas–. Nos han dicho que Zane está bien. Seguramente todo ha sido causa de su anemia. Puede que le haya dado otro bajón, nada más.

– Si algo malo le pasa, no voy a perdonármelo.

– No digas eso. Estoy segura de que mientras tú estés cerca, nada malo le pasará nunca.

– Vi cómo le metían una pastilla en la boca, Ari. Por eso saqué a aquel tipo a golpes del baño –confesó.

Hasta ahora no se lo había dicho a nadie.

– ¿En serio?

– Lo único que tenía que hacer era no quitarle el ojo de encima, y no lo cumplí. Ni siquiera sé qué le voy a decir a mis padres cuando lleguen.

– Bueno, tu hermana tomó anoche sus propias decisiones así que ella debería de ser la que dé las explicaciones. Tus padres no pueden esperar a que estemos siempre detrás para que no haga ninguna tontería. ¿Qué te parece si vamos a la habitación a hacerle compañía y esperamos a que lleguen?

– Soy hombre muerto cuando lo hagan.

Arabia le dio unos golpecitos en la espalda para consolarle y le tiró del brazo para que se levantara. Caminaron juntos sin decir nada más hasta que llegaron a la habitación de su hermana. Ya estaba consciente, con un médico y una enfermera examinándola y colocándole un gotero respectivamente. La enfermera era la misma que había acudido al apartamento de Arabia.

– Estos son los otros dos. ¿Le tomamos la muestra ahora?

– Sí –respondió el médico–. Cuanto antes mejor.

– Acompañadme.

La enfermera no les dejó ni tan siquiera tiempo para preguntarle a su hermana qué

tal estaba. Los llevaron a los dos a una sala para tomarles unas muestras de sangre que no les llevó más de cinco minutos, pero les mandaron también un análisis de orina. Jake no tenía ganas de ir al baño en ese momento así que le dieron una botella de agua y le tuvieron retenido hasta que consiguió darles la muestra. Mientras tanto le limpiaron la sangre reseca de la cara, a pesar de su reticencia.

De muy mal humor, volvió de nuevo a la habitación de su hermana cuando por fin le dejaron irse.

Encontró a Arabia apoyada en la pared, cerca de la puerta. Eso solo podía significar una cosa.

– ¿Están dentro? –le preguntó.

Ella asintió ligeramente con la cabeza. Sus padres habían llegado.

Cuando pasó al interior lo primero que vio fue a su madre sentada junto a Zane, cogiéndola de la mano y acariciándole el pelo. Su padre estaba situado justo a los pies de la camilla, observándolas. Jake caminó lentamente acercándose hasta ellos.

– ¡Jake! –dijo Zane alegremente, con la voz suave y delicada que la caracterizaba.

Entonces sus padres repararon en él. Su madre fue hacia él con presura, tanta que incluso le dio miedo y se echó hacia atrás. Pero lo único que hizo fue abrazarle. Jake, sin embargo, se quedó rígido a pesar del abrazo, pues su mirada se había topado con el semblante serio de su padre.

– Tenemos mucho de qué hablar –le dijo.

Se limitó a apartarle la mirada. Su madre le acarició también el pelo a él y luego le observó la herida del labio detenidamente.

– Ari nos lo ha contado todo -dijo, pasándole el dedo índice por los puntos-. ¿Qué tal te encuentras?

Él le apartó la mano, sin brusquedad. Que encima su madre se preocupase por él le hacía sentir más miserable.

– Acompáñame fuera, Jake –le pidió su padre.

Aunque más que una petición, era una orden.

– Papá. No ha sido culpa de Jake, ya os lo he dicho –se apresuró a decir Zane-. Él no ha tenido la culpa de nada, lo prometo.

– Solo vamos a conversar un rato cariño, no te preocupes.

Jake estaba seguro de que iban a hacer de todo menos conversar, pero no dijo nada. Entre sermonear a Zane o a él, estaba muy claro a quién había elegido su padre para hacerlo. Salieron por la puerta y Arabia y él se miraron de soslayo antes de que se alejaran por el pasillo.

Cuando encontraron un sitio despejado de gente al aire libre, Jake se limitó a escuchar los reproches de su padre. No le replicó nada; no contestó a sus preguntas, excepto a las cosas de sí o no; no dio explicaciones, pues su padre ya había hecho sus propias conjeturas; No pudo ni tan siquiera levantar la mirada del suelo.

Cuando acabó con él y se marchó de nuevo al interior del edificio, Jake sintió una presión tan fuerte en el estómago que le entraron ganas de vomitar.

Su madre le había dicho que trajese mucha ropa de abrigo para pasar las vacaciones, pero pese al aviso, cuando él y su acompañante bajaron del avión, comprendieron que no debían de haber pasado por alto esa advertencia.

– ¡Se me han congelado todos los huesos del cuerpo! –dijo ella, en cuanto pusieron el primer pie en el aeropuerto.

Mientras esperaban a que sus maletas apareciesen por la cinta transportadora, Derek abrazó a la chica por detrás para reconfortarla, y le dio un beso en la rosada mejilla. Después se dirigieron hacia la salida cogidos de la mano en busca de un taxi que les llevase al barrio de Prinss. Le dieron la dirección al taxista y se pusieron en marcha.

Derek se pasó casi todo el camino absorto, mirando por la ventanilla.

– ¿Crees que les caeré bien, cariño?

Estaban ya a punto de llegar a su destino.

– Ya te lo he dicho, Ashley. Están deseando conocerte.

– ¿Y Jake?

– ¿Por qué te preocupa tanto mi hermano? Él es el único al que ya conoces. Sabes de sobra cómo es y lo que vas a encontrarle.

– Me preocupa que se entrometa entre nosotros y que ponga a tu familia en mi contra. Me odia desde el instituto.

– No hará ni dirá nada, créeme. No suele meterse donde no le llaman.

Ashley le acarició el hombro a Derek y se acercó un poco más a él para darle un beso en los labios.

– Son diez dólares, por favor.

El taxista impidió que la chica se pusiese más romántica anunciando la llegada, y Derek lo agradeció. No le gustaba que su novia fuese empalagosa en público. Pagó con un billete de veinte y una vez devuelto el cambio, ambos salieron y esperaron a que les abriera la puerta del maletero para recoger sus equipajes. Derek miró hacia la entrada de su casa.

El dúplex de los Becker estaba situado al principio de una estrecha calle bastante inclinada hacia abajo y hacía esquina con la perpendicular. Ya estaba decorado con adornos de Navidad en las ventanas y eso le hizo sonreír a la vez que le entristeció. Todos los años solía ser él, junto con su hermana, los encargados de colocarlo todo. Maldijo para sus adentros el hecho de no haber podido acudir antes del día veinticuatro aunque en sí, ya era todo un milagro que hubiese conseguido un vuelo para el día de Nochebuena. No esperaba poder volver a casa hasta mucho después del año nuevo.

No se molestó en sacar las llaves de las profundidades de la maleta porque prefirió llamar al timbre. Sabía que le estaban esperando, y distinguió la voz de su hermana gritando en el piso superior. “¡Ya voy yo!”.

Cuando la puerta se abrió de par en par, ella apareció para recibirlos.

– ¡Derek!

– ¡Buenos días, preciosa!

Se abrazaron tan intensamente que Derek comprobó el increíble estado de delgadez de su hermana. La anemia de la que se había recuperado hacía tan solo unos días, la había consumido más que ninguna otra vez. Sin embargo, no hizo ningún comentario al respecto.

– Te presento a Ashley –dijo cuando se separaron–. Y Ashley, esta es mi única hermana, Zane.

Ashley pensó en ofrecerle un saludo cordial pero antes de que pudiera extender más la mano, Zane se lanzó también hacia ella para abrazarla. Derek sonrió al verlas, sobre todo

por ver a su hermana tan contenta después de lo que había pasado. En parte se alegraba mucho de haber conseguido un par de días libres para pasar las fiestas con la familia, porque cuando se enteró de que su hermana iba a estar ingresada durante una semana, se le había caído el mundo encima. Otra vez no, pensó. Por suerte, los médicos habían dicho que ya podía volver a hacer vida normal.

– Venid a saludar al resto de la familia –dijo Zane, cogiéndolos a ambos por las manos y entrando de espaldas al salón de la casa.

– ¡Derek y Ashley han llegado! –gritó nada más entrar.

La primera en descender por las escaleras fue la pequeña Rachel, seguida de Sara y Paul. El último en hacerlo fue Louis. Derek los saludó a todos, uno por uno, y luego les presentó formalmente a su novia, Ashley. Todos le dieron una excelente y cálida bienvenida.

– ¿Dónde está Jake? –le preguntó Derek a su madre.

– Está en casa de una compañera de la universidad, haciendo un trabajo. Llegará para comer.

– ¿Haciendo un trabajo con una compañera?

– A mí también me sorprendió, pero ya ves. Parece que vuelve a mostrar interés en lo que hace.

– Me da que tiene que estar interesado en la compañera, si tanto empeño pone –concluyó Derek, riendo.

A continuación fue a subir sus cosas y las de Ashley a su habitación. Ella estaba ya por el piso de arriba con su hermana, pues ésta había comenzado a enseñarle la casa nada más acabar con las presentaciones. Se encontró con ellas en su propio cuarto.

– Cariño, ¿dónde vamos a dormir?

Habían tenido tan poco tiempo para preparar el viaje, que ni siquiera había pensado en cómo iban a hacer para dormir sin que faltase ninguna cama.

– No lo sé –admitió Derek–. Supongo que Rachel podría dormir con Jake, como suele hacer, y así..

– ¡Podríamos dormir nosotras dos juntas! –propuso Zane.

Estaba eufórica.

– Esa es una muy buena idea –opinó Derek.

– Ay no... Lo había olvidado... Ari también vendrá esta noche, y se quedará a dormir. Aunque podría decirle que estamos faltos de camas y que la acercaremos a casa después de cenar.

– No, no, eso ni hablar. En tal caso yo podría dormir en el sofá.

– ¿Y con quién voy a compartir yo la habitación? –preguntó Ashley, mirando hacia la otra cama.

– Con nadie. Le pediré a Jake su cuarto para ti y le diré que duerma con Louis, aquí.

– ¿Y por qué no duermes conmigo, entonces?

– ¿Pero te has fijado en el tamaño de nuestras camas? No podríamos estar más incómodos.

– ¡Asunto arreglado! Ahora sígueme Ashley, y te enseño mi habitación. Te va a encantar.

Cuando las dos chicas salieron por la puerta, Derek se dejó caer sobre su anhelada cama.

La comida fue bastante ligera, como todos los años. Preferían comer algo sencillo y sano por la mañana para poder dejar hueco a la abundante y pesada comida de la noche. Ya habían incluso empezado con la ensalada cuando Jake llegó y entró aturulladamente por la puerta.

Iba sudando a pesar del frío, señal de que había tenido que correr unos cuantos minutos para no llegar todavía más tarde.

– Lo siento –dijo, cuando recuperó la respiración–. Bajo enseguida.

En un abrir y cerrar de ojos subió y bajó de nuevo para sentarse en la mesa. El hueco que quedaba asignado para él era entre Rachel y Louis. Derek se quedó mirándolo, pues estaba sentado justo enfrente de él.

Sus miradas se encontraron.

– Bienvenido, una vez más –le dijo Jake, con la boca llena.

Reinó un incómodo silencio después de eso. Entonces su madre trató de intervenir.

– Jake, no vas a saludar a...

– Oh, sí, Ashley. Lo olvidaba. Bienvenida tú también. Un placer volver a verte.

Jake le tendió la mano, pero ella no le devolvió el saludo.

– Lo mismo digo, Jake.

– ¿Os conocéis? –preguntó Zane, muy sorprendida.

– Ya lo creo. Fuimos...

– Fuimos compañeros en el instituto –se apresuró a decir Derek, interrumpiendo a su hermano.

– Eso mismo iba a decir yo.

Miró a su hermano con dureza pero él bajó la cabeza y articuló una media sonrisa.

La conversación empezó a dirigirse hacia la época en el instituto, ya que a todos les parecía un poco raro que nunca antes se hubiese mencionado la coincidencia hasta ahora. Pese a eso, no notaron nada raro, ni siquiera cuando, muy irónicamente, Jake y Ashley se dirigieron el uno al otro contando anécdotas de antaño. Derek estaba enfadado por el comportamiento de su hermano, pero bien cierto era que Ashley tampoco se quedaba atrás, pese a que ambos estaban consiguiendo mantener los modales. Por suerte, Zane recordó algo que le había pasado dos días atrás, y todo volvió a la normalidad.

Después de que la cocina se quedase completamente recogida y de que Zane empezase a sacar álbumes de fotos de cuando eran pequeños para enseñárselos a Ashley, Derek subió al piso de arriba en busca de su hermano. Por supuesto, encontró la puerta cerrada. Hizo el amago de llamar, pero rectificó y abrió de par en par.

Antes si quiera de que Jake pudiese decirle nada, cerró tras de sí.

– ¿Qué mosca te ha picado?

– Ya sabes por qué estoy aquí, Jake.

– ¿Ah, sí?

– No pienso tolerar que saques a relucir ahora tus malentendidos con Ashley que hace seis años. Los dos sois lo suficientemente adultos como para saber que todo eso no es más que agua pasada. Trátala bien, y respétala.

– Deduzco que finalmente te has tragado la farsa esa de que está esperando un hijo tuyo, y ahora vas a defenderla a muerte.

– ¡Baja la voz!

Derek miró tras de sí para asegurarse de que la puerta estaba cerrada.

– ¿Qué pasa? ¿No piensas contárselo a los demás?

– Por supuesto que sí, pero no durante las vacaciones. No quiero darles más preocupaciones. Creo que después de todo lo que han pasado estas dos últimas semanas con Zane...

– ¿Una preocupación? Seguro que a mamá le hace mucha ilusión tener un nieto.

– Deja de decir estupideces.

– Deja de decir estupideces, tú también.

Consiguieron que la tensión se apoderara del ambiente.

– Mira –continuó Derek, tras la pausa–. No tengo la certeza absoluta de que el hijo que espera Ashley sea mío. Es cierto. Pero lo que sí sé es que cabe la posibilidad de que lo sea, porque las fechas coinciden. Quiera o no quiera, tengo que esperarme al menos hasta que nazca el bebé.

– Entonces eso confirma mi teoría.

– ¿Qué teoría?

– La de que solo estás con ella por que el crío puede ser tuyo. Si no estuviera embarazada, no fingirías ese falso enamoramiento que disimulas tan mal.

Derek quería replicar esa afirmación. Quería con todas sus fuerzas, pero sabía que en el fondo su hermano tenía razón. Fue hasta la cama y se dejó caer de espaldas.

– Estoy entre la espada y la pared.

– ¿Acaso tienes que estar con ella solo porque espere un hijo tuyo? Si ese fuese el caso, claro está.

– ¡Es lo justo!

– No. Solo es lo que al mundo le parece justo. No tiene ni pies ni cabeza. Si no la quieres, no hay ningún motivo para estar con ella. ¿Quieres ser infeliz para el resto de tu vida? Adelante.

– ¿Por qué estás tan seguro de que no la quiero, Jake? ¿O es que quieres convencerte a ti mismo de que no la quiero? ¿Tanto rencor guardas de aquella relación? O mejor dicho, ¿te sigue gustando?

– ¡No! ¡Por supuesto que no! –Derek tuvo que volver a pedirle a su hermano que bajara la voz–. Se trata, simplemente, de que pasé por lo mismo que ahora estás pasando tú y, puesto que era bastante más inmaduro, caí varias veces en alguna de sus trampas. Ashley es calculadora y cruel de los pies a la cabeza, características que sabe esconder muy bien tras esos encantos que tan bien simula. Lo que más me fastidia es que nunca te hayas dado cuenta, tan amiga tuya que ha sido siempre.

– Mira, por eso mismo, sé que no es ni cruel ni calculadora. Lo que creo es que nunca le has podido perdonar que te dejara. Crees que es mala porque durante mucho tiempo estuviste enamorado de ella.

– Estás muy equivocado, Derek. Ni te imaginas cuánto.

– Equivocado o no, la decisión de estar con ella es mía, solamente mía. No te entrometas en nuestros asuntos.

– No pretendo entrometerme. Solo digo que...

– Mejor no digas nada. Me basta con que nos dejes en paz el tiempo que pasemos aquí y con que no hables más de la cuenta. Y que no se te ocurra mencionar nada sobre lo de que está embarazada.

Derek le sostuvo la mirada a su hermano con dureza. A decir verdad, pocas veces le había hablado así, y nunca con tanta indiferencia. Le pareció incluso que Jake se sintió dolido por sus palabras, algo que disimuló realmente bien cuando volvió a hablar.

– Como quieras. Pero hazme un favor: Dile también a tu novia que no se dirija a mí,

y que tampoco hable más de la cuenta.

No volvieron a verse hasta la noche, puesto que Jake se pasó toda la tarde metido en su habitación. Solo cuando su madre le hizo llamar para que bajase a ayudar, se volvieron a ver las caras. Aun así, no se dirigieron la palabra.

Cuando llegó Arabia, casi se podía decir que eran demasiados en la cocina. Dado que Derek, Jake y Louis no tenían muchas dotes culinarias, su madre los envió a preparar la mesa para los nueve comensales. Cuando terminaron, sus hermanos volvieron a desaparecer, pero Derek se quedó sentado observando el ajetreo. Su hermana y su madre estaban preparando una ensaladilla que tenía una pinta deliciosa. Su padre ojeaba el pollo dentro del horno cada dos por tres. Y por último estaban Ashley y Arabia, de espaldas a él y cocinando algo en la sartén que Derek no supo distinguir. Por el modo en el que interactuaban dedujo que Arabia estaba preparando algo típico de su país de origen, y le iba a explicando a Ashley paso por paso los ingredientes que utilizaba. Una de las cosas que más le gustaban de ella, era su larga melena rubia ondulada. Ella se giró un momento y se miraron. Primero le dedicó una sonrisa muy tierna, y luego le hizo un gesto que no supo descifrar.

Derek se encogió de hombros esperando otro tipo de señal, hasta que finalmente la entendió. Ashley le estaba pidiendo que la librara de tener que estar allí de pie, observando cómo preparaban una comida que no parecía gustarle lo más mínimo. Le pareció muy grosero por su parte que estuviese fingiendo estar interesada, cuando en realidad prefería no hacerlo. Derek negó con la cabeza y frunció el ceño, aparentemente molesto y en señal de que no iba a ser cómplice de lo que pretendía.

– Voy al servicio – anunció Ashley.

Al final se le ha ocurrido una excusa para escabullirse, pensó Derek. Luego pasó por su lado y le cogió del brazo con una sonrisa muy juguetona.

– Acompáñame – le susurró al oído.

Él le apartó el brazo sin demasiada delicadeza y negó con la cabeza, así que ella no insistió más. Cuando se fue, Derek se acercó a Arabia para observar qué era lo que estaba preparando en la sartén. Parecía una mezcla muy pegajosa de colores rosados y amarillos.

– ¿Qué se supone que es?

– Ya sé que no tiene muy buena pinta a primera vista, pero espero que os guste – contestó Arabia–. Aunque tengo la sensación de que tu novia no lo probará.

No lo dijo enfadada, sino todo lo contrario. Arabia rio antes de acabar la frase.

– Bueno pero, ¿me dirás que lleva?, ¿O es una receta secreta? – insistió Derek.

– Te lo diré, pero tendrás que guardarme el secreto – Arabia le guiñó un ojo antes de continuar–. La mezcla está hecha con carne, bacon, maíz, queso y mayonesa.

– ¿En serio? – Derek se sorprendió sinceramente–. Todos esos ingredientes son una delicia. ¡Debe de ser una mezcla increíblemente buena!

Se preguntó por qué Ashley habría puesto esa cara de asco al señalar la sartén antes de excusarse para ir al servicio. Arabia, que siempre demostraba ser una chica muy inteligente, le sacó rápidamente de dudas.

– Para Ashley, sin embargo, lleva puerros, salmón, mermelada de fresa, paté de oca y maíz.

La cara de Derek debió parecerle un auténtico poema pues Arabia eliminó rápidamente su sonrisa de la cara.

– Perdona. No era mi intención hacerle creer que tendrá que probar un manjar

horrible, pero era bastante incómodo escucharla hablar en voz alta preguntándome por todo, intentando demostrarle al resto que estaba interesada.

La sinceridad de la chica lo dejó sin habla. Estaba seguro de que de haber sido cualquier otra le hubiese molestado mucho esa afirmación, pero Arabia era casi como una hermana para él y además sabía que estaba en lo cierto

Ashley detestaba cocinar, pero sabía muy bien desempeñar papeles ajenos a su propia personalidad cuando tenía que interactuar con otras personas. Era la manera que ella tenía de adaptarse al medio. Derek recordó algunas de las cosas que su hermano Jake había mencionado, pero sacudió la cabeza y sacó esas ideas descabelladas de su cabeza. Ashley no podía estar fingiendo un embarazo solo para estar con él. No tenía ningún sentido. Además, el ginecólogo ya había confirmado la gestación. Sin embargo...

– ¡Cariño! –Unos brazos alrededor de su cuello le sacaron de su ensimismamiento–. Estoy deseando que llegue esta noche para cenar con tu familia. ¡Son todos encantadores!

– Me alegro de que te caigan tan bien, Ash.

Derek empleó un tono cortante para contestarle, pero ella fingió no captarlo.

– ¡Por la familia! –exclamó Paul.

– ¡Por la familia! –le siguió Zane.

Acto seguido todos levantaron sus copas para el brindis. La cena acababa de empezar.

Era la segunda Navidad que Arabia tenía el placer de disfrutar con los Becker y nada había cambiado. Nada excepto que esa noche se sentaba un miembro más en la mesa. Se llamaba Ashley O'Connor, y era oficialmente la novia de Derek.

Estaba muy contenta con el resultado de lo que había preparado. La única persona que no había tomado un poco para probarlo, había sido ella. Sin embargo, no le importaba en absoluto. Incluso Jake opinó en voz alta lo mucho que le había gustado.

Louis y él estaban ahora con sus tenedores correspondientes pinchados en el último trozo de contra muslo que quedaba del pollo al horno que su padre había cocinado.

– Yo lo pinché primero –alegó Louis.

– De eso nada –replicó Jake, todavía con la boca llena.

Arabia vio la sonrisa dibujada en la cara de Jake. Le encantaba hacer rabiar a su hermano pequeño.

– Vale ya –intervino Sara–. Cortadlo por la mitad y un trozo para cada uno.

– ¡Pero yo...!

– Os lo repartís y punto –añadió su padre.

– Él se lo ha comido prácticamente todo –Louis no estaba dispuesto a ceder–, hasta la última ración de lo que Ari ha preparado.

– ¡Cómo puedes ser tan envidioso? –protestó Jake.

– Louis tiene razón. Más que comer, Jake devora.

La intervención de Ashley causó un antes y un después en la velada familiar.

Arabia echó un vistazo a Jake, que en esos momentos la fulminaba con la mirada. Entonces la miró a ella también, y por la forma en que se la devolvía le pareció que se

conocían demasiado bien el uno al otro. Zane ya la había informado de que Derek, Jake y Ashley fueron compañeros de clase en el instituto. Pero Arabia intuía que entre ellos había habido algo más.

– Se acabó. Apartad vuestros cubiertos del pollo. ¿Alguno quiere el último trozo? –El padre de los Becker los miró uno a uno esperando una respuesta, pero todos negaron con la cabeza, Arabia incluida–. Bien, pues me lo comeré yo, así no habrá malentendidos y aprenderéis a ser menos codiciosos.

Jake apartó el tenedor y se quedó mucho más relajado que su hermano menor, el cual apartó el suyo de mala gana y se cruzó de brazos, dando a entender que no volvería a participar en la cena. Cuando su madre le revolvió el pelo tiernamente, se apartó de muy mala gana. Parecía realmente enfadado. Arabia pensó que la tormenta estaba muy cerca de desatarse, pero afortunadamente no fue el caso. En menos de cinco minutos todo volvió a la normalidad con la intencionada intervención de Zane contando su experiencia con unos gatos callejeros la tarde anterior. Admiraba el talento de su amiga para restarle importancia a los problemas.

Con el último brindis se acabó todo. Uno a uno se fueron levantando de la mesa para recoger los platos sucios y vacíos. Como Derek, Jake y Louis no habían participado en la preparación, eran los encargados de limpiarlo todo.

– ¡Eh! ¿Adónde crees que vas? –preguntó Jake, viendo como su hermano se disponía a subir al piso de arriba–. Vuelve aquí.

Louis hizo caso omiso de lo que le dijo y subió. Jake trató de ir tras él, pero su madre le paró poniéndole la mano en el pecho.

– Déjalo. Yo os ayudaré.

– No. Tiene que dejar de comportarse como un niño. No puede encerrarse en su habitación siempre que las cosas no salgan como él espera. Y menos por un estúpido trozo de carne.

– Pues tú has tardado más años de los que él tiene en darte cuenta de ello –dijo su padre.

– A mí nunca se me ha permitido levantarme de la mesa, y mucho menos irme sin acabar con mi tarea.

Arabia le vio encaminarse hacia las escaleras

– No lo hagas, Jake –le pidió su madre.

– Ya lo creo que lo haré.

Cuando desapareció, los padres de los Becker continuaron hablando entre ellos.

– Deberías habérselo impedido –dijo Sara.

– En el fondo tiene razón. Louis está demasiado consentido –contestó Paul.

Arabia no podía creerse lo que el padre de los Becker decía. Daba a entender que le estaba dando la razón a Jake, y eso era algo inaudito.

– Sí, pero no tengo ganas de peleas el día de nochebuena.

Demasiado tarde. Jake acababa de llegar de nuevo al piso de abajo arrastrando a su hermano tras él, bien sujeto por el brazo.

– ¡Me estás haciendo daño!

Cuando llegaron hasta el fregadero lo soltó dándole un pequeño empujón.

– No vas a moverte de ahí hasta que termines de limpiar el último plato –le dijo Jake.

– ¿Ah sí? ¿Y quién me lo va a impedir?

– Yo, por supuesto.

El padre de los Becker volvió a intervenir, para sorpresa de todos. Louis miró a su padre con unos ojos de ligero pánico. Se dio la vuelta y empezó a realizar la tarea que Jake le había encomendado.

Al cabo de un rato, y con la ayuda de todos, la cocina se quedó tan ordenada como siempre.

– Bueno, ¿quién se apunta a salir esta noche por ahí a dar una vuelta?

La pregunta de Derek extrañó a Arabia.

– ¿Salir esta noche? –continuó Jake mientras apilaba cerca de Louis los últimos platos sucios–. ¿Acaso tienes idea de a dónde ir?

– No, pero esta tarde, cuando salí a enseñarle a Ashley un poco de la ciudad, nos ofrecieron unas entradas para un sitio de las afueras, y había pensado que podríamos ir todos juntos –Derek hizo una pequeña pausa y luego añadió–. Me han dicho que es un sitio tranquilo y con buena música ¿Qué os parece la idea, chicas? ¿Os animáis?

Arabia miró a su amiga, que miraba con cara de amargura hacia su padre. Derek también pareció darse cuenta así que no dio tiempo a que nadie más dijera nada.

– Papá, yo cuidaré de ella. De las tres. Ari, tú también te apuntas, ¿no?

– Me parece que...

– ¡Estupendo! Papá, ¿nos dejas la camioneta?

El padre de los Becker estaba alternando la mirada entre cada uno de sus hijos mayores hasta que finalmente la posó en Sara, su mujer. Luego ambos miraron a Zane, que se mantenía en vilo.

– No volváis tarde –dijo Sara–, y no os metáis en líos –puntualizó, mirando a Jake.

– A mí no me mires, yo no he dicho que vaya a ir.

– Oh vamos Jake, no me digas que ahora vas a hacerte de rogar –dijo Derek–. ¿En serio no quieres venir? Si vienes te invito.

– Eso es chantaje.

Los dos hermanos estaban sonriendo. A Arabia empezaba a parecerle una buena idea. Nunca había salido por ahí con todos los hermanos y lo cierto es que le apetecía bastante.

Al final Jake cedió, y Zane agradeció enormemente que sus padres la dejaran ir, prometiéndoles por todo lo que se le ocurrió que no se separaría de Derek, y que no bebería absolutamente nada de alcohol. Arabia sabía que los Becker confiaban ciegamente en Derek, así que era de esperar que accedieran, muy a pesar de lo ocurrido pocas semanas antes.

Subieron rápidamente al dormitorio de su amiga para que Zane se cambiase de atuendo. Su primera opción fue ponerse el mismo vestido que usó en el baile de invierno, pero descartó la idea enseguida alegando que no le traía muy buenos recuerdos. Al final se puso una falda corta vaquera y una camiseta de manga al codo de color gris brillante. Arabia no tenía más que lo que llevaba puesto, que era ni más ni menos que el único vestido elegante que tenía.

– Prométeme que no aceptarás nada de nadie, por muy guapo que sea –le dijo a su amiga, mientras se terminaban de arreglar frente al tocador que Zane tenía en su habitación.

– Ari, créeme, he aprendido la lección.

– Lo sé, solo quería asegurarme. Tu hermano y yo lo pasamos muy mal cuando...

– No me lo vuelvas a repetir, por favor. Me siento muy avergonzada con lo que pasó, y tú lo sabes.

No mencionaron nada más al respecto. Arabia se recolocó el vestido planchándoselo con las manos y cuando bajaron de nuevo al piso de abajo, Derek, Ashley y Jake ya estaban esperándolas en la entrada.

– ¿Listas? –preguntó Derek.

Parecía muy emocionado con la idea que había tenido.

– ¡Listas!

Él abrió la puerta y dejó que todos pasaran. Luego su padre le entregó las llaves del coche y le susurró algo al oído que nadie más pudo escuchar. Arabia, Zane y Ashley se situaron en la parte de atrás de la camioneta. Jake se colocó en el asiento del copiloto y Derek accionó el motor.

Se despidieron de sus padres con las manos.

– Es una lástima que Louis todavía tenga dieciséis –dijo Derek minutos después–. Habría estado bien que fuésemos toda la familia al completo.

Arabia se sintió alagada porque la incluyeran a ella como parte de la familia, aunque tuvo la sensación de que no pintaba nada yéndose con todos los Becker de fiesta. Ashley era la novia de Derek, pero ella, ¿quién era ella? A decir verdad solo era la mejor amiga de Zane.

Un par de calles más allá, Derek paró la camioneta y se bajó del asiento. Fue hasta el otro extremo y le pidió a Jake que se pusiera al volante.

– Yo no tengo idea ni de dónde estamos, conduce tú –le dijo. Luego le tendió un papel–. Este es el flyer, con toda la información sobre la discoteca. ¿Sabes cómo ir?

– Anda, aparta.

Jake se bajó también del vehículo y cambiaron de asientos. Ni siquiera paró un momento a pensar hacia dónde tenía que ir. Arrancó y se pusieron en marcha. Parecía contento.

Llegaron a un sitio con un descampado enorme y con un montón de coches estacionados en él. La discoteca parecía un lugar grandísimo y debía de estar a rebosar por la cantidad de vehículos que había afuera.

– Pensaba que sería un sitio más pequeño. Algo que nos permitiese estar relajados y tomando algo –admitió Derek.

– El chico que te dio esos flyers debería haberte informado mejor –le dijo Jake.

– ¿Has estado aquí alguna vez? –le preguntó Zane a su hermano.

– Sí, pero hace años. Creo que fue donde se celebró mi primera fiesta universitaria...

– Tal vez no sea tan buena idea, después de todo –reconoció Derek.

– ¿Bromeas? Ahora ya no vamos a volver. Me debes una copa, ¿recuerdas?

A Arabia ya no le parecía tan genial la idea, ni aquel lugar, pero aun así caminó junto al resto cuando se dirigieron hacia la entrada. El suelo estaba lleno de tierra así que se alegró de haberse calzado con unas botas planas. Tenía claro que no volvería a pasar el mal trago de aguantar toda la noche subida a unos tacones.

Tuvieron que esperar un rato en la cola hasta poder entrar, pero luego, como Derek había conseguido cinco pases, entraron sin pagar nada.

Los altos decibelios de música inundaban la enorme sala. Se apretujaron para abrirse paso hasta un lugar más tranquilo y acabaron al final de la barra en semicírculo que había en una de las paredes. Allí la música no sonaba tan fuerte, y se podían comunicar un poco mejor. Al lado tenían una zona chill out pero estaba repleta, así que se quedaron esperando para ver si conseguían unos sofás. Mientras tanto se acomodaron cerca de la

barra.

Derek les preguntó a ella y a Zane si querían tomar algo y su amiga se pidió una botella de agua. Arabia de momento no tenía sed. Estaba demasiado pendiente de todo lo que ocurría en la pista de baile. Era increíble como todos se volvían locos con esa música. Aquel sonido a ella le parecía horrible.

Ashley se le acercó.

– ¿No te gusta lo que ves?

– ¿Qué tipo de música es esta? –preguntó, sin mirarla.

– Es algún tipo de mezcla electrónica. Música para divertirse.

– Pues a mí no me divierte en absoluto...

Minutos después todos tenían sus copas servidas. Arabia miró los vasos de Derek y Jake, que tenían el mismo color. Derek le ofreció para probar pero ella no quiso ni siquiera mojarse los labios. Pensó que debía de ser la única persona del lugar, junto con Zane, que esa noche no tomaría nada de alcohol.

Ashley no tardó mucho en sacar a Derek a bailar, pero no fueron hacia la pista de baile. En lugar de eso se quedaron a escasos metros de la barra para estar a solas. La chica se lo estaba pasando muy bien y poco a poco Derek se fue animando a bailar con ella. Físicamente, parecían una pareja perfecta, pero había algo en ella que a Arabia no le terminaba de gustar. Conocía mucho a Derek y sabía, en parte, que había sido un poco mujeriego. Sin embargo, era honesto y muy humilde. No parecía que ella estuviese hecha de la misma pasta.

Zane le estiró del brazo y la obligó a girarse. Junto a ella encontró a unas cuantas de sus compañeras de clase. Empezaron a hablar animadamente elevando un poco el tono de voz para poder escucharse las unas a las otras. Mientras tanto, Arabia se acordó de Jake y le echó un vistazo. Acababa de pedirse una segunda copa y estaba parado mirando en una dirección cercana a donde se encontraba su hermano. Arabia también miró hacia allí, pero no vio nada interesante. Solo había gente. Un montón de gente.

Cuando Derek y Ashley volvieron a la barra a por una segunda copa, Jake ya iba por la tercera. Arabia recordaba perfectamente lo que un año atrás él le había dicho sobre cómo se comportaba cuando bebía demasiado. Le vio acercarse hacia Derek para decirle algo y entonces los dos miraron en la misma dirección. Derek concentró la mirada en una chica de más allá. Le dedicó mucho tiempo, tanto que Ashley no tardó en reclamar su atención y cuando eso ocurrió, miró de nuevo a Jake y negó con la cabeza. Desde donde estaba, Arabia pudo escuchar lo que le dijo.

– No... No es ella.

¿No es quién?, se preguntó. Estaba empezando a sentirse nerviosa e incómoda. Como Jake había estado solo todo el tiempo, decidió hacerle un poco de compañía despidiéndose de sus compañeras de clase.

De vuelta a la barra se topó con una chica, y por el impacto le tiró medio vaso encima de su vestido. Arabia dio un grito ahogado. Le había salpicado un poco la cara pero casi toda la bebida se le había colado por el hueco del escote de su vestido negro, y empezó a sentir el frío líquido que discurría por el pecho y el estómago. Su único vestido...

La chica que se lo había tirado encima estaba muy borracha. Se limitó a reír con sus amigos y a pedirle una burlona disculpa. Sus amigos por otro lado hicieron comentarios obscenos acerca de su escote y Arabia se ruborizó. Cuando por fin llegó a la barra vio a Jake con el ceño fruncido. Iba a preguntarle qué era lo que le pasaba, pero lo averiguó enseguida. Ashley estaba bailando con Derek de forma extremadamente sexy y, mientras lo

hacía, no dejaba de mirar a Jake. Arabia no entendía nada y ya estaba cabreada, definitivamente.

– ¡Ari!, ¿Qué te ha pasado?

Zane había vuelto también y la miraba con preocupación. Jake reparó en ellas y su mirada fue directamente hacia su escote. Arabia se miró y comprobó que a pesar de que el vestido era negro, el líquido que le había caído encima hacía que se le transparentase la ropa interior. Sintió ganas de llorar.

– Vamos al aseo. Seguro que podemos secarlo en el seca manos.

Zane la agarró por la cintura y se la llevó hacia los cuartos de baño.

Jake había bebido demasiado, y también demasiado rápido. Lo sabía porque empezaba a sentir que todo le daba vueltas.

Acababa de quedarse completamente solo sentado en la barra y le vino a la mente el escote mojado de Arabia. Sacudió la cabeza. No quería pensar en eso. Volvió a mirar hacia donde estaba su hermano.

Ashley le miró y sonrió. Le susurró algo a su hermano y se lamió los labios, sosteniéndole la mirada a él mientras lo hacía. Llevaba toda la noche igual y Jake no pudo soportarlo más.

Se levantó y fue directamente hacia ella, pero sin embargo, justo antes de llegar a su destino, una chica se cruzó en su trayectoria. Chocaron. Jake estaba bastante ebrio pero consiguió sujetarla para que no se cayera. Se reconocieron al instante.

Tenía delante de sus narices a Emma Wathson. Ella se echó a reír y sin pensárselo lo agarró de la mano y empezó a bailar. Jake pensó que ella también debía de haber bebido demasiado para que todo aquello estuviese sucediendo realmente. Pero le siguió la corriente y la atrajo hacia sí para rodearla con los brazos. Por un instante se volvió a cruzar con la mirada de Ashley. Ya no le miraba con picardía, sino más bien con asombro. A Jake le encantó la reacción que bailar con Emma provocó en ella. Le gustó tanto, que decidió emplear su misma táctica. Sujetó la cabeza de Emma y la besó, intencionada y apasionadamente. Le gustó.

Después se sonrieron y continuaron bailando, algo conscientes de la locura que se estaba dando. De pronto ella se separó, le agarró de la mano y empezó a tirar de él. Lo guió por toda la pista de baile hacia los servicios. Justo en el rellano de la entrada que separaba los de hombres y los de mujeres quedaba un hueco poco iluminado donde Emma le obligó a besarla de nuevo.

De un salto se subió a su cintura, rodeándosela con las piernas a la vez que se aferraba también a su cuello con los brazos. Jake la apoyó contra la pared y el deseo de llevársela a la cama se apoderó de él. Ninguno de los dos era consciente de que estaban en un sitio público hasta que una voz empezó a molestarles.

– ¿Jake?

– ¿Qué haces, Jake?

Pero él no podía dejar de besar a Emma. Solo paró cuando ella se apartó ligeramente de él para mirar al frente. Entonces Jake giró la cabeza para ver quién se

encontraba a sus espaldas. Se trataba de Zane. No le dijo nada. Jake no podía pensar en esos momentos. Agradeció la aparición de Arabia segundos después para empujar a Zane hacia la salida. Entonces Emma le atrajo de nuevo la cara hacia delante y continuó por donde lo habían dejado.

– No puedo aguantarme más –dijo Jake, en una pausa.

Emma se echó a reír y se bajó de él recolocándose rápidamente toda la ropa. Llevaba unas botas hasta algo más arriba de las rodillas, una falda muy corta y una blusa blanca semitransparente. La deseaba con todas sus fuerzas. Emma lo miró sensualmente, le acarició los labios y se acercó lentamente para susurrarle al oído que la acompañara.

Juntos se dirigieron hacia la puerta de salida. Una vez allí giraron hacia la izquierda y se presentaron delante de un mostrador. Jake esperó un poco más alejado mientras Emma se comunicaba con la recepcionista. Vio cómo le daba una llave y luego Emma volvió junto a él.

– Sígueme –le dijo.

Se metieron por una puerta de acceso privado y fueron subiendo por unas escaleras con alfombra de terciopelo azul. Cuando llegaron a la segunda planta Emma colocó la llave en la última de las puertas de ese piso. Entraron y ni siquiera encendieron la luz. Ella lo atrajo estirándole de la camisa y empezó a desabrochársela. Jake solo se dejó llevar. Finalmente, la oscuridad de la habitación y la pasión que se desataba, los llevó hasta la cama. Lo último que Jake pensó antes de olvidarse completamente de todo lo que le rodeaba, fue que olía bien, muy bien. Pero no pudo identificar qué tipo de perfume lo embriagaba.

A la mañana siguiente despertó con un fortísimo dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos los rayos de sol se le clavaron en la mirada y maldijo en voz alta que la persiana estuviese levantada. No se acordaba prácticamente de nada y no tenía ni idea de dónde estaba. Sintió frío bajo las sábanas y se dio cuenta de que estaba desnudo. Por un momento sintió pánico, y miró a un lado y a otro hasta que descubrió un montón de ropa unos metros más allá de la cama. Su ropa.

Justo cuando iba a levantarse a por ella entró alguien en la habitación, y una señora con uniforme de limpiadora se presentó delante de él. Volvió rápidamente bajo las sábanas.

– ¿Qué haces todavía aquí, muchacho?

Jake estaba avergonzado. Quería su ropa. Quería que aquella mujer volviera a salir por la puerta. Su dolor de cabeza paralizaba su mente. Estaba aturdido y sin nada que decir.

– Las habitaciones deben quedarse vacías a las diez en punto.

– Lo siento, pero no sé qué hora es...

Con cada palabra que decía las punzadas de la cabeza eran más intensas.

– Son las once y media de la mañana.

– Lo siento. Me marcharé enseguida

La señora asintió y se quedó allí parada, esperando. Jake la miró confuso y luego ella se cruzó de brazos, molesta.

– Si no le importa... Me gustaría vestirme –insinuó, señalando hacia su ropa mientras con una mano se apretaba la sien derecha.

– Le doy dos minutos, ¿entendido?

Jake asintió y finalmente se fue. Cogió sus cosas lo más rápido que pudo y empezó a vestirse. Cuando se colocó la camisa comprobó que estaba rota. Le faltaban los dos primeros botones. Eso le confundió todavía más. La puerta sonó dando a entender que la

mujer esperaba afuera, impaciente y Jake miró la estancia en la que se encontraba por última vez. Había un par de envoltorios de preservativos tirados en el suelo.

Finalmente salió. Pidió disculpas a la señora y se dispuso a buscar la salida. Bajó por las únicas escaleras que encontró y apareció en un recibidor con un mostrador. No había nadie atendiendo así que pasó por delante y fue hasta otras dos puertas. La más grande estaba cerrada. Abrió la otra y llegó a la calle. Al frente había un inmenso descampado vacío, con apenas un par de vehículos. Se dio la vuelta y contempló la gran estructura exterior de la discoteca a la que recordaba haber llegado la noche anterior. Se concentró para recordar lo que había pasado, pero solo podía verse a sí mismo sentado en la barra y observando a alguien. A alguien no, a Ashley y a su hermano. Recordó la frívola y tentadora mirada de Ashley y golpeó con el puño la fachada. Se hizo daño, pero no tanto como habría podido hacerse si se hubiese encontrado lúcido al cien por cien. La cabeza todavía le daba vueltas.

Jake miró su cartera. Estaba a las afueras de la ciudad y apenas le quedaban unas monedas, insuficientes incluso para el transporte público. Volvió a maldecir el sol que le cegaba a pesar del frío. Se le erizó el cuerpo cuando una ráfaga de aire invernal le acarició por detrás. La chaqueta la había dejado en el guardarropas, eso lo recordaba, pero era demasiado tarde para ir a por ella. La puerta por la que había salido no tenía acceso desde fuera.

Estaba solo en medio de la nada, pero tenía que volver a casa así que echó a andar consciente del largo camino que le quedaba. Mientras lo hacía volvió hacia atrás con los recuerdos y empezó a reconstruirlos a partir de cuando llegó con sus hermanos a la entrada de la discoteca. Derek le invitó a un cubata y luego se puso a bailar con Ashley. Zane y su amiga estaban por otro lado y él estaba solo en la barra. Recordó haber visto a alguien por entre la gente, pero le era imposible acordarse de su aspecto. Luego volvía a visualizar a Ashley, que no dejaba de mirarle mientras bailaba. Se pidió otra copa y se la bebió casi de un trago. Otra más. Debió ser en esa tercera copa cuando se quedó sin dinero. Aunque puede que se tomase después alguna más, no estaba seguro. Por más que se esforzaba su mente solo llegaba al punto en el que Ashley le susurraba algo a Derek al oído y se relamía los labios mirándole a él directamente a los ojos. Por último, recordaba el choque con una persona, y a partir de ese momento su mente se volvía agua.

No había nada, ninguna información que pudiese recoger. Había aparecido desnudo en una habitación de aparta-hotel, con una fuerte resaca, y más de la mitad de su consciencia había desaparecido. Nunca antes le había pasado algo así. Se preguntó si sería posible que alguien le hubiese echado algún tipo de droga en la bebida, pero los camareros no podían haber sido y no parecía que en sus recuerdos hubiese ninguna otra persona cerca de él y de su bebida.

Cuando llegó por fin al barrio de Prinss había pasado más de una hora y media. En circunstancias normales seguramente no le habría llevado tanto tiempo llegar hasta su casa, pero teniendo en cuenta su estado, no era de extrañar. Al llegar a la entrada se puso a buscar las llaves en los bolsillos de sus pantalones. No estaban allí. Visualizó un instante la habitación del aparta-hotel pero tampoco recordaba haberlas visto por allí tiradas. Apoyó las manos contra la puerta y golpeó la cabeza contra ella. A punto estuvo de caerse hacia delante cuando abrieron desde el interior. Su padre estaba frente a él, con el semblante serio. Jake creyó que era su cara habitual, pero se equivocaba. Cuando se apartó a un lado para dejarle pasar y él lo hizo, su padre le golpeó por detrás en la coronilla con un periódico.

– ¿Dónde te habías metido?

Jake echó un vistazo a su padre y luego al interior de la estancia. Allí estaban todos y cada uno de los miembros de la familia, incluso Rachel. Por supuesto, Ashley también estaba presente. Todos le miraban.

– No lo sé...

Su padre volvió a golpearle en el mismo lugar y él no pudo más que encoger el cuello por el impacto.

– Nos hemos pasado la noche buscándote, Jake –dijo Derek.

Los dos hermanos se miraron. Luego su mirada pasó a Zane, pero ella no pudo soportar el contacto visual.

– No sé qué me ha pasado. Supongo que bebí demasiado.

– Por tu aspecto, yo diría que algo más que eso –intervino Ashley.

– ¿Cómo dices? –Jake la miró muy sorprendido–. ¿Quién te has creído que eres para opinar de mí?

– No le hables de ese modo –le advirtió Derek.

– Quizás ella pueda explicarme mejor qué fue lo que me pasó.

– ¿A qué te refieres?

Derek tanteó la mirada entre él y Ashley.

– Yo no sé de qué me habla –se defendió la chica.

– ¿Estás segura de que no?

– ¿Qué demonios te pasa, Jake? Ashley se pasó toda la noche a mi lado. ¿Qué pinta ella en todo esto?

Jake le echó una última mirada a Ashley. No tenía la certeza de que ella hubiese tenido algo que ver en lo que le había pasado, pero ella era lo último que recordaba. Ella y sus insinuaciones.

– Que te tengas manía a Ash, no significa que ella tenga la culpa de que tu desaparecieras sin avisar a nadie –dijo Zane, interviniendo por primera vez.

– Oye mira, no me acuerdo de nada. Si realmente queréis decirme algo, estoy dispuesto a escucharos. Si hice algo que no debiera, me gustaría saberlo. No me encuentro nada bien, ¿sabéis? Así que podéis ir directos al grano.

– Zane te vio dándote el lote con alguien a la salida de los servicios –dijo Derek.

– ¿Con quién?

– No tengo ni idea, Jake, pero fue vergonzoso –continuó Zane–. Os pusisteis allí delante de todo el mundo y casi parecía que...

Se quedó callada, y su silencio dio a entender muchas cosas. Pero Jake seguía sin acordarse de nada. Las mejillas de su hermana se encendieron y lamentó que precisamente ella le hubiese visto en ese estado. También él empezó a acalorarse. No entendía por qué tenían que estar hablando sobre eso delante de todos. Sobretudo delante de sus padres.

– Y luego vas y desapareces. Te esfumas. Nos pasamos una larga hora buscándote por toda la discoteca hasta que nos tuvimos que marchar porque Ari no se encontraba bien.

Arabia. En menos de un segundo Jake visualizó a Arabia con el escote mojado. Su mente volvió a nublarse e intentó por todos los medios que ese pensamiento desapareciese. No conseguía cuadrar ninguno de sus recuerdos.

– Siento haberos amargado la noche, ¿vale? No sé qué me pasó, pero me he tenido que volver andando porque no me quedaba nada de dinero, y lo último que quiero es que estéis todos ahí mirándome como si hubiese hecho algo realmente malo. He amanecido en una habitación privada de la discoteca, yo solo, pero supongo os podéis imaginar lo que he

estado haciendo. Si alguno quiere más detalles, lo siento, porque ni sé cómo llegué hasta allí, ni sé con quién he pasado la noche. ¿Contentos? Y por cierto, Zane, ahora ya sabes cómo me sentí yo cuando te vi con aquel tipo en el baile de invierno.

Jake miró por última vez a todos los presentes y luego subió a su habitación. Dio un portazo y se lanzó sobre la cama.

A pesar de las punzadas en la cabeza, pronto se quedó dormido..

27 DICIEMBRE 1986

Hacía varios días que Arabia sentía malestar en el estómago y de hecho, no había comido prácticamente nada desde el día de nochebuena, tres días atrás.

Zane la había llamado cada día para preguntarle si mejoraba y la última vez le mintió diciéndole que ya estaba fenomenal. Se había dado cuenta de que no estaba enferma. Lo único que le pasaba era que todo lo que ocurrió el día que fueron a la discoteca le causó una especie de shock que le quitó el hambre y le revolvió el estómago un tiempo. Ahora se sentía cansada y con falta de fuerzas así que antes de salir para el trabajo se obligó a tomar un zumo de naranja y dos piezas de fruta. Al menos eso le aportaría algo de vitaminas.

Empezó su turno de las cuatro con bastante gente. Casi todos eran clientes habituales por lo que prácticamente deducía qué tipo de café pediría cada uno. Se le pasó la tarde bastante rápida y se alegró cuando el reloj marcó las siete y media. Le quedaba media hora para salir y casi no quedaba nadie en el Purist Coffee.

Sus compañeras de trabajo le contaban ahora las cosas que habían hecho durante el fin de semana y eso la mantenía entretenida. Tanto, que empezaba a sentir que las tripas de su estómago se quejaban de hambre.

– Vaya –comentó Kate, de repente–. Mira quién ha venido a verte.

Arabia miró hacia la puerta sonriendo y al instante esa sonrisa desapareció. Jake la saludó con un gesto de cabeza y se dirigió al sitio de siempre, en la barra.

Sintió que se mareaba.

– Ari, ¿estás bien? –le preguntó su otra compañera.

– Voy al servicio un momento. Atendedle vosotras, por favor.

Sus compañeras la miraron extrañadas, pero no hicieron ningún comentario y si lo hicieron, fue después de que ella se marchara. Entró al baño y se apoyó en el lavabo. Seguidamente se miró en el espejo. Tenía ojeras, eso era evidente. Con unos ojos tan grandes como los suyos era imposible disimular si había pasado una mala noche. Suspiró. Lo último que quería esa tarde era encontrarse con Jake. A decir verdad no quería volver a verle en una temporada. Mirarle de nuevo a la cara le producía pánico.

Después de lo sucedido en la discoteca, Arabia tenía una confusión muy grande de sentimientos. Primero sentía vergüenza, por el fatal incidente con la chica que le tiró toda su bebida encima. Jake y muchos otros le habían mirado el escote transparentado y eso la había hecho sentir muy violenta. Después, visualizaba el momento en que salía con Zane del baño de señoras y veían a Jake en un rincón con una chica de pelo rojo. La posición en la que estaban con ella subida encima de él, lo que parecía que hacían... No había dormido

durante días porque no podía dejar de pensar en eso. Para ella Jake siempre había sido alguien especial, alguien diferente, y sin embargo...

– Ari, ¿sigues ahí?

La pregunta Ellie desde el otro lado la sobresaltó.

– ¿Necesitas algo?

– No, tranquila. Salgo enseguida.

Decidió ser valiente. Tomó varias bocanadas de aire y las expulsó para tranquilizarse. Salió del baño sin preocuparse en absoluto de su aspecto y se encontró con su compañera de nuevo.

– Dice que te está esperando, como siempre.

Arabia fue directamente hasta donde estaba Jake. Tenía todas las ganas de plantarle cara, pero se le esfumaron nada más llegar. Disimuló haciendo como que limpiaba el posterior de la barra con un trapo.

– Hola –la saludó él.

– Hacía ya tiempo que no venías, ¿eh? –continuó ella.

– Sí.

Se había preguntado muchas veces por qué en ocasiones Jake aparecía por allí. Las veces que había ido a su casa eran para pedirle ayuda, pero cuando iba a la cafetería Arabia no entendía muy bien sus motivos. Incluso se había hecho unas cuantas ilusiones respecto a que disfrutara de su compañía. Ilusiones que no quería creerse entonces, y mucho menos ahora.

Se incorporó y le lanzó una mirada muy directa.

– Bueno ¿qué? ¿Vas a tomarte algo?

El tono directo y cortante que había empleado le dejaron boquiabierto.

– Entonces es eso. Tú también estás enfadada.

– ¿A qué te refieres con “entonces es eso”?

– Estás intentando evitarme, ¿verdad?

Arabia volvió a mirarle directamente a los ojos. La penetrante mirada de Jake la sobrecogió.

– No trato de evitarte. Es solo que...

– ¿Qué?

– ¿Lo ves? Ya estás otra vez. En cuanto hay algo que te molesta o que simplemente se te escapa de las manos, empiezas a alterarte.

– No soy yo quien se está alterando.

– ¡Sí lo haces!

La cafetería se quedó en silencio. Arabia enrojeció más de furia que de vergüenza. Jake había conseguido que se descentrase de su trabajo.

– ¿Qué quieres de mí?

Era la pregunta que se había hecho durante las otras ocasiones que él había acudido allí. Quería saber qué era lo que Jake quería de ella y no se le ocurrió otro modo más sutil de preguntarlo. Algunas cosas de las que hacía no le parecían normales. El hecho de que fuera la mejor amiga de su hermana no le daba el derecho a tomarse tantas confianzas con ella. Y mucho menos a hacerlo solo cuando a él le interesaba.

– Solo quería hablar un rato.

– Hablar. Como siempre.

– Pues sí, como siempre. ¿Hay algo malo en eso?

– Si lo que pretendes viniendo aquí es que yo te refresque la memoria sobre la otra

noche, has venido al lugar equivocado.

– ¿Por qué?

La pregunta la dejó atónita. Hizo un leve sonido con la garganta y se quedó mirándole con gesto irónico. No podía ser que estuviese hablando en serio. ¿De verdad había ido hasta el Purist Coffee para hablar de la otra noche? Zane le había contado que su hermano no se acordaba de nada de lo que hizo, pero hasta entonces no la había creído. No podía creerse que alguien fuese capaz de olvidar el rato de pasar una noche con otra persona.

– Lo siento Jake, pero tengo trabajo.

Arabia recorrió la barra por detrás para poder salir a la sala. Jake la siguió por el otro lado y la alcanzó cuando salía hacia una de las mesas. La agarró por el brazo y la giró bruscamente hacia él. Esa forma de atraer su atención sujetándola tan violentamente la hirió en lo más profundo de su ser. Había odiado a su padre toda su vida por mucho menos que eso. Jake no tenía ni idea de lo que acababa de hacer.

– Ari, yo solo quería que supieras que...

No tuvo tiempo de acabar la frase. Arabia lo cortó con una fuerte bofetada. Se quedaron parados y todavía sujetos unos segundos que a ella le parecieron eternos. Entonces Jake reparó en que la tenía cogida fuertemente por el brazo, y la soltó. Todos los clientes miraban expectantes hacia ellos.

– Lo siento.

El hecho de que Jake le pidiese disculpas la hizo sentir culpable. Pero no había podido evitarlo. Le había costado mucho tiempo conseguir que nadie le pusiese la mano encima, ni a ella ni a su madre, y por un momento había vuelto a sentirse maltratada. Se quedó callada mirando hacia el suelo. Ni siquiera pudo devolverle la disculpa.

Jake se alejó un poco, se rascó la cabeza y luego caminó rápidamente hacia la salida. No miró atrás ni siquiera un instante.

– ¿Se encuentra bien, señorita?

Un señor había llegado hasta a ella y la sujetaba por los hombros. Arabia tenía los ojos llorosos.

En unos segundos había recordado muchos de los amargos momentos que había pasado con su padre años atrás, gracias a la intervención de Jake. Su compañera tranquilizó al hombre y la acompañó a ella hacia los vestuarios. Una vez allí no pudo evitar echarse a llorar. Hacía tanto tiempo que no lloraba así, que las lágrimas le caían a borbotones. Y lo peor de todo era que no sabía por qué lloraba.

Tal vez por Jake, por lo que sentía hacia él y que no podía explicarse; tal vez por su madre, por lo mucho que la echaba en falta; o tal vez porque llevaba demasiado tiempo siendo fuerte, y solo tenía ganas de llorar.

3 DE ENERO 1987

Antes de irse de vacaciones, la profesora Smith le había encomendado un trabajo en pareja con otra persona, y eso iba a suponer un aprobado casi asegurado en esa asignatura si lo terminaban a tiempo, él lo sabía.

Y todo había sucedido debido a que Jake, al haber perdido todos los apuntes el día que cayó sobre el charco -incluyendo las anotaciones del libro publicado por ella-, no había tenido más remedio que esperarla un día después de clase para pedirselo de nuevo, ya que no había más ejemplares en la biblioteca. Sin embargo, supo que fue una mala idea cuando la profesora lo citó dos días más tarde en su despacho, y vio que Emma también estaba allí. Por la cara de ella dedujo que estaba tan sorprendida como él.

Más o menos, las palabras de la profesora fueron:

– Después de todo, los dos alumnos que menos había creído interesados en mi asignatura, son los únicos que han estado investigando respecto a lo que hablamos en clase. Siento decirles que solo puedo poner a vuestra disposición el libro de la biblioteca que tanto os interesa. No tengo ahora mismo ningún ejemplar más en esta ciudad. Por ello, y dado que Emma es la que ahora lo tiene en su poder, os voy a encargar un trabajo de investigación para estas Navidades. Juntos, por supuesto.

Jake se había negado en rotundo. No quería tener nada más que ver con Emma después de todos los días que había tenido que pasar trabajando en su jardín. La chica le había hecho perder mucho el tiempo y no guardaba buenos recuerdos de su estancia allí. Cada vez que recordaba el incidente de las cajas de tierra de su último día, se sentía más estúpido por el grito que le había lanzado a Emily. Le parecía inadmisibles que le obligasen a pasar todavía más tiempo cerca de ella, cuando todo el mundo sabía que no se soportaban mutuamente, aunque por supuesto la profesora no tenía por qué estar al tanto de sus riñas de colegiales.

La forma de zanjar el asunto tras la discusión que se armó en el despacho de la profesora Smith, fue la decisión que ella misma tomó y les comunicó cuando se hartó de escucharles. El trabajo era obligatorio. La nota del mismo repercutiría en la nota final de la evaluación y no solo eso, sino que la falta de una de las partes concluiría con el suspenso de los dos. Sin embargo, lo contrario, sería un aprobado seguro.

Era una medida de lo más injusta. Jake incluso se preguntó días más tarde si un profesor tenía potestad para acatar una norma tan descabellada. Suspender a dos alumnos por no entregar un trabajo que el resto de la clase no tenía que hacer le resultaba un insulto a su inteligencia. Por supuesto, todo eso lo pensó después de haber aceptado a regañadientes lo que la profesora pedía ¿Qué otra opción tenía? Era la segunda vez que cursaba esa asignatura.

El día de nochebuena habían quedado por primera vez para organizarse. Se citaron en la biblioteca pero ese mismo día Emma le llamó y le comunicó que estaba cerrada por Navidades. Sin más, le dijo que le esperaría en su casa, y que ya sabía el camino de sobra. Jake fue hasta allí de muy mal humor, pero nada más llegar respiró hondo antes de llamar al timbre. Sabía que su compañera podía causarle muchos problemas así que decidió seguirle la corriente. Cuando antes acabaran el trabajo, mejor.

Lo cierto es que se sorprendió del comportamiento de ella. Mantuvieron una conversación formal y sin insultos durante toda la mañana. Discutieron brevemente sobre la organización y las pautas a seguir, pero nada más. Les llevó solamente una hora ponerse de acuerdo. Jake se marchó de nuevo a casa bastante tranquilo, aunque inseguro. No se fiaba en absoluto de aquella chica.

Ahora había acabado su parte y tenía que volver a verse con ella. Sacó un papel arrugado de su mochila y al desplegarlo memorizó el número que había escrito sobre él. Bajó al salón para llamar por teléfono.

Allí encontró a Zane leyendo un libro. Descolgó el auricular inalámbrico y se dirigió al lavadero mientras marcaba los dígitos.

– ¿Diga?

– ¿Casa de los Wathson? –preguntó Jake.

– Sí, ¿quién es?

Creyó reconocer el tono de voz. Era dulce y amable.

– ¿Emily?

– Perdona, ¿con quién hablo?

Jake estuvo a punto de finalizar la llamada. Le sudaban las manos.

– Lo siento. Soy Jake, necesitaba hablar con Emma.

– ¿Jake?

– Jake Becker, el chico que...

– ¿Y para qué quieres hablar con mi hermana?

– Tenemos pendiente un trabajo de la universidad y...

– Espera un momento.

Maldijo que Emily no le dejase acabar ninguna de sus frases. Minutos más tarde fue otra voz la que habló por el auricular.

– ¿Qué quieres?

Era evidente que se trataba de Emma.

– ¿Tú qué crees? He acabado mi parte, ¿tienes la tuya?

– No, no la tengo.

– ¿Cómo que no? Se suponía que...

– No he estado pensando en el trabajo, Jake.

– ¿Cómo? Quedamos en que...

– Recuerdo perfectamente en lo que quedamos.

– ¿Te importaría dejarme acabar de hablar en algún momento?

– Acaba.

La conversación que estaban teniendo no parecía poder llegar a buen puerto.

– ¿Se puede saber qué te pasa?

– Que no he acabado mi parte. Eso es todo.

– Bien, no has acabado tu parte –Jake intentó mantener la calma por todos los medios. Recordó que tenía que ceder para que Emma no le causara problemas–. Entonces, ¿qué se supone que es lo que tengo que hacer yo ahora? ¿Espero?

– Sí.

– ¿Y cuánto tiempo espero? ¿Un día? ¿Dos?

– ¿En serio me llamas para hablar sobre el trabajo?

– ¿Para qué iba a llamarte si no? Me dijiste que lo hiciese cuando...

– ¡Ya sé lo que te dije respecto al maldito trabajo!

– ¿Qué mosca te ha picado, Emma?

– Déjame en paz, ¿de acuerdo?

La llamada se cortó. Emma le había colgado directamente sin llegar a ninguna conclusión. La única conclusión a la que él mismo había llegado era a que la mente de una mujer era realmente compleja, y que la de Emma era compleja a la vez que retorcida.

Decidió acudir a Zane, la única mujer que tenía al alcance.

– ¿Puedo interrumpirte cinco minutos?

Su hermana levantó la cabeza del libro y arqueó una ceja.

– ¿Con quién has estado hablando? Pareces aturdido.

– De eso quería hablarte.

Jake le habló un poco por encima de Emma Watson, aunque ella ya había oído otras veces hablar de esa chica, por todo el asunto de la camioneta. Luego le contó la conversación que había mantenido hacía escasos minutos, con la mayor exactitud de detalles que recordaba. Zane se quedó pensativa.

– ¿Qué supone que tengo que hacer yo ahora?

– Supongo que está enfadada.

– Ya, eso ya lo he deducido, Zane. La pregunta es, ¿por qué?

– Supongo que porque le gustas.

– ¡¿Qué?!

– Yo deduzco que la chica esperaba que tal vez la llamasen algún día para quedar, y le ha molestado que el único interés que tengas en ella sea para acabar el trabajo.

– Oye, yo no soy ni de lejos el tipo de chico que le gusta a Emma. Me odia, ¿entiendes?

– Tal vez del odio al amor también haya un paso.

– Además, ya sale con alguien, o salía. No lo sé. El caso es que no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

– Solo intento ayudar. Me has pedido mi opinión y te la estoy dando. ¿Qué hay de malo en que te diga que a mí me parece que le gustas?

– Mira, déjalo. Creo que lo que voy a hacer es ir directamente a su casa. No sé qué narices le pasa, pero no voy a suspender porque a ella no le dé la gana acabar su parte.

– Buena suerte entonces.

Jake fulminó con la mirada a su hermana, pero su libro ya había vuelto a reclamar a su atención.

Subió a su habitación, se cambió de ropa y volvió a bajar. Una vez en la calle se dirigió a la parada de autobús más próxima.

Durante el trayecto tuvo más de treinta minutos para pensar. Recordó el incidente que hacía unos días había tenido con Arabia en el Purist Coffee. Por lo visto, ella también estaba molesta por lo sucedido en la discoteca, pero le había parecido excesivo que ni siquiera se dignase a mirarle a la cara. Sintió rabia al pensar en todo eso. Con total seguridad su hermano Derek había sido, desde siempre, mucho más mujeriego que él. Había tratado con más chicas de las que su familia se imaginaba. Sin embargo, y dado que nunca le habían visto bebido o en ninguna fiesta, para todos seguía siendo el hijo y el hermano perfecto. Jake lamentó que, para una vez -desde hacía mucho tiempo- que pasaba la noche con una mujer, todos hubieran estado presentes.

Pese a todo, se había pasado con Arabia cogiéndola por el brazo de aquella manera, y ella le había dado su merecido. Se imaginaba el tipo de cosas que habría pensado la gente sobre él. Sobre todo sus compañeras de trabajo, que debían de saber de sobra lo mal que lo había pasado cuando era niña. Él lo sabía gracias a su hermana, porque por supuesto, Arabia nunca hablaba de su vida antes de llegar a Estados Unidos.

Zane y Arabia se conocían desde hacía más cuatro años. Ambas habían coincidido en junior (primero de bachiller), cuando Arabia era una recién llegada al continente americano. Había tenido que pasarse todo un año perfeccionando el idioma y su hermana fue la que se ofreció voluntaria para ayudarla.

En ese primer año Jake apenas tuvo contacto con ella. La veía de vez en cuando, cuando su hermana la invitaba a cenar o a pasar la tarde. Zane contaba que su amiga no podía pasar mucho tiempo fuera de casa porque su madre estaba enferma. De su padre no

sabía mucho.

Un día, Arabia recibió una llamada en el instituto desde el hospital, y salió corriendo hacia allí. Zane la acompañó a pesar de que ella le pidió que no lo hiciera. Así fue como los Becker se enteraron de que su madre tenía cáncer de hígado. Durante unos meses ni siquiera pudo acudir a clase, así que su hermana se encargaba de ir hasta allí a estudiar con ella y a llevar sus deberes de vuelta al instituto. Fue entonces cuando se volvieron inseparables.

Cuando su madre se recuperó y regresaron a casa, le pidió a Arabia que hicieran una cena para agradecer lo que la familia de su amiga había hecho por ellas. Jake no pudo ir, porque ese fin de semana tenía partido fuera de la ciudad, así que nunca llegó a conocerla.

Poco antes del verano de 1984, su enfermedad volvió a empeorar, y finalmente ocurrió lo que tanto habían estado temiendo. Arabia se quedó completamente sola.

Y por eso sus padres la acogieron en su casa.

Su madre le había dejado una pequeña fortuna, pero los Becker nunca le consintieron que pagara nada. La obligaron a guardárselo todo para más adelante, cuando ella realmente lo necesitara. Mientras estuviera en esa casa, no iba a faltarle de nada.

Tardó un tiempo en volver a la normalidad, pero demostró ser fuerte. Jake no la vio nunca llorar, al menos no delante de él.

Un día Louis le preguntó por su padre, y ella habló, tal vez por primera vez, de lo que les había hecho pasar a ella y a su madre. Era un auténtico maltratador, y gracias a Arabia su madre se convenció de que también lo era, aunque le costó años y años hacerlo, pues estaba psicológicamente muy perjudicada. Por suerte, nunca habían estado casados así que lo único que hicieron fue mudarse a la capital, Ankara, y no dejar ni rastro. Poco después le detectaron el cáncer, y los médicos decidieron trasladarla a Estados Unidos para su tratamiento. Arabia no lo dijo nunca, pero Jake supuso que su madre debía de tener muy buena posición social y económica para haber podido trasladarse con esa facilidad. No volvieron a saber nada de su padre. Arabia suponía que había vuelto a su país natal, Arabia Saudí, pero solo eran suposiciones.

Y durante un año habían convivido todos juntos, como si nada. Arabia era como una hermana para Zane, la hermana que nunca tuvo, y Zane lo mismo para ella. Pero para qué negarlo, a veces Jake había maldecido para sus adentros muchos de sus ataques, que no habían sido pocos, en cuanto cogió un poco de confianza. No era alguien que pudiese pasar sin decir lo que pensaba, todo lo contrario que él. A pesar de eso, le había cogido cariño, y cuando se marchó empezó a echar en falta su presencia. Arabia se compró un apartamento con el dinero de su madre, y se trasladó poco después de encontrar empleo en el Purist Coffee. Sus padres le dijeron que era una locura, que lo mejor era que terminase la carrera y que luego se marchara y empezara a trabajar, pero ella ya había tomado su propia decisión. Quería independizarse, y lo hizo.

Jake estaba seguro de que se había ido porque los Becker estaban pasando por una mala racha económica. Tanto que él se puso a trabajar lo que quedaba de curso para solventarlo. Sin embargo, convenció a todos de que eso no tenía nada que ver.

Recordando todo aquello, Jake sintió pesar, mucho pesar. Todas las peleas que habían tenido antes de vivir bajo el mismo techo y durante la estancia de Arabia en su casa, había conseguido causar en ellos un bonito acercamiento. Casi se podía calificar de confianza. Si bien era cierto que la mayoría de sus recientes encuentros no habían sido ni casuales, ni amigables por parte de ninguno, al menos sí habían sido hospitalarios y cordiales por parte de Arabia, excepto tal vez el último, que poco le faltó para echarle a

patadas de la cafetería.

Sentía que ese último encuentro los había distanciado muchísimo. No se atrevía ni siquiera a volver a verla para pedirle disculpas. Tenía miedo de cuál pudiera ser su reacción y no quería estropearlo todavía más. Por eso había decidido dejar pasar el tiempo, hasta que ella quisiera volver a hablarle.

Jake estaba tan ensimismado en sus pensamientos que se pasó de parada. Golpeó el agarramanos metálico que había estado usando y blasfemó en voz alta. Unas señoras se le quedaron mirando escandalizadas por su comentario.

Esperó durante el siguiente tramo hasta que el autobús volvió a parar y una vez abajo, caminó en dirección a la casa de Emma por una de las avenidas más populares de la ciudad, Valley Street.

No soportaba cruzarse con la gente que paseaba por allí con su ropa cara, sus coches caros y sus mascotas caras. Repudiaba ese mundo. Pensaba que, aun con todo el dinero del mundo en su bolsillo, él seguiría viviendo en el barrio Prinss.

La casa de Emma estaba igual que de costumbre, llena de flores. Jake sobrepasó la puerta del jardín para llegar hasta la puerta principal y cruzó una mirada con el jardinero cascarrabias al que había tenido que soportar. Antes de llamar a la puerta pensó en que podría ser Emily la que le abriese la puerta. Se puso nervioso y respiró ampliamente para serenarse.

Justo cuando se decidió a llamar al timbre, la puerta se abrió de par en par.

– ¡¿Qué narices estás haciendo aquí?!

No tuvo tiempo de replicar. Emma lo empujó hacia dentro con una fuerza tal que parecía que su pequeño tamaño se hubiese triplicado. Lo apoyó contra la pared y le señaló con el dedo. Tenía la sensación de que de un momento a otro empezaría a soltarle un buen sermón. Pero no lo hizo. Volvió en sí y se echó hacia atrás, apartándose los mechones caoba de la cara. Lo miró a los ojos, y Jake se estremeció. Su aspecto reflejaba que estaba realmente enfadada.

Él empezó a notar un olor que le resultaba ligeramente familiar. Al principio pensó que sería el ambientador de la casa, pero luego se dio cuenta de que era el perfume de Emma, pues la intensidad del olor disminuyó cuando ella se alejó.

– ¿Cómo te atreves a venir hasta aquí?

– Mira Emma, no sé de qué va todo esto, pero agradecería algún tipo de explicación.

Emma soltó una carcajada, pero Jake continuó mirándola fijamente. Entonces volvió a ponerse seria.

– No me vayas a decir ahora que no te acuerdas de nada, porque eso sí que no te lo consiento.

Jake estaba exasperado y cansado de que esa frase fuese tras él a donde fuera que fuese. ¿Qué le pasaba a todo el mundo?

– ¿De qué me tengo que acordar? –preguntó, molesto.

– En realidad no sé de qué me extraño. Era de esperar viniendo de ti –Las palabras de Emma le sorprendían cada vez más–. No te muevas de aquí. Enseguida bajo.

Cuando Emma se fue dejó tras de sí el olor de su perfume. Le gustaba. Y antes de que ella volviese, una idea empezó a formarse en su mente.

– Toma –Emma le colocó un puñado de folios sobre los brazos a su regreso–. Aquí tienes mi parte de ese trabajo que tanto te interesa. Ahora márchate.

– Emma, espera.

Jake la miró en busca de respuestas, pero estaba tan confundido que no era capaz de decir nada.

– ¡Ah! ¿Ahora lo recuerdas?

Emma estaba enfurecida.

– Pero, no puede ser. La otra noche... ¿Tú y yo...?

– ¡¿Pero cómo es posible que no te acuerdes de nada?!

– Emma, ¡no lo sé! Deja de gritarme.

– No digas ni una palabra. Vete y no vuelvas a hablarme nunca más.

Emma se dio la vuelta, muy indignada. Tres metros más allá se dio la vuelta.

– Se me olvidaba. Esto debe de ser tuyo.

Le lanzó un objeto con brusquedad, y tuvo que protegerse levantando los brazos para que no le diera en la cara. Sonó a metal cuando cayó al suelo. Se trataba del manojito de llaves de su casa. Jake acababa de confirmar sus sospechas. Recogió las llaves y salió por la puerta con el montón de folios y la cabeza gacha. No acababa de creerse lo que era evidente y temblaba ligeramente mientras caminaba de vuelta a la parada de autobús.

En cuanto llegó a casa hizo una nueva llamada telefónica, esta vez hasta Florida.

No tardaron en contestarle desde el otro lado.

– Quiero que me confirmes algo, Derek –dijo, sin ni siquiera saludar.

– ¿Ocurre algo?

– ¿El día de Navidad me viste con alguien?

– Claro.

– ¿Claro? ¿Cómo que claro?

– Te vi con la chica esa que me preguntaste si creía que era Emma, la de la confitería.

– ¿Acaso tienes la mínima idea de quién realmente era?

– Jake, no, claro que no. Te dije que se parecía, pero que no era ella.

– Joder...

– Vayamos por partes. Yo solo te vi besándote con ella en la pista de baile.

– ¡Maldita sea, Derek! Era Emma Watson, la hija del jefe de papá.

– ¿Entonces tú ya sabías quién era?

– Pues claro que lo sabía.

– ¿Y para qué me preguntaste?

– Déjalo, Derek, déjalo. Porque no te enteras de nada.

– ¿Para qué me llamas, entonces?

– Para decirte que la próxima vez que me veas con alguien al menos me digas algo acerca de cómo era, y más habiéndote dicho que no recordaba nada de nada.

– Bueno, lo siento, no sabía que tu resaca hubiese llegado a tanto.

– Me has hecho quedar como un imbécil.

Jake cortó la llamada sin darle opción a su hermano de replicar. El mal humor se había vuelto a apoderar de él. Reparó entonces en los folios con anotaciones y cálculos escritos a mano que Emma le había entregado. Les echó un vistazo y comprobó que era un trabajo excelente. Respiró más aliviado al pensar que ya no tendrían que volver a quedar. Lo único que quedaba por hacer era juntarlo todo y encuadernarlo, así que se puso manos a la obra para que los pensamientos sobre aquel día se esfumasen y le dejarasen en paz, al menos por un tiempo.

Ya pensaría qué hacer cuando se reincorporaran a las clases.

16 FEBRERO 1987

Hacía algo más de dos meses que Emily había dejado apartado el tema de las virtudes cardinales por la llegada de los exámenes. Pese a eso, no podía evitar analizar a las personas con las que se cruzaba a cada momento. Involuntariamente trataba de calificarlas dentro de las cuatro posibilidades, pero desde que conociera al chico de la biblioteca que estudiaba derecho en Florida, no había vuelto a encontrar a nadie más que coincidiera con alguna de las descripciones. Creía recordar que se llamaba Derek. Solo había tratado con él un par de veces y pese a eso, sentía que era él el destinado a la virtud de la Justicia. Emily era de las que pensaban que las cosas pasan por alguna razón. Creía en el destino y, el hecho de que hubiese conocido a alguien que estudiase Derecho momentos después de acabar de copiar la descripción de la virtud de la Justicia, le daba mucho que pensar.

No podía concentrarse en sus apuntes de bioquímica y se preguntaba continuamente en si volvería a verle. Se lamentó de no haberle querido dedicar ni cinco minutos para tomar un café, a pesar de que le había hecho un ofrecimiento muy amistoso. Tenía que poner empeño en controlar un poco su desconfianza.

De repente le vino a la mente el rostro de Jake, de casualidad. Apoyó los codos en la mesa de su estudio y quedó embobada mirando por la ventana. Al analizar a ambos chicos se dio cuenta de que tenían rasgos muy parecidos. Sin embargo, le parecían también muy diferentes. Derek irradiaba amabilidad y tranquilidad mientras que Jake solía ser sombrío. Derek no parecía ocultar nada, aunque ella no se fiase de él, y Jake era totalmente reservado. Volvió a visualizarlos a ambos en su mente y, pese a que tenía más reciente el rostro de Jake, se dio cuenta de que en lo que más se diferenciaban era en los ojos. Por lo demás, eran tan parecidos que podrían ser hermanos. Incluso ambos tenían un lunar en la cara muy parecido, debajo del ojo izquierdo.

¿Lo serían en realidad? ¿Podría ser eso posible?

Llevaba media tarde dándole vueltas al asunto y la única posible solución que se le ocurrió para saber si estaba o no en lo cierto, era ir a visitar a su hermana Emma.

Cogió la bicicleta y se puso en marcha.

Su casa estaba tan tranquila como siempre. Hacía un frío día invernal y nada más llegar se metió en el interior para entrar en calor. Encontró a su padre en el pasillo charlando con Margaret. Se llevo una gran alegría al verla.

– ¡Emily! ¿A qué se debe esta inesperada visita?

Fue hasta él y le abrazó.

– He venido a hablar con mi hermana. ¿Está en casa?

– Sí, está arriba. Y es estupendo que hayas venido. Justo estábamos hablando Margaret y yo de que Emma está un poco rara últimamente. Casi no sale de su habitación.

– ¿En serio? Pero ya ha vuelto a las clases, ¿verdad?

– Sí, sí, pero cuando acaba viene siempre directa a casa.

– Qué extraño.

Su padre la miró con pesar. Parecía realmente preocupado y es que era como para preocuparse. Su hermana gemela era de las que se pasaba todo el día de un lado para otro sociabilizando con gente. Dejó de pensar y se dispuso a actuar. Quedó en verse con su padre más tarde y subió al piso de arriba.

No había vuelto a hablar sobre nada importante con ella desde lo que le ocurrió en Navidades, así que no tenía muy claro cómo iba a reaccionar cuando le hablase sobre Jake. De hecho, se preguntó si estaría tan rara por aquel asunto que la había dejado tan afectada, a pesar de que habían pasado casi dos meses.

Llamó a la puerta antes de entrar y dijo en voz alta quién era. Su hermana le dijo que entrara y la encontró sobre la cama.

– ¿Qué haces ahí tirada?

– Pensar...

La respuesta de Emma era evidente. Se quedaron un rato sin decir nada hasta que ella se incorporó.

– ¿Qué te trae por aquí, hermanita?

– Pues lo cierto es que quería hacerte una pregunta sobre Jake Becker.

Al mencionar su nombre, Emma enfureció.

– No quiero ni tan siquiera escuchar su nombre. ¿Qué narices quieres saber de él?

– Quería preguntarte a ver si tú sabías si tiene algún hermano.

– ¿Y a qué viene eso?

– Tenía curiosidad. Hace tiempo que conocí a un chico que se parecía mucho a él. Emma suspiró. Tal vez su hermana esperaba algún otro tipo de pregunta. Tal vez, esperaba que le preguntase sobre su enfado con él. Hasta parecía decepcionada.

– Tiene un puñado de hermanos. Cuatro o cinco –contestó, después de todo.

– ¿En serio?

– Sí...

– ¿Y los conoces?

– ¡No! ¡Claro que no!

– Entonces cómo sabes...

– Porque la gente habla. Habla, habla y habla. Todo el mundo cuenta cosas de otra gente. Sé que tiene más hermanos, que son una familia numerosa y que suelen tener dificultades económicas. Por eso él solo se ha matriculado de unas pocas asignaturas este año.

– Entonces, no tienes idea de si tiene algún hermano que se llame Derek, ¿verdad?

– ¿A qué se debe tanto interés?

Esta vez fue Emily la que suspiró profundamente.

– Es solo curiosidad. Ya sabes que a veces pienso demasiado y me parece chocante haber conocido a dos personas en lugares y circunstancias muy diferentes que me resulten tan parecidas físicamente.

– En fin. Pues no. El nombre de Derek Becker no me suena de nada. No he oído hablar de nadie llamado así en todo el campus.

– Eso es porque estudia Derecho en Florida.

– ¡Ja! ¿Un hermano de Jake estudiando en la universidad de Florida? Eso es imposible, Emily. Pero si Jake apenas cambia de ropa y usa una fea camioneta que se cae a pedrazos...

– Eso no tiene nada que ver...

– Ya lo creo que tiene que ver. Si su familia pudiese permitirse el lujo de tener a un

hijo en una universidad privada, créeme que no habría tenido que venir a trabajar a nuestro jardín. Y mucho menos trabajar en la empresa de papá el año pasado.

– Tal vez tengas razón.

Emily empezó a dejar de lado la idea de que esos dos chicos fuesen hermanos, pero se le ocurrió otra posibilidad.

– ¿Te imaginas que fuesen hermanos y no lo supieran?

– ¿Cómo?

– A lo mejor son mellizos y fueron separados al nacer.

– ¿Te has vuelto loca? Por favor, Emily, deja de pensar. No te hace nada bien.

– Está bien. Me doy por vencida.

– Crees demasiado en las coincidencias. Tienes unas cosas... Conocer a dos chicos por separado y relacionarlos sin saber prácticamente nada de ellos, como si hubieses descubierto un tesoro.

– Cada uno cree demasiado en lo que le apetece.

Ambas se quedaron calladas. Emily se cruzó de brazos, molesta por lo que le había dicho su hermana. Tal vez se había precipitado demasiado pensando en las coincidencias; y tal vez los creía tan parecidos a ambos porque solo los había visto en contadas ocasiones. Sí, tal vez tuviera razón, pero eso no le daba derecho a romper sus ilusiones respecto a que cupiera la posibilidad de saber algo más acerca de Derek. Si hubiese tenido relación con Jake, habría sido mucho más fácil.

– Espera un momento, has dicho que trabajó para papá.

– Pues claro, tonta, y su padre lleva haciéndolo cinco años, o incluso puede que más.

– Pues no lo sabía...

Emily se preguntó si tal vez su padre sabría algo acerca de los hijos de sus empleados, y pensó que se lo preguntaría más tarde, si es que se le ocurría una forma discreta para hacerlo. Ahora era momento de preocuparse por su hermana.

– ¿Y tú qué? ¿Se puede saber por qué sigues enfadada con Jake?

– No quiero hablar de eso.

– ¿Segura?

– Sí, segura.

– Bien, pues entonces me voy a casa a seguir estudiando.

Por lo menos lo he intentado, pensó. Se encaminó hacia la puerta y cogió del tirador para poder abrir.

– ¡No! ¡Espera! –gritó Emma, obligándola a girarse de nuevo—. Creo que necesito contárselo a alguien.

Vio como su hermana agachaba la cabeza y se ruborizaba. Nunca la había visto así. Era una chica muy orgullosa. Emma se incorporó de la cama y empezó a relatarle todo lo que sentía, paso por paso, y empezando por cómo había conocido a Jake.

Por lo visto, Jake había sido jugador de fútbol de la universidad durante los dos primeros años de su estancia allí. Uno de los mejores, de hecho. Emma entró a la facultad un año después que él, pero enseguida empezó a escuchar su nombre. Se decía que era un defensa excepcional, pero también que tenía muy poca disciplina, y que se peleaba constantemente con los rivales. Lo echaron del equipo por una pelea que tuvo con un jugador que le fracturó dos costillas en un placaje. Según decían, se lo llevaron a la enfermería para vendarle, pero en cuanto salió de allí se dirigió directamente hacia aquel tipo, que estaba expulsado del partido por la brutalidad de su juego, y en el banquillo se

encaró con él para devolverle el golpe. Con eso consiguió que lo sancionaran cinco jornadas, y que el entrenador se cansara de él y lo expulsase, definitivamente.

– Digamos que el entrenador se cansó de su actitud –aclaró Emma.

– Y tomó la decisión de prescindir de él –sugirió Emily.

Entonces Emma apartó el tema de Jake y pasó a hablar de un tal Dave Jefferson, un estudiante de medicina al que habían trasladado a esa ciudad con una beca deportiva, para sustituir a Jake.

Era un chico rubio muy apuesto que se hizo popular enseguida. Por eso, entre otras cosas, lo conocía su hermana. No tardó en tener una aventura con él y durante una temporada se pasearon juntos por los jardines del campus. Un día se toparon de frente con Jake y estuvieron a punto de pelearse. Y lo habrían hecho de no ser porque ella se interpuso. Pensó que Jake estaba dolido porque Dave había ocupado su puesto en el equipo, pero más tarde se enteró de que era mucho más que eso. Dave le contó que había sido él el causante de que lo sancionaran, que fue él quien le fracturó las costillas, y que además estaba disfrutando de la beca que él había perdido. Estaba muy orgulloso de ello. Poco después se enteró también de que él le había estado poniendo los cuernos, y terminaron la relación.

Un año más tarde, Emma y Jake coincidieron en una de las asignaturas que él tenía pendiente del curso anterior. Nunca habían hablado, pero le daba la sensación de que Jake la miraba como si fuese escoria, y eso la molestaba. Al tiempo supo que había empezado a trabajar en la fábrica de su padre, con un contrato temporal de ayudante en los almacenes, y también que su padre era uno de los empleados desde hacía más tiempo. Entonces ella hizo correr la voz... sobre su situación familiar y sobre lo que Dave le había hecho durante aquel partido. Volvía a salir con él y estaba decidida a hacer gala de su popularidad. Le divertía ser el centro de atención, y admitió que en aquel entonces se sentía orgullosa de lo que estaba haciendo, que no era otra que marginar a una persona que no le había hecho absolutamente nada. Con eso se ganó su enemistad absoluta.

Después de todos los días que Jake había tenido que pasar trabajando en el jardín y coincidiendo con Emma, ésta había empezado a sentirse atraída por él, muy en contra su voluntad. Eso la hizo enfurecerse consigo misma. No soportaba odiarle y desearle a la vez.

Una semana antes de Navidad, Emma volvió a quedar con Dave. Su relación no estaba yendo por el buen camino, puesto que había muchos rumores sobre sus infidelidades, pero aun así él llamó y la invitó a la cena y al vino, hasta que consiguió llevársela de nuevo a su habitación, en la residencia de estudiantes. A Emma no le apetecía demasiado acostarse con él, pero lo hizo. Quería desquitarse de los pensamientos que tenía hacia Jake, pero el hecho de que Dave la tratase como a un juguete, no la hizo sentir mejor. Al día siguiente estaba muy arrepentida, pero ya no podía cambiar nada de lo que había sucedido.

– Y entonces llegó el día de nochebuena –prosiguió su hermana–. Por la mañana quedamos para hacer un trabajo de física que nos mandaron en la universidad. Fue la primera vez que me sentí cómoda con él y que nos hablamos con respeto. Después de cenar, cuando tú te fuiste a casa, yo me fui a una discoteca con mis amigas. Fue allí donde sucedió todo.

– Te encontraste con Jake –dijo Emily, impaciente porque continuase con la historia.

– Sí. Me encontré con Jake. Yo llevaba unas cuantas copas de más, pero Jake debía de llevar muchas más. Estaba bailando en medio de la pista cuando un tipo me agarró con

la intención de que bailara con él. Me deshice como pude y salí disparada en otra dirección. Entonces me topé con Jake. Chocamos y nos miramos. Él tenía los ojos rojos y en su mirada solo se leía una única cosa: deseo.

– ¿Le leíste la mirada? Pero si la suya es la mirada más inexpresiva que he visto nunca.

– Lo sé, pero así fue. En menos de tres segundos estábamos bailando juntos. Luego de pronto me sujetó la cara y me besó. Así, sin más. Yo estaba borracha y excitada así que me lo llevé hacia los cuartos de baño y allí continuamos besándonos. Él me confesó que me deseaba, que no podía aguantarse más, así que fui a la recepción para alquilar una de las habitaciones. Lo que pasó entre nosotros ya te lo puedes imaginar.

Emily estaba boquiabierta. Nunca se había imaginado a su hermana con Jake. Sabía, por lo poco que la había oído maldecir después de Navidad, que Jake la había vuelto a sacar de quicio, pero hasta ahora no sabía hasta qué punto, ni porqué.

– ¿Y entonces? ¿Qué pasó después? ¿Os volvisteis a ver?

– Cuando me desperté, él todavía estaba durmiendo. No se movía así que me quedé un rato observándole para comprobar que respiraba. Luego cogí mis cosas y me marché.

– Y la pregunta es... ¿Por qué estabas tan enfadada el día que te llamó por teléfono y vino a casa?

– ¡Porque el muy imbécil no se acordaba de nada! Me pasé varios días esperando a que apareciera, o que me llamara para hablar de lo sucedido, pero nada de nada. Y luego me llamó casi dos semanas después preguntándome por el trabajo de física que estábamos haciendo juntos. Me sentí como una estúpida, Emily. A saber qué fue lo que pensó cuando se despertó. Debió de imaginarse pasando la noche con cualquier chica menos conmigo, estoy segura.

– ¿Tan bebido estaba?

– Sí, me temo que sí... Yo creo que incluso drogado.

– Me parece que deberíais quedar un día para hablar del asunto.

– No. El día que vino a casa empezó a recordar. Tendrías que haber visto la cara que puso cuando se dio cuenta de lo que habíamos hecho. No sé cuáles son las cosas que recuerda y las que no, pero sí sabe que pasamos la noche juntos. Ahora en clase ni nos miramos a la cara.

– Pues vaya...

– Y hasta ahora no le había contado nada de esto a nadie, pero mi preocupación ha aumentado.

– ¿Por qué?

– Porque hace tres semanas que me tenía que haber bajado la regla.

– ¡Dios mío! ¿Crees que podrías estar embarazada?

Emma se acurrucó en la cama y empezó a llorar. Emily fue a su lado.

– Deberías contárselo a papá.

– ¡No! ¡¿Te has vuelto loca?! No pienso contárselo a nadie así que espero que tú tampoco lo hagas, ¿entendido?

– Pero...

– Si me entero de que dices algo no voy a perdonártelo.

– ¿Y qué pasa si de verdad estás embarazada? ¿Cómo piensas ocultarlo?

– Cuando llegue el momento, si llega, se lo diré a papá. Pero ni una palabra hasta que yo esté segura de todo esto.

– De acuerdo.

– Déjame sola, por favor.

Emily abrazó a su hermana y luego se dispuso a marcharse. Una vez más su mente empezó a funcionar, hilando sus propias conjeturas.

– ¿Te has parado a pensar que tal vez estés esperando un hijo de ese tal Dave, y no de Jake?

Emma la miró con fiereza.

– No digas eso ni una sola vez. ¿Acaso no te ha quedado claro cómo es Dave? Si estoy embarazada, será de Jake. Solo de Jake. No sé si lo has entendido.

– Pero no puedes obligarle a hacerse cargo de un bebé que tal vez...

– Jake no se acuerda prácticamente de nada, Emily. No será difícil convencerlo. Y no quiero tener nada que ver con Dave Jefferson nunca más en toda mi vida. Nunca. Tampoco nunca me preguntes porqué.

Las palabras de su hermana fueron tan frías y concisas que aunque realmente hubiera querido, no habría podido preguntar nada más.

Emily volvió a su apartamento con más dudas de las que antes tenía. Seguía sin saber nada sobre los hermanos de Jake, y ahora también se preguntaba si su hermana podría estar realmente embarazada; y si lo estaba, qué pasaría entonces.

2 MARZO 1987

Dos semanas después, Emily recibió una llamada telefónica de su hermana. Quería hablar con ella personalmente y la citó en una cafetería de la que nunca había oído hablar. Anotó la dirección en un papel y luego la buscó. La calle estaba muy lejos de donde ella vivía, pero no puso inconvenientes. A las tres menos diez cogió su bicicleta y bajó por el ascensor. Había calculado que tardaría unos quince minutos en llegar e iba apurada de tiempo, pero sabía de sobra que su hermana era una persona muy impuntual así que se lo tomó con calma.

Tuvo que preguntar a un par de personas para poder llegar a su destino. Luego ató la bicicleta a una farola con una cuerda y entró en el lugar. A pesar de ser un sitio bastante grande, solo había una mesa ocupada por unas señoras. Emily miró el gran reloj que había detrás de la larga barra situada frente a la entrada principal. Eran las tres y diez. Muy temprano todavía para ir a tomar algo, por eso el porqué de aquella hora para quedar. Hacía tiempo que Emma había dejado de querer estar rodeada de gente a cada momento.

No había nadie detrás de la barra que pudiera atenderla, pero sí había una joven sentada en uno de los taburetes, apoyada en ella. Parecía aburrída y no hacía más que ojear una revista. Emily decidió acercarse, con la esperanza de que alguien la atendiera. No quería quedarse sentada esperando sola y sin nada sobre la mesa.

La otra chica la miró de reojo cuando se puso a su lado. Al principio no dijeron nada. Continuó esperando un poco más hasta que empezó a molestarle que nadie saliese a recibirla. Resopló y se sentó exasperada en otro taburete.

– ¿Querías algo? –le preguntó la chica–. La camarera ha ido un momento al baño.

Emily la miró. Era morena y tenía unos ojos bastante grandes, además de unos

rasgos en el resto de la cara diferentes a los que estaba acostumbrada a ver. No sabía muy bien si era hindú o árabe, aunque se decantó por la segunda opción. Su aspecto era bastante llamativo.

– Quería un zumo, pero supongo que puedo esperar.

– ¿De qué sabor?

La pregunta la extrañó. Se preguntó si tal vez solo pretendía entablar conversación. Ella debió de entender lo rara que resultaba la situación.

– Trabajo aquí –dijo–, solo que mi turno empieza a las cuatro. Si tienes prisa puedo servirte, si quieres.

– Oh, no es necesario. Pero muchas gracias.

Realmente agradeció el ofrecimiento. Cualquiera otra persona no le hubiese hecho ni caso.

– No me cuesta nada –continuó la desconocida, dando la vuelta para colocarse tras la barra–. Dime de qué sabor lo quieres.

– De verdad que no hace falta. No tengo prisa.

Ella le sonrió. Tenía los dientes muy blancos y contrastaban mucho con su tono de piel. Le pareció una chica muy amistosa.

– Está bien –prosiguió Emily–. ¿Tienes de melocotón?

Sin contestarle se volvió para abrir una de las neveras. Sacó una botella de cristal, la abrió y por último vertió el contenido en un vaso con hielo. Luego se lo ofreció.

– Aquí tienes.

– Muchísimas gracias. No tenías que haberte molestado.

– No hay de qué. Es la primera vez que vienes por aquí, ¿verdad?

– Sí. Incluso es la primera vez que paso por este barrio. Vivo a las afueras.

– En ese caso, encantada. Me llamo Arabia, pero todos me llaman Ari.

Le ofreció la mano y ella le correspondió. Todavía estaba detrás de la barra.

– Igualmente. Yo soy Emily. ¿Tú sí eres de por aquí?

– Sí. Vivo a tan solo dos manzanas hacia la izquierda, en un pequeño apartamento.

– Genial. Tienes el trabajo cerca de casa. A mí me pilla a más de quince minutos en bicicleta.

– ¿En qué trabajas?

– Soy dependienta en una confitería, pero solo los fines de semana.

Las dos empezaron a charlar. Arabia le contó que estudiaba enfermería y que, a pesar de tener el trabajo cerca de casa, la universidad le pillaba a un montón de paradas de autobús. Es decir, lejos. Ella en cambio podía agradecer tener el apartamento muy cerca de la facultad de ambientales aunque por el contrario tuviese el establecimiento de trabajo en la otra parte de la ciudad. Rieron por la coincidencia. El ambiente era tranquilo y la compañía de aquella chica le resultó muy agradable. Hasta se había olvidado de por qué había acudido allí.

– ¿Y qué te trae por aquí?

– Estoy esperando a mi hermana. Debía haber llegado hace veinticinco minutos, pero siempre se retrasa.

Otra de las cosas que le sorprendieron de la chica era que, a pesar de su procedencia extranjera, hablaba el idioma de la zona con total desenvoltura. Lo único que sonaba diferente era cuando decía alguna palabra con ese, pero el acento era muy leve.

– ¿Llevas mucho tiempo viviendo en Utah?

– No sé cuánto tiempo es mucho para ti –contestó Arabia–. Llegué hace ya casi

cinco años.

Emily estuvo a punto de preguntarle por su procedencia pero justo en el instante que abría la boca sonaron las campanas de la puerta de entrada. Se volvió y vio a su hermana acercándose hacia ella, con la elegancia innata que había desarrollado tras años de experiencia.

– Perdón por el retraso.

– No importa. He estado bien acompañada.

– ¿Y tú qué miras?

La pregunta de Emma fue lanzada directamente hacia Arabia. Por lo visto debía de haberse quedado observando el parecido de ambas, o al menos eso fue lo que Emily pensó.

– Es mi hermana –dijo, para aclarar la situación

Sin embargo, ellas parecían haberse olvidado de que estaba presente. Se miraban de una forma muy inquietante.

– ¿Os conocéis?

– No, no nos conocemos –respondió Emma–. Y por eso mismo no me gusta que me miren así.

Arabia no le apartaba la mirada.

– ¿Te has quedado muda o qué?

– No seas antipática, Emma –le pidió Emily.

Su hermana estaba mucho más desagradable que de costumbre.

– No sabía que tenías todos los derechos reservados como para que los plebeyos no podamos mirarte a la cara.

La contestación de Arabia las dejó a las dos sin habla.

– De qué vas, niña.

– ¿Niñata, yo?

– Oye chicas, ya basta –Emily las interrumpió. No entendía nada–. Vamos a sentarnos en alguna mesa.

– No. Ya no quiero tomar nada en este local de mala muerte. El servicio no es de mi agrado. Suerte que no me apetezca rellenar una hoja de reclamaciones.

– Claro, lo entiendo –continuó la chica–. Podrías romperte una uña solo con el intento.

Emily la miró boquiabierta. Arabia le había parecido una chica de lo más tranquila. No esperaba que pudiese hablar de ese modo, y mucho menos a un cliente. Emma estaba que echaba humo por las orejas.

– ¿Dónde está tu jefe, mora? –le espetó.

– ¿Mi jefe? No sé. De momento no respondo ante ningún jefe porque no estoy trabajando aquí así que, con tu permiso, me voy a volver a sentar en mi sitio.

Tanto ella como su hermana la vieron salir de la barra y colocarse de uno de los taburetes, bastante alejado de ellas. Emily pensó que había sido una buena estrategia. Era obvio que la chica sí que trabajaba allí porque le había servido correctamente, pero también era cierto que su turno no había comenzado así que tenía todo el derecho a hablarle a su hermana como le diese la gana.

Una chica rubia de pelo rizado salió entonces de la cocina. Saludó a Arabia y luego fue hacia ellas.

– Hola, buenas tardes. ¿Os pongo alguna cosa?

– Este sitio me da asco... Vámonos Emily.

Emma ni siquiera se dignó a mirar a la camarera. Se puso de nuevo el bolso en el

hombro y salió por la puerta. Emily la siguió. Miró por última vez a la chica que le había servido el zumo, pero ella estaba prestándole atención únicamente a un servilletero. Todo había sido muy rápido, y muy extraño.

– ¡Estúpida inmigrante! –exclamó Emma cuando la vio salir de la cafetería–.

¿Quién se ha creído que es para hablarme de ese modo?

– No era necesario que hicieras comentarios racistas. ¿De qué la conoces?

– ¿De qué? ¡Pues de nada! Te lo he dicho antes.

– No es lo que me ha parecido.

– Mira, no sé quién es. No me suena de nada, pero cuando he llegado se ha quedado mirándome con cara de asco. A mí nadie me mira de ese modo.

– A lo mejor solo estaba cayendo en cuenta de que somos gemelas, nada más.

– No soy tonta, ¿vale? Sé lo que me digo.

Suspiró. No sabía si su hermana estaba exagerando o realmente había sido así, pero no le dio más vueltas al asunto.

– ¿A dónde vamos entonces?

– ¡No lo sé!

– Cálmate, Emma.

– ¿Cómo quieres que me calme? ¿Has oído todo lo que me ha dicho? Es increíble.

Alguien como ella hablándome a mí así. Debería volver a entrar a decirle unas cuantas cosas bien dichas.

– No, no vas a volver a entrar. Lo que vas a hacer es entrar conmigo a esa otra cafetería, y me vas a contar lo que has venido a decirme, ¿de acuerdo?

Emma gruñó e hizo un último comentario.

– Estos barrios marginales me dan asco.

Cuando entraron al otro local también estaba casi vacío. Se sentaron en una mesa que había más apartada de las demás y pidieron un café con leche y otro zumo de melocotón. Emily calló en cuenta de que se había ido del otro sitio sin pagar y estuvo a punto de volver de no ser porque su hermana la obligó a quedarse sentada donde estaba. En cuanto les sirvieron lo que habían pedido, Emma empezó a hablar.

– Quería que supieras que ya es prácticamente oficial. Me he hecho un puñado de test de embarazo y en todos ha dado positivo.

– ¡Oh dios mío! ¿Y qué vas a hacer ahora?

Miró a su hermana con preocupación y el corazón empezó a latirle con fuerza.

– Lo que hacen todas. ¿Qué si no? Esperaré seis o siete meses más y luego se lo daré a su padre. Yo no quiero hacerme cargo de ningún crío.

– ¿Hablas en serio?

– Por supuesto que hablo en serio. ¿De qué te extrañas?

– ¡Vas a tener un bebé! Es una responsabilidad muy grande que deberás...

– Es una responsabilidad que no quiero. Y como no la quiero, nadie va a obligarme a tenerla.

Emily se dio cuenta de que su hermana había vuelto a la normalidad. A su fría normalidad.

– ¿Por qué no hablas con papá? Todavía estás a tiempo de abortar si no quieres tenerlo.

– ¿Quién dice que no quiera tenerlo? Lo único que no quiero es quedarme con él. Estoy deseando ver la cara de Jake cuando se entere de todo esto...

Su hermana dio un sorbo al café. Emily no podía creer lo que estaba diciendo.

Hablaba de cosas mucho más retorcidas de las que nunca la habría creído capaz.

– Déjame ver si lo he entendido. ¿Lo único que quieres con el bebé es fastidiarle la vida a Jake?

– Has tardado un poco, pero finalmente lo has descubierto tú solita –respondió Emma–. He visto y leído cosas por ahí. Es muy fácil ocultar un embarazo siempre que uses la ropa adecuada. Yo soy pequeña así que no creo que se me note demasiado.

– Cada cosa que dices me horroriza más.

– ¿Estás conmigo o contra mí, Emily?

– ¿A qué te refieres?

– A si me ayudarás a guardar el secreto y me apoyarás cuando finja que el crío es de Jake.

– ¿Cuándo finjas? ¿Eso quiere decir que ya sabes que no es de él?

Emma acababa de delatarse. El silencio reinó durante unos minutos.

– Lo siento –continuó Emily, al fin–. Pero no voy a participar en ninguna farsa. No cuentas conmigo.

Emma la agarró por el brazo para impedir que se levantara.

– Si le cuentas algo de esto a alguien, odiarás para el resto de tu vida que hayamos crecido juntas y que conozca la mayoría de tus defectos y virtudes.

– ¿Me estás amenazando?

– No. Pero no voy a consentir que nadie se interponga entre mis planes y yo. Si no quieres ayudarme, al menos mantente al margen.

– No te preocupes. Me mantendré tan al margen que ni siquiera me verás. Después de lo que has dicho, no me interesa ya nada de lo que te pase. Me has dejado claras muchas cosas, como supuesta amiga, y como hermana.

Emily cogió sus cosas y salió de la cafetería. Le empezaba a doler la cabeza.

Durante la conversación con su hermana se había esforzado al máximo por encontrar la broma, pero no había ninguna. Emma hablaba en serio. Hablaba con la frialdad y la maldad de alguien que no está bien de la cabeza, y que solo piensa en hacer daño a otras personas. ¿Así era realmente su hermana? No terminaba de creérselo.

Caminaba de nuevo en dirección a donde había dejado atada la bicicleta, pero no la veía por ninguno de los postes. Se puso muy nerviosa, de repente. Miró en todas direcciones hasta que vio a un hombre pedaleando a escasos metros de donde la había dejado. Aquel tipo le había robado la bicicleta.

Emily echó a correr todo lo que pudo y gritó a la multitud que detuvieran al hombre. Él se dio la vuelta para mirarla un segundo y entonces empezó a pedalear más rápido. Empezaron a llorarle los ojos. No podía creer que realmente estuviese sucediendo. De pronto, vio a alguien por delante de ella que corría en dirección al ladrón. Emily tropezó y se cayó al suelo, magullándose las rodillas. Se puso a llorar, aunque no se había hecho daño. Aquella bicicleta había sido de su madre. Tenía un valor incalculable.

Muchas veces sus amigos la habían avisado de que no era seguro dejar la bici atada con tan poca seguridad, pero Emily todavía creía en la bondad de la gente, y estaba convencida de que nadie se atrevería nunca a robarle su bicicleta. Qué equivocada estaba. Vio de reojo cómo la gente le había hecho un círculo alrededor. Se puso roja por la vergüenza y quiso incorporarse. Entonces apareció una mano ofreciéndole ayuda. Ella la utilizó y se levantó. Jake estaba frente a ella, y llevaba con él su preciada bicicleta. La gente empezó a dispersarse.

– ¿Estás bien? –le preguntó.

Emily asintió y empezó a reír mientras se secaba las lágrimas. Se sentía ridícula por su comportamiento.

– ¿Cómo le has alcanzado?

Jake se limitó a encogerse de hombros.

– No te imaginas cuánto te lo agradezco.

– Supongo que estamos en paz.

– ¿En paz, por qué?

– Por lo que te dije en el garaje. No era mi intención gritarte de ese modo, y tampoco te lo merecías.

Estaba contenta. Jake le había pedido perdón de una forma muy peculiar. Podía decirse que le había venido de maravilla el tener que rescatar su bicicleta para hacerlo. Pero lo importante es que lo había hecho. Un silbido procedente de la otra acera llamó su atención. Conocía perfectamente ese sonido. Miró y vio a su hermana allí plantada cruzada de brazos y desafiante. Volvió a mirar a Jake y no pudo sostenerle la mirada.

– ¿Seguro que estás bien?

– Sí. Gracias por todo.

Emily se subió en su bicicleta y pedaleó con ansia. Se alejó de ambos, de Jake y de su hermana. No le gustaba en absoluto ser consciente de los planes de Emma, pero eso ya no tenía solución. Lo que tenía que hacer ahora era no pensar en ninguno de los dos y mantenerse al margen, tal y como había prometido.

Siete meses era mucho tiempo, y tenía la esperanza de que finalmente su hermana cambiase de opinión.

Arabia había salido a la calle a causa del alboroto. Un montón de gente rodeaba en círculo a algo en mitad de la amplia acera. Cuando las personas empezaron a esparcirse de nuevo para volver a la normalidad, distinguió a Jake. También distinguió a la chica pelirroja que había atendido una hora antes. La estaba ayudando a levantarse y junto a él había una bicicleta que acto seguido le entregó. Se imaginó la situación. Ella debía de haberse caído, y él se había acercado a ayudarla. Típico.

Arabia había empezado a odiar a Jake hacía meses. Ni siquiera se había dignado a disculparse por el encuentro de la última vez y tampoco había comentado nada en su casa, ya que Zane se enteró porque ella misma se lo contó. Le había dado más vueltas de las que quería a todo el asunto del día de Navidad y se había auto convencido de que él no era el tipo de chico que había creído, y que por lo tanto, ya quedaba muy lejos del prototipo que había creado en su cabeza. Pero la imagen de Jake y de la otra chica en los baños de la discoteca no podía quitársela de la cabeza y lo último en relación a todo eso había sido precisamente la aparición de ella allí mismo, en el Purist Coffee. Una casualidad de lo más indeseable.

Primero había aparecido Emily y la verdad es que le resultó una chica de lo más agradable. Hasta pensó que su cara reflejaba casi la misma paz que la de su mejor amiga. Pero después llegó su hermana gemela y Arabia la reconoció al instante. Su media melena tintada de rojo intenso y sus ojos azules la delataron, a pesar de haberla visto apenas unos

instantes y en unas condiciones de luminosidad pésimas.

Era todo lo contrario que su hermana. Ella mostraba arrogancia de los pies a la cabeza. Habían tenido una conversación muy poco respetuosa la una con la otra, y eso había conseguido que al final ambas se marchasen a otra parte. No se arrepentía por ello, pero sí se había preocupado un tanto por lo que Emily hubiese podido pensar de ella, pues, a pesar de todo, la otra chica era su propia hermana. Sin embargo, ahora que contemplaba la nueva escena, ya no le importaba tanto.

Vio marcharse a la chica pelirroja en su bicicleta, a toda prisa, y por otro lado vio cómo Jake la observaba mientras lo hacía. La siguió con la mirada prácticamente hasta que se alejó por completo, o mejor dicho, hasta que sus ojos miraron exactamente hacia la misma dirección en la que ella se encontraba. Entonces pareció salir por fin de su ensimismamiento. Arabia opinó que era realmente asqueroso el hecho de que ahora se interesase por Emily.

De pronto, Jake echó a correr hacia la cafetería.

– Hola –le dijo nada más llegar.

Ella se limitó a arquear una ceja. Jake se metió una mano en el bolsillo mientras que con la otra se rascaba la cabeza.

– ¿Cómo estás?

Estaba claro que trataba de enmendar el vergonzoso acto que protagonizó en el Purist Coffee, pero Arabia no iba a ofrecerle ayuda para ello.

– Entiendo que no quieras hablarme. He venido con intención de disculparme –dijo, al fin.

Ella asintió con la cabeza. No le agradaba su compañía, pero no era propio de ella guardarle rencor a nadie.

– Disculpas aceptadas –le contestó–. Ahora voy a volver a mi trabajo.

– ¡Espera! –Jake estuvo a punto de volverla a agarrar para que no se marchara y ella lo vio contenerse a través del reflejo del cristal–. Aquel día no quise agarrarte de ese modo, pero necesitaba que me escucharas y tú no me dejabas explicarme.

– ¿Ahora resulta que tenías algo que explicarme? –continuó Arabia–. Recuerdo que solo viniste a charlar un rato, y lo que es peor, a preguntarme por lo que pasó en la dichosa discoteca.

– Sigo sin entender por qué te molestó tanto, pero de todas formas, era por eso precisamente que quería que me dejases hablar –Jake parecía apurado–. Sé lo que hice, aunque no recuerde con exactitud todos los detalles, pero el otro día me acordé de que cuando llegué a casa me dijeron que os habíais ido cuando tú empezaste a encontrarte mal y... Quería asegurarme de que no había tenido nada que ver conmigo.

– ¿Qué insinúas? –Arabia le interrumpió, muy enfadada–. ¿Qué te piensas que eres para mí? A mí me importa bien poco lo que hagas con tu vida y lo que te hagas a ti mismo tragando toda esa cantidad de alcohol que te metiste en el cuerpo. Lo único que lamento es no haberme dado cuenta antes de cómo eres realmente.

– No hace falta que seas tan sincera.

– Sí que hace falta y ¿sabes una cosa? Ahora sí que me creo al cien por cien eso de que los niños y los borrachos nunca mienten. Además de no mentir, también actúan según sus verdaderos intereses. Eres como todos los demás.

– No lo entiendes Ari, si me dejases explicarte...

– No hay nada que tengas que explicarme, es todo más que evidente. Y tampoco quiero oír cuentos chinos de esos que dicen “soy un hombre y es cosa de mi instinto”

Jake resopló.

– Todo fue por culpa de Ashley. Estoy seguro de que fue ella la que metió algún tipo de droga en mi bebida.

– ¿En serio crees que voy a tragarme que te drogó la novia de tu hermano? ¿Tan estúpida crees que soy?

– Si creyera que eres una estúpida no pensaría que eres la única persona capaz de creerme.

Esa respuesta le dio mucho que pensar, pero no tenía tiempo de meditar. Miró hacia el interior de la cafetería y notó como su compañera la requería de vuelta al trabajo con una simple mirada.

– Está bien. Tienes una oportunidad para convencerme de lo que tengas que decirme, porque en menos de un minuto volveré adentro.

– Estuve saliendo con Ashley en el instituto. Fue mi primera novia, y la única que he tenido formalmente –Arabia le escuchó con atención–. Tenía quince años y estaba colado por ella como el típico chaval de esa edad cuando tiene relación por primera vez con alguien del sexo opuesto. Me dejó, y luego se convirtió en una de las mejores amigas de mi hermano. No te imaginas lo incómodo que era verla tontear con él todos los días a pesar de que él no se daba cuenta de nada. Mi hermano estaba tan acostumbrado a que lo alagaran que para él Ashley era solo una más. Entonces, cuando se cansó de que él no le hiciera ni caso, intentó volver conmigo. Yo la odiaba. Lo pasé mal soportando todas las insinuaciones que me hacía a pesar de saber perfectamente la clase de persona que era, y me costó mucho mantenerme lejos de su alcance. Pero continuaba siendo una muy buena amiga de mi hermano así que no le conté nada a nadie y mucho menos a él, que la única vez que le dejé caer algo me dijo que le guardaba tanto rencor que me inventaba cosas. –Jake hizo una pausa para asegurarse de que Arabia le estaba escuchando realmente, y se convenció cuando ella hizo un gesto con la mano para que continuara–. Yo no inventaba nada, Ari. Ella se pasaba todo el tiempo mandándome notas y echándome miraditas. Y el día de la discoteca volvió a hacerlo. Mientras bailaba con Derek no dejaba de mirarme.

– Claro. Es muy lógico –dijo Arabia, consciente de que eso último que había dicho sí sabía que era realmente cierto. Ella misma se había percatado de esas miradas–. La novia de tu hermano se te insinúa, y por despecho, vas tú y te lías con la primera que pasa.

– No era exactamente la primera que pasaba, pero no es esa la cuestión.

– ¿Y cuál es?

– Que no me dejaba en paz, y estoy casi seguro de que me echó algún tipo de sustancia en la bebida para potenciar el deseo sexual.

– ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿Para qué iba a hacer algo así si estaba con Derek?

– Pues para salirse con la suya. Para hacerle creer a mi hermano que yo sigo detrás de ella.

– ¿Y qué gana Ashley con todo eso?

– ¡No lo sé! Eso es lo que trato de averiguar ahora. Creo que me guarda rencor por el hecho de que yo no quisiese volver. Tal vez necesita creer que tengo la necesidad de estar con ella.

– Es una historia de lo más interesante, no me cabe duda. Pero aparte de conocer el dato de que Ashley y tú estuvisteis juntos, no me ha quedado nada en claro respecto a lo de la discoteca.

– ¿No me has oído? Me echó algo en la bebida que me estimuló demasiado.

– ¡Nadie echó nada en la bebida! Solo estabas completamente borracho, asúmelo de una vez.

Arabia entró por fin a la cafetería e intentó no prestarle más atención, pero aun así le echó un último vistazo. Jake se había quedado de espaldas a la puerta principal con ambas manos en los bolsillos. Luego se fue hacia la izquierda, sin más. No pudo evitar pensar en lo mucho que le atraía de él su espalda ancha. Sacudió la cabeza, como si pudiese echar sus pensamientos de ella solo con hacer ese movimiento.

Unos señores de una mesa cercana reclamaron su atención levantando la mano. Ese fue un método mucho más efectivo para que dejase sus cosas personales a otro lado y empezase a dedicarse a su trabajo. Más tarde tendría que pedirle disculpas a Ellie por todo el tiempo que la había dejado sola.

Cuando llegó a casa esa noche no pudo dormir. Solía pasarle eso cuando se encontraba con Jake, y se recriminó a sí misma que le sucediera. Sin embargo, después de lo que habían hablado, Arabia solo le daba vueltas a una única frase: “Si creyera que eres una estúpida no pensaría que eres la única persona capaz de creerme”.

Eso le demostraba cosas que tampoco quería aceptar, como el hecho de que él confiaba en ella. Todo le resultaba demasiado contradictorio.

Jake había echado a perder todos los sentimientos agradables que en dos años había recogido hacia él, en tan solo el momento de la discoteca. Luego le había hecho pedazos la autoestima agarrándola del brazo de una forma muy inquisidora. La autoestima que tanto tiempo le había costado labrar, por culpa de su pasado. Y por último, había hecho desaparecer la poca esperanza que ya le quedaba de que se interesase alguna vez por ella, viendo cómo miraba a aquella bonita y dulce chica pelirroja alejándose con su bicicleta.

Arabia nunca se había considerado una chica guapa, ni atractiva, y mucho menos sexy. Era consciente de que era muy diferente al resto de chicas de la ciudad, pero no tanto como para que nunca nadie se hubiese fijado en ella. De hecho, su piel no era tampoco demasiado oscura, pues de entre todas las tonalidades árabes, ella era de las más claras. A decir verdad, su piel era incluso más clara que la de Jake en verano, solo que la de él era de un tono marrón bronceado, y no le hacía parecer un extranjero, como a ella. Odiaba sus raíces paternas. Si hubiese heredado más cosas de su madre aparte de los ojos y la nariz, estaba segura de que su apariencia hubiese sido más atrayente.

Se incorporó y fue hacia el espejo del lavabo del baño para observarse. Su aspecto era el de siempre. Ojos delineados con negro y pelo recogido en un moño muy alto, con muchos mechones cayendo de forma desordenada en cualquier dirección. Se dio cuenta de que tal vez, el único problema era que no se cuidaba demasiado a sí misma, y que tampoco nunca había prestado demasiada atención a su aspecto.

– Hay que empezar queriéndose a uno mismo –dijo, en voz alta, a pesar de que no había nadie que pudiese escucharla.

Abrió el grifo de la ducha, se desnudó y se metió en ella. Las duchas después de días ajetreos le resultaban extremadamente reconfortantes.

Arabia tardó más de lo necesario, dejando que el agua caliente la relajara por completo. Luego salió y se enrolló la toalla alrededor del cuerpo. Abrió la puerta para que el vaho desapareciese lo antes posible y mientras tanto se preparó un vaso de chocolate caliente.

Mientras se lo tomaba pensó en las ganas que tenía de graduarse. Estaba deseando encontrar un trabajo que le permitiese dedicarse a la que era realmente su vocación. Quería

conocer gente nueva, y tener unos compañeros de trabajo agradables con los que poder salir por ahí. El resto del tiempo dedicarlo a realizar algún hobby divertido. Hasta ahora, nunca había hecho nada más aparte de estudiar y trabajar.

En cuanto tomó el último sorbo de chocolate de su taza, volvió al cuarto de baño para situarse una vez más frente al espejo.

Se peinó el pelo con las manos para desenredárselo un poco. No necesitaba más. Luego sacó de un pequeño armario un bote de espuma que agitó antes de usarlo. Se rellenó la mano y comenzó a extenderse por todo el pelo sin seguir ningún orden. Las puntas más largas ya casi le llegaban hasta el pecho. El mechón que solía llevar de lado amarrado a la oreja derecha ya le llegaba por el cuello. Cogió entonces unas tijeras y se lo cortó recto por encima de los ojos. Estaba un poco desigual por algunas partes, pero no le importaba. Al mirarse de nuevo a sí misma, le gustó el resultado.

No le importaba en absoluto lo que la gente pensase de ella, pues era algo que nunca le había importado. Sin embargo, estaba decidida a tomar las riendas de su vida de una vez. A partir de ahora, caminaría siempre con la cabeza en alto, mirando al frente y denotando un poco de vanidad de vez en cuando. Estaba decidida a que el mundo notase de una vez su presencia.

Tenía veinte años recién cumplidos y era una mujer con talento y recursos, así que ya era hora de demostrarlo.

17 MAYO 1987

– Estoy un poco mareada.

– Aguanta un poco. Ya casi llegamos.

Derek estaba de nuevo en Utah.

Había vuelto a pasar demasiado tiempo en Florida. En parte porque había estado hasta los topes de trabajo, tanto en la cafetería como en la universidad, y porque tenía miedo de la reacción de su familia cuando se enterasen de lo de Ashley.

Instintivamente miró la barriga de su prometida. Estaban a mediados de mayo y hacía dos semanas que el ginecólogo había confirmado el séptimo mes de su embarazo. En algo más de dos meses tendrían una niña, juntos.

Cuando el taxista paró delante de su casa se le hizo un nudo en la garganta. Se sentía culpable por todo el tiempo que había pasado fuera, a pesar de que la situación económica de su casa se había vuelto más crítica. Esa era otra de las razones por las que regresaba. La madre de Derek había sido despedida dos meses atrás del supermercado en el que trabajaba, por falta de ventas, e intuía que a su padre le quedaban los días contados en la empresa de soldadura. Pero de momento se mantenían a flote, o eso era lo que su madre le decía cada vez que conversaban por teléfono.

Eran pasadas las dos de la tarde cuando llamó al timbre. Louis les abrió la puerta y enseguida se plantaron con las maletas en el salón. Estaban todos sentados en la mesa, comiendo.

– ¡Derek! –exclamó su madre–. ¿Por qué no me avisaste de que llegaríais tan pronto? Os habríamos esperado para comer.

– Encontramos un vuelo más barato a última hora y no tuvimos tiempo de llamar.

Su madre fue a darles la bienvenida y a mitad de camino se quedó parada mirando a Ashley. Por lo visto, todos estaban mirando hacia ella. Ashley por su parte estaba con ambas manos puestas alrededor de su barriga, y como llevaba un vestido primaveral, marcaba su incipiente barriga.

Zane se levantó la primera y fue directa a poner sus manos allí.

– ¡Voy a ser tía! –exclamó.

– Sí –contestó alegremente Ashley–. Y de una niña.

La noticia fue recibida con mucha calma. Sus padres apenas dijeron nada al respecto mientras terminaban de comer. Luego, Derek pidió quedarse a solas con ellos.

– Ya sé que tenía que habérselo contado antes –comenzó diciendo–, pero no quería añadirlos otra preocupación.

– ¿Cuánto hace que lo sabéis? –preguntó su madre.

– Lo sabemos casi desde el principio. Ahora está de siete meses.

– No quiero que me malinterpretes, hijo –continuó su madre–. Un hijo siempre es una buena noticia. ¿Pero no crees que habéis ido demasiado rápido?

– Fue un accidente, mamá.

– Fue una imprudencia –anunció su padre–. Y una extremadamente irresponsable por parte de ambos.

Derek agachó la mirada sin saber muy bien cómo explicarse. Era la primera vez que su padre le tachaba de irresponsable, así que decidió sincerarse y contarle cómo ocurrió todo. Evitó algunas partes que le había contado a Jake, como lo de que Ashley empezó a interesarse con él de repente, poco antes de la noche de la fiesta. No quería que ellos también dudasen de que él fuera realmente el padre. Bastante tenía él con sus propias dudas.

– ¿Os vais a casar? –preguntó su padre, interrumpiéndole de pronto.

Fue una pregunta simple y directa.

– Habíamos pensado casarnos después de que nazca la niña. Algo sencillo a finales de verano. Para entonces, Ashley también habrá cumplido los veintidós.

Su padre asintió, satisfecho con la respuesta. Siempre había sido un hombre de mente muy conservadora. Todo lo contrario que su madre.

– Ashley ha tenido un embarazo un poco complicado –continuó Derek–. Al tercer mes estuvo a punto de tener un aborto natural, pero consiguió recuperarse. Desde entonces el médico le mandó mucho reposo y se pasa la mayor parte del tiempo descansando en la cama. Ha tenido que dejar los estudios.

– Se la veía muy bien esta tarde –afirmó su madre.

– Sí, ya está bastante recuperada. Aun así, tengo miedo de que vuelva a pasarle algo ahora que ya está la gestación tan avanzada.

– ¿El bebé está bien?

– Sí.

– ¿Y cómo estás tú?

– Hasta ahora estaba muy confuso. No sabía cómo contároslo.

– Por nosotros no te preocupes. Sabes de sobra que siempre contarás con nuestro apoyo. Nos has demostrado...

– Por favor, no lo digas. No digas que siempre he demostrado que se podía confiar en mí, porque he sido un inconsciente con todo esto, y papá tiene razón. Un miembro más

en la familia en la situación en la que estamos no es la aportación más inteligente que se pudiera esperar por mi parte. Tengo un poco de dinero ahorrado que...

– Ahora tú tienes tu propia familia –Su padre le interrumpió, muy serio–. Tienes que ocuparte de la chica y del bebé. Olvídate de todo lo demás.

– Pero papá, yo quiero ayudarlos. No puedo desentenderme, sin más. Sé que la situación es bastante complicada.

– He dicho que no. Guarda ese dinero para cuando nazca el bebé. Lo necesitarás.

– ¿Qué hay de los padres de Ashley? ¿Saben la noticia? –quiso saber su madre.

– Los padres de ella no se preocupan de nada. Son ricos, y le dan a su hija todo lo que pide para que no les moleste. Por eso sé que a la niña no le faltará de nada así que...

– ¡He dicho que no!

Derek se sintió intimidado. Al mirar a su padre a los ojos observó que su mirada sombría era muy parecida a la de su hermano Jake. Aunque lo siguiese intentando lo que quedaba de tarde, no le haría cambiar de opinión.

Después de lo dicho, se levantó y salió al jardín, dejándole a él a solas con su madre.

– Tu padre tiene razón, hijo, a pesar de que no haya usado las formas ni las palabras adecuadas.

– Solo intento ayudar –dijo Derek, con pesar.

– Ya lo sé, pero también sé que durante todos estos años te has esforzado mucho para conseguir lo que ahora tienes. Te lo has ganado con tus propios méritos así que es hora de que empieces a disfrutar la vida.

Cuánta razón tenía su madre.

– Gracias mamá, pero no puedo evitar sentirme culpable por haberme marchado mientras todos los demás os quedabais aquí, tratando de salir adelante con muy poco.

– No tienes que sentirte culpable. Tú eres el orgullo de la familia.

Justo en el momento en el que su madre pronunciaba esa última frase, Jake apareció detrás de ellos con una bolsa deportiva colgada al hombro. Se quedó de pie mirando fijamente a su madre.

– ¿Derek es el orgullo de esta familia?

– Por favor, Jake, no era mi intención...

– Me gustaría ver la cara de Louis y de Zane si se enterasen de lo que acabas de decir. ¿Qué somos nosotros entonces?

– No quería decir eso.

– Pero lo has dicho, ¿no?

– Mamá solo pretendía hacerme sentir bien –intervino Derek.

– Pues a mí me ha hecho sentir como una mierda.

Jake se dio la vuelta y salió de la casa. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta. La madre de Derek empezó a llorar. Solo la había visto llorar una vez varios años atrás y era muy duro volver a verla así.

– No llores, mamá. Ha sido solo un malentendido.

– No –replicó ella, entre sollozos–. Tu hermano tiene razón. Nunca debí decir eso. Estoy orgullosa de todos y cada uno de vosotros, y no tenéis la culpa de esta situación.

– ¿Por qué no me cuentas claramente, y con sinceridad, en qué situación estamos?

Su madre lo estuvo poniendo al día de todo hasta bien entrada la tarde.

Desde que la habían despedido de su trabajo iban bastante apurados. Era algo que

tanto su padre como ella esperaban porque en octubre, mucho antes de que acabara el año, habían acudido a una reunión de personal donde se les informó a todos de que a principios del próximo año harían un ere, por causa de las pérdidas económicas que empezaban a afectar a la franquicia. Ahorraron todo lo que pudieron para cuando el despido fuese inminente, y mantuvieron en secreto la noticia hasta que se hizo evidente.

Hasta ahora habían estado bien, pero hacía un mes que le habían dicho a su padre que iban a hacer cambios en la empresa. Querían renovar el personal porque había muchos trabajadores que ya pasaban la cincuentena, y por lo visto el rendimiento había disminuido. Su padre se vio entre la espada y la pared ante esa noticia y no tuvo más remedio que pedirles a sus superiores al menos un puesto de trabajo para Jake. Al principio se lo negaron, pero al final consiguió hablar en privado con el mismísimo Frederic Wathson, y le suplicó el puesto como un verdadero favor.

Frederic conocía a Jake porque había trabajado para él así que a pesar de saber que era un muchacho testarudo, decidió darle una oportunidad. Y todos esos planes y acuerdos se llevaron a cabo a expensas de Jake, por supuesto. Cuando se enteró de que le habían conseguido un puesto de trabajo sin su consentimiento se enfadó muchísimo.

– Tu padre y tu hermano estuvieron toda la noche batallando. Jake nos recriminó que nunca le hayamos dado la oportunidad de decidir. Volvió a compararse contigo y mencionó todos los años que había tenido que pasar cuidando de los pequeños mientras tú habías conseguido vivir tu propia vida.

– Pero al final aceptó el empleo –dijo Derek.

– Por supuesto que lo aceptó. Jake puede ser muy obstinado, pero nunca hará nada que perjudique a la familia.

– Lo sé.

– Sin embargo, ya no le dirige la palabra a papá.

– ¿Y qué hay de ti? ¿Todavía te respeta?

– Nos respeta a ambos como el primer día, pero está muy resentido. Y no le culpo por ello. No sabes cuánto lamento que nos escuchara hablando de ti.

Derek trató de consolar la culpabilidad que sentía su madre. También pensó en cómo debía de haberse sentido Jake.

– ¿Qué hay de su carrera? –volvió a preguntar, refiriéndose a él.

– Trabaja a jornada completa así que ya no puede ir a clase. Me gustaría poder decirle cuánto se lo agradecemos su padre y yo.

– ¿Por qué no lo intentas?

– Porque con Jake ya no valen los intentos. Es cierto que durante mucho tiempo nos ha decepcionado mucho a tu padre y a mí, pero creo que ahora somos nosotros los que le hemos decepcionado como padres.

– No digas eso mamá. Sois unos padres excelentes, y eso Jake lo sabe tan bien como el resto de nosotros.

Zane apareció de la nada, y por el brillo de sus ojos dedujo que había estado escuchándoles. Sin decir nada se acercó a su madre y la abrazó. Luego rompió a llorar. Lo hicieron las dos. Prometió que intentaría encontrar un trabajo para ayudarles, pero su madre le quitó esa idea de la cabeza. Derek también creyó que era lo mejor. Con su anemia lo mejor era que se mantuviese tranquila.

Cuando Derek volvió a quedarse a solas con su madre, la obligó a coger el sobre con dinero que había traído desde Florida para ellos. Le aseguró que a Ashley y a él no les faltaría de nada.

– Voy a subir ahora a echarle un vistazo, ¿de acuerdo?

– Claro.

Su madre le dio un beso en la frente y luego salió fuera de casa con la intención de dar un paseo. Ya estaba anocheciendo. Derek subió a la habitación de Jake, donde se habían instalado, y se acercó a la cama donde Ashley se había tendido a descansar un rato. Habían pasado casi dos horas.

En cuanto le rozó la mejilla con los dedos se empezó a despertar.

– ¿Me he quedado dormida verdad?

– Sí, y bastante rato.

– ¿En serio?

Ashley quiso incorporarse pero se quejó de la barriga.

– ¿Qué te pasa?

– No sé. Me duele un poco la tripa.

– Entonces échate de nuevo, descansa.

Ella le hizo caso. El rostro de ambos reflejaba preocupación pero Derek trató de disimularlo.

– Nos quedaremos aquí tumbados hasta la hora de cenar, ¿de acuerdo?

Ashley se quedó conforme y le atrajo hacia sí. Luego se taparon con una ligera sábana. Ella se quedó dormida enseguida, sin embargo, Derek no podía dejar de pensar en todo lo que estaba sucediendo. Ahora que se había enterado de la grave crisis que atravesaba su familia, lo del embarazo le resultaba casi insignificante. Lo que sí que le preocupaba, era que Ashley tuviese más problemas durante los meses que le quedaban previos al nacimiento de su primogénita.

Al final se quedó dormido y ni siquiera les despertaron para cenar.

18 MAYO 1987

Jake se despertó esa mañana dispuesto a disfrutar de su día libre. Lo pasaría con Rachel, como hacía cada domingo desde que empezara a trabajar en la fábrica Wathson.

Al levantarse de la cama vio a su hermano pequeño durmiendo plácidamente. Había tenido que ceder su habitación a Derek y a Ashley, así que hasta nueva orden dormiría con él. Estaba molesto respecto a ese asunto, pero los domingos no eran días de pensar demasiado así que salió sin más hacia el cuarto de baño.

Se lavó la cara y bajó a desayunar. Consiguió tener la mente cien por cien despejada cuando empezó a tomar la primera tostada. La casa estaba tranquila.

Minutos después escuchó pasos cortos en el piso superior y al instante su prima se asomó por el hueco de la escalera.

– ¡Caray! Cada fin de semana te vuelves más madrugadora.

La niña asintió con la cabeza y le sonrió. Jake pegó el último trago de lo que le quedaba de zumo y se levantó, espolsándose las migas de tostada que se le habían quedado pegadas en la camiseta.

– De acuerdo. Vamos a vestirnos.

Jake subió con Rachel hasta el cuarto de Zane, en la buhardilla. Rachel había empezado a dormir allí hacía unos meses, después de haberle explicado él que por la mañana se levantaba muy temprano, y que ya no podían seguir durmiendo juntos.

Su hermana estaba durmiendo así que le susurró a su prima que no debían de hacer mucho ruido. La pequeña se tapó la boca para no reír en voz alta. Le divertía la situación. Eligieron entre los dos unos pantalones azules y una camiseta verde pistacho. Luego Jake descolgó de la percha una chaqueta para cuando salieran a la calle. Tomó en brazos a su prima y bajó al primer piso. Entonces fueron a su habitación y justo cuando iba a abrir la puerta recordó quién se encontraba al otro lado. Maldijo en su interior, pero trató de tranquilizarse. Los domingos eran días de relax, se recordó.

Cogió el pomo de la puerta y lo giró para abrir. Sus sospechas se confirmaron. La puerta estaba cerrada con pestillo. Resopló.

– Tenemos un problema, Rachel.

– ¿Por qué?

– Porque han cerrado la puerta y no puedo entrar a vestirme.

– ¿No te gusta la ropa que llevas?

Jake se miró. Solía dormir con un viejo pantalón de chándal gris, y con una camiseta cualquiera. No era que no pudiese salir así a la calle, pero llevaba usando las mismas prendas toda la semana. Su prima entendió su mirada y salió corriendo de puntillas hasta la habitación contigua. Se asomó por la puerta y luego volvió a sonreír. Jake la siguió y cuando llegó a su lado señaló con el dedo la maleta de Derek. Le pareció una idea genial.

Entre los dos fueron sacando ropa hasta que encontraron un pantalón vaquero y una sudadera azul celeste. El claro no era de los colores favoritos de Jake, pero las únicas opciones eran la sudadera o un puñado de camisas. Se cambió de ropa en cuestión de segundos y le preguntó a Rachel por su aspecto.

– No está mal –dijo ella–. Lo que pasa es que así vestido te van a confundir con Derek, y a mí me gusta que mis amigos me vean contigo.

Jake rio más fuerte de lo que pretendía y Louis se despertó. Rachel, al escuchar su risa, se contagió exagerando todavía más, como solían hacer los niños.

– ¿Qué os pasa?

– Nada, nada. Ya nos íbamos.

Volvió a coger a su prima en brazos y salieron a la calle. Ella dejó de reír paulatinamente según iban caminando.

Tardaron menos de diez minutos en llegar a su parque habitual.

Todavía no había nadie por allí así que tenían todos los juegos para ellos solos. Rachel eligió subir en los columpios. Jake miró la hora de su reloj y observó que las agujas marcaban las diez y media de la mañana. Todavía les quedaba algo más de media hora de absoluta tranquilidad.

Le encantaban las mañanas como esas. Desde que había empezado a trabajar, había descuidado las atenciones hacia su prima, y sabía que ella lo había notado. Por eso había decidido pasar al menos un día de la semana con ella -aunque fuese su único día libre- y aprovecharlo al máximo. Seguía siendo la única que no se enfadaba nunca con él y que prefería su compañía a la del resto. Al fin y al cabo, la relación entre ellos era diferente e inexplicable.

El padre de Rachel era el hermano de su madre. De él habían heredado ambos el color de ojos azul oscuro que tanto los caracterizaba. Se llamaba Robert y había sido

alcohólico durante la mayor parte de su vida. Su madre nunca les habló mucho sobre él porque debido a su adicción ella no lo había pasado nada bien. Tenía casi cincuenta años cuando acudió finalmente a rehabilitación. Allí fue donde conoció a la madre de Rachel, Katherin, trece años menor que él. Al año se casaron y ella se quedó embarazada. Su tío y su madre volvieron a tener relación por vía telefónica gracias a la intervención de aquella mujer, que cambió radicalmente la vida de su hermano.

Robert y ella vivían en Massachusetts, y por aquel entonces ellos todavía en Philadelphia. A los cinco días de nacer Rachel quisieron presentarle a su única tía por parte de padre, y al resto de la familia. Ni Jake ni sus hermanos habían visto nunca a su tío Robert así que Sara creyó que había llegado el momento de la reconciliación. Era la única familia que les quedaba tanto por parte de ella como por parte de padre. Éste no tenía ningún hermano, y sus abuelos fallecieron antes incluso de que Zane naciera. Jake ni siquiera los recordaba.

Decidieron citarse en el condado en el que crecieron, y más concretamente en la que fuera su ciudad y casa de la infancia, la de su madre. Era un buen lugar para reencontrarse porque debían decidir también qué hacer con la herencia de la casa. Llevaba años deshabitada.

Jake recordó que le obligaron a ir a pesar de que ese fin de semana se jugaba uno de los partidos más importantes de la liga del instituto. Estuvo durante todo el viaje sentado en la parte de atrás de la camioneta, apoyado y durmiendo en un rincón. Cuando llegaron a su destino, empezó a parecerle que aquella era una bonita ciudad.

Pararon la camioneta justo delante de la casa de su difunta abuela materna. El aspecto exterior era lamentable y dedujeron que por dentro también estaría muy deteriorada. Sin embargo, no tenían las llaves para comprobarlo. El único que tenía acceso a ella era su tío, pues tenía también los papeles de la escritura y la declaración de herencia de la madre de ambos.

Esperaron su llegada hasta bien entrada la tarde. Comieron en un restaurante barato que había cerca y el resto del tiempo lo pasaron apoyados en los muros del dúplex e investigando dentro del jardín. Jake recordó el momento en que se clavó los pinchos de una zarza. Se miró el brazo inconscientemente al pensar en ello.

Su prima interrumpió sus pensamientos colocándose justo delante de él.

– ¿Puedo ir a jugar con Morgan?

La niña señaló hacia otra niña que estaba en la parte más alta de un tobogán. Había un par de niños más correteando por el parque. Jake le dio permiso a su prima y se sentó en un banco para controlarla. Mientras tanto siguió pensando en el tío Robert, y en todo lo ocurrido antes de llegarlo a conocer.

No recordaba muy bien la hora que era cuando dos coches patrulla bien iluminados se colocaron también delante de la casa de su abuela. Sus padres los reunieron a los cuatro alrededor de ellos, muy asustados. Dos agentes se les acercaron. Preguntaron en voz alta por su madre y le pidieron el carnet de identidad. Luego le dijeron a ella y a su padre que era preferible hablar en privado así que él y Derek se quedaron cuidando de Zane y Louis. Ellos tenían dieciséis y diecisiete años, y sus hermanos catorce y once respectivamente. Vieron a su madre romper a llorar tan desconsoladamente que cayó al suelo de rodillas a pesar de que su padre intentaba sostenerla.

Luego los condujeron a todos hasta el hospital general. Sus padres fueron en uno de los coches patrullas, y los demás en la camioneta azul, que Derek dirigió siguiendo a las autoridades. Una vez allí, les volvió a tocar esperar en una pequeña sala mientras sus padres

iban a ocuparse de unos asuntos. Estaban todos desconcertados. Zane se puso a jugar con Louis para entretenerlo y él y Derek no sabían muy bien sobre qué hablar, así que continuaron en silencio, expectantes. Al final se quedaron todos dormidos unos encima de otros. Cuando sus padres les despertaron se enteraron finalmente de lo sucedido.

Su tío y su mujer habían tenido un accidente en la carretera, kilómetros antes de llegar al condado de Utah. Cuando la ambulancia y las patrullas llegaron su tío aun seguía con vida, pero lo único que consiguió decir era que debían comunicarle lo sucedido a su hermana. Los agentes apuntaron el nombre y la dirección que él les indicó momentos antes de morir, y por eso les habían localizado en casa de su abuela. El único superviviente del altercado había sido el bebé que viajaba con ellos, y que se encontraba en cuidados intensivos. Aquel bebé era Rachel. Jake recordaba perfectamente su rostro de recién nacida dentro de la incubadora donde la mantenían con vida gracias a la respiración artificial. Nunca había tenido ningún tipo de interés en los niños pequeños, pero cuando se acercó y vio por primera vez a su prima sintió una conexión con ella profunda e inexplicable. Se preguntó, al igual que el resto, cómo había sido posible que un ser tan pequeño sobreviviese.

Al final las cosas se resolvieron de forma que su madre era la única heredera de la casa de su abuela que quedaba con vida, y que la tutela de Rachel recaía sobre ella como última voluntad del fallecido. Así pues, en menos de un mes pasaron de vivir en el condado de Pensylvania al de Utah, y de ser seis, a siete. Tuvieron que cambiar de instituto, y también de amigos. No fue una decisión fácil para ninguno de los miembros de la familia.

Sus padres pidieron un préstamo al banco para empezar rápidamente con la reparación de la casa, que tal y como habían intuido desde fuera, necesitaba de varios arreglos. En Philadelphia siempre habían vivido de alquiler así que la idea de tener por fin una casa propia no le desagradaba a nadie. Solo a Jake, que había tenido que dejar su antiguo equipo y que no albergaba posibilidades de que le aceptaran en el de la nueva escuela. No se equivocó, porque hasta después de que empezara la universidad no pudo volver a jugar a fútbol.

Por suerte, sus padres no tardaron en encontrar trabajo, y gracias a ello pudieron estabilizarse. Aun así, vivieron cuatro meses más de alquiler en la nueva ciudad, hasta que consiguieron que la casa de su abuela volviera a ser habitable. Poco tiempo después, Derek y Jake se graduaron. Y Derek se marchó a Florida.

Volvió a la realidad cuando reparó en que había alguien charlando con Rachel. Luego ella señaló hacia a él. La chica se le acercó tranquilamente.

– Buenos días.

Jake le contestó con un gesto de cabeza y luego ella se sentó a su lado.

– ¿Cómo te va? Tu hermana me contó lo de la fábrica.

Él continuó mirando hacia delante, simulando que miraba a Rachel. Contestó sin mirarla.

– Entonces ya sabes cómo me va.

Se quedaron callados, uno al lado de otro. Jake se preguntaba por qué Arabia había aparecido en aquel parque, pues nunca le había contado a nadie a dónde iban los domingos. Por no hablar de que hacía tres meses que no sabía nada de ella, pues desde que ocurriera lo del incidente en el Purist Coffee, ella no había vuelto a pasar por su casa, y él no se había atrevido a volver a poner un pie en la cafetería después del día que trató de disculparse.

– Esto es raro, ¿sabes? –le dijo, con sinceridad.

– Sí, puede que lo sea –respondió ella.

– ¿Qué quieres de mí?

Aquella pregunta era mucho más compleja de lo que parecía, aunque Arabia pareció captarla al instante. Era la misma pregunta que ella le había formulado a él tiempo atrás. Se echó hacia atrás y se quedó apoyada en el respaldo del banco. El sol reflejaba en sus negras gafas de sol. Jake, por otro lado, arqueó la espalda para apoyar los codos en las rodillas. Tampoco en el cambio de posición se miraron.

– Supongo que solo quería charlar un rato –dijo Arabia, al fin.

Jake rio levemente y sacudió la cabeza. Estaban teniendo la misma conversación, pero invertida.

– De acuerdo. Me rindo. ¿Cómo llevas los exámenes finales? –preguntó.

– Bastante bien, gracias por preguntar.

– De nada.

– ¿Y a ti? ¿Cómo te va? Tu hermana me contó lo de la fábrica.

Tenía que reconocer que Arabia había manipulado muy bien la conversación. La miró por primera vez y se sorprendió al ver un semblante tan serio.

– Te contaré qué tal me va si dejas de mirarme con esa cara de pocos amigos.

Entonces ella se quitó las gafas y le miró a los ojos. Con el sol, el color grisáceo de sus ojos era resplandeciente. Abrió la boca y mantuvo los dientes apretados, sonriendo irónicamente.

– Con eso me vale –dijo Jake. Luego empezó a relatarle los últimos acontecimientos–. Me va mejor de lo que me imaginaba. Se trabaja mucho, pero el salario es aceptable y las instalaciones están bastante bien. Todo mucho mejor que la otra vez.

– ¿Haces algo en concreto?

– De todo un poco. Estoy aprendiendo algo de cada sección, hasta que me vean apto para un puesto fijo. No sé cuánto tiempo pasará hasta entonces pero no me importa. De momento tengo contrato de seis meses. No me puedo quejar.

– Lo que estás haciendo es muy importante para tu familia.

Ante esa declaración Jake no pudo más que mirar hacia otro lado, molesto.

– No te enfades. Sé de sobra las cosas que estás sacrificando por ese trabajo, y por eso mismo te estaba buscando.

– ¿Me estabas buscando? ¿En serio?

– Bueno. El hecho de que hayamos coincidido aquí es casualidad. Iba de camino a tu casa cuando pasé por este parque y al ver a tu prima supuse que andabas cerca.

– ¿Y para qué me buscas? Si era para decirme que lo que hago es importante y todo eso, puedes ahorrártelo.

– No seas borde, Jake. He venido en son de paz.

– De acuerdo.

La conversación volvió a pararse durante unos instantes, el tiempo suficiente para que Jake se percatara de que ella estaba cambiada. Su corte de pelo era diferente, pero no sería solo eso. Era mucho más que eso. Estaba realmente guapa.

Arabia tomó aire y siguió hablando.

– Lo que quería decir es que me alegro de que por fin hayas conseguido mostrarle a tu familia que eres mejor persona de lo que aparentas en realidad.

– ¿Debo tomármelo como un cumplido?

– Sí, debes. Porque generalmente no consigues mostrar lo que realmente eres. Y por lo menos a mí me lo has demostrado.

– ¿A tí? Ari, sé de sobra que te has pasado todo este tiempo odiándome por lo que pasó en la cafetería.

– Ya lo creo. Por eso y por muchas más cosas de las que sueles hacer inconscientemente. Pero no significa que no pueda ver más allá.

– Me he perdido.

– En fin –concluyó Arabia, levantándose–. Tampoco esperaba que lo entendieras. Me basta con que lo sepas.

– ¿Te vas?

– Sí. He quedado con Zane para estudiar. Los finales están a la vuelta de la esquina... Tal vez nos veamos más tarde. O tal vez no.

– Hasta la próxima.

Jake la estuvo observando mientras se alejaba, hasta que desapareció por completo. Nunca la había visto tan madura, ni tan mujer.

19 MAYO 1987

Derek estaba nervioso, más de lo que quería aparentar. Ashley se había pasado prácticamente todo el fin de semana tumbada en la cama, con dolores abdominales.

– Yo creo que lo mejor es que la acerques a urgencias –le aconsejó su madre, mientras cenaban–. Seguramente sean solo unos dolores pasajeros, pero así todos nos quedaremos más tranquilos.

– Ya había pensado esa posibilidad, lo que pasa es que no quiero preocuparla...

– ¡¡DEREK!!

El grito provenía del piso superior. La intensidad con la que Ashley había pronunciado su nombre solo podía significar que algo no andaba bien. Salió corriendo hacia las escaleras seguido muy de cerca de su hermano Jake. El resto iban unos cuantos metros por detrás. Cuando llegaron al cuarto de su hermano encontraron a Ashley con las piernas abiertas y sujetándose la barriga con cara de fuerza. Había una mancha húmeda entre las sábanas.

– ¡Ha roto aguas! –exclamó su madre.

Lo siguiente que pasó hasta la llegada al hospital sucedió muy rápido. Derek fue hasta ella para levantarla y ayudarla a bajar por las escaleras mientras Jake le pedía gritando a su padre las llaves de la camioneta. En cuestión de breves minutos estaban los tres de

camino al hospital. Jake conducía a una velocidad alucinante, respetando en la medida de lo posible todas las señales. Derek estaba en la parte de atrás ayudando a Ashley con los ejercicios respiratorios. No dejaba de gritar a causa de las fuertes contracciones.

– Conduce... más... rápido... –le decía a Jake entre bocanada y bocanada.

Él no le hizo ni caso. Derek tampoco dijo nada al respecto. Iban mucho más rápido de lo permitido legalmente. Solo deseaba llegar pronto y que no se encontraran a ningún agente vigilando las calles durante su trayectoria.

Cuando por fin llegaron, Jake bajó y salió disparado hacia el interior del edificio. Mientras tanto él ayudó a Ashley a bajar. Su hermano volvió a salir acompañado de dos enfermeros, uno de los cuales deslizaba por delante de él una silla de ruedas.

Pusieron a Ashley rápidamente en ella y se la llevaron hacia el interior. Jake y Derek corrieron tras ellos.

– ¿Cuánto tiempo hace que han empezado las contracciones? –preguntó el otro enfermero que corría junto a ellos.

– Hace quince minutos, aproximadamente –respondió Derek, sin ser muy consciente realmente de la hora que era.

Llegaron a una sala donde rápidamente metieron a Ashley por una gran puerta.

Era la puerta del paritorio.

– ¿Alguno de los dos es el padre?

– Sí, yo –dijo Derek.

– Acompáñame. Tú tendrás que esperar en la sala de espera. La segunda puerta a la derecha.

Después de que el enfermero le diese a Jake las indicaciones pertinentes, ambos sobrepasaron juntos la misma puerta por la que habían llevado a Ashley.

– Dígame todo lo que sepa de ella. Los meses de gestación, si es alérgica a algún analgésico, si tiene problemas respiratorios y si ha tenido problemas durante el embarazo.

– Recién cumplidos los siete meses. No es alérgica a nada y no tiene problemas de ningún tipo. Estuvo a punto de perder el bebé en el tercer mes. Ha estado haciendo reposo desde entonces.

Cuando llegaron a la sala de parto, Ashley ya estaba colocada encima del cabestrillo. La matrona estaba midiéndole la dilatación.

– Todavía le falta al menos una hora para tener al bebé. Apenas acaba de empezar a dilatar.

– ¡¿Una hora?! –gritó Ashley.

Derek le agarró la mano. La chica estaba sudando y su cara de esfuerzo era constante.

– Tendrás que aguantar unas cuantas contracciones más. Tu cuerpo todavía no está preparado para la llegada del bebé. Debéis ser pacientes.

Ashley empezó a gritarle cosas a la matrona que no debía decir. Derek se disculpó por ella antes de que se marchara, y trató de tranquilizar a su novia. Estaba muy alterada y apretaba su mano con mucha fuerza cada vez que le llegaba una nueva contracción.

– ¡No puedo esperar una hora! –dijo.

– Sí que puedes. No te preocupes.

– ¡Quiero que me la saquen ya! ¡No puedo soportar los dolores!

– ¡Cálmate, Ash! Ya has oído a la matrona. Todavía no pueden hacerte nada.

– ¡Maldigo el día que me quedé embarazada! ¡Lo maldigo cien veces!

No le dijo nada porque sabía que no conseguiría nada razonando con ella en esos

momentos, pero lo que dijo le dolió, y mucho.

La larga hora que pasaron esperando le pareció eterna. La actitud de Ashley empeoraba por momentos y cada vez que la matrona entraba a echarle un vistazo a su dilatación, se comportaba de forma vergonzosa. Cuando por fin llegó el momento adecuado y todos los auxiliares se pusieron manos a la obra con el parto, todo salió a pedir de boca. El bebé de Ashley apenas llegaba a los siete meses así que su tamaño era más pequeño de lo normal y, por lo tanto, no tuvo muchas dificultades para tenerlo. Antes incluso de que se dieran cuenta la matrona lo tenía en sus brazos. Alejaron la pequeña bola ensangrentada unos metros y observaron el reconocimiento desde lejos. A Derek se le hizo eterna y angustiosa la espera hasta que por fin escuchó el primer llanto del bebé. Luego ni siquiera se la dejaron ver. Rápidamente se la entregaron a otra enfermera, que se la llevó de la habitación.

– Es una niña –anunció la matrona.

– ¿Por qué se la llevan?

– Es una recién nacida muy pequeña. Tienen que lavarla y colocarla rápidamente en una incubadora. Cuando esté todo listo podréis ir a verla.

– ¿Pero está bien?

– Está viva, eso es lo más importante. Ahora poco a poco habrá que ver cómo evoluciona, pero de momento no tenéis por qué preocuparos.

Aun así, Derek estaba más que preocupado. Le habría gustado ver a la niña nada más nacer, pero no se lo habían permitido. A pesar de que nunca había cuestionado si era o no el padre del bebé que Ashley estaba esperando, seguía teniendo sus dudas.

Dos auxiliares se llevaron a Ashley para coserla y asearla. Le dijeron a Derek que en treinta minutos podría pasar a verla a la habitación, y que esperara en la sala de espera.

Cuando llegó allí, encontró a toda su familia, expectantes. Debían haber llegado en taxi.

– ¿Cómo ha ido? ¿Ya ha nacido?

– ¿Ashley está bien?

– ¿Y el bebé?

Derek se sentó en una de las butacas. Estaba cansado.

– El parto ha ido bien y Ashley también está bien. Se han llevado al bebé a la sala de neonatos para meterla en incubadora. Es muy pequeña todavía.

– Pero Derek, hijo –dijo su madre–. ¡Acabas de ser padre! ¡Deberías estar dando saltos de alegría!

Levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa a su madre. Ella y Zane eran las que más contestas estaban.

– Enhorabuena –dijo entonces su padre.

Uno a uno todos los miembros de la familia fueron a darle un abrazo y a felicitarle por la paternidad. Cuando Jake se le acercó lo hizo con la pequeña Rachel en brazos. Le tendió la mano para estrechársela y él le correspondió. Hicieron un breve asentimiento con la cabeza y luego Jake salió de la sala de espera. El choque con su hermano le había vuelto a dar que pensar. La necesidad urgente de ver a la niña se apoderó de él.

– Deberías bajar a comer algo para recuperar las fuerzas –le aconsejó su madre.

– No. Me han dicho que vendrían aquí a avisarme cuando Ashley estuviese en la habitación.

– Nos quedamos nosotros, no te preocupes. Todavía faltará un rato para que podamos entrar a visitarla.

– ¡Yo te acompaño!

Zane se había ofrecido voluntaria y antes de poder negarse de nuevo a moverse de la sala, ya estaban bajando por las escaleras.

– Hay un kiosco en la entrada y un montón de máquinas automáticas –le dijo su hermana cuando llegaron al piso de abajo.

Caminaron a paso lento hasta situarse frente a las máquinas de las que su hermana hablaba. Había de todo para elegir. Refrescos, cacahuetes, chocolatinas, sándwiches, helados, golosinas... Y a pesar de la cantidad de cosas que había, a él no le apetecía ninguna de ellas. Sentía que tenía un nudo en el estómago y nadie de su familia era capaz de entenderlo.

– ¿Qué tal un sándwich de pollo? –le preguntó su hermana.

– Vale.

Derek sacó unas cuantas monedas del bolsillo y se las entregó a su hermana. Le dijo que comprara también lo que quisiera para ella. Luego fue a sentarse en la parte central de una gran fila de butacas. Se preguntó qué hora sería así que se giró en busca de alguien a quien poderle preguntar. Solo vio a una chica acurrucada en la parte opuesta a la de él.

– Disculpa. ¿Me podrías decir la hora?

La chica se sobresaltó y se echó a un lado. Con total seguridad la había despertado.

– Lo siento. Perdona –se apresuró a decirle–. No sabía que estabas durmiendo.

– No, tranquilo. Solo estaba descansando un poco.

Derek no podía creer lo que veían sus ojos. Era demasiada casualidad.

– ¿Querías saber la hora verdad? Son las... –Cuando ella levantó la mirada de su reloj para comunicarle la hora, lo hizo disminuyendo cada vez más la velocidad de la frase. Ella también le había reconocido– ...las cuatro de la mañana.

– Prometo que no he estado siguiéndote –se apresuró a decir él.

– La chica se echó a reír y eso le tranquilizó.

– Sería realmente cínico si me hubieses seguido hasta aquí después de tanto tiempo.

– Sí, supongo que sí. Me alegra volver a verte.

– ¡Hola!

Zane interrumpió la conversación. Le ofreció el sándwich de pollo y luego se sentó a su lado, mirando fijamente a la chica mientras se bebía su zumo.

– Te presento a mi hermana, Zane –dijo Derek, un poco molesto por la aparición de su hermana– Y Zane, ella es Emma.

– Encantada. ¿Quieres un poco?

Zane le tendió su zumo de naranja pero ella lo rechazó muy educadamente.

– Bueno, ¿y qué te trae por aquí? –le preguntó Derek.

– Es por mi padre. Ha sufrido un pequeño infarto, pero ya se está recuperando.

– Vaya. Lo siento...

– No te preocupes. Supongo que estar aquí a estas horas no significa nunca buenas noticias.

– Sí, supongo.

– ¿Qué os ha traído a vosotros? –quiso saber ella.

Se quedó bloqueado. Tiempo atrás había sospechado que aquella chica pelirroja le podría haber acabado gustando y, al encontrarla allí sentada, con las mejillas rosadas una mirada tan radiante como la de la primera vez, sus sospechas se confirmaron. Incluso comenzó a ponerse nervioso.

Cuando trató hablar no supo qué decir. Se acordó de Ashley y luego del parto que

acababa de presenciar, y sintió que se le veía el mundo encima. Pensó también en las palabras de Jake: “Si no la quieres, no hay ningún motivo para estar con ella. ¿Quieres ser infeliz para el resto de tu vida? Adelante.”

Fue su hermana la que respondió por él.

– Acaba de ver nacer a su primera hija, por eso tiene ese aspecto de bobo que no puede disimular.

Ella le miró boquiabierta y entonces se sintió avergonzado. No sabía muy bien por qué se avergonzaba, pero el caso es que estaba muy acalorado en ese momento.

– ¡Enhorabuena! –dijo la chica–. Es una noticia genial, ¡mucho mejor que la mía!

Derek iba a decir algo más, pero esta vez fue Louis el que le interrumpió.

– ¡Derek! –exclamó desde la parte baja de la escalera de acceso a la planta superior–. Ashley ya está en la habitación.

Zane se levantó muy deprisa, tirando al mismo tiempo de él. Quiso despedirse de ella, pero apenas tuvo tiempo de hacerle un gesto con la mano. Ella se lo devolvió sonriendo más dulcemente de lo que él podía soportar en esos momentos. Sintió que le fallaban las piernas cuando empezó a subir por las escaleras a toda prisa. Nada más llegar arriba chocó con Jake y con Rachel.

– Ey, tranquilo –le espetó–. Que no se va a mover de la habitación aunque vayas un poco más despacio.

Sus dos hermanos pequeños pasaron de largo así que se quedaron a solas. Derek respiraba muy deprisa.

– No te lo vas a creer, Jake –le dijo.

– ¿Crear el qué?

– Ahí abajo está Emma, la chica de la que te hablé el año pasado.

– ¿Emma?

– ¡Sí! La chica de la biblioteca. La de la confitería, la que...

– Sí, ya sé de quién hablas.

Su hermano le miró muy desafiante. Tiempo atrás habían tenido dudas sobre si se habían encaprichado de la misma chica, y ahora tenían la oportunidad de descubrirlo. Empezaron a bajar de nuevo por las escaleras, pero Jake le cortó el paso.

– No. Tú tienes que ir a ver a Ashley, y a tu hija.

Derek se resignó. Sabía que era su deber como novio y como padre el ir a verlas antes que nadie. Era lo justo.

– Está bien. Nos veremos luego. Pero pase lo que pase, dime la verdad.

Volviéron a estrecharse la mano y luego siguieron por caminos separados. Derek volvió a subir y corrió hacia la sala de espera. Allí ya no había nadie. Todos debían de estar ya en la habitación de Ashley y él ni siquiera sabía qué número era. Su hermana reapareció dándole un pequeño susto y regañándole por haberse entretenido. Le cogió de la mano y le guió hasta la puerta correspondiente.

Ashley estaba tumbada en una de las camas, con un aspecto un poco lamentable. Tenía la larga melena rubia recogida en un moño hecho con muy poco esmero, y muchos mechones le caían por la cara.

– ¿Dónde te habías metido? –Su padre tenía el ceño fruncido.

El sentimiento de culpa se le instaló en el pecho.

– Lo siento. He tenido que ir un momento al servicio –mintió.

Ashley le miraba con cara de enfadada.

– Lo siento mucho, Ash. ¿Cómo estás?

– ¿Cómo estoy? ¡Estoy destrozada! Y tengo un aspecto espantoso a pesar de que todos se empeñan en decirme que estoy genial.

La habitación se quedó en silencio. Derek miró a sus padres y a sus hermanos.

– No te pongas así. ¿Qué aspecto quieres tener? ¡Acabas de dar a luz! Estás estupenda a pesar de eso.

– ¡No! ¡No lo estoy! ¡Mira qué barriga!

Estaba realmente enfadada y el tono de su voz lo demostraba. Derek ya no sabía qué más decir para tranquilizarla. De repente se puso a llorar. Era lo último que él quería que hiciera. Los últimos meses se los había pasado consolándola porque diariamente se quejaba de no poder salir de su habitación. Era exasperante. Comprensible, pero exasperante.

Un señor con bata blanca y aspecto de médico apareció en la habitación. Les comunicó que podían acercarse a la sala de neonatos para ver unos minutos a la pequeña. Todos se pusieron muy contestos, excepto Ashley, que incrementó todavía más su llanto quejándose por los dolores que le producían los puntos de sutura y que no le permitían moverse de la cama. El doctor le dijo que sería bueno que caminase un poco y finalmente la convencieron para que se levantara.

Después de llegar a la sala previa y de lavarse las manos y los brazos, llegaron hasta la incubadora donde la recién nacida descansaba tendida boca abajo. Derek se agachó para mirarla mejor. Medía algo más de un palmo y parecía extremadamente débil. Se asustó al verla tan pequeña, pues nunca había visto a un bebé prematuro. Apenas se distinguían rasgos en ella, y lo poco que descubrió era que tenía la piel blanca, y el fino y escaso cabello rubio. Sintió alivio, en parte. Al menos las sospechas de que él podría no ser el padre se le fueron por completo. Quería tocarla, pero la enfermera que los acompañaba le dijo que era demasiado pronto. En unos pocos días podrían incluso cogerla en brazos, pero de momento era mejor esperar.

Derek miró a Ashley sonriente. Ahora sí se sentía padre de verdad y una sensación de alegría mezclada con orgullo se había acoplado en su pecho. Sin embargo, ella solo la miraba. Ni siquiera se había acercado para observarla más de cerca. Tenía la mirada perdida y no había ni rastro de felicidad en ella. Sin previo aviso, cayó desmayada.

Emily acababa de perder las últimas monedas que le quedaban en el bolsillo en una máquina dispensadora de chocolatinas. Vio el paquete de barritas de chocolate que tanto le apetecía atrapado en la garra donde se había atascado, impidiéndole caer. Trató de mover la pesada máquina, pero apenas se movió. Resignada, volvió a sentarse en las butacas rojas de la entrada de urgencias. Subió las piernas al asiento y las asió con los brazos. Luego apoyó la barbilla en las rodillas.

– ¿Emily Wathson?

La voz que sonó detrás de ella la sobresaltó. Se levantó casi de un salto dándose la vuelta y creyó reconocer al chico que había trabajado en el jardín de su casa.

– ¿Jake Becker?

Él sonrió, aparentemente complacido. Había cambiado mucho desde la última vez. Su aspecto era mucho más adulto y varonil, creado sobretudo por la sombra de

barba mal afeitada a ambos lado de las mejillas. Su pelo también era un poco más corto, aunque seguía teniendo el mismo aspecto alborotado de siempre. Lo que más le llamó la atención fue su mirada. No sabía porqué, pero sentía que era una mirada mucho más madura, como las que tienen las personas que viven mucho en muy poco tiempo. Además, llevaba a una niña de unos seis años agarrada de la mano. Se parecían bastante. Estaba tan sorprendida de verle que se olvidó por completo del enfado que le había causado el no conseguir la chocolatina.

– ¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó él.

Esa pregunta la hizo acordarse de Derek, el chico con el que había estado hablando en el mismo lugar pocos minutos antes. Era una coincidencia agradable, y su mente se accionó de nuevo. Hacía ya mucho tiempo que se había planteado el hecho de que esos dos desconocidos que habían aparecido en su vida, tuvieran algún vínculo familiar. Ahora tenía la oportunidad de descubrirlo. De hecho, ambos habían aparecido con dos chicas. La primera había resultado ser la hermana de Derek, y la pequeña que ahora la miraba con los ojos muy abiertos a pesar de lo tarde que era, tenía todas las de ser la hermana pequeña de Jake.

– Tú primero –respondió ella.

– ¿Cómo?

– ¿Es tu hermana? –preguntó Emily, refiriéndose a la niña.

– No, es mi prima.

La contestación la dejó un poco decepcionada. No solía equivocarse cuando analizaba a las personas y sin embargo, acababa de meter la pata.

– ¿Y qué hacéis deambulando por urgencias?

– La novia de mi hermano acaba de dar a luz, dos meses antes de lo esperado. La hemos traído de inmediato en cuanto ha roto aguas.

– ¡Caray! ¿Y ha nacido bien?

– Sí. Eso creo. Todavía no la hemos visto.

Emily vio como la niña asentía con la cabeza, afirmando lo que Jake acababa de decir. Mientras tanto siguió atando cabos sueltos en su cabeza. La hermana de Derek le había comentado que él acababa de ser padre justo antes de irse corriendo hacia el piso superior. Un chico de edad adolescente les había avisado. Emily recordó cuando su hermana le dijo que Jake tenía muchos hermanos. Las coincidencias parecían ser bastante acertadas. Si no se lo preguntaba ahora, su mente estallaría de un momento a otro.

– ¿Tienes un hermano que se llama Derek?

– Es de él de quien te estoy hablando.

Se quitó un gran peso de encima con la contestación. Sonrió sin proponérselo.

– Wow.

– ¿Por qué le dijiste que te llamabas Emma?

La pregunta la descolocó y la sonrisa se le fue desdibujando lentamente. Por lo visto, Jake sabía que ambos se conocían.

– Bueno, yo... No quise mentirle pero...

– Entiendo que pensaras que podía ser un psicópata. Esa sonrisa que tiene también me pone los pelos de punta. ¿Cuál sería el adjetivo exacto, Rachel? ¿Escalofriante?

Emily dedujo que estaba bromeando cuando empezó a dirigirse a su prima y ésta no podía dejar de reír. Nunca lo había visto de tan buen humor.

– El que te pusieras el nombre de tu hermana me produjo unos cuantos quebraderos de cabeza, ¿sabes?

– ¿Por qué?

– Porque es extraño cuando alguien describe perfectamente a alguien a quien crees conocer y de repente se llama de una forma diferente. Y ya no digo diferente, sino como su hermana gemela.

– Bueno, tú lo has dicho. Somos gemelas. Tu hermano bien podría haber conocido a mi hermana, y no a mí. ¿Por qué no pensaste que se trataba de ella?

– Porque no –Jake empleó un tono cortante–. ¿De verdad crees que si alguien os describiera por separado, utilizaría los mismos calificativos?

– Quiero creer que no.

– Pues ahí tienes la respuesta.

– Tienes más hermanos, ¿no?

– Dos más aparte de él. ¿A qué viene eso?

– Familia numerosa... –Emily hablaba ahora de forma pensativa–. Me hubiese gustado mucho ser parte de una familia numerosa. Debe de ser estupendo poder contar con tanta gente y tener el cariño de más de dos o tres personas.

– Si eres la oveja negra de la familia, tampoco tienes tantas ventajas.

Jake caminó hasta llegar a las butacas. Se sentó dejando dos huecos entre su asiento y el que había estado ocupando Emily. Subió a la niña encima de él y Emily comprobó que no le quitaba el ojo de encima. Los ojos azules de la versión infantil y femenina de Jake, la estaban analizando por completo. Solo deshizo el contacto visual cuando Jake exclamó algo y señaló en dirección a los dispensadores automáticos.

– ¡Son barritas de chocolate! Se le ha debido de quedar atascado a alguien. ¿Sabes de quién es?

Emily levantó sendas manos y negó con la cabeza. Jake echó un vistazo a la estancia para observar al resto de los presentes.

– Parece que no hay nadie muy interesado en esa chocolatina, ¿verdad? –dijo Jake–. ¿Qué te apuestas, Rachel, a que la consigo?

– Mmmm... La mitad del paquete –respondió la niña.

A Emily le pareció una respuesta de lo más ingeniosa. Daba a entender que sabía que la conseguiría, pues de lo contrario no ganaría nada.

Jake se levantó y se colocó frente a la máquina. Estuvo observándola un rato y dio algunos golpes contra el resistente cristal. La barra metálica que lo sujetaba no tenía pinta de ceder. Emily decidió no mencionar que ella ya lo había intentado antes, pues era divertido ver a Jake calentándose la cabeza para conseguirla. Su prima andaba de un lado para otro observando sus movimientos.

Entonces Jake hizo algo que nunca se le habría ocurrido. Metió la mano entre los huecos laterales que quedaban entre una máquina y otra y empezó a estirar hacia afuera. Le costó mucho, porque el espacio de maniobra era muy reducido, pero poco a poco iba saliendo. No cabía duda de que tenía fuerza, y mucha menos duda cuando, una vez finalizada la primera maniobra, le ordenó a la niña que se echase hacia atrás y empezó a inclinar el bloque hacia delante.

– ¿Te has vuelto loco? –le dijo Emily.

– No niegues que a ti también te apetece comerte un trozo.

Jake se puso rojo por esfuerzo cuando consiguió levantar la parte trasera. Luego la dejó caer casi de golpe. Lo intentó una vez más, situándose en el lateral izquierdo para poder controlar así tanto la parte de delante como la parte de atrás. Emily supuso que lo que pretendía era que la máquina no acabase volcando contra el suelo. Cuando volvió a dejarla

en reposo no dio muestras de cansancio. Se giró y con una indicación con el brazo mandó a su prima a que se quedase subida encima de las butacas. Luego se dirigió a ella.

– Ponte al otro lado –dijo. Esperó a que ella hiciera lo que le ordenaba para seguir explicándole lo que tenía que hacer–. A la de tres levantaré otra vez la parte de atrás. Cuando éste trasto tenga la inclinación adecuada, golpea el cristal con el puño, pero siempre desde ese lado. No se te ocurra ponerte delante. ¿Preparada?

Sin más opciones, Emily asintió con la cabeza.

Él contó hasta tres y luego tomó una gran bocanada de aire antes de proceder.

– ¡Ahora, Emily! –exclamó la niña dando botes en la butaca.

Estaba desconcertada, pero aun así realizó la tarea para la cuál había sido encomendada. Lanzó el puño lo más fuerte que pudo contra el cristal. Primero una vez, y luego una detrás de otra.

– ¡¿Qué estáis haciendo?!

La voz de un guardia de seguridad estuvo a punto de fastidiarles la operación. Pero antes de que llegase hasta ellos, la niña volvió a pronunciarse.

– ¡Ha caído! ¡Ha caído!

– Aparta, Emily –le pidió Jake.

Ella le hizo caso y entonces él volvió a dejar la máquina en reposo.

El guardia ya había llegado hasta ellos.

– ¿Cómo os atrevéis a robar chokolatinas?

– Oiga, no estábamos robando –contestó Jake.

– ¿Creéis que estoy ciego?

– Es cierto –intervino Emily–. No estábamos robando nada. Yo vine a comprar ese artículo, pero se quedó atascado y no podía sacarlo. Él solo ha venido a ayudarme.

– Pero señorita...

– No he sido yo la que ha robado, sino el dueño de estas tragaperras el que ha intentado timarme. Estoy segura de que estos cachivaches fallan cada dos por tres.

– Está bien señorita. No se alarme. Coja la chokolatina si es suya y tú, vuelve a poner esa cosa en su sitio.

Jake le hizo un gesto de saludo militar y se puso manos a la obra. El guardia se marchó echando varias veces la vista atrás mientras Jake empujaba la máquina nuevamente hacia atrás. Cuando acabó metió la mano por la rendija y sacó la chokolatina.

– ¡Lo conseguimos! –exclamó.

– ¡Sí! –le secundó la niña.

Emily le observó mientras abría el envoltorio. Luego partió las barritas de dos en dos y le entregó una parte a la niña pequeña. Las otras se las ofreció a ella.

– Gracias por la coartada –le dijo.

– ¿Qué coartada?

Jake se quedó mirándola ladeando hacia un lado la cabeza. Emily se echó a reír.

– No he mentado en ningún momento. Lo que dije era cierto.

– ¿Era tuya, entonces?

– Sí –continuó ella, sin dejar de reír. La cara de Jake era todo un poema–. Eché la moneda poco antes de que llegaseis vosotros, pero me resigné a lo obvio y me quedé aquí sentada.

Él miró a su prima. Se había quedado parada observándoles con la boca llena tratando de disimularlo. Jake se echó las manos a la cabeza.

– Lo siento, Emily. No sabíamos que era tuya.

Luego se metió las manos en los bolsillos, seguramente con la intención de sacar alguna moneda, pero no pareció encontrar nada.

– No te preocupes. Tu hazaña ha resultado de lo más exitosa. Adelante –añadió dirigiéndose a la niña–. Puedes acabártela. Si no llega a ser por tu primo ninguna de las dos habría probado bocado.

Emily se acercó a la niña y se sentó a su lado.

– ¡Jake!

Otro hombre, esta vez sin traje de seguridad, se acercó a ellos. Tenía el pelo canoso, pero en cantidad abundante.

– ¿Qué?

Emily los observó a ambos cuando se dispusieron uno enfrente de otro. Jake era unos cuantos centímetros más alto pero tenían los dos el mismo semblante serio.

– ¿Cuál es el problema? –continuó Jake.

– El problema es que la mujer de tu hermano acaba de dar a luz y tú ni siquiera te has dignado a visitarla después del parto.

– ¿La mujer?

– Su futura mujer, sí.

– Así que finalmente se van a casar...

– ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? □ Mientras ellos discutían, Emily notó que alguien le apretaba el brazo. La niña estaba fuertemente sujeta a ella y se le intuía el miedo en la mirada. Cuando los gritos fueron más solemnes, apoyó la cara contra su brazo para evitar mirarlos.

Emily no sabía qué hacer. De haber conocido a la pequeña se la habría llevado lejos de allí, pero dadas las circunstancias no tenía más opción que esperar sentada a que acabasen con la discusión. Acarició la cabeza de la niña para tranquilizarla.

– Deja de decirme lo que tengo que hacer –seguía protestando Jake–. ¿Cuándo dejarás de hacerlo?

– Cuando seas un hombre y dejes de avergonzarme.

– ¿Te avergüenzas de mí? ¿Te avergüenzas después de todo lo que estoy haciendo por ti? A lo mejor debería devolverle al señor Wathson ese puesto de trabajo que me habéis obligado a coger. Tal vez la semana que viene le parezca que no soy un buen empleado. Entonces sí tendrás buenos motivos para avergonzarte de mí.

– ¿Serías realmente capaz de eso?

– No me pongas a prueba.

Estaban tan cerca el uno del otro que por un segundo Emily sintió pánico. Uno de los otros presentes de la sala lanzó al aire una protesta y pidió silencio. Solo entonces la tormenta amainó. Se miraron durante unos segundos que a Emily le parecieron eternos, y luego se separaron.

– Encuentras siempre cualquier excusa para encararte conmigo –dijo Jake, sereno después de todo.

– Sube arriba y compórtate como es debido. Es lo único que te pido.

En cuanto el hombre salió de la sala Jake se giró y arremetió contra una de las máquinas expendedoras con una fuerte patada. Emily notó cómo la niña se sobresaltaba por el impacto.

– Cálmate –le pidió, consciente de las posibles consecuencias.

– Que me comporte como es debido... –Jake empezó a hablar para sus adentros–. Y que es lo único que me pide... ¡Maldita sea!

Esta vez fue el puño lo que lanzó contra otra de las máquinas.

– ¡Ya basta, Jake! ¡Nos estás asustando!

Las palabras de Emily fueron totalmente sinceras. La niña había empezado a temblar y ella ya no soportaba más verle tan alterado. Con la cantidad de fuerza que empleaba en cada movimiento lo único que iba a conseguir era hacerse daño.

Cuando Jake la miró a los ojos sintió que empequeñecía. Su mirada estaba cargada de odio. Luego se relajó un tanto. Fue hasta las butacas y se sentó, un par de metros alejado de ellas. Se frotó la cara varias veces. La niña se levantó, corrió hacia donde él estaba y él la cogió y la puso a su lado. Parecía que había vuelto a la normalidad.

– Señorita Emily –dijo alguien justo detrás de ella, interrumpiendo del todo la situación.

Era Margaret, la doncella. Se acercó para decirle algo al oído.

– Su padre ya se ha despertado y me ha pedido que la avise.

– ¿Mi hermana sigue allí?

– Sí, no se ha movido en ningún momento.

– Está bien. Subiré enseguida. Gracias Margaret.

– De nada, señorita.

Emily se levantó y se acercó hasta Jake tímidamente.

– Voy a subir a ver a mi padre –le dijo. Él se limitó a asentir con la cabeza. Tenía la mirada perdida en un punto que ella desconocía–. Eso que has dicho sobre el trabajo con el señor Wathson... Te referías a...

– A tu padre, sí. Trabajo para él.

– No lo sabía.

– ¿Sueles saber de todos los que trabajan para él?

– No, pero... a veces, cuando hay algún cambio importante...

– Yo no soy ningún cambio importante. Han renovado la plantilla por gente más joven. Eso es todo.

– Entiendo que no quieras hablar al respecto. Subiré entonces a ver como está.

Jake dio un cambio repentino y empezó a prestarle verdadera atención.

– ¿Estás aquí por tu padre?

– ¿Por quién creías que estaría? No tengo mucha más familia aparte de él y de mi hermana. Pensaba que lo sabías.

– ¿Qué le ha pasado?

– Ha sufrido un pequeño infarto, pero nada grave. Fue una suerte que estuviera acompañado cuando empezó a sentirse mal.

– ¿Un infarto?

Se levantó de golpe y se puso frente a ella. Luego empezó a echarse las manos a la cabeza y a moverse de un lado para otro.

– ¿Está bien?

– Te lo acabo de decir. Solo ha sido un susto.

– ¿Seguro?

– ¿Pero qué te pasa? Casi pareces más preocupado que yo.

– ¡Tú no lo entiendes!

Gritó. Seguramente más de lo que deseaba. Pero gritó, y lo hizo directamente sobre ella. Emily no soportaba ese tipo de comportamiento así que se dio media vuelta y empezó a alejarse. Él la siguió y se colocó justo por delante.

– Espera –dijo.

– Tengo la sensación de que no se puede hablar contigo cuando estás enfadado –explicó Emily.

– Es mucho más difícil de lo que parece si trato de explicártelo –comenzó a decir–. Yo no trabajo para la empresa Wathson expresamente. Trabajo únicamente para tu padre. Él se ha responsabilizado conmigo, y yo tengo que dar la cara por él y por mi padre. Si le pasase algo...

– No puedo creer lo que dices.

– Mi familia depende de todo esto.

– Cuando te preocupas por alguien debes de hacerlo como persona. A ti solo te asusta quedarte sin empleo, ¿no es cierto? ¿No te das cuenta de que estamos hablando de mi padre?

– Ya te he dicho que es más difícil de lo que parece. Mi familia...

– Pensaba que tenías más corazón del que aparentas... Supongo, que a fin de cuentas, mi hermana tenía razón sobre ti.

– ¿Qué tiene que ver Emma con todo esto?

A Emily le costó contestar esa pregunta. Su hermana y ella llevaban meses casi sin hablarse, y se debía mayoritariamente por todo lo que estaba tramando con su embarazo escondido. Estaba enfadada con ella por el veneno que desprendía hacia Jake. Algo que creía totalmente desproporcionado en relación a la conducta del chico que ahora tenía delante de sus narices y que empezaba a sudar. Sin embargo, su opinión respecto a él había cambiado. Se sintió decepcionada y dolida, una vez más.

– Nada. Absolutamente nada.

Dicho eso, lo dejó allí plantado tras de ella, y no miró hacia atrás en ningún momento.

Nada más llegar a la habitación donde reposaba su padre, se llevó una gran alegría al verle sonriente. Su hermana estaba sentada al lado de su cama.

– Ya era hora, ¿no? –protestó nada más verla.

– ¿Cómo te encuentras, papá? –preguntó ella, haciendo caso omiso de su hermana gemela.

– Muy bien, cariño. Ahora que estáis las dos aquí, te aseguro que mucho mejor.

Estuvieron un rato hablando sin mencionar nada de lo que había pasado. Era lo mejor para dejar de preocuparse. Cuando su padre se quedó dormido, ella y su hermana se quedaron calladas durante un buen rato.

– ¿Y bien?

– ¿Y bien qué?

– Cuéntame qué has estado haciendo por ahí, ¿no?

– No he estado haciendo nada. He bajado a comprarme una chocolatina y me he quedado en la cantina, haciendo tiempo.

Emily miró a su hermana. También ella estaba cambiada. El pelo le había crecido y ahora lo llevaba tintado de un rojizo más claro. Su ropa también era ligeramente diferente. Ya no vestía marcando sus curvas insinudamente, y tampoco usaba zapatos de tacón. El cambio era obvio, pero ella conseguía disimular muy bien el estado de su gestación. Se preguntó si ella sabría algo acerca del trabajo que Jake ejercía en la fábrica de su padre, pero dedujo que no. De haberlo sabido, y según como estaba actuando, ya le habría pedido a su padre que le despidiese.

– ¿Y tú qué? ¿Sigues empeñada en no contarle nada a papá? –le preguntó.

– ¡Cierra el pico! –exclamó su hermana por lo bajo y mirando de soslayo a su padre–. ¿Acaso no te quedó claro que no debes mencionar nunca nada al respecto?

Emily puso los ojos en blanco, como muestra de resignación. Luego continuó hablando.

– ¿Sabes quién ha tenido un bebé?

– ¿Qué?

– Derek Becker.

– ¿Becker?

– He descubierto que tenía razón. Derek, el chico del que te hablé, es el hermano de Jake. ¡Y acaba de tener una hija!

– ¿Jake está aquí?

Se quedó callada instintivamente tras esa pregunta y dudó ligeramente antes de contestar.

– ¿Acaso te importa?

Emma salió disparada de la habitación. Emily suspiró y se echó hacia atrás en su asiento.

Le apetecía descansar.

20 MAYO 1987

La mañana siguiente después del nacimiento de su hija, Derek estaba cansado. Después de lo sucedido con Ashley en la sala de neonatos, no había podido pegar ojo en toda la noche. Ahora ella estaba bien, descansando en su habitación, y él deambulaba por los pasillos del hospital sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. Sus hermanos se habían marchado con Jake a primera hora de la mañana, y sus padres le habían acompañado hasta el mediodía. Ahora habían salido a por algo de comer.

Bajó hasta la cantina, pero no encontró allí a quien esperaba encontrar. Decepcionado, siguió caminando por toda la planta baja, sin rumbo fijo. Ni siquiera conocía aquel hospital, pero ya preguntaría más tarde cómo regresar a la planta de maternidad. Miró su reloj y comprobó que todavía faltaba una larga hora para poder ir a ver a su hija.

Al final del pasillo en el que se encontraba en ese momento, vio a una chica pelirroja con una gorra de béisbol hablando con la enfermera que repartía la comida de los pacientes. Se le aceleró el corazón e instintivamente corrió hacia ella.

– ¡Emma! –gritó, justo antes de que ella entrase de nuevo en la habitación de la que había salido.

La chica se giró y le miró con cara de irónica curiosidad.

– ¿Nos conocemos? –preguntó.

Derek dudó por un momento. La chica era parcialmente diferente a la chica que él conocía. Un poco más bajita y con más pecas en la cara. Recordó algunas de las conversaciones mantenidas con su hermano.

– ¿Eres Emma Wathson?

– ¡Pues claro que soy Emma Watahson! ¿Y tú quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

– Creo que te he confundido con otra persona. Creí que...

– Sí, ya, creíste que era mi hermana gemela. Pero ella se llama Emily, estúpido.

Derek trató de esbozar en su mente el rostro de la Emma que él había conocido.

Estaba seguro de que se llamaba así, pero todo parecía indicar lo contrario. Miró a la otra chica sin saber qué más decir.

– Si realmente estás buscando a Emily, siento decirte que ya no está aquí. Hace rato que se marchó.

La joven puso cara de exasperación y se cruzó de brazos, esperando la reacción de Derek, que parecía no llegar nunca.

– ¿Querías alguna cosa más?

– ¿Va a volver? –le preguntó tras el pequeño trance, esperanzado.

– ¡Y yo qué sé!

– ¿Y entonces dices que te llamas Emma?

Derek vio cómo le ponía cara de asco. Luego de pronto hizo un gesto de dolor y apoyó una mano en la pared y la otra en la parte baja del estómago.

– ¿Te encuentras bien? ¿Estás embarazada?

– ¡¿Embarazada?! ¿Pero tú qué te has creído? ¡Por supuesto que no!

A Derek le pareció que se había alterado extremadamente rápido.

– ¿Me estás llamando gorda?

– No era esa mi intención.

– Dios mío. Los hospitales públicos están llenos de imbéciles.

La chica se metió, ahora sí, dentro de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Derek estaba perplejo. Estaba claro que las dos chicas eran hermanas gemelas, y que era imposible que se llamasen igual. La sola idea de pensar que le había mentado le revolvió el estómago más de lo que ya lo tenía. ¿Qué motivos había tenido para hacerlo?

– Oye, tú. Espera.

La verdadera Emma había salido de nuevo al pasillo.

– ¿Cómo te llamas?

– ¿Ahora hablas con imbéciles?

Le salió sola la pregunta, y ella se mostró escandalizada por el comentario.

– No cabe duda de que eres un Becker.

Su actitud empezaba a recordarle a todo lo que su hermano le había contado sobre la tal Emma Wathson que él conocía, y que nada tenía que ver con la Emma que él se había encontrado en la biblioteca. No le contestó.

– Así que tú eres el famoso Derek, ¿no?... ¿Dónde está tu hermano?

– ¿Cuál de todos?

– No me tomes el pelo... Sabes muy bien de quién te hablo.

– ¿Siempre eres así de descarada?

– ¡¿Cómo te atreves?!

– Te lo digo en serio. Deja de hablarme con ese tono de superioridad.

– Veo que sabes defenderte... al menos con palabras, todo lo contrario que tu hermano. Aunque no es de extrañar viniendo de una universidad tan prestigiosa como la de Florida. Me pregunto qué habrán tenido que hacer tus padres para mantenerte.

– Así que crees que soy un mantenido. ¿Qué más crees de mí?

– Pues creo que los muertos de hambre seguiréis siendo siempre unos muertos de hambre, por muy prestigiosa que sea la universidad a la que vayáis.

Derek se echó a reír. La impertinencia de la chica hacía rato que le había empezado a divertir. Era tal y como su hermano la había descrito. Una malcriada de los pies a la cabeza.

– Supongo que te hace gracia porque sabes que en el fondo tengo razón.

– Por supuesto. ¿Cómo iba a negar lo evidente? No cabe la menor duda de que soy un muerto de hambre. ¿A que a usted también se lo parece?

Derek paró a una enfermera en mitad del pasillo para que le echara un vistazo. Él dio una vuelta completa y luego le guiñó un ojo. La joven enfermera se fue a toda prisa, ruborizada.

– Mira quién es el descarado...

– Por lo menos los muertos de hambre tenemos sentido del humor.

– ¿Vas a decirme de una vez dónde está tu hermano?

– Obviamente... no.

Emma le miró con odio, entornando los ojos. Le parecía una chica de aspecto gracioso. Las pecas la hacían parecer más pequeña de lo que era. Su aspecto era apenas el de una niña traviesa.

– No voy a volver a preguntártelo –le dijo.

– Me alegra saber eso, porque tengo muchas cosas que hacer y ya me has entretenido demasiado.

Derek se giró y la dejó plantada detrás de él. Disimuló la risa al imaginar la cara que debía de habersele quedado. Su pequeño encuentro le había puesto de buen humor.

Nada más regresar a la habitación de Ashley encontró a su madre con un recipiente de macarrones sobre las piernas. Se lo ofreció enseguida.

– Gracias mamá. Me lo comeré después –dijo-. Tú y papá deberíais volver a casa para descansar.

– Iremos más tarde.

– No es necesario que estéis todo el tiempo aquí. Ashley ya está bien, ¿verdad que sí? –Derek hizo la pregunta mirándola a ella, que asintió y sonrió mientras lo hacía-. ¿Lo ves?

– Tampoco tenemos mucho que hacer en casa, Derek –dijo su madre, sincera.

– Mamá, estoy seguro de que encontrareis trabajo pronto, cuando menos lo esperéis. Pero tenéis que dejar de preocuparos por ese asunto.

– No podemos dejar de preocuparnos –Su padre acababa de entrar en la habitación y era él el que hablaba-. Y más ahora que tu hermano se atreve a tentar a su suerte.

– ¿A qué te refieres?

– Anoche me insinuó que no le faltarían agallas para que le echasen de la fábrica si se lo propusiese.

– Eso no puede ser cierto.

– Pues lo es.

– Jake no haría algo así, Paul –opinó su madre-. ¿Qué le dijiste tú para que se le pasara tal cosa por la cabeza?

Él agachó la cabeza y no contestó. Derek miró a su madre, que le devolvió una mirada de preocupación. Moviéndola únicamente los labios le dijo: No lo haré, para tranquilizarla. Estaba además seguro de que no lo haría.

– ¡Hora de ver a los bebés! ¡Acompáñenme todos los interesados!

La voz de una enfermera en el pasillo les hizo a todos prestar atención.

– ¿Emily, te encuentras con fuerzas para caminar? –preguntó Derek, esperanzado de poder ir juntos a ver a la niña.

– ¿Cómo me has llamado?

La pregunta de Ashley le hizo dudar. ¿La había llamado de forma diferente?

– ¿Quién es Emily?

– ¿Emily?

Se sorprendió de escuchar ese nombre. Ni siquiera había tratado nunca con alguien llamada así, a pesar de que ese era su verdadero nombre.

– Lo siento. Estoy un poco bloqueado últimamente. Sabes de sobra que no conozco a ninguna Emily.

Ashley no estaba muy convencida, pero los nervios por ver de nuevo a la niña hicieron que se olvidasen del tema.

Cuando se presentaron delante de la incubadora, a Derek empezaron a temblarle las piernas. Su hija seguía allí tumbada boca abajo, prácticamente en la misma posición que de madrugada. Notaba cómo respiraba por las elevaciones de su espalda.

Le habría gustado mucho poder sentirla en sus brazos.

– ¿La niña está bien? –le preguntó su madre a la matrona.

– De momento está evolucionando muy bien. No le hemos detectado ningún problema aparte del respiratorio.

– ¿Tiene problemas respiratorios? –preguntó entonces Derek.

– Es un bebé prematuro, chico. Que le cueste respirar es lo menos que le podía pasar. Tendrá que pasar una temporada aquí hasta que pueda valerse por sí misma.

– ¿Cuánto tiempo? –Ashley habló por primera vez para interesarse por la pequeña.

– Lo normal es que pase ingresada un mes y medio o dos. Hay que ir viendo cómo evoluciona.

Soltó un grito ahogado y Derek la agarró para evitar que volviera a desmallarse. Sabía tan bien como ella que dos meses era mucho tiempo. Le susurró al oído que no se preocupase y cuando todos salieron de la sala, él se quedó un rato más observando a la niña. Se acercó al cristal y lo tocó dando unos golpecitos con el dedo índice. La recién nacida seguía durmiendo pero movió ligeramente el puño hacia un lado.

– Disculpe, joven –Otra enfermera se había acercado hasta él–. Necesito que me diga el nombre de la niña para hacerle la ficha.

– Todavía no sé cómo se va a llamar.

La enfermera, que parecía tener muy malas pulgas, le miró de muy mala manera esperando impaciente con la carpeta sobre el brazo, dispuesta a apuntar.

– Oiga no hace falta que me mire de ese modo. Cuando sepa el nombre se lo comunicaré.

Derek estuvo a punto de salir cabreado de la sala de neonatos, pero al ver a su hija una vez más se le pasó el enfado. Se habían llevado a Ashley a la habitación para que empezara a comer algo así que se dirigió hacia allí. La sensación de orgullo se había vuelto a instalar en su pecho.

Sin embargo, otro encuentro inesperado acabó retrasándole, una vez más.

Emily no se sorprendió cuando vio a Derek en uno de los pasillos de la segunda planta. Y no lo hizo porque había elegido muy bien el sitio donde buscarlo.

– ¿Cómo está tu hija?

Le lanzó la pregunta nada más verlo.

– Está bien –respondió él. Bastante más sorprendido que ella por el encuentro–.

Tiene un pequeño problema respiratorio, pero dicen que se recuperará de aquí a dos meses.

– Seguro que es una niña muy bonita.

– Sí que lo es... Si hubieses aparecido unos minutos antes hasta podrías haber pasado a verla. Yo nunca había visto un bebé tan pequeño.

– Creo que puedo hacerme una ligera idea. Mi hermana y yo también fuimos prematuras.

– ¿De verdad?

– Nacimos a los seis meses y medio y también pasamos mucho tiempo en el hospital. Cuando mis padres pudieron por fin llevarnos a casa estábamos estupendamente. Supongo que algunas tenemos más prisa que otras por nacer.

Rieron ambos de forma cordial.

– Anoche, cuando te fuiste de la cantina, vino tu hermano Jake y estuvimos charlando –continuó Emily, que había decidido ir ahora directa al grano.

– Ya lo suponía.

– ¿Habéis hablado algo al respecto?

– Se fue a casa antes del amanecer. No le he visto apenas.

– Yo... Me preguntaba si te apetecía tomar un café para charlar un rato. Quería comentarte una cosa.

– Vaya –dijo, sonriéndole–. La chica que no toma nada con desconocidos, me ofrece ir a tomar un café.

Se ruborizó hasta el extremo. Derek tenía todo el derecho a echarle en cara su comentario, pero la hizo sentir muy avergonzada.

– No puedo entretenerme. Me están esperando.

– Lo entiendo. Debí suponerlo.

Derek hizo ademán de marcharse, pero se volvió una vez más hacia ella.

– Por cierto. Ha sido muy divertido esta mañana cuando me he encontrado con tu hermana gemela, y además de tener un parecido increíble contigo, se llamaba igual que tú.

– ¡Lo siento! –dijo Emily, bastante apurada–. Era por eso que quería hablar contigo. Quería explicarte...

– No importa. Tenías derecho a desconfiar de mí.

– No era mi intención desconfiar de ti, te lo prometo. Es solo que no suelo fiarme demasiado de las primeras apariencias. Supongo que ese es uno de mis defectos.

– No creo que tengas muchos defectos.

Volvió a ruborizarse. Sin embargo, él parecía muy tranquilo con la conversación.

– Tengo que irme, de verdad.

– Siento haberte entretenido.

– ¿Sabes una cosa? –añadió. Estaban ya unos metros alejados el uno del otro–. Es una verdadera pena que no me hubieras ofrecido ese café mucho antes. Hasta la vista... Emily.

Sabía que esa última frase le iba a dar mucho que pensar los días venideros.

Emily volvió a la planta baja y se dirigió a la habitación de su padre. Iban a darle el alta y había acudido allí después de las clases para acompañarle de vuelta a casa.

– ¡Hola papá! –cantó alegremente mientras accedía al interior de la habitación.

– ¡Emily! No era necesario que vinieras, cariño. Podías haberme esperado en casa.

– Pero ya estoy aquí, así que vayámonos cuanto antes.

Emma también estaba presente, pero no dijo nada.

Montaron los tres juntos en el coche que les esperaba a la salida del hospital y se dirigieron a casa. Una vez allí, acompañaron a su padre hasta su estancia personal para que continuara en reposo. Luego ambas se retiraron a la biblioteca. Su hermana fue la primera en sentarse en uno de los sofás, cómodamente. Se quitó la gorra y dejó caer su media melena. Le costaba reconocerlo, pero con el pelo más largo y más claro, eran casi idénticas.

– ¿A que no sabes quién me ha hecho una visita esta mañana? –le preguntó, de sopetón.

– Me hago una ligera idea –contestó Emily.

– He sabido enseguida que era otro maldito Becker.

– ¿Por qué? ¿Por el atractivo?

– ¿Qué atractivo? Son los dos igual de repugnantes.

Emily se obligó a disimular la sonrisa apretando los labios hacia dentro. Tampoco quería darle a su hermana más conversación. Llevaban muchos meses sin dirigirse apenas la palabra y lo que acababa de sucederle a su padre no cambiaba nada respecto a ellas.

– Parecía que te buscaba con mucho interés, ¿sabes?

– Me estaría buscando para preguntarme por papá. Le conté lo que había sucedido.

– Pues no mencionó a papá en ningún momento.

– ¿Estás insinuando algo?

– No, nada. Solo que he estado pensando un poco en todo eso que me dijiste de que acababa de tener un hijo. Me pareció un poco raro que te anduviera buscando después de eso. ¿Hay algo más que no me hayas contado de ese Becker?

– Se llama Derek, y no. No hay nada que yo tenga que contarte respecto a él.

– No te pongas nerviosa. Solo tenía curiosidad.

Decidió no continuar con el juego de su hermana. Estaba claro que solo pretendía tirarle de la lengua.

– Me pregunto qué habrá sido de Jake.

Esa frase la puso alerta. Recordó lo que él le había contado sobre el trabajo en la fábrica de su padre.

– ¿Por qué lo dices? Creía que ibais juntos a clase.

– ¡Vamos, tú lo has dicho. Lleva más de dos meses sin venir a la universidad.

– ¿Y eso te preocupa?

Emily acababa de confirmar las sospechas que tenía acerca de si su hermana sabría algo de su nuevo trabajo.

Naturalmente que no.

– ¿Sabes lo que significa no tener que sentir su presencia? Ni te imaginas lo contenta que estoy. A saber en qué líos anda metido.

– A lo mejor se ha ido de la ciudad –se inventó Emily.

Emma se echó a reír.

– ¿A dónde iba a irse alguien como él?

– No sé. Tal vez a Florida, como su hermano.

– ¿Qué sabes tú de eso?

Su hermana se incorporó y le dedicó una mirada muy inquisitoria.

– No sé nada. Ato los cabos sueltos que tú te dejas por el camino. Dices que hace dos meses que no sabes nada de él, y a pesar de ser un alivio para ti, a mí me parece un poco extraño. Supongo que el hecho de que se haya ido de Utah supone un cambio alarmante para tus macabros planes.

– ¡Sabía que no podía confiar en ti! ¿Cómo te atreviste a contárselo?

– ¡Yo no le he contado nada a nadie!

– ¿Ah no? ¿Y por qué se iba a ir, si no? ¡¿Crees que soy estúpida?!

– Yo no le he dicho nada. Ni siquiera le había visto desde aquella última vez que hablamos a solas tú y yo.

– ¿Le habías? ¿Eso quiere decir que le has vuelto a ver?

Emma estaba de pie, muy cerca de ella. Se había puesto roja de la ira. De repente, colocó ambas manos en su tripa y volvió a tomar asiento. Entonces empezó a hacer ejercicios respiratorios.

– ¿Estás bien?

– Olvídame.

Emily empezó a preocuparse por el estado de su hermana. Hizo cálculos, pero no estaba segura de lo que sus recuerdos le decían.

– ¿De cuántos meses estás ya?

– No es asunto tuyo.

– ¡No seas tonta, Emma! Alguien más aparte de ti debería estar al tanto de todo este asunto. ¿Qué quieres? ¿Ponerte de parto un día y que nadie pueda ni siquiera llevarte al hospital?

– Todavía me faltan cuatro meses para eso ¡y no quiero pensar en ello!

– Se acabó. Voy a contárselo a papá. Esto no puede seguir así.

Salió de la habitación a pesar de las protestas que su hermana hacía detrás de ella. Se aprovechó de la ventaja que había conseguido levantándose primero y subió corriendo por las escaleras.

Cuando llegó a la habitación de su padre, éste todavía seguía despierto.

– ¿Qué sucede?

Emma tardó apenas diez segundos más en llegar.

– No lo hagas Emily –le advirtió.

– Papá –dijo ella–. Emma está embarazada de cinco meses, y ha intentado ocultárnoslo.

Mantuvieron una conversación poco convencional.

Primero Emma empezó a gritarle de una forma sobrehumana, llegando incluso a insultarla. Entonces su padre tomó la palabra y ambas tuvieron que permanecer en silencio.

Le pidió a Emma las pertinentes explicaciones y ella, con la cabeza gacha, empezó a relatar los hechos. No dijo en ningún momento la identidad del padre. Estuvo a punto de hacerlo, pero Emily la miró con cara de advertencia y eso la hizo callar. Ella no quería implicar a Jake en todo eso porque su hermana le había dejado bastante claro que casi con seguridad él no era el padre del hijo que esperaba. Además, si tan importante era para él ese trabajo, el hecho de que Emma hablara más de la cuenta no iba a ayudarlo demasiado a mantenerlo. Emily no sabía por qué le importaba tanto que mantuvieran su nombre al margen, porque realmente estaba resentida con él, pero sentía que era lo correcto.

Su padre se enfadó de verdad con Emma por primera vez en su vida. No es que

nunca se hubiera enfadado con alguna de ellas, pero al menos, nunca lo había hecho de esa forma. Su hermana se puso a llorar y eso hizo que se relajase un poco la situación.

– Mañana mismo irás al ginecólogo –sentenció su padre.

– No, no quiero –dijo Emma, sollozando.

– ¡Estás embarazada de cinco meses! Por el amor de Dios, Emma, tienes que empezar a cuidarte.

– Yo puedo acompañarte, si quieres –Emily se ofreció al instante.

– ¡NO! No quiero nada de ti.

Los ojos llorosos de Emma le hicieron saber que su hermana tardaría mucho tiempo en llegar a perdonarla. Le dolió tener esa sensación, pero al menos sabía que había hecho lo mejor para ella.

Por último, su padre trató de descubrir la identidad del padre.

– Emma. Mírame a los ojos. ¿Todo esto tiene algo que ver con el chico que vino a trabajar aquí?

A Emily se le paró el corazón. ¿Cómo es que a su padre se le había ocurrido tal cosa? Emma no contestó, y la intensidad de sus lloros dio a entender más cosas de la cuenta.

– Necesito saberlo, hija. Es un tema muy delicado.

Emma salió corriendo de la habitación y pegó un portazo. Emily se quedó entonces a solas con su padre.

– Papá, no la presiones. Lo está pasando muy mal con todo esto.

– Pero necesito saber si fue él quien la dejó embarazada.

– ¿Por qué? ¿Le echarás de la empresa si fue él?

Su padre la miró con cara de interrogación.

– Sé que ahora trabaja para ti. Lo encontré ayer en el hospital y estuvimos hablando.

– Verás, Emily... Todo este asunto es más grave de lo que parece.

– Yo no creo que Jake sea el padre del bebé, pero me parece que ella cree que sí, y es mejor que no hagas preguntas sobre eso. De verdad, papá. Al menos, no por el momento.

– Pero cariño, ¿cómo va a ser que...?

– No me lo preguntes, por favor. Yo tampoco sé mucho más de lo que Emma te ha contado. Habrá que esperar unos cuantos meses más para que todo esto se aclare.

– Tu hermana me acaba de poner en un compromiso muy importante con ese chico y con su familia.

– Piensa una cosa, papá –dijo Emily, para finalizar–. Si despides a Jake y resulta finalmente ser el padre, ni siquiera podrá hacerse cargo del bebé.

Su padre la miró, pero no dijo nada más. Se tumbó en la cama y le dijo que necesitaba descansar.

Emily salió de su habitación temblando. No tenía ni idea de qué ocurriría con el trabajo de Jake, pero deseaba que su padre no hiciese nada que perjudicase a los Becker. Lo deseaba con todo su corazón, a pesar de todo.

2 JULIO 1987

Era casi la una de la madrugada y Jake estaba sentado en el sofá. Contento, confuso y preocupado a la vez.

Contento porque Derek y Ashley se habían marchado de nuevo a Florida, con su hija Danielle, después del largo mes y medio que pasaron alojados en casa de sus padres esperando que la niña saliese de la incubadora. Y eso suponía que volvía a recuperar su antigua habitación. Además, la convivencia con Ashley no había sido fácil para ningún miembro de la familia, debido a la pequeña depresión post parto que sufría. Pero para Jake había sido todavía peor, pues seguía pensando que ella se le insinuaba cada vez que tenía ocasión.

Confuso por diversas circunstancias, entre ellas el trabajo y las mujeres. Por un lado, su jefe le había puesto en sobre aviso, exigiéndole un rendimiento superior al que ya tenía, a pesar de que ya le parecía que hacía mucho más que otros operarios. Por otro lado, Ashley le había mencionado en varias ocasiones su encuentro con “la otra chica pelirroja” el día de Navidad. Y esa otra chica pelirroja también le tenía confundido. Hacía dos semanas que se había topado con ella a la salida del trabajo. La encontró vestida con ropa deportiva y con el pelo más largo y de su color natural. Él sabía que estaba resentida por el hecho de que no se hubiese acordado de nada los días posteriores a su fugaz encuentro, pero sin embargo, no le montó ningún numerito. Hacía meses que no se veían y pasó por su lado sin levantar apenas la cabeza.

Y por último estaba preocupado. Sus padres habían salido de viaje con previsión para cuatro días, llevándose a Rachel con ellos. Al parecer, había llegado una carta procedente de Carolina del Norte con información sobre la abuela materna de su prima. Ésta, seis años después del trágico accidente, reclamaba poder ver a la niña. Por lo visto tenía una herencia preparada para ella, pues era una de sus pocas descendientes después de la muerte de su hija. Eran buenas noticias para Rachel, ya que suponía contar con el calor de más familia de la que ahora tenía, pero a ella no le había hecho ninguna gracia tener que hacer el precipitado viaje, y por lo tanto, a Jake tampoco. Le resultaba muy extraño que después de tantos años algún familiar se hubiese interesado en ella. ¿Por qué no antes?

Su madre había llamado hacía unas pocas horas con noticias agradables. La abuela de Rachel los había acogido a los tres con mucha hospitalidad y por lo visto trataba a su prima con mucho cariño. La pequeña había tenido también la oportunidad de conocer a sus tíos y a su único primo. Había hablado con ella unos minutos y se sintió muy orgulloso cuando le dijo que estaba deseando volver a casa para ir al parque con él. Actualmente no había nada que le hiciesen más feliz que poder pasar el tiempo con Rachel.

Un traqueteo intenso en la puerta de entrada le sobresaltó. Jake se levantó en silencio, se acercó a la puerta y colocó el cerrojo de seguridad. Abrió, y por el hueco observó a los dos individuos que estaban al otro lado.

Al reconocerlos les dio paso enseguida.

– ¿Se puede saber qué os ha pasado?

Louis iba agarrado a uno de sus amigos porque le costaba caminar. Los dos estaban llenos de magulladuras. Su hermano pequeño tenía el ojo morado y el otro la boca ensangrentada. Jake vociferó el nombre de su hermana para que bajara a atenderlos. Ella no tardó más de un minuto en aparecer con la bata de noche en el umbral superior de la escalera y entonces le ordenó que cogiera su botiquín y que bajase rápidamente.

Jake agarró a su hermano para que el otro chico descansara. Se quejaba de la cadera y le explicó que había sido consecuencia de un golpe contra una pared. Entre los dos jóvenes fueron explicando lo sucedido. Por lo visto habían sido víctimas de un atraco, y

habían opuesto resistencia. Les habían pedido las carteras y todos los objetos de valor, pero Louis se había negado a entregarles nada. Y cuando intentaron huir, les persiguieron.

– ¿Quién ha sido? –preguntó Jake, intuyendo que habían estado metidos en una pelea.

– No lo sé, pero no son de este barrio –contestó Louis.

– ¿Y dónde os han acorralado?

– A no más de tres manzanas de aquí... En la calle Swin.

– ¿Cuántos eran?

– Tres. Bueno, dos mayores que nosotros y un crío que iba con ellos.

Jake fue rápidamente a buscar sus llaves de casa.

– ¿Qué vas a hacer? –Zane le miró, aparentemente asustada.

– Llamad a la policía, indicadles el sitio exacto donde los habéis visto por última vez y contadles lo sucedido, ¿de acuerdo?

No dio tiempo a que nadie le preguntara por sus intenciones. Jake salió de casa y corrió hacia la calle que su hermano había mencionado. Tardó menos de cinco minutos, pero no encontró a nadie por allí. Dio varias vueltas sobre sí mismo tratando de captar algún sonido que se diferenciase del silencio nocturno, pero fue en vano. Lo que sí vio fue una pequeña separación entre dos casas muy viejas que daban lugar a un estrecho callejón. Se acercó y miró hacia el interior, pero la escasa luz de las farolas no le proporcionaba mucho margen de visión. Se adentró un poco y en cuanto se acostumbró a la penumbra comprobó que el espacio era mucho mayor en el interior. Allí había tres personas sentadas en círculo que se correspondían mucho con la descripción de Louis. Dos grandes y uno más pequeño.

De repente, las sirenas de la policía sonaron tras él. Qué rápidos, pensó Jake. Un coche patrulla acababa de llegar y eso le dio ánimos para acercarse a los desconocidos. Éstos, por su parte, se alarmaron al escuchar las sirenas y salieron corriendo. Jake fue tras ellos enseguida.

Saltaron a través de un muro de piedra bastante alto y el más pequeño se quedó abajo pidiendo ayuda a los otros dos, que no parecieron prestarle ni la menor atención durante la huida. Jake lo cogió y le dio la vuelta, apoyándolo fuertemente contra el muro.

No tendría más de doce años y lloriqueaba con un niño de cinco. Presa del pánico, trató de golpear a Jake con las piernas, pero él se mantuvo a una distancia prudencial a pesar de tenerlo sujeto por el cuello.

– ¡Suéltalo!

Uno de los agentes iba corriendo hacia él con la porra en la mano. Jake hizo lo que le ordenaba y el niño salió corriendo hacia la entrada del callejón. Allí se topó con el otro agente y ambos se pusieron de acuerdo para dejarle marchar.

– ¡No! –gritó Jake.

Estaba seguro que el niño sabría muy bien decirles dónde estarían los otros dos, pero los policías no pensaban de ese modo.

– Las manos contra la pared –le ordenó el que tenía más cerca.

– ¿Qué?

– Silencio.

– Oiga, se equivoca. Yo no...

A Jake ni siquiera le dio tiempo a ver el movimiento de la porra acercándose a su cara. El policía le hizo callar violentamente y sentía cómo le ardía la cara. Luego le dio la vuelta y le presionó contra la pared mientras le colocaba las esposas con las muñecas por la

espalda.

– Ahora aprenderás a estarte calladito, ¿a que sí?

Empezó a notar un sabor dulce en la boca. Le sangraba la nariz.

– Regístralo, Lucius.

El otro hombre se acercó y le curioseó en todos los bolsillos. Lo único que encontró fueron sus llaves de casa. Jake estaba seguro de que le habían confundido con uno de los delincuentes, pero decidió permanecer callado por miedo a las consecuencias. El golpe le había dejado muy aturdido y ya ni siquiera sentía la nariz. Tenía que respirar por la boca.

– ¿Dónde la escondes?

Jake no contestó. Estaba mirando hacia abajo viendo como le caían las gotas de sangre al suelo. Tampoco sabía a qué se refería, aunque supuso que estaría buscando algún tipo de arma blanca.

– Déjalo –dijo el otro–. Será mejor que le llevemos a comisaría. Allí podemos sacarle más información.

Se lo llevaron hacia el coche y le empujaron para que subiera en la parte de atrás. Era muy incómodo estar sentado con las manos a la espalda, pero no lo mencionó. El policía que le había registrado le colocó el cinturón de seguridad y luego se puso al volante. El otro hizo de copiloto y estuvo todo el camino sin dejar de insultar a Jake. No le cabía ninguna duda. Le habían confundido por uno de los asaltantes de su hermano.

El trayecto se le hizo bastante corto. Cuando le bajaron del coche reconoció la comisaría de su barrio. Al entrar en la sala de recepción vio a unos cuantos agentes más sentados en algunas de las mesas que habían repartidas por el espacio, sin distribución alguna.

– ¿A quién habéis cazado esta vez, Jimmy? –comentó uno.

– Vaya, chico, eso ha tenido que doler –añadió otro.

– Callaos, gandules –protestó el tal Jimmy.

Le llevaron a una habitación aislada y le ordenaron que se sentara en la única silla. Al parecer, esa era la sala de interrogatorios.

Jake consideró que estaban empezando a tratarle como un verdadero delincuente cuando uno de los dos, el mismo de la porra, empezó a gritarle cosas sin sentido. Le preguntó que dónde tenía guardada la droga y le dijo que, de no mencionarlo, en unas horas pasarían a hacerle un examen de lo más exhaustivo que no iba a resultarle nada agradable. También quería saber quién era el proveedor, y nombres de los demás camellos. En ningún momento le dijo nada de ningún atraco. Y menos de un atraco a dos adolescentes.

Jake no entendía absolutamente nada.

– ¡Habla de una vez, cretino! –vociferó Jimmy.

El compañero, que estaba bastante más sereno, le puso una mano en el hombro para que se relajara. Él se la quitó de encima con un movimiento brusco y luego se dispuso a salir, no sin antes dar una última indicación.

– Lo quiero en el calabozo toda la noche, a ver si así se anima a tener una charla más gratificante por la mañana. Sino, ya sabes lo que hay que hacer.

El agente que quedaba en la sala se acercó hasta él y le tiró del brazo para que se levantara.

– Deberías colaborar un poco –le dijo– Jimmy tiene un pésimo carácter cuando no consigue lo que quiere, y los días en el calabozo se te van a hacer insufribles.

Jake le miró a los ojos. Luego se sorbió la nariz reseca que hacía rato que le había

empezado a escocer.

– Tengo derecho a una llamada, ¿verdad?

– Sí, de un minuto –le respondió el que hacía de poli bueno–. Pero me temo que no tienes derecho a una conversación privada.

– No me importa.

Así pues, aquel tipo acompañó a Jake hasta una pequeña cabina en la cual echó una moneda. En el momento justo que descolgaron al otro lado, empezó la cuenta atrás de los sesenta segundos que le habían otorgado.

– ¿Sí?

– Soy Jake.

– ¡¿Dónde estás?!

– Estoy en la comisaría número veintidós, cerca de casa. Me han detenido.

– ¿Pero qué estás diciendo?

– ¡Calla y escucha! Tenéis que venir aquí a por mí. Necesito que Louis explique qué fue lo que pasó y que pida que le dejen verme para que vean que soy su hermano. Que pregunte por un tal Jimmy.

– Pero, ¡Jake!

– Tengo que colgar, se acabó la llamada. Adiós.

Jake había conseguido decir todo lo que tenía en mente. El agente se quedó mirándole, pero no se relajó a pesar de que lo que había oído.

Él se limitó a encogerse de hombros. No le importaba lo que pensarán en la comisaría sobre él. Tenían derecho a dudar de su inocencia porque le habían encontrado en el lugar de los hechos, acechando a un niño. Pero por culpa de sus precipitadas actuaciones ahora tendría que pasarse unas cuantas horas en el calabozo, habiendo recibido una reprimenda que no se merecía.

Antes de entrar al calabozo, otro de los policías le había restregado por toda la cara un paño mojado para limpiarle la sangre seca de la cara, consiguiendo que la nariz le doliese todavía más. Después, las casi dos horas que pasó allí metido se le hicieron eternas. No le dieron ni tan siquiera un poco de agua y no pudo pensar en nada más que en la cara del que le había hecho el interrogado. Veía su mirada rabiosa en todos los rincones del oscuro y pequeño cuarto en el que le tenían. Después empezó a pensar en Louis, y en la versión de la historia que él le había contado. Encajó los hilos lentamente, hasta que llegó a la conclusión de que el coche patrulla que había aparecido a los pocos minutos de haber llegado al lugar de los hechos, no había sido enviado por la llamada de su hermana. Demasiado rápido. Por no hablar de que lo habían acusado de traficante de drogas. A él. Simplemente por estar dentro de aquel callejón...

Cuando abrieron la puerta la luz del exterior le hizo daño en los ojos. Lo sujetaron entre dos para levantarlo y luego le llevaron de nuevo a la entrada. Zane, Louis y el amigo de éste estaban allí. Su hermana había hecho un buen trabajo con ellos pues se les veía en un estado mucho más saludable.

Jake vio cómo su hermana se llevaba las manos a la boca nada más verle. Louis se mantenía con la cabeza gacha.

– Bien, muchachos, ¿reconocéis al detenido?

– ¡Es mi hermano! –expresó Zane–. Ya se lo he dicho.

Todas las miradas se dirigieron al tal Jimmy.

– ¿Y qué se supone que hacía tu hermano cuando lo encontramos?

– Salió a buscar a los ladrones de Louis y Michael –continuó Zane–. Yo misma les llamé para denunciar el robo.

– El niño al que dejasteis escapar fácilmente estaba con ellos –aclaró Jake, hablando por primera vez–. Yo solo pretendía que me dijese algo al respecto de los que ya habían pasado el muro.

– ¿Y por qué coño saliste a buscarlos por tu cuenta? ¿Quién te has creído que eres? ¿Un superhéroe?

Jake no dijo nada.

– ¿Tienes idea de quiénes eran esos tipos?

– Antes no, pero ahora ya sé lo que les harán y por lo que les preguntarán cuando consigan cogerlos de verdad. Si es que lo consiguen, claro.

Jimmy intentó abalanzarse contra él pero su compañero se interpuso entre ambos.

– Te estás dirigiendo a un agente de policía –le advirtió–. Mide tus palabras si no quieres volver al sitio de donde te hemos sacado.

– ¡No sigas Jake! –le pidió su hermana, desde el otro lado.

Al final Louis y su amigo entraron a uno de los despachos a firmar una declaración y luego le quitaron las esposas a Jake para dejarle marchar.

Cuando llegó a casa y subió a limpiarse al cuarto de baño, empezó a maldecir en voz alta. Llevaba un cardenal enorme que le recorría la cara, empezando por la sien, pasando por el pómulo izquierdo y acabando en el tabique nasal. Le dolía el solo contacto con la yema de los dedos.

Cuando regresó a la planta baja su hermana se ofreció para echarle una pomada, asegurándole que le aliviaría el dolor. Jake se negó. Tomó asiento en la mesa de cocina e invitó a los otros dos a sentarse enfrente de él.

Obedecieron bastante recelosos.

– Cuando queráis, podéis empezar a contarme desde el principio todo lo que ha pasado.

– ¿Otra vez? –dijo Louis.

Jake notó su nerviosismo.

– Lo único que me ha quedado claro de vuestra pobre explicación, es esto –dijo, haciéndose señas a la parte izquierda de la cara–. Y por eso mismo sé que los tipos a los que la policía buscaba, son peligrosos.

– Pues no sé a qué te refieres. A nosotros también nos han pegado duro, ¿sabes?

Jake observó los movimientos del amigo de Louis. Lo había visto últimamente mucho por casa, pero no sabía nada de él.

– Tú. ¿Cómo te llamas?

– Mi... Mi-chael –respondió, tartamudeando.

– Bien, Michael. Cuéntame, si eres tan amable, por qué os han atracado y por qué estabais metidos en ese callejón.

– Yo, nosotros, estábamos allí porque...

– Nos cogieron en la calle y nos metieron en ese lugar –le interrumpió Louis.

– ¡¿Crees que soy estúpido?! –Jake se levantó de la silla golpeando fuertemente la mesa con los puños–. ¡Me han acusado de traficante de drogas!

– Nosotros no tomamos drogas, lo prometo –dijo Michael, temblando de los nervios.

Louis bajó la cabeza y se quedó callado. Jake no podía apartar la mirada de él. No

podía creer que su hermano estuviese metido en asuntos de droga.

– ¿Habéis estado haciendo contrabando verdad? –continuó–. ¡Contéstame Louis!

Su amigo se había echado a llorar, casi tan fuerte como el niño al que había pillado en el callejón.

– ¡Si lo sabes no preguntes!

– Mírame a la cara, Louis. ¡Mírame!

Jake estaba muy alterado, más que por el tema de las drogas, por la actitud de su hermano pequeño.

– Escúchame bien –continuó–. Me he jugado el cuello por vosotros dos por una mentira.

– Yo no te pedí que fueras por ahí haciendo el papel de hermano mayor. De hecho, y muy seguramente, nos has hecho quedar como unos pringaos. A saber con qué cara nos presentamos ahora para...

– ¿Para qué? ¿Me estás insinuando que vas a volver a hacer de camello?

– ¡No tenemos otra opción!

– ¿Pero te estás escuchando? Acabas de confirmarme que habéis pasado droga, que os han pegado una paliza por algo relacionado con eso ¿y ahora me dices en la cara que vas a volver a hacerlo?

– Solo intentamos ahorrar para pagar la matrícula de... -intentó decir el amigo.

– ¡Cállate, idiota!

Louis interrumpió a Michael y eso llamó la atención de Jake.

– ¿Qué pensabais pagar con ese dinero? ¿Eh?

– No es asunto tuyo.

– Te equivocas. Sí es asunto mío. Te recuerdo que a pesar de estar todos muy capacitados para hacerlo, soy el único de esta casa que está trabajando actualmente, para que ni a ti ni a nadie le falte de nada.

– Y yo trabajo por mi cuenta –admitió Louis–. No consumo, pero pasar la droga me da beneficios.

– Ah, entiendo. Beneficios para ti solo, ¿no? ¿O acaso pensabas llegar un día a casa con un montón de dinero y no dar explicaciones sobre de dónde lo habías sacado?

– ¡Es la única manera de poder entrar en la escuela de teatro! Soy consciente de que ni tú ni papá me pagaríais una cosa así habiendo otras cosas públicas que poder estudiar. Pero yo también quiero poder elegir, como Derek, y hacer lo que a mí me gusta.

– Pues haber estudiado más para conseguir una beca –dijo Jake, molesto, y repitiendo las mismas palabras que su hermano le había dicho a él meses atrás.

– ¡No es cuestión de estudiar!

– ¿Y desde cuándo te gusta el teatro, si puede saberse? No me jodas que ahora resulta que quieres ser actor.

Louis se levantó y subió a su habitación. Michael le siguió y Jake resopló, enfadado a la vez que cansado.

– Esto no va a quedar así, ¿me oyes?

En menos de dos horas tenía que irse a trabajar y todavía no había pegado ojo.

– ¿Tú sabías eso de que quería estudiar teatro?

Su hermana asintió con la cabeza.

– ¿Y papá y mamá?

– Solo lo sabemos mamá y yo, al igual que sabemos que no podemos permitirnoslo.

No le culpo por lo que ha hecho, y tú tampoco deberías hacerlo.

Su humor iba de mal en peor. Ahora resultaba que ni él, ni su hermano, ni su padre tenían idea de las intenciones de Louis para el próximo año. Jake tampoco tenía ni idea de lo que costaba una matrícula de una academia de teatro, pero desde luego, si costaba dinero, no disponían de recursos económicos suficientes, eso seguro.

Decidió pasar lo que quedaba de noche despierto. Dejó que Zane le pusiera la crema que le había recomendado y luego se quedó sentado en una silla, reflexionando. Se quedó dormido sin quererlo encima de la mesa, y fue su hermana precisamente la que le despertó tiempo después y le ofreció el desayuno.

Iba a ser un día duro en el trabajo después de todo lo sucedido.

3 JULIO 1987

Arabia estaba de nuevo en casa de los Becker, y se quedaba a dormir. Hacía varios meses que no lo hacía y la salida de viaje de los padres de su mejor amiga, habían incentivado que estuviese de vuelta. Zane le había insistido mucho.

Ambas habían llegado de la universidad hacía unas horas y estaban recogiendo los platos de la cena. Vio a su amiga guardar un plato con un poco de todo lo que había sobrado. Jake se había retrasado y seguramente llegaría con unas ganas terribles de comer algo antes de acostarse.

Louis, el menor de todos los hermanos, empezó a subir por las escaleras haciendo un gran esfuerzo.

– No subas todavía, Louis. Aun tengo que volverte a desinfectar la herida –le dijo Zane.

– Ya estoy bien. No necesito tantos cuidados.

El chico continuó subiendo lentamente.

– Se empieza a parecer a Jake –comentó su amiga, por lo bajo.

– ¿Y eso es bueno o malo?

– La verdad es que no lo sé.

Justo entonces se abrió la puerta. Jake apareció con la ropa de trabajo todavía puesta y su bolsa de deporte colgada al hombro. Cuando caminó hacia ellas, Arabia se quedó estupefacta. Zane le había dicho lo fea que tenía la herida de la cara, pero jamás se la habría imaginado así. Tenía toda la zona superior del pómulos izquierdo bastante amoratada, y también el tabique de la nariz.

– Tienes la cara mucho peor que esta mañana –puntualizó Zane.

– Ya me he dado cuenta. Me duele hasta pestañear.

– Deberías ir a que te lo mire un buen profesional –le sugirió Arabia.

– Solo me apetece comer algo y tirarme en la cama. Mañana pienso dormir todo el día...

Zane sacó de la nevera el plato que hacía escasos minutos acababa de guardar.

– Pero mañana es sábado. Tendrás que ir a trabajar, ¿no? –dijo, mientras dejaba el plato frente a él.

– Wathson me ha dado el día libre a cambio de todas las horas extra que me he

pasado hoy en la fábrica –Jake empezó a pichar con el tenedor sobre el plato que tenía delante–. ¿Ha llamado mamá? ¿Sabes cuándo llegarán?

– Me llamó esta mañana y me dijo que llegarían pasada la media noche. Han decidido hacer turnos para dormir en el asiento del copiloto y así llegar antes a casa sin tener que parar en ningún hostal.

Jake se limitó a asentir con la cabeza y ya no les prestó más atención.

Zane y ella subieron a la buhardilla a continuar estudiando. Ambas estaban nerviosas por la última semana de exámenes, y es que era algo primordial. En dos días, si aprobaban el último examen, habrían concluido su segundo año en la facultad de enfermería.

Arabia recordó entonces el primer año de carrera, y los dos previos a ella. Revivió todos los momentos que había pasado desde entonces, unos mejores que otros. Zane era la única que había estado siempre a su lado, pues el resto de compañeras eran para ella un tanto amigas de conveniencia. Zane no pensaba igual, por supuesto, pero era solo porque su buena voluntad le impedía ver la maldad de la gente.

Admiraba esa virtud de su mejor amiga.

– Zane.

– ¿Sí?

– Quiero darte las gracias por todos estos años.

– ¿Pero qué dices?

– Te lo digo en serio. Sin ti y sin tu familia no sé que habría sido de mí. No te haces una idea de cuánto os estoy agradecida.

– ¿Te estás poniendo ñoña? Esto sí que no me lo esperaba de ti..

– No te burles, flacucha. Sabes lo mucho que te quiero, aunque nunca te lo diga.

Zane la abrazó fuerte e impulsivamente.

– Espero que el día que tengas novio no desaparezcas de nuestras vidas.

– ¿Por qué iba a hacer eso?

La pregunta la había dejado anonadada.

– Es lo que se suele pasar... ¿No te acuerdas de lo que pasó con Amy y Sussane? Tan inseparables que eran y ahora ya, cada una por su lado, con sus respectivas parejas. No me gustaría que eso nos pasara.

– No digas tonterías. Nosotras no somos ni de lejos como ellas. Tú eres realmente como una hermana para mí, y no existirá nunca nada que valore más que a ti y a tu familia.

– Creo que nos valoras tú más de lo que nos valoramos a nosotros mismos.

– No. Es solo que lo veo desde un punto de vista diferente ¿A que si le pasase algo a cualquiera de tus hermanos te pondrías hecha una furia?

– Supongo que sí.

– ¿Y a qué saldrías a defender a cualquiera de los tuyos si fuese necesario?

– Ari, no todos somos tan valientes como tú y como Jake –hicieron una pausa, y como Arabia no supo que decir al respecto, Zane continuó–. Hay muchos tipos de personas. Mi hermano, por ejemplo, es de los que defienden lo suyo hasta el límite, aunque nunca piense en las consecuencias. Actúa y ya está. Deberías haber visto cómo salió anoche de casa en busca de esos ladrones y sabiendo que le triplicaban en número. A mí no se me habría ocurrido nunca hacer semejante cosa, y tampoco creo que Derek lo hubiese hecho. Mi padre, tal vez... ¿Tú habrías salido a buscar a esos tipos?

– No lo sé, Zane –respondió Arabia, con sinceridad–. Nunca me he visto en una situación así, pero creo con firmeza que si algún día tengo que defender algo o alguien a

quien quiero, no dudaré en hacerlo.

– Ojalá fuera yo tan decidida como tú.

Arabia se echó a reír ante el comentario.

– ¡Pues ojalá fuese yo solo la mitad de buena de lo que tú eres! –le dijo después de la sonora carcajada.

– Nos compensamos la una con la otra, ¿no crees?

– Pues claro. Es lo que siempre he creído. ¡Somos como el yin y el yang!

– ¿Sabes de lo que me estoy acordando?

– ¿De qué? –quiso saber Arabia

– De aquella vez que nos mandaron hacer una reflexión filosófica sobre qué era la vida para nosotros.

– ¿Y a qué viene eso ahora?

– ¿Recuerdas lo que redactaste?

– No estoy segura.

– “Una oportunidad”, eso fue lo que escribiste en la hoja. Yo me pasé toda la tarde intentando poner algo coherente y no sabes la envidia que sentí cuando te llamé por teléfono y me dijiste lo que habías pensado.

Arabia iba a continuar con la conversación comentando otra de las experiencias pasadas pero de repente escucharon un golpe en el piso de abajo. Se incorporaron de las respectivas sillas y se pusieron alerta. Escucharon después los golpes apresurados de los pies de alguien subiendo por las escaleras de la buhardilla. La puerta se abrió de par en par y Jake apareció de sopetón en la habitación.

– ¡¿Estáis bien?! –exclamó.

Su voz sonó retumbante debido al silencio de la noche.

– ¿Qué ocurre? –preguntó Zane.

Jake tomó una gran bocanada de aire y la expulsó lentamente. El pecho se le hinchaba y deshinchaba a mucha velocidad y Arabia se fijó en su aspecto a pesar de que la única luz de la estancia era la de los flexos. Iba con unos pantalones largos de chándal, de color azul oscuro y con dos rayas blancas en cada lado. En la parte superior no llevaba nada puesto. Hacía tanto tiempo que había dejado de vivir con los Becker que se sorprendió del cambio de musculatura de Jake. Ahora su volumen había aumentado ligeramente y sus músculos se asentaban de una forma más homogénea. Sin duda, el trabajo que realizada en la fábrica lo estaba moldeando, y para bien.

Se ruborizó cuando Jake la miró a los ojos, pero por suerte, con tanta oscuridad, era imposible detectar el enrojecimiento de sus mejillas.

– Jake, habla de una vez –protestó Zane.

– Lo siento. Estaba dormido y he sentido un palpito del mal augurio. Creía que algo andaba mal y tenía que venir a comprobarlo.

– ¿Has tenido una premonición? –le preguntó Arabia, extrañada.

– Habrá sido una pesadilla –sugirió Zane.

Jake volvió a mirarla y Arabia sintió que debía tratarse de todo menos de una pesadilla. Se notaba que estaba muy asustado.

– Sí, supongo que sí... –dijo-. Intentaré volverme a dormir. Si necesitáis cualquier cosa ya sabéis...

– Sí, pesado –le cortó Zane-. Estaremos bien, no te preocupes.

Él cerró la puerta dubitativo y luego la habitación volvió a quedarse completamente en silencio.

Su amiga suspiró.

– Pobre. Seguro que después de lo de Louis se pasará un montón de tiempo pensando en cosas malas que puedan sucedernos. Creo que, a pesar de que ya somos mayores, nunca va a despojarse de la responsabilidad de cuidar de nosotros, como cuando éramos pequeños. Estoy deseando que vuelvan mis padres para que todo vuelva a la normalidad.

– Yo daría lo que fuera por tener a alguien así, siempre protegiéndome y preocupándose por mí –confesó Arabia.

– No seas boba. Jake también cuidará siempre de ti. Estoy segura de que te considera como una hermana.

Zane no hizo ningún comentario más y decidieron que ya era hora de irse a dormir, de lo contrario no podrían madrugar al día siguiente para continuar estudiando.

Su amiga no tardó en quedarse dormida, pero Arabia se quedó mucho rato dándole vueltas a aquella última afirmación: “Estoy segura de que te considera como una hermana”. No sabía si alegrarse o entristecerse. Se quedó con la segunda opción, pues dándole vueltas a todo lo que habían pasado juntos, era lo más lógico.

El tiempo que habían pasado viviendo juntos había estado lleno de continuas peleas, y eso Arabia lo comparó con el resto de peleas que Jake solía tener con sus hermanos. Después, cuando decidió independizarse, Jake le hacía visitas inesperadas para hablarle de cosas relacionadas con su familia, tal y como si fuera una hermana a la que podía contarle sus problemas. También acudía a la cafetería donde trabajaba y, a pesar de parecer visitas menos familiares, al final la conversación que mantenían rompía todas las ilusiones que Arabia se hacía respecto a si Jake tenía intenciones menos cordiales con ella. Y lo peor de todo es que ni siquiera ella sabía lo que sentía hacia él.

Desde el principio de los tiempos lo había considerado un auténtico hipócrita que no miraba por nadie más que por él. Pero qué equivocada había estado... A pesar de aparentarlo, Jake era de todo menos hipócrita, al menos en relación a su familia.

Más tarde se dio cuenta de que era una persona sensible, a la que le costaba demasiado exteriorizar sus sentimientos. En esa época era cuando se había empezado a interesar más por él. Pero la cosa cambió cuando Arabia empezó a saber de sus relaciones con otras chicas. Eso la había escandalizado, o mejor dicho, horrorizado. Sabía que en la sociedad en la que vivían no estaba mal visto que alguien intimase con más de una persona, incluso cuantos más, mejor. Pero ella creía todavía en el príncipe azul que viviría por y para ella durante el resto de su vida.

A día de hoy su opinión respecto a ese pensamiento había cambiado un tanto, pues tras descartar a Jake, ya no conocía a nadie más del sexo opuesto capaz de encajar en su descripción de hombre perfecto. Y por eso había llegado a la conclusión de que mejor sola que mal acompañada.

Sin embargo, ahora las cosas habían vuelto a cambiar. Jake había demostrado ser un buen hombre. Había dejado los estudios para mantener a su familia. Antes de eso ya había sacrificado su deporte favorito para hacer algunas horas extra, y más antes todavía, se había encargado de sus hermanos y su prima pequeña cuando no había nadie más disponible para poder hacerlo. Arabia estaba segura de que algún día sus hermanos se darían cuenta de lo mucho que había hecho por ellos. Y su prima crecería pensando que Jake había sido como un padre para ella.

Y por otro lado, estaba su gran atractivo físico. Ese tema era algo que ella siempre había tratado de evitar, pero tras volver a verlo hoy, desnudo de cintura para arriba, había

sentido algo en su interior que jamás antes había sentido con ninguna otra persona. Empezaba a entender, solo con imaginárselo de nuevo de pie en la puerta de la habitación, esa sensación de mariposas en el estómago que todo el mundo describía cuando estaba enamorado. Su tez morena, su espalda ancha y sus ojos azul oscuro eran los rasgos que más le atraían de él. Se preguntó con cuántas chicas realmente habría estado, aunque prefirió no imaginar lo que habrían hecho en la intimidad.

De momento, que ella supiese, solamente podía contabilizar a la chica con la que le vieron llegar una noche a altas horas de la madrugada, procedente del Dix76; a la pelirroja de la noche de la discoteca que no podía quitarse de la cabeza; a Miranda y a Ashley. Con ellas no había ninguna duda. Jake le había dicho que Ashley había sido su única novia, pero fuera de las relaciones formales podía haber tenido muchas otras, como ya había visto y deducido.

Arabia no supo cuanto tiempo pasó exactamente pensando en todo. Pero sí supo que algo la había despertado, sobresaltándola.

Acababan de llamar al timbre de la casa, y lo seguían haciendo una y otra vez. Zane también se despertó y encendió rápidamente la luz.

– Dios mío –dijo.

– ¿Qué sucede?

– No lo sé, pero están llamando igual que la noche anterior, cuando llegó Louis.

Volvieron a escuchar pisadas apresuradas en el piso intermedio. Ambas se levantaron rápidamente de la cama y enseguida bajaron por la escalera de caracol. Luego corrieron hacia la otra escalera que llegaba a la planta baja. Pero antes de poner el pie en el primer escalón, se quedaron petrificadas.

Arabia observó la escena que había frente a ella, justo en el rellano de la planta baja. Jake estaba en la puerta, de espaldas a ellas, hablando con dos agentes de la policía nacional. Uno de ellos le entregó un osito de peluche rosa medio chamuscado. Después ese mismo agente le puso una mano en el hombro y él se limitó a agachar la cabeza. Observó a Zane.

Su amiga estaba agazapada tras ella con los ojos todavía medio cerrados. No sabía si estaban pensando lo mismo, pero dedujo que sí cuando se puso las manos en la boca y los ojos le empezaron a brillar. Y lo hizo porque Jake se había vuelto sobre sí mismo y miraba ahora en dirección hacia ellas.

Arabia nunca había visto una expresión como esa. El rostro de Jake expresaba mucho más de lo que había expresado durante toda su vida, y su mirada estaba vacía y descompuesta. Ella no sabía qué hacer. Cogió a Zane justo en el momento en que se echaba a llorar para que no se cayese al suelo por la conmoción, mientras observaba como Jake deslizaba su espalda por la pared hasta quedarse sentado en el suelo, con el osito de peluche entre las manos. No dejaba de mirarlo.

Louis salió entonces de su habitación y se encontró frente a la escena del caos. El joven no entendió nada de lo que sucedía hasta que observó a sus hermanos con detenimiento.

Arabia, nunca antes, en toda su vida, había sentido tanta pena.

24 JULIO 1987

Desde su último encuentro con Derek en el hospital, Emily no había podido dejar de pensar en él y en sus extrañas y fortuitas apariciones. Todo, absolutamente todo lo que había pasado en torno a ellos dos, le parecía demasiada casualidad. El que su hermano hubiese tenido que trabajar en su jardín, el encuentro de la biblioteca, que apareciese en su confitería y que hubiesen coincidido a la misma hora en la misma sala del hospital. Por no hablar de que sus padres trabajasen en el mismo lugar. Todo eran coincidencias, o serendipias, como a ella le gustaba llamarlo.

Hacía ya más dos meses que no sabía nada de él y le resultaba angustioso. No era propio de ella interesarse por alguien que tenía pareja, y además una hija, pero le era inevitable. Ese café que nunca habían tomado le hizo plantearse las cosas de una forma diferente y es que, ahora pensaba y no sin razón, que la vida le brindaba siempre muchas más oportunidades de las que ella aceptaba por ese miedo incoherente que tenía hacia todo lo desconocido. Su prudencia la había convertido en una persona increíblemente desconfiada.

No solía actuar sin pensar, pero esa tarde de viernes salió de su apartamento muy decidida hacia la fábrica que dirigía, entre otros, su propio padre. El tiempo era soleado y bastante caluroso así que pedaleaba con unos shorts vaqueros, una camiseta de tirantes color verde claro, y unas sandalias de diseño que le habían regalado por Navidad. A pesar del calor, la velocidad que mantenía le permitía sentir el aire en la cara y el aroma del clima veraniego. Lo único que no le gustaba de esa época del año eran las abejas, que cada dos por tres aparecían en su camino, sobre todo cuando se dirigía por la gran avenida de Valley Street hacia casa de su padre.

Su destino hoy era otro muy distinto. Como vivía en las afueras de la ciudad, la fábrica Wathson no quedaba demasiado lejos. Cuando llegó tan cerca como para visualizar la gran fachada, todavía no eran ni las cinco de la tarde. Había calculado muy bien su hora de llegada, antes de la salida de todos los trabajadores.

Amarró su bicicleta a un poste próximo a la entrada con una cadena plateada que se había comprado meses atrás. Cuando pasó caminando por entre los coches que esperaban a sus dueños en el aparcamiento, vio a una chica apoyada en uno de los vehículos, concretamente, en un Ford Escort azul oscuro, aparentemente nuevo.

Llevaba el pelo recogido en una trenza ladeada y su piel era algo más oscura que la de ella, según lo distinguió a través de su nuca. Recordó a la única vez que había coincidido con ella, en una cafetería, y creyó recordar que se llamaba Arabia. Un nombre muy curioso teniendo en cuenta su posible procedencia musulmana.

Al pasar por su lado la miró, y ella le devolvió la mirada. Estaba de brazos cruzados, y muy seria. Emily hizo ademán de continuar caminando, pero se quedó con la pierna en alto y el paso a medio dar. Volvió entonces hacia la joven.

– Hola –dijo–. ¿Te acuerdas de mí?

– La chica del zumo de melocotón que se fue sin pagar –respondió ella. Emily se quedó boquiabierta. No podía creer que la recordase por ese pequeño detalle que pasó por alto–. Estaba bromeando –continuó–. Por supuesto que me acuerdo, aunque debo reconocer que he dudado.

– ¿Por qué?

– Porque tienes una hermana gemela, supongo.

Emily asintió, más tranquila.

– Siento lo que pasó ese día. Mi hermana...

– No te disculpes por ella –le interrumpió–. Yo tampoco actué con demasiada condescendencia.

– En ese caso, lo pasado, pasado, ¿no?

Se quedaron calladas un corto rato. Emily no estaba segura de formular la siguiente pregunta.

– ¿Te importa si te hago compañía? No quiero esperar sola hasta que salgan todos esos hombretones.

– No, no me importa. Sé por experiencia propia lo desagradable que es estar aquí sola y ver como todos pasan mirando y pensando para sus adentros “¡carne fresca!”

Las dos se echaron a reír.

– Entonces, ¿esperas siempre aquí?

– Desde hace dos semanas, sí. Sin embargo, es la primera vez que te veo por aquí.

– Nunca he estado por esta parte –empezó a explicarle Emily–. Las pocas veces que he entrado lo he hecho por la parte de atrás, la entrada oficial. Mi padre es uno de los responsables de sección.

– ¿De qué sección, si no es mucho entrometerme?

– La de montaje y soldadura.

– ¿Estás aquí por Jake?

La pregunta la pilló desprevenida. Eso sí le pareció entrometerse, y mucho. ¿Qué sabía esa chica sobre Jake y sobre ella?

– No te lo tomes a mal –continuó, explicándose–. Yo también le estoy esperando.

– ¿Estamos hablando de la misma persona?

Emily estaba cada vez más confusa.

– Sí, si hablamos de Jake Becker.

– ¿Y cómo has sabido que venía por él?

– He supuesto que os conocíais porque una vez os vi hablando juntos, y porque trabaja en esa sección.

Emily tenía la sensación de que aquella chica asimilaba la información mucho más rápido que ella misma, a pesar de que consideraba eso como una de sus mejores virtudes.

– Supongo que vienes porque querrás saber cómo está, después de todo, pero sería mucho mejor si no mencionases nada al respecto.

– ¿Le ha pasado algo?

– ¿Puedo preguntarte, antes de responder a eso, de qué le conoces?

Arabia la miraba de un modo muy interrogante.

– Nos conocimos porque estuvo trabajando en el jardín de mi casa una temporada.

– ¿Eso quiere decir que fuiste tú la que le pintó la camioneta?

– ¿Cómo? ¡No! Esa fue mi hermana.

Esa respuesta pareció dejarla bastante extrañada. Emily se preguntó porque ella sabía tantas cosas de Jake.

– ¿De qué le conoces tú?

Le dio la sensación de estaban manteniendo una conversación amigable, pero un tanto recelosas.

– Solo soy la mejor amiga de su hermana –respondió Arabia, encogiéndose de hombros–. Y vivo con ellos.

– ¿Me vas a decir entonces qué es lo que no debo de mencionarle?

– Sus padres y su prima tuvieron un accidente de coche la madrugada del pasado día tres. No hubo supervivientes.

Notó en sí misma cómo se le abrieron los ojos de par en par al recibir la información. Era una noticia demasiado drástica para asimilarla a la ligera.

Emily vio como Arabia bajaba la cabeza y se quedaba mirando al suelo. Por lo visto, a ella también le afectaba mucho lo sucedido.

– Pero, ¿cómo...?

– Por favor, no me preguntes los detalles. Si te lo he contado es porque tal vez le notes diferente, y es mejor que no le preguntes el porqué de su aspecto.

Decidió darle un margen antes de seguir hablando, y así mientras tanto, digerir lo que acababa de escuchar.

– Lo siento mucho –dijo, al cabo de un rato, pensando sobre todo en la niña pequeña con la que había compartido unos minutos en la sala de las máquinas expendedoras–. Lo cierto es que no sabía nada. Solo venía a preguntarle por su hermano, y por su hija. Lo último que supe es que estaría en la incubadora por un tiempo.

– Derek está en Florida. En cuanto le dieron el alta al bebé regresaron allí. Hace más o menos un mes.

– ¿Sabes cómo la llamaron?

– Danielle.

– Qué bonito.

Volvieron a quedarse calladas. Emily no tenía ni idea de cómo abordar aquel asunto. Era una conversación bastante complicada.

– Bueno, solo espero que Jake, Derek y toda su familia estén bien y lo superen lo antes posible –dijo, intentando dar ánimos a una familia que no conocía–. Yo también perdí a mi madre hace unos años. Murió de cáncer.

– La mía también.

Las miradas de las dos se clavaron la una en la otra con una rapidez abismal. Emily no quería recoger ninguna otra coincidencia más en su cabeza, pero le llegaban sin quererlo. La madre de esa chica había fallecido por lo mismo que la suya, y ambas conocían a Jake. Tenían información que las conectaban de una forma u otra.

– Todo esto es muy curioso, aunque no suene muy agradable.

– Es de locos –opinó Arabia–. Sin embargo, el día que te vi en el Purist Coffee tuve la sensación de que no sería la última vez que nos encontraríamos. Mi instinto no ha fallado.

– A mí me pareciste una chica muy diferente, y eso me llamó la atención. Sobre todo por cómo te dirijiste a Emma. Así, sin tapujos –Emily recordó fugazmente aquel encuentro–. Sin embargo, nunca habría imaginado que hubieses podido tener relación con Jake y sus hermanos.

– Y ahora estamos las dos aquí, esperándole.

Se pusieron a hablar un poco más animadamente después de todo lo que se habían contado. La chica le caía bien y le parecía bastante sincera. A Emily le gustaba la gente transparente, y sin duda, ella lo era. Le contó que acababa de terminar el segundo año en la facultad de enfermería, pero que no había acudido a la ceremonia de fin de curso. Al explicar el porqué volvieron al tema del accidente. La hermana de Jake estudiaba con ella y, debido a lo ocurrido, no había podido presentarse al último examen. Estaba tan hecha polvo que había caído en una especie de depresión y se pasaba los días como alma en pena sin salir siquiera de su habitación.

– Estamos todos bastante preocupados por ella, y es por eso que me he mudado a su casa. Supongo que soy la única que puede hacer frente a la situación, al menos hasta que Derek regrese.

– ¿Regresará?

Emily sintió una pizca de ilusión.

– Eso espero.

– ¿Y Jake? ¿Cómo está él?

– Peor de lo que aparenta, estoy segura. El lunes después del accidente fue a trabajar como si nada hubiera pasado. Ni siquiera pidió unos días libres. Se ha refugiado en una especie de coraza para protegerse de sí mismo. No habla con nadie, y se ha vuelto todavía más sombrío de lo que ya era. Por eso te avisaba de que no es ni de lejos el Jake que tal vez recuerdes. Si vas a quedarte a esperar, debes estar preparada para asimilar eso. Aunque tal vez, le alegre verte.

– ¿Por qué dices eso?

– Creo que le gustas.

– ¿Yo? ¿Gustarle? Pero si...

– Se acostó con tu hermana, imagino que también lo sabes. Pero no importa. El día que os vi charlando juntos, vi también cómo te miraba. Al principio me pareció repugnante porque ya sabía lo de tu hermana, pero ahora lo veo desde un punto de vista muy diferente.

– ¿Por qué?

– Porque hace solo unos días, y por primera vez en toda mi vida, he sentido lo que es estar enamorada.

– Te has enamorado de él, ¿verdad?

Emily empezaba a darse cuenta de algunas cosas, por fin.

– Eso ahora no importa. No es algo que pueda exteriorizar dada la situación en la que nos encontramos –Las palabras de Arabia eran como los de una persona mucho más adulta, aunque ni siquiera sabía con exactitud los años que tenía–. Estoy ante una situación complicada, como Derek. No sé si sabrás que él no está enamorado de Ashley, la madre de su hija, pero ha aceptado su compromiso como padre porque es lo justo para la pequeña Danielle. A veces tenemos que tomar decisiones que no deseamos con el corazón, por el bien común.

Los hombres de la fábrica habían empezado a salir y Emily los observaba mientras trataba de retener y ordenar la información en su cabeza. Había pasado casi un año entero en busca de las cuatro aptitudes para completar la pureza de alma, y ahora entendía que una sola persona no podía acoger en sí mismo todas ellas. Cada ser, era diferente respecto a otro, por eso las personas se compenetraban. De lo que uno carece, se lo aporta otro, en diferentes lugares del mundo y en diferentes situaciones. Ahora lo veía todo mucho más nítido.

Hacía días que tenía claro quiénes se correspondían con prudencia, fortaleza y justicia. Y acababa de encontrar a la virtud que hasta el momento se le había ido de las manos. La templanza. ¿Serían ellos los tres pilares básicos que Emily necesitaba en su vida?

Estaba tan segura de que no se equivocaba con sus averiguaciones que sus ojos empezaron a brillar de alegría.

– ¿Te ocurre algo?

Era de esperar que Arabia la mirase extrañada. Lo que le estaba contando no era como para ponerse contenta.

– Es mucho más difícil de lo que parece si trato de explicártelo.

– ¿En serio?

Alguien las acababa de interrumpir.

Jake estaba plantado justo detrás de ella. Arabia llevaba razón, estaba mucho más sombrío que de costumbre y su mirada era todavía más inexpresiva, si cabía. Además de eso y por si fuera poco, tenía restos de un cardenal alrededor del tabique nasal, de un aspecto terrible.

Sus palabras la sucumbieron como una fuerte patada, pues recordaba que él le había dicho esas mismas palabras en el hospital, cuando hablaron sobre el infarto de su padre.

– Acepto la derrota. No era exactamente eso lo que quería decir –confesó Emily.

– Tranquila, era solo una táctica –continuó Jake, restándole importancia–. Lo aprendí de ella.

Jake y Arabia se miraron y asintieron respectivamente. Sin embargo, no sonrieron, ni dieron muestras de afectividad.

– Se me hace raro verte por aquí.

– Pues ha venido a verte –intervino Arabia.

Él hizo un gesto bastante irónico con la expresión de su cara.

– Lo cierto es que sí –Emily escogió las palabras antes de soltarlas por la boca, evitando mencionar nada del accidente, tal y como aquella chica le había dicho–. Quería preguntarte qué tal estaba la hija de tu hermano, para ver si se había recuperado bien y todo eso. No sé nada desde la última vez que nos vimos en el hospital y...

– No continúes.

– ¿Cómo?

– Si lo que querías era preguntarme por Derek, lo siento, pero ahora no me apetece hablarte de él. Vámonos Ari.

Y dicho lo cual, se montó en el asiento del copiloto sin añadir nada más.

Emily notó cierta compasión en la mirada de Arabia antes de dirigirse hacia el coche.

– ¿Te importaría encontrarte conmigo más tarde? –le preguntó Emily, haciéndola girarse de nuevo.

– ¿Quieres quedar conmigo? ¿Por qué?

– Quiero enseñarte una cosa. Creo que te resultará interesante –No pareció convencerla con ese argumento–. Es sobre todos nosotros y es importante, por favor...

– Está bien. Nos vemos en el Purist Coffee dentro de una hora.

– ¡Gracias!

– Y otra cosa.

– ¿Sí?

– No le tengas en cuenta lo de antes... –añadió refiriéndose a Jake–, ni tampoco cualquier cosa que te diga si vuelves a encontrarte con él. Está muy resentido, eso es todo. Emily asintió, y se despidieron.

Tal y como habían previsto, una hora después se encontraron en la cafetería acordada. Emily llegó con un montón de papeles y un cuaderno con anotaciones.

Estaban solas.

– ¿Se supone que lo que vas a contarme está apuntado ahí?

– Llevo casi un año recopilando información, aunque no hay demasiada que pueda

ofrecerte porque los estudios sobre ello son bastante limitados.

– ¿Y de qué trata?

– De las virtudes cardinales de Platón.

Muy despacio, Emily comenzó a explicarle el contenido de la teoría platoniana, según su libro “La República”. Luego le mostró una hoja impresa con cuatro descripciones. “La PRUDENCIA es la virtud de actuar de forma justa, adecuada y con cautela, comunicándose con los demás por medio de un lenguaje claro, literal, cauteloso y adecuado, es decir, actuar respetando los sentimientos, la vida y las libertades de las demás personas. FORTALEZA es la virtud de vencer el temor y huir de la temeridad. La fortaleza asegura la firmeza en las dificultades de la constancia en la búsqueda del bien, llegando incluso a la capacidad de aceptar el eventual sacrificio de la propia vida por una causa justa. La virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados y compartidos, es la TEMPLANZA. Asegura a su vez el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar para seguir la pasión de su corazón. Por último, existe la virtud de la JUSTICIA. Ésta se refiere a que se ha de dar al prójimo lo que es debido, con equidad respecto a los individuos y al bien común” Cuando acabó de leer y la volvió a mirar de frente, Emily añadió:

– La prudencia viene del ejercicio de la razón, la fortaleza de ejercer las emociones, la templanza de dejar que la razón anule los deseos, y de todas estas viene la justicia, un estado en el que cada elemento de la mente está de acuerdo con los otros.

– Creo que lo he entendido –dijo Arabia, después de todo. Emily sonrió ensanchando muchísimo la mandíbula–. Crees que esas virtudes corresponden a Derek, por la justicia; a Jake, por la fortaleza; y a ti y a tu hermana por...

– No, no, no. A mi hermana no.

– ¿Entonces?

– Yo soy la prudencia, y tú eres la cuarta virtud. Tú eres la templanza.

Emily lo tenía tan claro que le resultaba hasta obvio.

– ¿Por qué lo crees?

– Lo he sabido enseguida cuando me has dicho que tus sentimientos no importaban dada la situación en la que te encontrabas.

– ¿Te das cuenta de que todo esto es una locura?

– ¡De locos! ¡Tú misma lo dijiste!

– Sí, pero... ¿Qué se consigue con todo esto?

– La pureza del alma –Emily miró a Arabia, que seguía mirándola con perplejidad. Luego añadió algo más--. Tengo una última cosa que añadir sobre esta teoría. Se me ha ocurrido hoy mismo.

– ¿Y cuál es?

– Creo que el Amor es el que nos mueve a realizar esas virtudes, el amor por uno mismo y por los demás.

La chica que tenía delante se quedó un buen rato pensativa.

– Creo que todo esto es demasiada casualidad.

– Cuando las casualidades son demasiadas, yo lo llamo de otro modo –dijo Emily–. ¿Crees en el destino, Ari?

– A veces sí, a veces no. Depende. Lo que sí creo es que todos tenemos una misión en la vida.

– O una virtud que llevar a cabo.
– Pero las personas tienen más de una virtud, y además, existen muchas otras virtudes que no son las que cuenta tu filósofo. Por no hablar de que habrá muchas otras personas en el mundo que con esas mismas que tú crees que nosotros tenemos.
– ¿Que yo creo? ¿A ti no te lo parece?
– Para empezar, apenas te conozco. ¿Cómo podría estar segura de considerarte Prudencia?
– En eso tienes razón, pero de no ser por mi prudencia, tal vez Derek no estaría con una chica a la que según tú, no quiere.
Arabia se volvió a quedar callada y con el ceño fruncido.
– Creo que lo que no quieres es creerme. Te asusta que Jake te rechace –siguió Emily.
– ¿Rechazarme? Él no está enamorado de mí.
– ¿Cómo lo sabes?
Emily notó cómo Arabia empezaba a exasperarse.
– ¿En serio crees en todo eso de lo que hablas?
– Por supuesto.
– Vale, a ver si lo entiendo. Tú crees que deberías estar con Derek, pero él está a punto de casarse con otra persona. Y también crees que Jake está hecho para mí, y sin embargo, sé que nunca ha estado interesado. ¿Qué te hace pensar que tú deberías estar con Derek y yo con Jake? ¿Por qué no podría ser al revés?
– ¿Alguna vez te has sentido atraída por Derek?
Arabia negó con la cabeza.
– ¿Y en cambio por Jake?
– Pero...
– Te lo preguntaré de otro modo. ¿Alguna vez te has sentido atraída por alguien que no sea él? –El silencio de la otra chica hizo más que evidente su muda respuesta–. Pues a mí me ha ocurrido lo mismo.
– ¿Y qué hay de ellos? Tal vez opinen de forma muy diferente.
– Solo tenemos una forma de acabar con todo esto. De saber si realmente tengo razón o son solo imaginaciones mías.
– ¿Y esa forma es...?
– Intentándolo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a la persona que ha estado desde el principio de los tiempos leyendo mis historias. Mi tía Mari Luz. Gracias por compartir conmigo tu afición a la lectura, y por ser siempre mi primera lectora. Ni te imaginas lo importante que ha sido eso para mí.

Un gracias gigantesco a Nuria, Loli, Emejota y Marta. Y a Reyes y Carla, por

haberme transmitido sus enormes ganas de seguir leyendo con cada capítulo, motivándome a seguir escribiendo.

Otro Gracias para Bea y a Mateo, como no, que hicieron real la primera edición de Amor y Virtud, y que con ello me abrieron el camino de la autoedición. Gracias también a él por ayudarme con el diseño y la maquetación. No habría sido posible de no ser por ti.

Y gracias a quien siempre me motiva para que haga lo que realmente me hace feliz. Tú ya sabes quién eres.

Y finalmente, si estás leyendo esto, gracias a ti, querido lector,
por compartir conmigo esta ilusión.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

10 octubre 198611

13 octubre 198625

14 octubre 198637

31 octubre 198649

1 noviembre 198659

2 noviembre 198669

13 noviembre 198681

~Un año atrás~93

14 noviembre 1986139

29 noviembre 1986151

6 diciembre 1986169

24 diciembre 1986189

27 diciembre 1986215

3 de enero 1987221

16 febrero 1987233

2 marzo 1987243

17 mayo 1987261

18 mayo 1987269

19 mayo 1987279

20 mayo 1987301

2 julio 1987315

3 julio 1987327

24 julio 1987337



Rolly Haacht

Rolly Haacht



www.rollyhaacht.com

@RHaacht



Table of Contents

Amor y Virtud 190116

